

La
LUJURIA
DEL **JEFF**

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

BILOGÍA «LA URBANIZACIÓN DEL CEO 1»

La
LUJURIA
DEL
JEFE

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

BILOGÍA «LA URBANIZACIÓN DEL CEO 1»

Primera edición.

La lujuria del jefe. Bilogía «La urbanización del CEO» nº1

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©enero, 2025.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

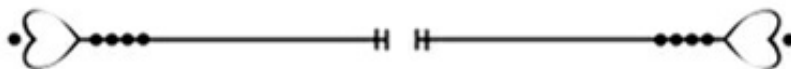
[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

Capítulo 1



Conrad

Tenía una sensación indescriptible, ya que era el primer amanecer en mi nueva casa. Con la sonrisa suelta y mirando hacia el mar, disfrutaba de mi taza de café. ¿Podía sentirme más afortunado?

Estrenar una villa de lujo era emocionante, pero si además lo hacías en la urbanización privada en la que se habían construido tres iguales, entre ellas la mía y que las otras dos pertenecían a mis socios Gonzalo y Ethan, ya era de otro nivel.

Habíamos vivido mucho hasta llegar donde estábamos ahora, nos conocíamos de toda la vida y siempre fuimos inseparables. Aún hoy en día con los años que habían pasado podía recordar alguno de nuestros momentos juntos, esas travesuras de la infancia, las locuras cometidas en la adolescencia y los sueños que una vez tuvimos.

Si nos hubieran dicho a los quince años que siendo ya tres adultos de mediana edad tendríamos la vida que habíamos conseguido con esfuerzo y empeño, ninguno de los tres lo habríamos creído.

Saboreé el trago de café y me quedé mirando por el ventanal, contemplando todo lo que habíamos logrado, eso por lo que tanto habíamos trabajado en los últimos tiempos y que era la niña de nuestros ojos, por así decirlo.

La urbanización estaba situada en una colina frente al mar y la construcción de nuestras villas se hizo en la dirección correcta para que el sol les entrara durante todo el día.

Nuestros jardines privados tenían trescientos metros y la villa de dos plantas doscientos en cada una. Todo era de diseño muy funcional y con acabados de lujo.

La planta principal daba al jardín, tanto por el salón como por la cocina, era ambas en abierto comunicándose entre sí por una mesa de material y madera blanca grande que hacía de separación, valía de encimera de cocina también. Contaba con una despensa, un lavadero, un baño en el pasillo y otro privado en la habitación que tenía para invitados.

El exterior contaba con garaje, piscina y porche, todo muy moderno y elegante. Predominaba el blanco tanto fuera como dentro.

En la planta de arriba estaba mi suite, que abarcaba la mitad de la planta y que tenía mi propio vestidor, baño, un sofá con una mesita delante y una terraza mirando hacia el mar y el jardín que era una locura. En la otra mitad había dos habitaciones con sus propios baños y sus pequeñas, pero buenas terrazas.

La urbanización era privada y había sido construida con varias intenciones, no solo para tener nuestras villas soñadas.

La mayoría de la zona de los terrenos la habilitamos para montar un gimnasio en el que se abrieron las inscripciones y se inauguró dos días atrás y ya contaba con setecientos socios. Aquí podías pagar desde tu mensualidad de ciento cincuenta euros, hasta obtener un entrenador personal pagando por horas. Justo al lado del gimnasio construimos un local precioso que dentro tenía saunas y habitaciones de masajes.

También inauguramos el Club, ese lugar distinguido para la gente pudiente de la isla que ya nos habíamos ganado desde años atrás con la discoteca que teníamos en la ciudad a la que acudían no solo personajes famosos, sino también personajes de alto poder adquisitivo. Discoteca que nos llevó a amasar una gran fortuna.

El club iba a estar abierto las veinticuatro horas, disponible para desayunar, comer, cenar o tomar copas, además de que tenía una piscina exterior con barra acuática. No le faltaba detalle para disfrutar de la privacidad y el ambiente distintivo. Eso sí, la cuota mensual de los socios estaba en quinientos euros al mes, aunque para ellos, eso era lo de menos.

Lo nuestro era la discoteca que ahora también habíamos construido en la urbanización y que se inauguraba esta noche habiendo cerrado la anterior dos días atrás. Al igual que el resort que se había abierto esta mañana y estaba al noventa por ciento de la ocupación, lo demás ya estaba funcionando.

Los clientes estaban deseosos de que así fuera, lo primero porque este lugar era mucho más privado y con un entorno más privilegiado, y porque iba a haber rincones nuevos que estaban deseando poder descubrir.

Discoteca, Club, gimnasio, un pequeño centro comercial con locales de firma de ropa y joyería, sin pasar por alto, un pequeño resort de lujo con sesenta suites y veinte villas con jardín y piscina privada para pasar las mejores vacaciones en cualquier época del año, ya que el clima era muy estable.

Por cierto, me llamo Conrad y todo comenzó diez años atrás, en aquel entonces yo tenía veintiocho años, al igual que Ethan, Gonzalo uno menos que nosotros. Vimos un local de copas que cerraron y nos planteamos la idea de abrirlo nosotros.

El dinero para comenzar lo tuvimos con la ayuda de nuestros familiares, ya que con lo que teníamos ahorrado de haber trabajado en la noche no era más que chatarra para lo que íbamos a

necesitar.

En cuatro meses y dado a que nos conocía mucha gente, ya teníamos devuelto lo que nos dejaron y eso que a ninguno nos lo quisieron coger, pero insistimos en que lo dejaran por si en algún momento nos iba mal y quedábamos con deudas. Realistas éramos.

Al año el local se nos quedó pequeño y cogimos otro más grande. Ya teníamos un buen capital ahorrado y las cosas iban mejor de lo que esperábamos, lo que no sabíamos que el siguiente que cogimos también se nos quedaría pequeño en menos de seis meses. El caso es que aguantamos lo que pudimos y al final terminamos negociando el alquiler de una gran discoteca en la ciudad. Estábamos cagados, pero la ilusión y el seguir avanzando hizo que nos la jugásemos todas a una.

Decir que fue el acierto de nuestras vidas era quedarse corto, aquello fue una mina de oro y las tres plantas se llenaban cada día y cada vez, de personas más pudientes. Tuvimos que ir cambiando todo y adaptándonos a la nueva época.

Siete años después, teníamos amasadas una de las mayores fortunas de la isla, con decir que hasta cobrábamos por publicidad en la discoteca e infinidad de veces la cerramos para grandes personalidades que querían celebrar allí eventos tales como promocionales, como cumpleaños y hasta bodas que después de celebrar el banquete querían la discoteca para sus invitados.

Se nos conocía como *los Reyes de la noche* y la discoteca se convirtió en el lugar de la *Jet Set* de la isla.

Y ahora teníamos nuestra urbanización con tres villas que quedaban de lo más privadas del resto de entretenimientos de los clientes. Estaba que no cabía de felicidad, la vida no nos podía sonreír más. ¿Quién nos iba a decir a esos tres jóvenes que solo habían estudiado hasta bachillerato y que trabajaban en la noche que se iban a convertir en unos empresarios de tanto éxito? La vida era maravillosa y nos había demostrado que las oportunidades estaban para lanzarse a ellas.

No solo nosotros estábamos orgullosos de lo que teníamos, sino que nuestros padres también lo estaban. Y hablando de los míos...

Papá: *Me acaba de recordar tu madre que estáis a punto de inaugurar, no sé dónde tengo la cabeza, hijo. Pero allí estaremos, no lo dudes. Te quiero.*

Sonreí al leerlo, y es que así era mi padre, un tanto despistado a veces, pero solo porque siempre estaba de lo más concentrado en su trabajo. Era médico de familia y pasaba consulta por las mañanas, tenía sesenta años al igual que mi madre, que trabajaba como enfermera en su misma clínica.

Me tuvieron siendo jóvenes, ya que llegué por sorpresa, pero ambos decían que aquella fue la mejor sorpresa de sus vidas.

Ángel y Julia, mis padres, siempre fueron ese pilar importante en mi vida y aunque no fui buen estudiante y no seguí los pasos de ninguno, jamás dejaron de apoyarme en todo lo que

hacía.

Como tampoco lo hicieron los de mis amigos. Manuel y Elisa, los padres de Ethan, ya estaban jubilados a sus sesenta y cinco años, trabajaron durante años en una gestoría y de ahí que tuviéramos buenos consejos en lo que administración y contabilidad se refería.

Gonzalo era el único de los tres que ya solo contaba con uno de sus padres, Rosa, de sesenta y dos años, que había quedado viuda hacía apenas tres. Era dueña de una boutique de ropa femenina y ya se estaba planteando traspasarla y dedicar sus días a descansar, como ella decía.

Mi móvil sonó y creí que sería alguno de los chicos, pero vi el nombre de mi madre en la pantalla y me sacó una amplia sonrisa.

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, mi niño. ¿Qué tal en tu nueva casa? —preguntó.

Todos habían visto las villas donde íbamos a vivir y quedaron gratamente sorprendidos con el resultado, ese que, tal como dijeron, era mucho mejor de lo que vieron en los planos que les enseñamos antes de que todo comenzara a tomar forma.

—Muy bien, y más con estas vistas.

—¿Has hablado con tu padre? Porque yo no sé dónde tiene este hombre la cabeza, de verdad, mira que le puse la fecha en rojo y con marcador fluorescente en la agenda, pero nada, que no se acordaba de la inauguración —suspiró.

—No te preocupes, que sé cómo es el doctor Godoy —sonreí—. Me ha escrito hace poco confirmando vuestra asistencia.

—Entonces me quedo más tranquila. No te entretengo más, hijo, que sé que andas muy liado.

—No me entretienes, mamá, sabes que para ti siempre tengo tiempo, eres la mujer de mi vida.

—Hasta que llegue la que despierte esas mariposas en tu estómago y alcen el vuelo.

—Si no ha llegado ya... —reí.

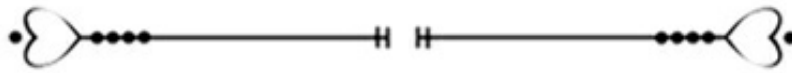
—Lo hará, ya sabes que lo bueno siempre se hace esperar. Te quiero, mi niño, nos vemos en la inauguración.

—Yo también te quiero, mamá. Adiós.

Colgué sin poder quitarme la sonrisa de los labios mientras dejaba la taza en la cocina. Mi madre era esa clase de mujer que con una sola palabra conseguía animar el ánimo de cualquiera, y el tono de voz que tenía, de lo más melódico y dulce, era como un bálsamo para calmarte si estabas ligeramente estresado.

Los cinco estaban invitados para ser parte de ese momento que tanto Gonzalo, como Ethan y yo, llevábamos tanto tiempo esperando, y contar con ellos allí, a nuestro lado para apoyarnos como siempre, era lo mejor de cada paso que habíamos dado a lo largo de todos estos años juntos.

Capítulo 2



Martina

Regresar a la isla con una mano delante y otra detrás, como que no era plato de buen gusto, pero no me quedaba de otra.

El vuelo se me estaba haciendo de lo más pesado y tuve que ir dos veces al baño para explotar a llorar y que no me viera nadie.

Ya no eran solo todos esos recuerdos buenos que tenía en la cabeza y no se iban los que me hacían soltar lágrima tras lágrima, sino las fotos que aún seguían en mi móvil y que no había borrado. Seguía entrando en la galería y veía todas, desde la primera a la última, y en ellas vi el modo en el que poco a poco no solo yo fui perdiendo esa luz que irradiaba en las primeras, así como la sonrisa, sino que el cambio en el semblante de aquel que dijo que me amaba y siempre lo haría era más que evidente.

Dos años atrás, cuando tenía veinticinco años, me marché de la mano de un escocés del que me había enamorado perdidamente.

Logan, que así se llamaba, porque para mí ya estaba más que muerto y enterrado, era el ser más malo que podía haberse cruzado en mi camino. Un escocés que vino de vacaciones a la isla y que creí que era el amor de mi vida. Por su forma de tratarme pensé que estaba tocando el cielo y vaya si lo toqué, hasta que me soltó de la mano y la hostia fue terrible.

Estuvo un año viniendo asiduamente a la isla para estar conmigo, hasta que me pidió que me fuera a Escocia con él. Tonta de mí y enfrentándome a mi familia, ya que no les entraba por el ojo, me fui con él recién acabada mi carrera de Veterinaria y dejando tirado todos los planes que tenían para ayudarme a montar mi propia clínica.

No me dejaron de hablar ni mucho menos, pero estaban muy tirantes y se podía notar en los mensajes o llamadas. Por él ni me preguntaban, es como si lo vieran como el mismo Demonio y cuánta razón tenían. Me había llevado el palo de mi vida.

Logan era de Glasgow y allí tenía una casa preciosa en todo el centro de la ciudad donde yo había vivido estos dos años. Trabajaba como CEO en una firma de cosméticos y perfumes

ganando una fortuna.

Cuando llegué a Escocia él quiso hacerme ver que no me hacía falta trabajar y aunque yo insistía dado que quería encontrar un trabajo en alguna clínica veterinaria y también sentirme independiente económicamente, él insistía en que prefería que estuviera cuidando el hogar.

Ciega de mí acepté todo pensando que así lo haría feliz, no veía más allá de la venda que tenía en mis ojos debido al amor que sentía por él.

Y poco a poco me di cuenta de lo sola que estaba, que él venía a casa a altas horas de la noche o la madrugada los fines de semana con la excusa de tener cenas y reuniones de trabajo. En un año pasó de ser el tío más cariñoso del mundo, al más cínico, indiferente y con poco corazón. No le importaba lo más mínimo lo mal que yo lo estuviera pasando o lo sola que me sentía.

Lo amaba con todo mi corazón y luché porque lo nuestro volviera a ser lo de antes, pero Logan me lo ponía cada vez más complicado y me trataba como una sirvienta a la que se podía tirar cuando le viniera en gana, aunque lo hacía poco. Había dejado hasta de desearme.

Lloré a solas desconsoladamente y vi cómo todas las ilusiones cada vez se desmoronaban más, hasta que me planté ante él y le dije que, o me trataba como me merecía o me iba. Su respuesta fue que ahí tenía la puerta y que ya estaba tardando. Eso sí, me dijo que era una desagradecida. Eso es lo que más me dolió.

El problema es que me dijo que no me iba a financiar un viaje de vuelta a sabiendas que no tenía nada, no me había permitido trabajar y eso ahora me daba cuenta de que era lo que más razón tenían mis padres a los que con la cabeza agachada y el alma en mil pedazos, les tuve que pedir que me sacaran el vuelo de vuelta.

No dudaron en hacerlo, pero a mí se me caía la cara de vergüenza por haber tirado dos años de mi vida por la borda y no haberlos escuchado.

Había dejado esa vida atrás como una vez dejé todo cuanto tenía en el lugar que me vio nacer, y si quería empezar de nuevo en mi hogar, estaba claro que debía hacer borrón y cuenta nueva como solía decirse.

Me costó, porque esas fotos eran las que daban vida a lo que fue nuestra historia, pero las borré todas, una a una, en las que estaba con él. Solo quedaron aquellas en las que estaba sola con esos parajes escoceses que no quería olvidar, por doloroso que fuera volver a verlas y la de recuerdos que traerían consigo.

Eso ya era parte del pasado, un episodio de mi vida que debía cerrar definitivamente y dejar en ese avión en cuanto pusiera un pie de nuevo en mi isla.

El avión aterrizó y a mí me entró una ligera ansiedad. Me sentía fracasada y perdida, pero tenía que sacar fuerzas para recuperar la vida que un día dejé atrás.

No iba a ser fácil porque estaba claro que ningún comienzo lo era, pero tampoco iba a

quedarme estancada en la pena y llorando por los rincones de casa. Tenía claro que olvidarme de él iba a costar, pero también que no quería derramar ni una sola lágrima más por él, porque no se lo merecía, y sí, aunque tarde, me había dado cuenta de que así era.

Caminaba por el aeropuerto arrastrando mi equipaje al igual que hice en aquel entonces cuando me iba de la mano del hombre de mi vida, o quien yo creí que lo era, y no podía evitar que las ganas de llorar siguieran ahí, haciendo que mis ojos se humedecieran y que tuviera que pasar la mano por ellos de vez en cuando para retirar esas pequeñas y furtivas gotitas saladas que conseguían escapar.

Veía algunas parejas despidiéndose, otras abrazándose emocionadas por volver a encontrarse, y en todas ellas me veía a mí con Logan de alguna manera. Aunque la nuestra desde luego que no había sido una de esas despedidas de película en las que prometíamos volver a vernos pronto porque ese encuentro no ocurriría nunca más.

Suspiré mientras pensaba en todo lo que una vez dejé atrás, el modo en el que mis padres me advirtieron y no quise hacerles caso, pero bien es cierto que, si hay que darse de morros con la realidad, somos nosotros mismos quienes debemos cometer nuestros propios errores para después verlos.

Estaba claro que no era la primera, y mucho menos sería la última mujer que sufría una desilusión amorosa, pero que dolía como si me hubieran clavado mil puñales en el pecho, dolía.

Iba a pillar un taxi con el dinero que me había sobrado del vuelo y que me habían enviado mis padres, pero la sorpresa fue enorme al encontrármelos en la terminal esperándome con un ramo de flores. Me derrumbé por completo a llorar.

—No llores hija —murmuró mi padre—. Bienvenida a casa.

—Te queremos, siempre estaremos para ti —contestó mi madre, sin poder reprimir las lágrimas.

Me abrazaban con ese amor y cariño que siempre tuvieron para darme y me dejé mimar por ellos, eran mi soporte en ese momento, mi salvavidas, quienes no me iban a dejar caer por muchos golpes que me diera la vida.

—Mi niña, ya estás en casa —decía mi madre, acariciándome la espalda mientras mi padre nos mantenía a las dos entre sus brazos.

—Cualquiera que nos vea, va a pensar que llevamos una década sin vernos —comentó mi padre, que consiguió que ambas dejáramos salir una risilla.

—Pues, casi, porque a mí se me han hecho los dos años más largos de mi vida, de verdad te lo digo —contestó ella, y me dio un beso antes de apartarse—. Vamos, mi niña, vamos a casa —sonrió y asentí mientras la miraba a los ojos, esos que había heredado yo.

En realidad, me parecía mucho a mi madre, no solo en el físico, sino que ambas teníamos una

timidez que nos caracterizaba.

Éramos de la misma estatura, metro sesenta, con el cabello negro y los ojos verdes, mientras que mi padre, aquel hombre que ahora sonreía y que tenía los ojos brillosos por las lágrimas, medía casi metro ochenta y tenía el cabello castaño y los ojos marrones.

Mis padres eran profesores de bachillerato en el mismo instituto y ambos tenían cincuenta y seis años, esos que no aparentaban y se veían jóvenes aún. Rubén y Noelia, que así se llamaban, llevaban juntos desde los diecisiete años, ambos me tuvieron a la edad de veintinueve años cuando ya estaban casados y con su plaza fija desde dos años atrás.

Eran un matrimonio muy unido, y que se respetaban muchísimo, de ahí a que vieran cosas en Logan que no les gustaron lo más mínimo, lo veían un hombre egoísta, autoritario y muy narcisista.

Me lo dijeron en más de una ocasión, pero ya sabemos todos cómo es el amor, ese que a veces nos ciega y no nos deja ver aquello que otros son capaces de captar a la primera.

Nos dirigimos hacia la casa donde de nuevo me derrumbé al entrar en mi habitación que seguía intacta. ¿En qué momento perdí la cabeza por un hombre dejando atrás toda esa vida que había luchado hasta ese momento?

Lo peor de todo es que, aunque durante los últimos meses me fui desencantando con Logan, aún tenía la sensación de que no iba a poder vivir sin él. Estaba más perdida que nunca, pero en la casa correcta y sabía que pese a haber fallado a mis padres, ellos estarían ahí para mí.

Empezar de nuevo, ordenar todas las sombras que había en mi cabeza y recuperar mi vida en la isla, con una mano delante y otras detrás, pero me había prometido a mí misma levantar la cabeza y luchar por todo lo que un día dejé en mitad del camino.

Con el título de veterinaria esperaba que alguna clínica me diera la oportunidad de comenzar a trabajar con ellos.

Mi habitación, ese lugar que durante muchas ocasiones fue mi refugio, seguía intacta, tal como la dejé al marcharme.

Las fotos de mi infancia, en el colegio, las del instituto, la de mi graduación universitaria sonriendo al lado de mis padres, mis libros y discos de música con los que me pasaba las horas allí encerrada, si no me apetecía salir.

Incluso la ropa de mi armario perfectamente colocada en su sitio. Mucha de ella ni me servía, así que decidí que la donaría a alguna asociación o a la iglesia para que alguien pudiera aprovecharla.

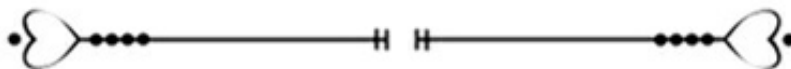
Y en uno de los cajones de la cómoda cuando estaba guardando todo, encontré una foto de Logan, esa que imprimí y guardé tras nuestra primera noche juntos.

Pero él ya era parte del pasado, así que esa foto se iba a formar parte de ese pasado que no quería tener en mi nuevo comienzo. La hice pedazos y la tiré por el váter, dejando que el agua se la llevara como él se había encargado de hacer que desaparecieran todas mis ilusiones.

La casa estaba igual que la recordaba, con ese olor a jazmín que a mi madre le encantaba. En el salón seguían estando nuestras fotos, la cocina donde tantas veces desayuné antes de irme a clase ahora la veía incluso más amplia, y el porche del jardín donde solíamos cenar en verano me hizo sonreír al recordar algunos de esos momentos.

Sí, estaba de nuevo en casa, en mi hogar, en ese lugar donde nunca iba a faltarme el amor de quienes más me habían querido en toda mi vida.

Capítulo 3



Conrad

Ya estaba listo para la inauguración de la discoteca que sería a las diez de la noche. Había quedado con los chicos en el Club un rato antes.

Llegué y ya estaban los dos en una de las barras tomando una copa y charlando.

Destacaban no solo por sus elegantes trajes a medida, sino porque lucían unas sonrisas de oreja a oreja que no ocultaban esos nervios que yo sabía que tenían ante un momento como este.

Gonzalo era moreno y tenía unos ojos verdes que había quien decía que se parecía a un famoso modelo que levantaba pasiones, y en esto último sin duda que mi amigo y socio también tenía su peligro porque había quien se lo comía con la mirada, según comentaban algunas de nuestras camareras.

Pero cuidado, que Ethan no se quedaba atrás. De cabello castaño y ojos marrones como el chocolate, esos que había heredado de su madre, era todo un seductor, a quien pocas veces se le escapaba la mujer en la que hubiera puesto el ojo.

—Hombre, el descastado que siempre llega el último.

—Será porque desde la tranquilidad puedo controlarlo todo bien. ¿Acaso os han molestado para algo?

—Te mereces una copa —se excusó Ethan, mientras Gonzalo negaba sonriendo.

—Está llenísimo todo y la zona de la discoteca es un hervidero de gente.

—Sí, ya están esperando a que abran.

—Faltan aún cincuenta minutos —volteé los ojos.

El Club también estaba lleno por todos lados, la zona de restauración, jardines y la de copas. Era increíble cómo así nos daban un reconocimiento que ni siquiera aún habíamos asimilado.

—Jefe, vosotros todo lo que tocáis lo convertís en oro. ¡Sois los mejores! —dijo Valentino, la joya de mis camareros en la discoteca y que se metía a todo el mundo en el bolsillo. Eso sí, con esto de que le gustaba más un hombre que todas las cosas, nos acibillaba a los tres con indirectas muy directas de las que no se cortaba un pelo. Como él mismo decía, soñar era gratis.

—Está llenísimo, sí. También en parte es gracias a vuestro trabajo —le puse la mano en el hombro.

—A ver cuándo te dignas a darme un apretón en la nalga para que te des cuenta de lo que te pierdes —me hizo un guiño y bromeó haciendo un gesto de movimiento de cabeza altivo y se marchó contoneando sus caderas.

Tenía un tono de piel dorado con un pelo liso rubio perfectamente peinado con la raya en medio que enmarcaba unos bonitos ojos azules, y un cuerpo espectacular de lo más masculino, pero su manera de vestir era la de una mujer explosiva y elegante, al igual que el maquillaje que usaba. Eso sí, ante los clientes era de lo más simpático, pero se daba a respetar. Tenía personalidad, elegancia y carisma, a lo que añadido que era de lo más dulce para el público, teníamos a un Valentino al que muchos llamaban: *la adorable Valentina*.

Le adorábamos a pesar de que en ciertos momentos le temíamos, porque cuando le daba por nosotros se ponía incontrolable, eso sí, nos sacaba mil carcajadas con sus cosas y siempre decía que algún día conseguiría arrastrarnos a sus sábanas. Y más de una vez tuvimos que salir corriendo porque no nos dejaba, pero era uno de los mejores camareros que teníamos. Ganarse a la clientela se la ganaba con creces y más de una vez le habían dado una propina de esas con las que cualquier familia pasaría todo el mes.

—¿Dónde le sirven un buen whisky a alguien en este lugar? —sonreí al escuchar la voz de mi padre.

—Eso, que venimos con sed —añadió Manuel, el padre de Ethan.

—Verás que al final va a resultar que vosotros dos tenéis más peligro que los chicos —dijo Rosa, la madre de Gonzalo, y todos acabamos riendo.

—Rosa, que, si no fueras su madre, y pudieras ser la mía, ya te había echado la caña hace tiempo —soltó Ethan, que a descarado con ella y con mi madre no le ganaba nadie.

—Ay, chiquillo, si tuviera treinta años menos... —suspiró ella.

—Mamá, por Dios, que estoy delante —protestó Gonzalo.

—Y no estuviera mi hijo —añadió Rosa, que ocasionó que las carcajadas resonaran a nuestro alrededor.

Nuestros padres repartieron besos y abrazos entre los tres, comentaron lo lleno que estaba todo y hasta la madre de Ethan dijo que, esa noche, ligaban las tres.

—Más vale que no las perdáis de vista —dije mirando a mi padre y a Manuel.

—Hijo, que solo bromeábamos —mi madre volteó los ojos.

—O no, que yo a mi marido ya le tengo muy visto —contestó Elisa.

—Mamá, no me asustes que soy joven para sufrir un infarto.

—Y exagerado también, Ethan —rio Rosa.

Estuvimos allí un rato más con ellos tomando una copa antes de que todo empezara, querían disfrutar del que iba a ser un nuevo éxito para sus hijos y nosotros les dimos el gusto. No faltaron las palabras de ánimo por parte de ninguno, como tampoco esos besos de buena suerte que nuestras madres nos dieron.

No iban a quedarse toda la noche, en estas ocasiones ellos decían que era nuestro momento y solo querían vernos recibir el reconocimiento que nos merecíamos por todo lo que habíamos conseguido, así que se tomarían una copa en la discoteca y se irían para casa.

Nos dirigimos los tres hacia la discoteca donde en la puerta todos los asistentes comenzaron a aplaudirnos emocionados. Se abrieron las puertas y los camareros a ambos lados del pasillo comenzaron a recibir a la gente con una copa de bienvenida.

Era una locura de discoteca y todos los que iban entrando hacían una ovación. Moderna, funcional, a niveles diferentes y con un montón de rincones para usar de reservados. La música comenzó a calentar el ambiente y ya veías a la gente posicionándose en todos los rincones y comenzando a disfrutar de la noche.

Nuestros padres sonrieron al pasar cerca de nosotros y vimos que iban hacia una de las mesas para tomar esa copa echando un vistazo a todo, hablaban entre ellos y se veía en sus ojos y en sus sonrisas lo orgullosos que estaban de sus hijos.

Nuevos camareros y camareras por todos lados que habían sido entrevistados por Federico, nuestro asesor en todo lo que tenía que ver con el marketing. Se encargó de seleccionar para los puestos de los negocios de la urbanización a personas con un historial laboral intachable en firmas, restaurantes u hoteles de lujo y las mejores masajistas de la isla, así como los entrenadores personales o los que iban a estar asesorando en el gimnasio.

De la discoteca anterior nos habíamos traído a todos los empleados, y hoy Valentina estaría aquí con ellos como siempre, pero era la única que cambiaba al club como las relaciones públicas, ya que era la mejor en eso. Hablaré a partir de ahora de ella en femenino, que era como nos referíamos habitualmente.

Nos pedimos una copa y nos quedamos en una zona reservada de la barra charlando relajadamente desde donde observábamos todo. Y allí llevábamos un rato cuando nuestros padres se acercaron para despedirse y desearnos la mejor de las suertes, aunque como dijo Rosa, no la necesitábamos porque aquello iba a ser otro éxito asegurado.

—Hay una camarera nueva que tiene un repaso bien urgente —murmuró Gonzalo mirando hacia su objetivo una vez que nos volvimos a quedar solos.

—¿Piedra, papel o tijera? —le preguntó bromeando Ethan.

—No puedes competir —le contestó el otro, picándolo y haciéndole un guiño. Eran tal para cual.

—Esta noche está haciéndome ojitos —le hizo un guiño.

—¿No os da vergüenza escucharos? —protesté negando con la risa suelta— Que ya tenéis una edad.

—¿Tú nos vas a hablar de vergüenza cuando eres el que tienes el acumulado más grande de mujeres que han pasado por tu cama?

—Pues por esta no va a pasar ninguna —les hice un guiño y di un trago.

—Ya, claro, te las llevarás a las habitaciones del Club, o al resort o a los reservados de aquí —contestó Gonzalo.

—Efectivamente. Casa nueva, vida nueva —levanté mi copa a modo de brindis.

—La reservarás para cuando encuentres al amor de tu vida —dijo en tono romántico Ethan y poniendo caritas.

—Pues sí —carraspeé mirando hacia la pista—. Creo en el amor y me llegará esa mujer a la que no solo desee meter en una cama, sino que además quiera acomodarla en mi vida.

—Eso lo dicen nuestras madres.

—Si es que cuando quiere le sale su lado más romántico —murmuró Gonzalo aguantando la risilla.

—Pero mientras tanto... —nos reímos los tres y chocamos las copas.

Cierto era que eso siempre lo decían nuestras madres, pero es que nos querían bien y deseaban que encontráramos ese gran amor que nuestros padres encontraron en ellas, que llegara la mujer que se convirtiera en nuestro mundo y que nos amara con el corazón como los amaban ellas.

Y aunque a mi madre solía decirle que, si no me había llegado ya ese gran amor, no lo haría, esperaba que lo hiciera.

Se nos acercó Darío, el encargado de esta planta, un trabajador ejemplar con mucho carisma. Llevaba trabajando para nosotros cinco años, comenzó cuando tenía veintisiete. Un hombre que era un modelito, rubio de ojos azules y con una sonrisa de anuncio. Las volvía a todas locas y eso atraía a muchas solteras de oro de la isla.

—Esto está siendo un éxito, todos hablan de que el cambio superó todas las expectativas y que esto es mucho más fotografiable para sus redes. Por cierto, ¿sabéis que tenemos dos actores de Hollywood que han llegado y han cogido el mejor reservado? —nos comentó.

—¿En serio? —pregunté alucinando.

—Y tanto, además me estaban diciendo que se habían inscrito al Club y que están alojados en las villas del resort. Por lo visto se han venido a vivir a la isla. Son los de la película de Narcos que han tenido tanto éxito y están siendo aún éxito de taquilla.

—Joder, sí. Pues nada, invítalos a una copa de nuestra parte.

—Ya lo hice, por favor —volteó los ojos—. No dudéis de mi inteligencia para ganar a los clientes.

—Nunca nos atreveríamos —soltó una risilla Valentina, que lo había escuchado decir esto último mientras se acercaba—. Chicos, lo que vengo a deciros es para cagarse vivos —sonrió con cierto misterio—. Acaba de ponerme ojitos el productor sueco que está con su elegante esposa —se puso a aplaudir feliz—. Soy una tentación hasta para los puros machos —seguía dando saltitos mientras aplaudía.

—Si es que eres la que más triunfa, y luego dicen que yo —le contestó Darío.

—Algún día te morirás por este culito, niño —le dijo ella, antes de echar esa carcajada que le salía y que nos contagiaba a todos.

Su descaro era evidente, pero también es cierto que lo hacía con quien sabía que podía hacerlo y más a modo de broma, aunque entre broma y broma había algo de verdad en sus palabras.

Valentina regresó a hacer su trabajo al igual que Darío, Gonzalo y Ethan se fueron a saludar a algunos clientes y yo me quedé allí disfrutando de mi copa mientras contemplaba a todo el mundo charlando, riendo, bailando y divirtiéndose.

No había duda de que las expectativas que teníamos para este lugar habían sido superadas con creces, y el éxito de esta primera noche estaba siendo más que evidente.

Saludé a algunos de los clientes más antiguos, esos que siempre estuvieron ahí para darnos apoyo y vernos crecer, vi a varios influencer con quien me hice algunas fotos para que subieran a sus redes en las que sabía que nos etiquetarían, y volví a la barra donde no tararon en unirse Gonzalo y Ethan.

—Chicos, por un nuevo y rotundo éxito en nuestras vidas —dijo Ethan levantando su copa.

—Y por los que están por llegar, que no serán pocos —añadió Ethan.

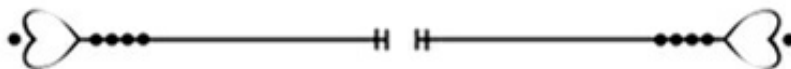
—Y por vosotros, que, aunque sois un par de capullos, os quiero —brindé con ellos.

—Capullos dice, tendrá valor el niño —resopló Ethan.

—Calla, que nos ha dicho poco para lo que podría haber soltado —protestó Gonzalo.

Reí negando, porque ese par de locos me sacaban de quicio a veces, pero eran esa locura necesaria en mi vida, al mismo tiempo que quienes solían ayudarme a mantener los pies en la tierra.

Capítulo 4



Conrad

Era la una de la tarde cuando estaba despertándome. Me moría por un café. La noche había sido todo un éxito y había superado todas nuestras expectativas. Sin duda, la urbanización iba a marcar un antes y un después en la vida social de la *Jet Set* de la isla y de los visitantes acaudalados.

Me tomaba el café mirando las noticias y muchos medios abrían con titulares mencionando el éxito de la discoteca de la urbanización de la que ya habían hablado durante todo este tiempo que se había ido construyendo. Cosa que también nos había servido como una excelente publicidad.

Mamá: *Buenos días, cariño. Felicidades por un éxito más, ese que ya sabíamos que tendríais. Estamos muy orgullosos de ti, mi niño. Ten un buen día, te quiero.*

Sonreí porque no podía ser otra persona más que ella quien me enviara el primer mensaje de felicitación.

Estaba muy agradecido por los padres que tenía, y quise devolverles todos esos años de esfuerzo y sacrificio que pasaron mientras creía y después cuando comencé a abrirme paso en el mundo de los negocios, quise jubilarlos de manera anticipada, pero ambos se negaban en rotundo y ni oír querían de que quisiera retirarles del trabajo.

Disfrutaban con su trabajo y decían que tenían pacientes que los conocían de toda la vida y les acabarían echando de menos, así que no querían dejar la clínica hasta que les llegara la hora de jubilarse de verdad.

Conrad: *Buenos días, mamá. Gracias por el apoyo que siempre me dais, sin vosotros no habría llegado donde estoy. Dale un abrazo a papá de mi parte, os quiero.*

Acabé mi café contemplando aquellas vistas y tuve esa sensación de paz que transmitía. Desde luego que cuando decidimos que este sería el lugar donde establecer la urbanización no pudimos hacer una mejor elección. Nada había más perfecto que amanecer con esta imagen.

Me di una ducha donde me recreé un poco intentando terminar de volver a la vida para

dirigirme a comer al Club y reunirme con mis socios para una primera impresión.

—Buenas tardes. ¿No llegó Ethan?

—Buenas tardes, gracias por su preocupación —lo escuché a mi espalda—. Soy el amigo que nunca falla —nos provocó una risita.

—Hoy llegas más tarde que yo.

—Te equivocas, solo ejercí de tu guardaespaldas —se encogió de hombros quitándole importancia.

—Claro que sí, como si no hubiera bastante seguridad en la urbanización —me reí, acomodándome en una silla.

—¿Sabes que ayer hicimos diez veces más que la mejor noche de la antigua discoteca? —preguntó Gonzalo poniendo cara de emoción.

—¡Esto es una puta locura! —dijo Ethan dando un golpe en la mesa y riéndose a carcajadas—. Y mi puto profesor de historia de bachillerato tuvo la osadía de decirme que aspiraba a trabajar de cajero en un super. A ese tipo tengo que visitarlo un día y llevarle un Rolex de regalo.

—Mejor enséñale la cuenta bancaria que lo dejará con más diarreas —le contestó Gonzalo volteando los ojos por las cosas que a este hombre se le ocurrían.

Pero razón no le faltaba, porque, aunque no éramos buenos estudiantes no tuvimos ningún suspenso, solo que algún que otro profesor no daba un duro por nosotros diciendo que acabaríamos dándoles un disgusto a nuestros padres.

Y disgusto les dimos al decirles que no íbamos a seguir sus pasos, que, ni yo sería médico, ni Ethan se dedicaría a la asesoría, ni Gonzalo sería el mejor vendedor de coches de la isla.

Ahora los años habían pasado y si nos vieran aquellos profesores que no veían un buen futuro en nuestras vidas, quién sabe qué pensarían.

Nos pedimos unos platos individuales decantándonos los tres por unos chuletones de retinto que eran unos ejemplares de piezas. En mi caso la complementé con salsa de roquefort y ellos a las finas hierbas.

El club estaba lleno de gente y muchas caras conocidas que nos saludaban desde lejos con una sonrisa o levantando la mano. Respetaban nuestro espacio y la verdad que en eso nos sentíamos dichosos.

Ni en nuestros mejores sueños de adolescentes hubiéramos podido imaginar que famosos del mundo del cine, la televisión, la música y futbolistas de renombre nos saludarían con tanta cordialidad como el panadero del barrio había saludado a nuestros padres durante toda la vida, y así era desde hacía años.

Pasaron un par de mujeres de unos treinta años por nuestra mesa y nos miraron con unas sonrisillas de lo más pícaras dirigidas a Ethan. Y él, que tenía una vista de lince para esas cosas, sonrió al tiempo que les hacía un guiño.

—Ya tienen tema de conversación durante toda la comida —comentó Gonzalo con una risilla.

—Y me da que querrán que él sea la pasta para el café —reí.

—¿Una pasta para el café, en vez del postre? —protestó Ethan— Socio, que esas pastitas duran un suspiro y yo tengo aguante más que de sobra.

—No lo dudo, pero ellas son dos y tú, uno —le recordé—. Les ibas a durar poco.

—Menos que un caramelo en la puerta de un colegio —replicó Gonzalo.

—Pues yo las iba a disfrutar a placer, ya os lo digo.

—No me jodas, aquella es Leticia... —murmuré viendo a una joven modelo con la que Gonzalo tuvo un affaire tiempo atrás.

—Ni la invoques —susurró este, poniéndosele la cara descompuesta—. Sabía yo que se hacía socia del Club —soltó el aire y por su gesto, no le hacía ni la mejor gracia.

—Tú te la tiraste, tú te la guisaste.

—Ethan, no eres más tonto porque no te entrenas, macho —se le veía agobiado con la aparición de Leti, como la llamaban cariñosamente.

—Relax, que si viene ya la domo yo.

—Ni se te ocurra decir nada —me anticipé viendo que era capaz y la cosa con esa mujer no estaba para bromas. Y conociendo a Ethan...

—Os recuerdo que me costó un mundo quitármela de encima —nos dijo Gonzalo en plan advertencia y mirándonos sin ganas de bromas.

—Ah, pero... ¿Te la quitaste? —arqueó la ceja mientras preguntaba mirando hacia donde estaba ella.

—Ethan... —le reprendí para que no siguiera por ahí.

—*La Leti, la Leti, la Leti es cojo...*

—Para, Ethan —le contestó en un tono menos amigable aún.

—Viene ahí —carraspeó y levantó la cabeza sonriendo—. Hombre, Leticia, qué de tiempo —dijo Ethan levantándose y vi cómo se le cambiaba la cara a Gonzalo que intentaba disimular y la

miró sonriendo.

—Hola, chicos, os quedó muy “cool” el Club. Mi novio es socio y me regaló a mí también el carnet —nos informó ella con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Qué bien! —dijimos los tres al unísono y a Gonzalo al escuchar la palabra novio se le cambió la cara y se le relajó por completo al saber que eso frenaría a la obsesión que esta tuvo un día con él.

—Bueno, voy para la mesa que vamos a comer. Fue al servicio —lo señaló a lo lejos y él levantó la mano saludando—. Me alegro de volver a veros —se fue sonriendo.

—Menos mal —murmuró Gonzalo aliviado.

—El novio es el futbolista que se acaba de retirar y se vino a la isla a vivir —susurró Ethan a modo informativo.

Desde luego que Leticia engañaba, era de esas muñequitas con cara de ángel que escondía dentro una versión completamente diferente, o al menos eso vimos nosotros después de que se obsesionara de tal manera con nuestro amigo, que no hubiera manera posible de hacer que lo dejara, hasta que al fin se dio cuenta de que con él poco iba a poder conseguir.

—Pobre hombre, lo que no sabe es que esa le acaba de meter el gol de su vida —contestó Gonzalo y luego se le escapó una risilla.

En ese momento se nos escapó una carcajada cuando vimos a lo lejos aparecer a Valentina con un vestidito y unos taconazos que había que mirarla sí, o sí.

—¡Viva la alegría de la huerta! —exclamó mirándola Ethan que parecía que la resaca le había sentado mejor que a ninguno.

—No me digáis que no estoy mona. ¡Me voy a comer sola! —se puso la mano en la boca y se echó a reír a carcajadas.

Única, nuestra Valentina era única y como decía Ethan, la persona que más nos alegraba a todos cada día.

—Pero tú hoy no trabajas —arqueé la ceja.

—No, pero he decidido venir a comer para echar una visual y saber cómo se mueve el ambiente durante el día. Estoy de investigadora privada —se sentó con nosotros—. Luis —llamó a uno de los camareros— ponme un plato de estos con la salsa de Roquefort —señaló al mío—. Qué bueno poder comer en un lugar así, y gratis —se reía poniéndose la mano en el pecho. Ella tenía derecho a todo y es que era la estrella siempre—. Tengo un montón de cotilleos, eso si no os han puesto ya al día.

—Comienza y nosotros te decimos —le contestó Ethan y Gonzalo volteó los ojos. Yo tenía la

risa suelta porque entre otras cosas, Valentina era un tanto cotilla y le gustaba un buen chisme que después no dudaba en compartir con nosotros.

—Allá voy. Han reservado el cuarto de la lujuria para esta noche en un todo incluido.

—Yo sí lo sabía —contestó Gonzalo. Ethan y yo lo miramos extrañados—. No me ha dado tiempo a deciros nada —se encogió de hombros para excusarse—. Lo reservó Alexandro, el italiano que tiene la inmobiliaria de lujo.

—¿Para cuántas personas? —preguntó Ethan curioso.

—Para cinco personas. Tres chicas, su socio Mauro y él —contestó Valentina—. Lo sé porque una de las chicas es de estas clientas que me cuentan todo y anoche aprovechó para comentármelo. Dos mil euros cada uno por cada hora. La gente está loca —puso las manos a cada lado de su cara y la boca abierta—. Por ese dinero me voy a darme un revolcón a la playa y ya me quitaré la arena.

—Para ellos ese dinero es como para ti cien euros —le dijo Ethan a carcajadas.

—Yo por cien euros mato, ya te digo que si mato —volteó los ojos.

Valentina lo ganaba muy bien porque tenía un buen salario mensual y en propinas se llevaba un dineral, pero eso sí, era muy mirada por el dinero y estaba viviendo en la casa de sus abuelos, ya que sus padres se la habían cedido a ella. La había reformado por completo con sus ahorros.

—No mates tanto, y dinos si hay más novedades que no sepamos —le pidió Gonzalo, y en ese momento Luis le trajo la comida.

—Mira que os gusta un chisme, jefe —dijo con una risilla mientras cortaba un pedazo de carne y se lo llevaba a la boca—. Hum, por favor, qué bueno está esto. No como vosotros, que estáis para mojar y remojar, pero como os resistís a mis encantos...

—Valentina, el chisme —rio Ethan.

—Sí, sí, un segundo, déjame disfrutar de otro pedacito de esta exquisitez —contestó, y sonreí negando.

Dio un sorbo a su bebida y siguió contándonos algunas cosas de las que ya estábamos los tres al corriente, así como comentando con nosotros el éxito que fue la noche de inauguración.

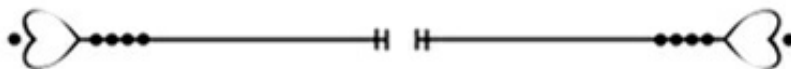
En ese momento pasaron un par de modelos a los que ella saludó de lo más efusiva y quienes no perdieron la oportunidad de felicitarnos a nosotros, se lo agradecemos y llamamos a Luis para que cuando acabaran de comer les pusiera una copa por cuenta de la casa.

Nos gustaba tratar bien a nuestros clientes, y esos pequeños detalles hacían que se sintieran halagados y que no dudaran en volver, así como en recomendarnos, cosa que todos hacían, pero como digo, nos gustaba tener pequeños detalles con todos ellos.

Después de comer y tomar café mientras hablábamos de algunos eventos que habría en los próximos días, Valentina se fue y nosotros nos quedamos allí tomando una copa hasta que decidimos retirarnos.

Ellos fueron a revisar algo de papeleo y yo me marché a mi villa, donde me puse cómodo y me senté a disfrutar de una copa con aquellas impresionantes e inmejorables vistas que tenía desde allí.

Capítulo 5



Martina

Tres días llevaba en la isla y sentía de nuevo ese calor familiar. A pesar de todo, mis padres me habían demostrado estar ahí al cien por cien para mí, aunque no lo hubieran hecho de esa manera cuando estuve en Escocia en la que sí se preocuparon de mí en todo momento, pero no accedieron nunca a ir a verme. Yo sí que había venido un par de veces el primer año, luego comenzó a complicarme las cosas Logan, ese ser despreciable que me había demostrado que no significaba nada para él.

Pero él para mí lo había significado todo, le había querido con locura y me estaba dando cuenta de que olvidarlo iba a costarme, y mucho. Porque no se podía olvidar a una persona así, de la noche a la mañana, cuando le has amado con todo tu corazón.

Habíamos vivido tantas cosas juntos que sí, pensaba en él y dolía el haberle perdido, el que todo acabara de aquel modo como si para él lo nuestro nunca hubiese significado nada.

Era tonta por seguir albergando aún un poco de amor hacia él, pero es que solo hacía tres días que había vuelto a mi hogar y sentía que en Glasgow se quedó un poquito de mi corazón.

Pero más tonta era por haber entrado en sus redes y ver sus fotos, martirizándome por completo para ver aquel rostro que una vez me cautivó y esa sonrisa que me tuvo enamorada durante tanto tiempo. Y claro, al haberlas visto me preguntaba a mí misma, para qué narices había borrado todas las fotos en las que estaba Logan conmigo para dejar ese episodio de mi vida en Escocia cerrado, si ahora entraba a verlas en sus redes.

Si es que de verdad había veces que Cupido podría lanzarse la flecha a sí mismo para no cegarnos a los demás. Tenía que dejar de ver sus fotos, y para eso lo mejor sería bloquearlo, pero...

No, no lo hice porque no pude, porque aún tenía a ese hombre muy presente en mi vida y aunque solo fuera a través de aquellas fotos, verlo tan sonriente como si nada hubiera pasado entre nosotros me haría ver que nunca le importé lo más mínimo.

No le había dicho a nadie que estaba aquí, pero hoy iba a darle una sorpresa a mi mejor amiga,

Valentina. Bueno, en realidad era un chico que se vestía de mujer y le gustaban los hombres. Una de las mejores personas que había conocido en mi vida y que también había sido damnificada en esta historia porque Logan hizo que poco a poco fuera rompiendo todos los vínculos con ella, pero no por eso me iba a achantar. Quería verla, pedirle perdón y decirle cuánto la quería.

Según las redes, estaba trabajando en un Club de mucho lujo en una urbanización privada que habían construido los chicos que tenían la discoteca donde ella trabajaba. Le iba bien, más que eso, en las fotos se podía apreciar el buen momento que estaba pasando.

Había acabado de subir una foto a su Instagram con una taza de café en la mano y dando los buenos días, a la vez que decía que le tocaba disfrutar de su día de relax para estar en casa y poner un poco de orden en esta. Así que la pillaba seguro.

Vivía en la casa de su abuela, ya que, al fallecer, sus padres, los herederos de esta, se la regalaron a ella. Así que lo tenía fácil para localizarla. Mis padres la amaban y me animaron a ir a darle la sorpresa. Lo único que rezaba era para que no me tirase algo a la cabeza y me mandara a paseo, ya que me lo merecía por estúpida.

No solo la perdí a ella, sino a dos amigas con las que iba a clase en el instituto, Lara y Maica, que estudiaron Medicina.

Ambas tenían mi edad y consiguieron su plaza en una de las mejores clínicas privadas de la isla, lo que ya no sabía era si seguirían allí o se habrían casado y tendrían familia, porque incluso con ellas perdí el contacto.

Mis padres se habían ido temprano a trabajar y yo desayuné relajadamente antes de vestirme y dirigirme a casa de Valentina, que me pillaba a quince minutos andando, pero me vendría genial el paseo.

Valentina para mí había sido de lo más especial, como una hermana y ella me lo advirtió también durante mis primeros meses en Escocia, decía que me estaba convirtiendo en otra persona por culpa de ese energúmeno, como ella lo llamaba y yo me enfadaba muchísimo defendiéndolo y diciendo que era un hombre con muchas responsabilidades profesionales. Tonta de mí.

Lara y Maica decían que no hablaban por no pecar, pero que muy bien el escocés a ellas no les caía, la verdad.

Si había algo de lo que me arrepentía en mi vida, además de haber perdido a mis padres durante aquel tiempo, era de haberlas perdido a ellas, porque estaba claro que los hombres siempre irían y vendrían en nuestras vidas, pero las amistades, las buenas amistades, esas no había que perderlas por nada del mundo.

Justo antes de salir, me di cuenta de que mis padres me habían dejado una nota sobre la mesa y un sobre.

«Es para ti. Te queremos»

Sonreí al leerlo, pero la sonrisa fue sustituida por un suspiro al ver lo que contenía.

Me habían dejado un sobre con mil euros. Se me cayeron las lágrimas y tuve que sentarme un rato a que se me pasara la llorera. Aquello no lo esperaba y menos después de que me fuera de casa del modo en el que lo hice, sin mirar atrás y habiéndome enfrentado a ellos por alguien que con el tiempo me demostró que no valía la pena el sacrificio que hice.

Por no tener, no tenía ni cuenta de banco, ya que la cerré antes de irme. No tenía nada, más que una tarjeta de prepago escocesa en la que mis padres metieron el dinero para que comprara el vuelo. Esa que ya había tirado a la basura porque no me valía de nada.

Sequé mis mejillas y guardé el sobre en el bolso para salir de casa con una sonrisa que hacía tiempo no tenía, y sí, lo admitía, porque esa la perdí poco antes de dejar a Logan.

Paré en el banco que había de paso para casa de Valentina y me abrí una cuenta donde metí novecientos euros. Me dejé cien para llevar algo en la cartera. En tres días me llegaría la tarjeta de la cuenta a casa, pero ya podía usarla desde el móvil, ya que la chica me la dejó activada. No es que la fuera a necesitar porque mi objetivo era gastar poco y comenzar a trabajar.

Tenía en mente prepararme un buen currículum, aunque experiencia trabajando en veterinaria no tenía, pero bien era cierto que sabía todo lo relacionado con llevar una casa y la cocina no se me daba nada mal, por lo que podía buscar empleo en algún bar donde ayudar en la cocina preparando raciones, sándwiches y algunas cosillas más.

Lo que fuera, cualquier trabajo que encontrara me valdría para empezar de cero e ir tirando.

Después de salir de la sucursal me paré ante una tienda de chuches y entré a pillar una bolsita de gomitas de un euro que venían ya preparadas. Sentí la necesidad de azúcar, debía de tener los niveles super descompensados. También era cierto que iba a casa de mi amiga después de tantos años y que los nervios, quisiera o no, ahí estaban.

No dudé en coger una rosa de chocolate que era preciosa y venía hasta con papel envuelto, era una cucada que por tres euros no dudé en llevarla para Valentina.

Caminaba pensando en aquellos años que compartí con ella antes de irme de la isla, el momento en el que me contó que le gustaban los hombres y no las mujeres, y aquella primera vez que la vi con falda y sus tacones.

Sonreí al recordar que le dije que le tenía pelusilla porque tenía unas piernas que lucían mejor que las mías, y la colleja que me dio por tonta.

La adoraba, siempre lo había hecho y me moría de ganas de poder volver a estar bien con ella, así como Lara y Maica, quienes también querían a Valentina con locura.

Me paré ante su puerta con la rosa en la mano y se me escapó una risilla. Podía esperarme cualquier cosa de ella, porque igual podía ser que me cerrara la puerta en toda la cara para demostrarme que le había fallado, o que le diera por comerme a besos, hasta existía la

posibilidad de que me dejara entrar y estuviera diferente conmigo. Todo me ponía muy nerviosa.

No le había perdido la pista en estos años y me gustaba verla en sus redes, era como estar cerquita suya, aunque estuviéramos lejos. Yo apenas había subido fotos mías en Escocia, y en las que tenía ella no había reaccionado ni comentado nada.

Toqué el timbre y cogí una bocanada de aire antes de soltarlo con fuerza. Escuché cómo abría la puerta.

—Una hora te llevo esperando, pedazo de capulla —me dijo tirando de mi camiseta hacia dentro.

—¿Cómo que llevas una hora esperándome? —pregunté sin entender nada.

—Ya sabes que, aunque me has fallado, juramos no guardarnos jamás un secreto y yo lo pienso seguir cumpliendo. Tu madre me llamó ayer para decirme que estabas de regreso y que le habías dicho la intención que tenías de venir a verme hoy por la mañana, aunque no sabías si yo estaría.

—Vaya —apreté los dientes.

—Me pidió que fuera suave contigo que estabas por los suelos. Ya le dije que, porque me lo pedía ella, si no, te partía la cabeza contra la puerta —dijo provocándome una risilla—. ¿Eso es para mí? —Señaló hacia mis manos.

—Claro, toma —lo puse en las suyas.

—Sé que estás esperando un abrazo o un beso —me señaló—, pero te lo vas a tener que ganar —hizo un gesto de altivez.

—Lo haré, no te quepa duda de que lo haré —dije emocionada y comenzando a saltárseme las lágrimas.

—Venga, te voy a dejar que me des un abracito —murmuró con la voz entrecortada y comenzando a llorar.

Nos queríamos muchísimo y siempre habíamos sido uña y carne. Volvía a demostrarme que estaba ahí para mí y que lo estaba deseando tanto como yo.

Nos tomamos un café mientras me contaba lo de la urbanización y lo cómoda que estaba en ella. Ganaba un pastizal, y es que se lo merecía porque era una persona que arrasaba y se sabía ganar a la gente por lo natural que era.

Y entonces le pregunté por Lara y Maica, a lo que ella sonrió negando.

—Esas son otras dos que dejaron todo por un hombre.

—¿Cómo dices? —Fruncí el ceño.

—Lo que oyes. Hará cosa de seis meses que se fueron con su jefe de la clínica como médicos a un pueblecito de África.

—No he visto nada en sus redes.

—Y no lo vas a ver, ellas dicen que esa experiencia se queda en sus memorias y en sus teléfonos. Me han enviado alguna foto, nos hemos escrito cuando han podido, el otro día me dijeron que volvían en breve, así que verás la sorpresa que se llevan al verte.

—Pensé que se habían enamorado como yo y se habían liado la manta a la cabeza —sonreí.

—No, no, esas no se lían nada. Bueno sí, sí que se han liado, pero con un par de capullos de la clínica que estaban casados. Ya sabes, marido que nunca dejará a su esposa y sus preciosos hijos por la amante —se encogió de hombros.

—No me digas que por eso se fueron a África.

—Y tanto que fue por eso, para olvidarse de ellos un tiempo. Y lo han superado, que me han dicho que están preparadas para verlos y mandarlos al carajo si les dicen algo.

—Vaya tres, la guerra que te hemos dado —suspiré—. Yo dejé de hablarte por un hombre que me ha demostrado que no merece la pena, y ellas se van de misioneras.

—Sí, sois tres tormentos, pero os quiero con locura.

—Y nosotras a ti —sonreí y nos abrazamos.

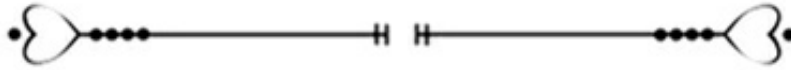
—Ay, loquita mía, cuánto te echaba de menos —me dio un beso en la cabeza.

—Y yo a ti. Lo siento mucho, de verdad.

—Cariño, que por amor se hace cada tontería...

—Lo sé —suspiré y dejé que mi mejor amiga me abrazara como me habría gustado que lo hiciera en aquellas ocasiones en las que Logan me había fallado.

Capítulo 6



Conrad

Una semana llevaba abierta la urbanización por completo y me sentía pletórico con el movimiento que había todo el día y noche. Se había convertido en el lugar favorito de las personas pudientes de la isla y hasta algunos habían reservado villas o suites del resort para estancias de varias semanas. Era increíble la nueva era que le habíamos dado a la *Je Set* con la apertura de este lugar en el que teníamos el privilegio de vivir los tres.

El centro comercial, gimnasio, sauna, Club y zona de masajes estaba todo el día lleno de gente y se hacían enormes cajas de las que no creíamos poder nunca llegar. Todo estaba siendo una tremenda locura que nos tenía flotando en una nube.

Quién iba a decirlo cuando aquello no era más que una idea en nuestras cabezas, cuando nos sentamos los tres en una mesa y mientras tomábamos café expuse lo que podíamos hacer y tanto Gonzalo, como Ethan, comenzaron a dar sus ideas.

Parecía que fue ayer y ya había pasado el tiempo, ese que se nos hizo demasiado largo por la espera. Pero como solía decirse: esta había merecido la pena al ver el resultado.

Eran las dos de la tarde y me había pasado la mañana revisando números y trabajando en diferentes proyectos de eventos que quería hacer en la urbanización, sobre todo, en la discoteca y el Club.

Sin duda eran las joyas de la corona, todo el mundo quería poder celebrar en ellos sus eventos y la verdad que con el lujo y la elegancia con los que ambos estaban diseñados, no era para menos.

Había visto cientos de fotos circulando por las redes donde nos habían etiquetado, y era normal que la gente quisiera visitarnos, pues aun siendo a través de la pantalla se podía ver todo lo que ofrecía cada estancia.

A este último me dirigía a comer. No había quedado con los chicos, pero seguramente me encontraría a alguno por allí, o a los dos.

Cuando llegué se me acercó Valentina riendo y se notaba que me quería decir algo.

—Aquí, tu relaciones públicas favorita —dijo, causándome una carcajada por esa manera en la que lo había dicho.

—¿Qué tal, Valentina? —pregunté con la risa suelta.

—Necesito hablar contigo —respondió y por un momento me pareció verla nerviosa, algo que, en el tiempo que hacía que la conocía, nunca había presenciado—. ¿Tienes unos minutillos para mí?

—Claro, ¿has comido?

—No, pero si quieres lo hago contigo haciéndote de compañía. Eso sí, sin que sirva de precedente —carraspeó.

—Vamos.

Valentina estaba trabajando, pero podía permitirse el lujo de apartarse un poco y comer conmigo o ella sola como muchas veces hacía. Incluso con clientes que la invitaban encantados porque como ya mencioné con anterioridad, ella caía muy bien. Y eso era más que evidente, ya que, mesa por la que pasaba, mesa de la que recibía un saludo y ella respondía con una de sus amplias sonrisas.

Pedimos una ensalada especial para compartir y un plato de paella cada uno.

—¿Y bien? ¿Qué me querías comentar? —pregunté, en cuanto nos quedamos solos.

—Tengo que pedirte un favor especial —se puso la mano en la boca y aguantó la risita.

—Valentina... —arqueé la ceja con una leve sonrisa, porque no quería pensar mal, pero es que la conocía.

—Tranquilo, que no quiero que me lleves al cuarto de la lujuria para pecar conmigo —dijo levantando ambas manos, y ahí vi que los nervios que había visto, quizás eran más fruto de mi imaginación.

—Sorpréndeme.

—¿Te acuerdas hace un año cuando me pillaste en la disco llorando y te conté que estaba perdiendo a mi mejor amiga que se había ido a Escocia con un tío que era más malo que el veneno?

—Sí que me acuerdo.

—Pues ha regresado. Ya no está con él. Por fin se estampó contra el muro y se dio cuenta de la realidad. Y mira que le ha costado, que por más que le dije... pero nada.

—¿Y la has visto?

—Sí —se emocionó—. Me gustaría que tuviera una oportunidad de empezar de cero. Se sacó la carrera de veterinaria, pero le va a costar encontrar un empleo. Sus padres en aquel entonces le iban a ayudar a montar una clínica y ahora se lo han ofrecido, pero ella quiere ganar dinero y reunir para poder poner una parte. Es preciosa, educada y te garantizo que sabrá cuidar a los clientes tanto o más que yo —me puso cara de tristeza—. Jamás he recomendado a nadie, pero esta vez sé que no corro el riesgo de fallaros. Es perfecta, de verdad, te lo digo con el corazón en la mano.

—¿Y qué hago, le monto una clínica veterinaria en el resort para que ella la lleve? —pregunté, bromeando.

—No estaría mal, pero como sé que no lo vas a hacer, podrías ponerla aquí en el club en el turno de mañana o tarde, en cualquiera de los puestos. Estoy segura de que os alegraréis de ello. Tiene imagen, es simpática, legal, ¿qué más necesitas para decir que ya está contratada?

—Sin presión —me reí.

—Dale la oportunidad y te prometo que sigo consiguiendo que todos los millonarios dejen parte de su fortuna en invitarme a los mejores vinos —me hizo un guiño.

—Como si ya no lo hicieras —volteé los ojos sin perder la risilla.

—¿Me harás ese favor? —preguntó esta vez con sus manos juntas, como si estuviera rezando.

—Claro, pero enséñame una foto. Al menos que vea si de verdad tiene presencia como dices, o me quieres vender muy bien a tu amiga —sonreí, porque sabía que, si Valentina se implicaba de este modo, era porque esa chica le importaba mucho.

—Ahora mismo, jefe —dijo cogiendo el bolso para sacar el móvil sin dejar de sonreír.

Me enseñó varias fotos de ella y me impactó lo bonita que era. No había mentido al decir que tenía imagen, y sin duda de cara al público sería todo un acierto. Transmitía paz y por su sonrisa pude ver que era una persona sana. Yo para eso tenía un ojo increíble.

—Me gusta, tiene imagen y a priori me ha dado buena impresión.

—¿Es un sí? —preguntó con los dedos cruzados y mirándome como lo haría un cachorro.

—Vale, y quiero que la formes como relaciones públicas.

—¿Cuándo empieza?

—Mañana mismo si quieres. Pásale esta tarde al departamento laboral su DNI y tarjeta de seguridad social para que le hagan el contrato y lo firme antes de entrar.

—¡Ay, por favor! Pero qué grande eres. No te como los morros porque no quiero que te enamores de mí. Gracias, jefe, eres el mejor del mundo. Se va a poner loca de contenta —se puso a aplaudir.

—Un mes de prueba —le aclaré, levantado el dedo para dar más énfasis al momento— y luego le hago el contrato de seis meses hasta que demuestre que se merece el puesto y pase a ser personal fijo de la empresa.

—En un mes se hace con ese contrato indefinido, te lo digo yo —me retó.

—Si tú lo dices... —sonreí.

No estaba en mis planes meter a nadie más, pero debido a la confianza que le tenía a ella y la buena impresión que me había dado, no estaba de más tener más relaciones públicas para que se cubrieran una a la otra en los turnos.

Siempre era mejor contar con dos que pudieran descansar en condiciones, que una sola que acabara mandándonos al carajo a todos por trabajar más de la cuenta, aunque ese nunca había sido el caso de Valentina.

—De verdad que no os vais a arrepentir de contratarla, jefe, que ella es un encanto de persona —dijo con la mirada brillante, señal de que estaba agradecida y de lo mucho que quería a su amiga.

Gonzalo apareció cuando ya estaba levantándose Valentina de la mesa para ponerse a trabajar después de comer. Esta se despidió de ambos con su habitual desparpajo y nos quedamos los dos riendo. Mi amigo y socio se sentó en su lugar y nos pedimos unos cafés, momento que aproveché para contarle lo de la nueva chica, Martina, que así me había dicho Valentina que se llamaba.

Le pareció una genial idea y hasta teníamos la intención de que también se turnaran una noche cada una el viernes y el sábado en la discoteca, que era cuando más concurrida estaba. Ya lo hablaríamos en su debido momento.

Ethan apareció con cara de niño pícaro sin decir nada, pero dejando entrever que había tenido una noche loca con alguna chica. Era el más pájaro de los tres en ese sentido, aunque realmente ninguno nos salvábamos.

—No preguntamos, ¿no? —dijo Gonzalo, y Ethan sonrió.

—Si ya os sabéis la respuesta, ¿para qué quieres preguntar?

—Pues también es verdad, qué despiste el mío —Gonzalo volteó los ojos.

—¿Rubia, morena, pelirroja? ¿Soltera, casada, divorciada...? —curioseé.

—Joder, qué interrogatorio, macho, pareces mi madre —resopló Ethan.

—Nos preocupamos por ti, que no queremos que pases por una experiencia como la suya — señalé a Gonzalo.

—No invoques a quien ya sabemos, por favor te lo pido —dijo el aludido.

—Rubia, a punto de firmar el divorcio, y solo ha sido una noche. Digamos que he contribuido a su despedida de casada —contestó—. ¿Por qué se divorcia tanta gente?

—Porque se les acaba la magia de los inicios —me encogí de hombros.

—Y que no saben mantenerla, y claro, la llama se apaga —añadió Gonzalo.

—¿Quién cojones sois vosotros y qué habéis hecho con mis amigos? Estáis de un poético...

—Para una vez que nos ponemos profundos.

—Oye, que tú con esta llevas dos veces —me dijo Gonzalo.

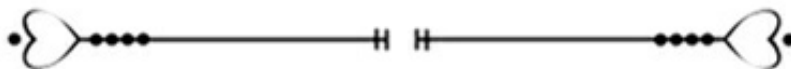
—Bueno, cambiando de tema. ¿Alguna novedad? —preguntó Ethan, y le hablé del favor que me había pedido Valentina para contratar a su amiga y la idea de los turnos— Pues me parece genial, ¿cuándo empieza?

—Mañana —respondí—, se incorpora mañana.

Ethan asintió y nos quedamos allí charlando los tres hasta que ellos se fueron a hacer unas gestiones y yo me quedé tomándome otro café mientras revisaba el correo y respondía algún que otro e-mail urgente.

Se acercó uno de los clientes al que conocía desde hacía algún tiempo para saludarme y lo invité a una copa, me comentó que pronto sería el cumpleaños de su hija, que era influencer, y quería darle una sorpresa celebrándolo en nuestra discoteca. Le dije que no había problema y que me envira un correo con lo que tenía pensado, estaba seguro que podíamos hacer algo inolvidable para ella y sus amistades, y que de seguro nos supondría muchas más peticiones como esa, sin lugar a dudas.

Capítulo 7



Martina

No sabía cómo le iba a pagar a Valentina que me hubiera conseguido una oportunidad en un lugar como aquel que ahora mismo era la joya de la isla de la que todo el mundo hablaba y al que no todos los ciudadanos de a pie podíamos acceder.

Cuando me llamó el día anterior para decirme que tenía un trabajo para mí, pensé que me tomaba el pelo, y más aún cuando me dijo dónde era y en qué puesto me quería su jefe.

Desde luego que no me desmayé de la impresión porque estaba bien de azúcar, que me acababa de comer una palmera de chocolate de la pastelería del final de mi calle, que, si no, habría acabado en el suelo.

Aquella era mi oportunidad para empezar de cero, desde luego que no era el sueño que una vez tuve de trabajar en veterinaria, pero dadas las circunstancias y que quería empezar a trabajar cuanto antes mejor y comenzar a ahorrar para no ser una carga en casa, aunque mis padres insistían en que no lo era y que mucho había tardado en volver con ellos, el trabajo en ese lugar me había caído del cielo de manera literal.

Le mandé al móvil lo que me había pedido y quedé con ella para ir juntas, algo que era ya un aliciente porque no solo estaría trabajando, sino que lo haría con ella y no cabía en mí de gozo.

Me levanté a la par de mis padres y me tomé el café con ellos antes de que se marcharan hacia el instituto a trabajar.

—Te veo nerviosa, hija —dijo mi padre.

—No es para menos, es mi primer día de trabajo —sonreí.

—Pero si lo vas a hacer muy bien, cariño —mi madre me acarició la mejilla—. Verás que, en nada, te haces con el puesto y te sale todo rodado.

—¿De qué era?

—Voy a estar con Valentina, papá, de relaciones públicas.

—Vamos, que mi niña si se empeña le vende un iglú a un esquimal.

—Qué cosas tienes, mamá —reí.

—Lo importante es que estés cómoda en el puesto, hija.

—Eso seguro, papá, y más estando con Valentina.

—No sé yo, que las dos juntas tenéis un peligro...

—Ni que las niñas fueran un par de demonios, Rubén —resopló mi madre.

—Tampoco he dicho eso, ¿o tú me has oído decir tal cosa, hija?

—No, no, ni lo has pensado siquiera —reí.

—Menos mal que mi preciosa hija me conoce —me dio un beso en la mejilla mientras se levantaba.

Recogimos la mesa y se despidieron para ir al trabajo, mientras yo seguía sintiendo que me fallaban las piernas por completo mientras me dirigía a mi habitación.

Y es que estaba de los nervios y no dejaba de elegir outfit para dar buena impresión. Nada de lo que cogía me parecía bien, y eso no hacía más que incrementar mis nervios.

Al final me decanté por unos vaqueros pitillo con unas sandalias de tacón y una camiseta muy bonita anudada en un lado, moderna, pero arreglada. Lo dejé todo sobre la cama, ya que hasta las once no pasaría Valentina a por mí. Debíamos ver primero al asesor y luego nos incorporaríamos en el Club a las doce.

Llené la bañera y me metí dentro un buen rato. Necesitaba crear un clima cálido y dejé todo a oscuras, con un incienso de olor a vainilla, del mismo que la vela que encendí. De fondo puse música relajante y cerré los ojos, quería estar tranquila y no pensar en nada, quedarme allí unos instantes con la mente en blanco desconectada por completo del mundo, pero había algo, o más bien alguien, que me impedía llegar a ese estado.

No pude contener las lágrimas al mirar hacia atrás y recordar todo lo que frené en mi vida por un amor que no era correspondido. Desde luego que me había dejado marcada para mucho tiempo, pero ese, estaba segura que me volvería a poner en mi camino.

Porque estaba claro que con el tiempo sanaría, que no iba a hacerlo de un día para otro y que ni mucho menos olvidaría a Logan como si fuera tan sencillo como hacer un simpe chasquido de dedos.

Mis padres estaban muy contentos de que comenzara a trabajar allí y no me quedara encerrada

en casa y sufriendo por esto que había pasado en mi vida. Querían ayudarme a montar la clínica, pero yo quería ser partícipe de eso y ahora me pondría a ahorrar como loca para conseguir mi sueño.

No iba a fallar a Valentina por haber dado la cara por mí, e iba a currar como una condenada para que valorasen mi trabajo y no pasar por una simple enchufada. Tenía ganas de empezar de cero y esta oportunidad era la perfecta para hacerlo. Con el corazón roto, pero con ganas de volar...

Me maquillé de manera natural y vi en mí a esa joven a la que aún le quedaba mucha vida por delante.

—Pero, ¡qué guapa está mi niña! —exclamó Valentina al verme.

—Para guapa tú. Mírate, si pareces una actriz de Hollywood.

—Me conformo con seguir siendo la relaciones públicas de los jefes de la urbanización —se rio sacándome otra sonrisilla a mí y eso que era fácil por su parte, era de lo más contagiosa.

Me monté en su coche que estaba aparcado en mi calle y nos fuimos hacia las oficinas de la urbanización a ver al asesor laboral que estaba en su despacho esperándonos.

El contrato era buenísimo, constaba de cuarenta horas semanales con una nómina de mil cuatrocientos euros mensuales, más las propinas, vacaciones y pagas extras. Nada que ver con el de Valentina, pero para empezar y como medio de prueba, estaba que no cabía en mí de gozo, para mí era un pastizal y más que según Valentina, en propinas me llevaría un buen pico.

Nos despedimos del asesor y fuimos hacia el trabajo, yo aún me notaba nerviosa, pero para eso estaba allí mi amiga, que me daba algún que otro apretón en la mano mientras me decía que menos nervios, no fuera a ser que diera una mala pisada al caminar y acabara torciéndome un tobillo.

—No te me des de baja en tu primer día, que me infartas —dijo, haciendo que me saliera una carcajada.

La urbanización era de ensueño y estaba hecha para el confort de todos los socios. Me presentó a los camareros que había en este turno. Julio fue el que más llamó mi atención por el carisma que tenía, ese que estaba segura que era con el que se metía a los clientes en el bolsillo, como solía decirse.

—Julio es un amor —le dije a Valentina cuando iba enseñándome el lugar.

—Es un gran hombre. ¿Y lo bueno que está?

—Sí, es muy guapo y tiene un físico impresionante, pero solo me cayó bien —volteé los ojos y solté el aire.

—Vale, porque lo del energúmeno lo tienes aún muy reciente, pero deja que pasen unas semanitas.

—O unos mesecitos, que no tengo yo ojos para fijarme en nadie, la verdad.

—Ojos sí que tienes, y bien bonitos, como dos luceros.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Sí, sí, lo sé, pero si te has fijado en Luis, aunque sea de refilón, ya verás cuando veas a los tigres de la noche.

—¿Quiénes son los tigres? —Arqueé la ceja.

—Nuestros jefes —se echó a reír a carcajadas.

—La madre que te parió —resoplé— ¿Los piensas llamar por sus nombres alguna vez? Mujer, un respeto.

—¿Respeto? Cualquier día pago el cuarto de la lujuria para los cuatro y me pongo las botas. Lástima que anden con tantos prejuicios. ¡No saben lo que se pierden!

—Madre mía, estás peor que cuando te dejé en la isla.

—Pero bien tirada como a un perro —hizo un gesto de altanería.

—¿Has visto ese cuarto? —pregunté curiosa.

—Mírala ella, qué manera de cambiarme de tema —suspiró negando y sonreí—. No, no lo he visto, eso es el secreto mejor guardado de este lugar. Pero vamos, que tiempo al tiempo, que yo tengo que entrar ahí y ver qué se esconde. Lo que tengo claro es que es gigante y que tiene que ser de esos sitios que te dan ganas de que te den por todos lados.

—¿Puedes hablar mejor? Qué te has dejado la finura y elegancia en casa —me salió una risilla.

—Me he venido arriba —dijo sonriendo y dirigiendo la mirada hacía unos clientes que llegaban y que saludó por sus nombres. No tardó en presentármelos como los grandes productores de cine de la isla. Se veían majos, y como en alguna que otra ocasión como me había dicho Valentina, venían a comer.

Un rato después de ir enseñándome cómo manejarme con los socios y cómo moverme por el lugar, sonrió mientras me decía que ahí venía el jefe de los jefes. La miré sin entender nada, solo sé que mis ojos se clavaron en los de ese hombre que apareció ante nosotras sonriendo y que era como un modelo acabado de salir de las revistas. Nunca me había llamado la atención nadie tanto a priori como lo había hecho él.

Alto, elegante, con un traje azul marino que le sentaba como un guante, sin corbata y con la camisa ligeramente desabotonada, de cabello rubio oscuro y unos ojos azul grisáceo que destacaban mucho más con el color del traje.

—Jefe, le presento a su nueva empleada, la más guapa después de mí, obviamente —le soltó la muy descarada, con la mano en el pecho y una sonrisa.

—Hola, debes de ser Martina —me extendió su mano y al estrecharla sentí que no solo nuestras miradas parecían haber sido abducidas la una por la otra, sino que el contacto de nuestras manos me había ocasionado algo extraño en mí. Me costó reaccionar.

No podía moverme, ni siquiera me salían las palabras, solo estaba ahí delante de aquel hombre que no me soltaba la mano mientras mis ojos quedaban fijos en los suyos.

Y por más que trataba de encontrar las palabras y la voz, no había manera.

—Sí, es Martina —dijo Valentina riendo, al ver que yo no reaccionaba.

—Sí, soy Martina —contesté ruborizada por completo repitiendo las palabras de mi amiga como un loro—. Un placer.

—Igualmente. Soy Conrad.

Me había quedado en shock. ¿Qué clase de imagen le había podido dar cuando se suponía que venía de relaciones públicas y me había dejado sin palabras?

—Bienvenida a la urbanización —sonrió de medio lado y miró a Valentina—. Espero que seas una buena maestra, no me defraudes.

—Descuida, que voy a ser la mejor. Solo espero que la alumna no me supere y acabes mandándome a mí al paro —volteó los ojos.

—Eso es algo que jamás se me pasaría por la cabeza —rio—. Martina, nos veremos por aquí.

Asentí sin decir nada, porque no podía por más que lo intentaba, de verdad que no.

Me había quedado en tal estado, que menos mal que no era mi primer día como camarera, porque hasta nerviosa me había puesto aquella mirada y capaz sería de tirar las copas de la bandeja sobre algún pobre diablo que se cruzara en mi camino.

Conrad se dirigió a una mesa a comer y yo miré a Valentina con agobio diciéndole que no sabía qué me había pasado, pero que me sentía gilipollas.

—¿Te has dado cuenta de que no exagero cuando digo que quiero llevarlo al cuarto de la lujuria junto a sus dos socios? Porque, si este te ha dejado gilipollas como dices, espera a ver a los otros dos. Si es que juntos son como esos memes de los Reyes Magos sexys —se dio aire con la mano la muy cabrita.

—Pues espero que no me impacten tanto como él, o termino pidiendo la baja psicológica — me eché a reír negando.

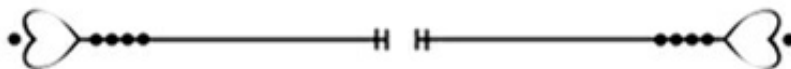
—O les pides que te lleven al cuarto.

—Sí, claro, y de paso te llevamos.

—Uf, eso sería una fantasía nena, una fantasía —volvió a darse aire y acabamos las dos riendo.

Eché un vistazo rápido a la mesa y... sí, me encontré con su mirada y la aparté porque notaba las mejillas sonrojadas.

Capítulo 8



Conrad

Reconozco que jamás había sentido una atracción tan grande por una persona como lo que me había pasado con Martina. Era como si nuestros ojos se hubieran quedado hipnotizados los unos por los otros, incluso al estrechar nuestras manos sentí como si me hubiera dado una ligera corriente.

Desde luego que en su caso era cierto eso que decían de que las fotos no le hacían justicia. Que sí, que cuando me las enseñó Valentina pude comprobar que era guapa y tenía buena presencia para el puesto que le iba a dar, pero en persona era mucho más bonita.

Su figura era perfecta, bien definida y con unas curvas de infarto. Su rostro fino y delicado, su mirada brillante de ojos verdes enmarcada en una melena negra era lo que más destacaba. Aunque había un leve halo de tristeza en ella que por mucho que quisiera ocultar, estaba ahí.

Me había pasado toda la comida en shock y observándola, moviéndose por allí con soltura, esa que parecía que no había sido capaz de tener conmigo. Curioso, porque no me tenía por un jefe de esos autoritarios o que impusiera y que diera miedo como si fuera un ogro, pero estaba claro que con los clientes se mostraba mucho más tranquila que en mi presencia.

Esperaba que solo fuera cosa del primer día, que los nervios le hubieran jugado una mala pasada y que aquella fuera su reacción al tenerme delante, porque sería entendible, y no porque me temiera como si yo fuera poco más que un villano de película.

El modo en el que se entremezclaba por allí junto a Valentina y la sonrisa que le dedicaba a nuestros clientes me dejaban claro que sí, que había sido todo un acierto contratarla, sin duda tenía ese carisma que hacía falta para ser relaciones públicas y caer bien, ganarse la confianza de todos con los que hablaba y metérselos en el bolsillo como hacía Valentina.

Ethan y Gonzalo llegaron de una reunión con una firma que quería cerrar un acuerdo con nosotros para un evento en el Club y otro en la discoteca.

—Se ve con buena imagen la nueva —dijo Gonzalo, sentándose en mi mesa donde ya me estaba tomando el café.

—Tiene un repaso también —contestó Ethan.

—A mí me ha dejado boquiabierto —reconocí—. Os juro que aún no salgo de mi asombro. Tiene algo...

—Verás que te nos has enamorado —soltó Ethan, consiguiendo que nos riéramos.

—No es eso, pero me dejó un tanto diferente a como soy normalmente. No se me quita de la cabeza —confesé.

—Pues sí que estás mal —me contestó Ethan.

—¿Qué mal? —le preguntó negando Gonzalo— No te está diciendo que se haya enamorado, te está diciendo que se sintió más atraído de lo normal.

—La veo en el cuarto de la lujuria... —le respondió Ethan— Lo malo es que quiera llevar a su amiga Valentina —nos causó una carcajada—. Aunque este, tal y como se ha quedado, capaz de aceptar.

—Quita, quita —dije negando sin perder la risa y dirigiendo la mirada hacia el exterior que era donde estaba Martina en la zona de la piscina.

Me llamaba la atención, eso era obvio o de lo contrario no me sentiría de esta manera, pero me costaba digerir que mis pensamientos y mi mirada estuvieran en dirección a ella. Jamás alguien me había causado esto tan raro que no sabía definir, porque iba más allá del típico calentón que me podrían haber producido muchas veces. Ella era diferente.

Estuvieron contándome todo lo que habían hablado en la reunión, nos repartíamos bien el trabajo entre los tres y en temas de reuniones cada uno tenía su punto fuerte de modo que todos los acuerdos se cerraban de lo más ventajosos para todos.

Y de nuevo volví a mirarla, ese modo en el que se colocó el cabello tras la oreja mientras sonreía me dejó clara una cosa, y es que Martina era un tanto tímida a pesar de la soltura con la que se desenvolvía en su puesto de relaciones públicas.

Nos fuimos al exterior a tomar una copa. El día estaba perfecto e invitaba a pasar el tiempo allí, donde la gente disfrutaba de tomar el sol, darse un baño en la piscina o tomar algo en esta.

Pasamos frente a ellas que estaban al otro lado de la piscina hablando con unos clientes y nuestras miradas de nuevo conectaron de algún modo. Era como si fueran dos imanes que se atraían y dejaban inmóvil al resto del cuerpo.

Esos ojos eran impresionantes, muy expresivos, y a pesar de que se empeñaba por esconderla, yo veía esa tristeza en ellos.

Nos acomodamos en unos sofás con una mesita que teníamos reservada siempre para nosotros. No podía dejar de mirarla mientras tomaba la copa y los chicos en varias ocasiones me

hicieron un chasquido con sus dedos delante de mis ojos. Estaba completamente ausente y con mis pensamientos en Martina.

—Ahora mismo le ponemos de vuelta y media, y ni cuenta se da —dijo Ethan.

—Desde luego que este hombre aquí, con nosotros, no está.

—Sí estoy, y no soy sordo, os oigo perfectamente —protesté.

—Pero no nos prestas atención, que te has distraído con las vistas —contestó Gonzalo.

—Y qué vistas.

Miré a Ethan con la ceja arqueada y sonreí negando, este hombre no tenía remedio.

—No me mires así que, si tú me dices que es para ti y para más nadie, como diría Shakira, yo me retiro como buen caballero.

—Caballero dice el condenado, qué valor —rio Gonzalo.

—Va, dejad el tema que solo es que me ha llamado la atención y ya.

—Yo no digo nada, pero una cosa, socio —Ethan se echó hacia adelante y me dio una leve palmada en la espalda—. Como no dejes de mirarla, al final la vas a desgastar.

—Qué capullo eres cuando quieres, Ethan —resoplé.

—Que viene siendo unas dieciséis horas al día, porque las otras ocho, estás durmiendo —dijo Gonzalo.

—O con una mujer, que no soy monje ni célibe —soltó y estallamos los tres en carcajadas.

No podía con ese par, me ponían la cabeza como un bombo a veces, pero las risas a su lado no tenían precio.

Recordé las palabras de Valentina en las que me decía que su amiga había venido después de un chasco amoroso con un escocés. ¿Acaso tendría ganas de fijarse en alguien? Su mirada, a pesar de esa tristeza que había visto, desde luego que decía que sí, pero no estaba seguro si era yo el que estaba haciéndome una película en mi cabeza. El caso es que sentía unas ganas enormes de saber más de ella.

Un rato después me di cuenta de que venían hacia nuestra mesa.

—Hemos triunfado como los chichos —decía Valentina riendo—. Es la segunda copa de doscientos euros a la que nos invitan y encima nos han dado una propina de treinta euros a cada una —nos contaba tomando asiento.

—Siéntate, por favor —le dijo Gonzalo a Martina que se había quedado como un poco cortada sin saber cómo reaccionar. De nuevo en ella ese bloqueo que no se le veía hablando con los clientes.

—Gracias —murmuró ella, dirigiendo su mirada hacia la mía.

—Así que habéis triunfado y nos habéis hecho triunfar a nosotros —le dijo Ethan.

—Ya te digo, pero la próxima vez me paga la copa de quinientos euros. Vamos que sí, y eso que insistió, pero ya se la meteré doblada —se reía poniendo la mano en su boca y causando una risa en todos, incluso en Martina que lo hacía poniéndose sonrojada por completo al notar mi mirada en ella.

—¿Qué tal se te están dando tus primeras horas? —le pregunté a Martina, que estaba sentada a mi lado y en un tono más bajo entre nosotros. No pude evitar mirarla y ver cómo sus mejillas se tornaban de un tono rosado que me hizo sonreír con disimulo. Estaba claro que yo, la ponía nerviosa.

—Pues... Sí, sí.

—¿Sí? —me eché a reír y Valentina se llevó la mano a la cara al ver a su amiga que no daba una delante de mí. Ethan levantó la ceja aguantando la risa y Gonzalo sonreía viendo la cara de todos.

—Sí, bien, me gusta —atinó a decir como si fuera un robot y se llevó las manos a la cara riendo de sentir que no daba una.

—Está nerviosa, es su primer día de trabajo y está sentada con sus jefes —la defendió Gonzalo en un intento de que no se sintiera mal.

—Hostias, allí llegan los Sanders —Valentina se refería a un matrimonio de multimillonarios que vivían en una mansión en la isla y que nadie sabía de sus vidas más que eran alemanes y tenían una fortuna incalculable. Eran socios y habían sido clientes de la discoteca que tuvimos en la ciudad—. Esos nos van a pagar otra copa —dijo cogiendo la de ella y la de Martina y vaciándolas en el jardín con disimulo para parecer que se la habían bebido.

—Cuatrocientos euros a la mierda —murmuró Ethan riendo.

—Nos va a emborrachar a las plantas —suspiró Gonzalo.

—Niña, prepárate que vamos a hacer que pasamos por su mesa de casualidad y te voy a presentar a los narcos del club, porque esos dos de algún lado tienen que sacar tanto dinero y nadie sabe de dónde.

—Si fueran narcos no serían tan ostentosos —le contestó Gonzalo.

—También es verdad —suspiró levantándose y poniéndose al lado de Martina, que sonreía

intentando evitar su mirada con la mía.

—Qué os den buena propina —les dijo Ethan.

—Ya te digo que me la van a dar —besó sus dedos en plan gitano.

El caso es que de lo que les invitaran en copas, cócteles y comida, ellas se llevaba un diez por ciento por lo cual no contaban solo con la propina de extra. Valentina era muy talentosa para eso y sabía cómo conseguir que el cliente la agasajara de alguna manera. No solo eso, que le tuvieran un increíble cariño y respeto porque lo mejor de todo es que pese a lo que representaba en confianza, ante los demás mostraba otro carácter mucho más profesional y respetuoso.

Las vimos ir hacia la mesa de los Sanders y sí, tal como había dicho, con disimulo mientras hablaban entre ellas, se hicieron las encontradizas y sorprendidas al verlos. Valentina les presentó a Martina y allí se quedaron charlando con ellos, que sí que las invitaron a una copa y de las caras, motivo por el cual nuestra adorable Valentina miró disimuladamente hacia nosotros y nos hizo un guiño de lo más pícaro.

Gonzalo decía que teníamos una mina con Valentina y que, si enseñaba bien a Martina, la mina sería mucho más grande. Y tenía razón, en cierto modo conseguía que los clientes se gastaran muchísimo dinero con sus recomendaciones. Y lista era un mundo. Así que recomendaba de lo mejor y más caro, pero sabía que sería todo un acierto y los clientes terminarían contentos por haberse dejado llevar por su recomendación.

Y llegó ella y me sacó de todos mis pensamientos laborales. ¿Cómo era posible? Me había dejado con una sensación diferente de la que tenía hasta ahora y lo peor de todo es que mi mirada no dejaba de seguirla todo el tiempo a pesar de intentar estar en la conversación con los chicos, pero era imposible, de verdad que lo era y me costaba tener la mente con ellos al igual que estaba mi cuerpo.

Esa mujer había captado mi atención de tal modo, que era inevitable que no se me fueran los ojos solos hacia donde estaba ella en cada ocasión que tenía.

—Te estás quedando pillado, mírate —me dijo Ethan con una leve sonrisilla.

—Sí, no hay más que verte, si hasta diría que se te cae la baba —comentó Gonzalo.

—Perdón —me sacudí la cabeza y sonreí—. Estoy para que me encierren.

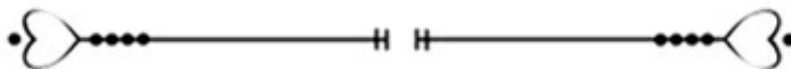
—¿En el cuarto de la lujuria con ella? —curioseó Ethan con la ceja arqueada.

—La madre que te parió —reí negando.

—Pues —miró su reloj—, a estas horas, seguro que está con las vuestras tomando café.

—Qué guasa tienes Ethan, qué guasa —resoplé.

Capítulo 9



Martina

Salí del trabajo contenta y en shock a partes iguales. Me monté en el coche y Valentina me miró sonriendo a la vez que arrancaba.

—Quita esa cara, si tus padres te vieran no se lo creerían.

—No te montes películas en la cabeza —resoplé.

—¿Qué tal si nos hacemos una de pijamas y pizzas para cenar?

—Pues la verdad es que me apetece —sonreí—. ¿Hacemos una parada en mi casa y cojo las cosas?

—¡Sí! —gritó emocionada.

No dejaba de pensar en Conrad y a la vez no entendía cómo era así cuando ahora mismo yo estaba con el corazón roto en mil pedazos e intentando reconstruir mi vida. Obviamente no quería nada con él, además, se veía que era un tipo de esos inalcanzables, pero mirar, sí que me había mirado.

Estaba claro que lo mismo estaba poniéndome a prueba y observando todos mis movimientos para ver si realizaba mi trabajo como él deseaba.

—Ese hombre se quedó prendado por ti, Martina —murmuró riendo mientras conducía.

—¿Qué dices? Estás fatal. Seguro que me estaba poniendo a prueba.

—No he visto en mi vida a Conrad mirar a alguien como lo hizo contigo.

—No empieces a crearte fantasías que no existen —protesté.

—¿Te imaginas siendo la novia de uno de los jefes de la urbanización? ¡Me muero!

—Eres imbécil, Valentina —negué agobiándome a la vez que me reía—. Tengo el corazón partido en mil pedazos...

—*Tiritas pa' este corazón partío...* —comenzó a cantar.

—Tú estás fatal —resoplé.

—Cariño, que para el corazón roto ya lo dijo Alejandro Sanz, tiritas.

—Madre mía —me pasé la mano por la frente y suspiré—. Además, ese hombre puede tener a la mujer que quiera. ¿Qué haces montándote tantos pajaritos en la cabeza?

—Verás... —me desafiaba a la vez que afirmaba.

Subió la radio y comenzó a cantar la de “La Potra Salvaje” a todo pulmón mientras conducía.

Estaba flipando, era mi primer día en el trabajo y en propinas me había sacado sesenta euros. En este lugar se cobraba un pastizal como me decía Valentina y tenía más razón que una santa y todo esto sin contar a final de mes el porcentaje de las consumiciones a las que nos habían invitado, cosa que la mitad iban a la basura. Obviamente no íbamos a ingerir todo porque como me había dicho mi amiga, había días que te invitaban a diez copas y otros que solo a una o dos, al igual que con las propinas en las que había días que solo sacabas veinte euros, pero joder, todo sumado a final de mes era un dineral.

Y encima con un jefe que me dejaba bloqueada por completo. ¿En serio tenía que venir el primer día y ponerme de esta manera? No podía ser amor, eso por desgracia aún sentía un poco por el gilipollas de mi ex, pero es que era difícil de describir esta sensación que me embargaba en estos momentos.

—Deja de pensar en él —murmuró señalando la puerta para que me bajara, ya que había aparcado y no me había dado ni cuenta.

—Joder, estoy peor de lo que pensaba.

Entramos a mi casa y mis padres estaban en la cocina preparando la cena. Les comenté que me iba a casa de Valentina a pasar la noche y les pareció una gran idea, ya que ante todo lo que más deseaban es que terminara de sacar de mi cabeza a Logan.

—Eso mismito le he dicho yo, Noelia —contestó Valentina.

—¿Y qué tal el primer día en el trabajo, cariño? —preguntó mi padre.

—Muy bien —sonreí.

—La niña ha nacido para ser relaciones públicas, Rubén —le dijo ella también.

Y sin cortarse lo más mínimo, Valentina comenzó a contarles en plan de bromas y sin decir

nada que uno de los jefes se había quedado encandilado con mi trabajo. La muy capulla siempre tenía que ponerme de lo más nerviosa, el caso es que me tenía que reír sí o sí con ella.

—A final de mes me bajan a mí el sueldo para subírselo a ella, ya veréis, ya.

—Qué exagerada eres, Valentina —volteé los ojos y me fui para la habitación.

Preparé mi bolsa y antes de irnos mis padres nos dieron un túper con croquetas recién hechas y ya fritas. Nos habíamos comido un par de ellas para probarlas y estaban deliciosas, eran de marisco.

Llegamos a su casa y nos duchamos para ponernos los pijamas mientras llegaban las pizzas y unos helados que habíamos pedido de postre.

—Has pedido mucha pizza, con una familiar habríamos tenido suficiente, ¿dónde vamos con dos? —dije cuando nos sentamos en el sofá.

—No sé tú, pero yo tengo hambre.

—¿Y vas a comerte una familiar tú solita? Vas a tener sobras de pizza para todo el mes —resoplé.

—Pues mejor, así no me preparo cenas cuando llegue —se encogió de hombros.

Normalmente solíamos cuidarnos, pero una noche de pijamas, era una noche sin mirar nada. Y hoy nos íbamos a poner las botas mientras yo intentaba disimular el hecho de que Conrad no se me quitara de la cabeza. ¿Cómo podía haberme hecho sentir estas cosas extrañas con solo una mirada y un apretón de manos?

Todo era una locura que no esperaba para nada encontrarme de regreso a la isla, pero parecía que al igual que el trabajo, todo llegaba para poner mi vida patas arriba y sacarme de ese mundo en el que hasta ahora había estado anclada en Escocia.

Me sentía muy afortunada porque tenía la oportunidad de trabajar en un lugar así y eso aquí era impensable. En la isla había trabajo, pero no se cobraba más de mil doscientos euros, con lo cual, yo era de esas afortunadas que podía ahorrar todo el sueldo y las comisiones, ya que de las propinas podía vivir perfectamente y hasta guardar una parte de ellas, dado que vivía con mis padres y ellos no me cogerían ni un euro, así me pusiera de rodillas. A todo esto, había que añadir que yo no era nada despilfarradora.

Llegó el pedido y la invité de las propinas, ya que no era para menos. Le debía tanto a mi Valentina que solo el simple hecho de que me hubiera perdonado sin echarme nada en cara, ya era de valorar.

No habíamos hecho más que dejar las pizzas en la mesa frente al sofá, cuando llamaron de nuevo al timbre.

—¿Esperas a alguien? —pregunté mientras ella iba a la cocina por la bebida.

—Ajá, he llamado a un amigo stripper para que te alegre la vista y te dé un buen meneo.

—¿¿Qué?? —Se me abrieron tanto los ojos que por un momento creí que se me saldrían.

—Tú abre, coño, que verás qué sorpresa más buena —dijo con una sonrisilla a la vez que me hacía un guiño.

—No, yo no abro, que no quiero que me hagan un estriptis —negué moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Que abras, hombre ya —me ordenó, y resoplé mientras iba a la puerta.

Desde luego que, conociendo a la loquita de Valentina, me esperaba allí a un tío alto, musculoso y con uniforme de policía. La madre que la parió, en lo que me iba a meter la muy cabrita.

Abrí la puerta, y lejos de ver allí a un supuesto policía, me encontré con el otro par de locas para completar el cuarteto.

—¡¡Sorpresa!! —gritaron Lara y Maica al unísono.

—Ay, por favor, pero, ¡si sois vosotras! —Me lancé a abrazarlas.

—Pues claro, ¿a quién esperabas? —preguntó Maica, esa preciosa rubia de ojos marrones.

—A un stripper, que es lo que me ha dicho Valentina.

—Pues ojalá que venga, porque yo necesito una alegría para mi cuerpito sabrosón —contestó Lara, a quien la media melena castaña le sentaba genial y realzaba más el bonito color miel de sus ojos.

Lara era como Valentina, directa y descarada, y Maica como yo, un poquito más comedida en sus comentarios.

—Seis meses lejos de casa y lo primero que piensas es en que te den una alegría para el cuerpo, ya te vale —dijo Maica.

—Esa es mi chica, que los niños son un amor, pero, donde esté un buen poll...

—¡¡Valentina!! —protestamos Maica y yo, porque la conocíamos más que de sobra y sabíamos lo que iba a soltar por su linda boquita.

—A ver si a vuestra edad ahora os habéis vuelto un par de monjitas —volteó los ojos.

—Entonces, ¿no hay stripper? —curioseó Lara, cogiendo los vasos para ir a la mesa.

—Puedo tirar de agenda.

—Déjalo, Valentina, mejor déjalo —negué.

—Eso, que esta noche es solo para chicas —sonrió Maica, dándome un abrazo—. Te echábamos de menos.

—Y yo a vosotras, y de verdad que no sabéis cuánto siento haberme alejado así.

—El escocés, que, como el whisky, te nubló el sentido —Lara se encogió de hombros.

—No debí alejarme así —nos sentamos y Valentina nos llenó los vasos de refresco.

—Martina, no te disculpes, porque el amor, ciega, y mucho. Míranos a nosotras, que creímos que ese par de médicos de verdad se estaban divorciando.

—Al menos tuvieron la decencia de hacer caso a nuestro jefe y pidieron la cuenta en la clínica —dijo Lara.

—¿Se han ido? —preguntó Valentina.

—Era irse de allí, o que nuestro jefe les contara a sus mujeres lo que habían hecho —contestó Maica—. Él nos quiere como un padre, y dijo que, antes de que lo pasáramos mal, prescindía de ellos.

—Y para que os olvidaseis del desamor os llevó a África en vez de vacaciones a las Maldivas, qué encanto de jefe —Valentina volteó los ojos.

—Se lo pedios nosotras, queríamos estar allí y ayudar, como él hace cada año. Aquello es tan distinto a lo que conocemos, la sonrisa de esos pequeños te da la vida —dijo Maica.

—Me alegro de que estemos de nuevo las cuatro juntas —sonreí—. Os eché de menos en Escocia y, en los peores momentos...

—No se te ocurra llorar, que te arranco los pelos —me advirtió Lara—. Esta noche es hablar de lo bueno, lo malo mejor lo dejamos en un cajón cerrado con llave.

—Eso, y otro día nos vamos a la discoteca a celebrar que volvemos a estar completas, porque la pieza perdida ha vuelto.

—¿La pieza perdida soy yo, Valentina? —Arqué la ceja.

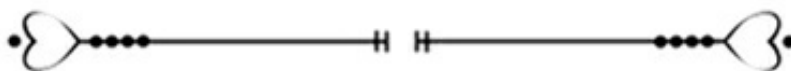
—Por supuesto, niña, por supuesto.

Acabamos riendo las cuatro al ver su cara y después, nos cenamos las pizzas mientras Lara y Maica nos contaban su experiencia como voluntarias en África.

Yo no podía estar más feliz porque esas tres amigas que siempre estuvieron ahí para mí, seguían estándolo y no me guardaban rencor por haberme alejado como lo había hecho.

Pero como decían ellas, el amor me había cegado y no era ni la primera, ni sería la última que lo sufriera.

Capítulo 10



Conrad

Me levanté con el mismo pensamiento que me acosté. Martina había llegado para sacudirme por completo y demostrarme que, sí existía esa persona capaz de captar mi atención por completo.

Durante la hora que hice de deporte mi cabeza estuvo recordando esa mirada que me hipnotizó al descubrirla por primera vez.

¿Amor? Lo dudaba. ¿Seducción? Mucho más que eso. ¿Entonces? Atracción, yo lo llamaría una gran atracción envuelta por esa curiosidad de saber más acerca de esa persona. Era como un aura de misterio que me llevaba a querer descubrir todo acerca de ella.

Quería conocerla más, saber sus gustos, qué le hacía sonreír, qué la sorprendía, todo, de ella quería saberlo absolutamente todo.

Me pasé la mañana en las oficinas de la urbanización junto a mis socios y el asesor de marketing hablando sobre las nuevas estrategias con los eventos. Esos nos producían unas ganancias bastante fuertes y teníamos que poner más carne sobre el asador para subir aún más la cotización sobre ellas y que la factura se engrandeciera considerablemente.

Y aunque estuve lo más centrado que pude en el trabajo, no se me iba Martina de la cabeza, su mirada, la sonrisa, el modo en el que se ruborizaba cuando me tenía cerca.

Por desgracia no disimulé todo lo bien que pensaba.

—¿Estabas ahí con nosotros, o en el Club, socio? —preguntó Ethan, dándome una palmada en la espalda.

—Yo diría que estaba más allí —rio Gonzalo.

—Sí que te ha dado fuerte con esa chica, entonces.

—No me ha dado nada, es solo que... tiene algo, nada más.

—Una cara preciosa, una bonita sonrisa, una mirada que deslumbra. ¿Ese algo, por ejemplo?

—Ethan, ya —me paré en seco y él levantó ambas manos.

—Solo te digo lo que todos en el Club han visto, incluidos los clientes.

—Es muy simpática, se ha ganado a la gente sin apenas pestañear —añadió Gonzalo.

—Valentina tenía razón, contratar a Martina fue todo un acierto. Entre las dos, nos hacen multimillonarios —dijo Ethan.

—¿Y qué eres ahora, capullo? —Gonzalo resopló volteando los ojos y acabamos los tres riendo.

Vaya par, en serio, me volvían loco, pero estaba claro que en mi vida necesitaba ese punto de locura que ambos tenían.

Los dejé por allí y me dirigí hacia el Club para comer siendo consciente de que ella estaría trabajando. Tenía ganas de volver a verla y descubrir el outfit que traería hoy, ya que el día anterior estaba preciosa.

No podía no darles la razón a Ethan y Gonzalo en lo que habían dicho sobre Martina, porque la tenían. Era preciosa, tenía una bonita sonrisa y una mirada impresionante, y era simpática. Pero no, no era solo eso lo que esa mujer tenía y que había captado mi atención, había algo más y no sabía qué, pero esperaba descubrirlo.

De nuevo la vi y nuestras miradas se cruzaron. Mi corazón comenzó a bombardear. ¿Desde cuándo una mujer me ponía de esa manera? Fui acercándome, ya que tenía que pasar por delante de ella, que estaba de pie fuera de la barra hablando con Valentina y que se giró al ver la cara de Martina, no me quedaba la menor duda y es que a ella se le transformó en timidez.

—Hombre, mi jefe favorito —dijo Valentina saludando de lo más feliz.

—Hola, chicas. ¿Qué tal todo?

—Hola —murmuró con timidez Martina, que por cierto estaba preciosa con unas sandalias de tacón en color rojo al igual que el vestido que era corto, holgado y le quedaba de infarto. Era muy veraniego, pero de estos que en el cuerpo perfecto lucía de lo más elegante, como era su caso.

—Pues mira, hoy está la cosa más tranquila, pero como ves, no faltan socios por todos los rincones. Por cierto, en la piscina —miró hacia ella— tenemos a la reguetonera dominicana que ahora es tendencia. Vino de invitada de un socio que debe ser su querido por lo menos porque le metió la lengua hasta la garganta. Eso no era un beso de tornillo, jefe, era de broca por lo menos, qué manera de morrearla, por Dios.

—No hace falta que me des detalles —carraspeé y sentí la risilla suelta de Martina, a la que

miré de medio lado.

—¿Vas a comer? —me preguntó.

—Sí. ¿Os apetece? —Señalé hacia mi rincón del exterior.

—Claro, cómo no, jefe, si comer con usted es una bendición —me dijo la muy descarada mientras Martina se ponía roja como un tomate—. ¿Y los otros dos jefes?

—Vienen dentro de un rato. Fueron a hacer algo.

Nos sentamos en la mesa y Martina no sabía ni hacia dónde mirar. La observaba y estaba de lo más avergonzada. Me encantaba esa mirada tan limpia que tenía a pesar de que mirar, precisamente lo que es mirar me miraba bien poco, ya que estaba de lo más nerviosa. Y no, la tristeza que había en ella no se iba por mucho que la quisiera ocultar.

—¿Qué os apetece de comer? —preguntó Chus, uno de los camareros.

—Yo quiero una ensaladilla de pulpo con unos solomillos de pollo —dijo Valentina y miré a Martina para que pidiera ella.

—Agua, quiero agua —murmuró sin saber lo que decía y nos echamos a reír.

—De comer, amiga, de comer, que el agua es solo para hidratarte —le decía Valentina, dándole un codazo y sin poder dejar de reír.

—Lo mismo que tú —contestó sin siquiera haber escuchado lo que había pedido su amiga.

—Lo mismo que ellas —contesté con la risilla suelta.

Chus asintió y fue hacia la barra para pedir, no tardó en volver con tres botellas de agua y vasos con hielo, ni qué decir que cuando Martina cogió la suya vi que le temblaba un poco la mano, señal de que estaba nerviosa. Y solo yo la ponía así, porque delante de mis socios y de los clientes la veía de lo más tranquila y relajada, o lo disimulaba mejor que cuando estaba yo.

Fuera como fuese, estaba claro que esa mujer reaccionaba ante mi presencia y se volvía más tímida de lo que era, y se ponía más nerviosa de lo que debería.

Una vez que Chus nos trajo lo que habíamos pedido, Valentina me estuvo contando sobre la de clientes nuevos que venían atraídos por los comentarios de amigos o socios. Mientras tanto, Martina no podía ni digerir la comida y estaba haciendo de tripas corazón para disimular, pero lo estaba pasando francamente mal.

Quería que se relajara conmigo, que no se pusiera tan nerviosa y que no me viera como, no sé, ¿una especie de jefe imponente al que temer? Porque nunca lo había sido, y estaba claro que nunca lo sería.

—¿Y qué tal se te está dando este segundo día? —le pregunté a Martina, que me miró con la cara tan roja que parecía que iba a explotar.

—Bien, muy bien, gracias —respondió causándonos una carcajada y nos miró apretando los dientes—. Me impone mucho comer con un jefe —dijo excusándose, pero eso no coló. Valentina y yo nos miramos aguantando la risa.

Y ella, que la conocía muy bien, sonrió levemente con una mirada de lo más pícara antes de coger la mano de Martina, que la miró con una sonrisa de lo más bonita.

—Mi compi se pone muy nerviosa con su presencia, jefe. Qué le vamos a hacer —decía en plan de broma Valentina y ella afirmaba, pero estaba en su mundo. En ese en el que quería desaparecer en estos momentos. Parecía como si pudiera interpretar cada uno de sus gestos.

Porque a pesar de que estaba claro que Martina se había puesto una especie de coraza ante el mundo, yo podía leer sus expresiones, y la verdad es que me gustaría poder ver mucho más allá de su presencia. No podía saber lo que pensaba, aunque ciertamente lo intuía, pero me gustaría saber más de ella, conocerla más si me lo permitiera, solo que con eso de que le imponía mi presencia, me iba a costar llegar a ella en ese sentido.

No se relajó ni un momento, y se pasó toda la comida de lo más nerviosa y creo que sintió un alivio muy grande cuando se marcharon a seguir trabajando después de darme las gracias.

Y yo, yo no podía dejar de mirar a esa mujer que había captado toda mi atención, que me tenía con la mente en ella constantemente y ni haciendo el esfuerzo por mantenerme concentrado en el trabajo podía hacerlo.

¿Y si era verdad que yo le imponía como jefe y por eso actuaba de esa manera? Pero no podía ser solo por eso dado que yo la había visto hablar con Ethan y Gonzalo y no actuaba de la misma manera. Con ellos se comportaba mucho más natural, al igual que con los clientes.

Tenía que haber algo más, ¿cierto? Algo que la hacía mostrarse así de tímida en mi presencia.

Suspiré poniéndome en pie y fui hacia la barra donde me tomé una copa con unos clientes muy queridos de la discoteca que vivían entre Seattle y la isla. Habían acabado de regresar y lo primero que hicieron fue venir a inscribirse como socios.

Observaba a lo lejos a Martina y me daba cuenta de que con todos era fluida y sonreía de manera diferente a como lo hacía conmigo. Algo debía haber ahí más allá de imponerla como jefe, al menos quería creer eso.

También me miró, sus ojos se encontraron con los míos y, en un impulso, me atreví a hacerle un guiño al que respondió con una leve sonrisa antes de apartar la mirada, no sin antes sonrojarse como solía hacer siempre.

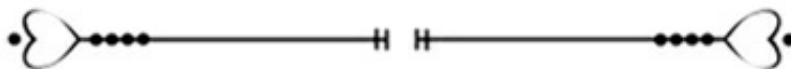
Sonreí negando y di por finalizada mi estancia allí porque no quería que se pusiera más nerviosa y eso pudiera repercutirle en el trabajo, no quería que se sintiera presionada al tenerme

cerca y saber que en cualquier momento podía observarla.

Salí del Club para ir hacia la casa a descansar un rato. No quería parecer un jefe de esos que estaba ahí al control de todo, para eso ya tenía a mi equipo.

Me tumbé en el sofá y cerré los ojos para encontrarme con ella en mis pensamientos. Hoy de nuevo había acelerado mi corazón y nuestras miradas, de algún modo, volvieron a imantarse a pesar de ella no poder mantenerla mucho tiempo.

Capítulo 11



Martina

Me monté en el taxi de lo más nerviosa. Por poco le doy mi dirección de nuevo en vez la de la urbanización.

Hoy era mi primer día sola, ya que, según Valentina, ya estaba preparada para hacerlo. Teníamos que repartir los turnos para que el Club estuviera el máximo número de horas al día cubierto.

Lo que más temía era encontrarme con Conrad y no saber reaccionar como me llevaba pasando los últimos días. No entendía qué me estaba sucediendo cuando mi corazón estaba lleno de heridas que me iban a llevar mucho tiempo en cicatrizar. No es que me hubiese enamorado de él, pero sí que me causaba cosas que otros no hacían y eso era un tanto alarmante. A falta de uno en la cabeza, ahora tenía a dos. ¿Podía ser más estúpida?

Cuando bajé del taxi me dije a mí misma que debía controlarme, que tenía que mantenerme un poco más tranquila en su presencia, pero desde luego que era mucho más fácil decirlo que hacerlo, porque estaba claro que en cuanto tuviera a ese hombre delante, me iba a poner a temblar como un flan.

Desde luego, quién me ha visto y quién me ve, yo poniéndome nerviosa delante de mi jefe.

Saludé a varios de los camareros y dejé el bolso en mi taquilla. Solo necesitaba el móvil. Salí para hablar con algunos clientes y...

—¡Hostias! —dije al chocarme con un cuerpo.

—¿Te has lastimado? —agarró mi brazo al ver que tenía la mano en mi frente. Era Conrad.

—Sí. No. Un poco. Nada, nada —no sabía ni lo que decía. De nuevo me dejaba más que bloqueada.

Menuda manera de empezar la jornada, vamos, con una entrada más que triunfal, ríete tú de las divas que entran pisando fuerte en el lugar, o de las reinas, que sonríen y agitan la mano de lo

más elegantes.

No, nada de eso, yo tenía que entrar chocándome con el jefe y dejándome la frente en el proceso. Por Dios, ¿de qué estaba hecho el cuerpo de este hombre? ¿De acero como el de Superman? Joder, qué hostia me había dado.

—Para. ¿Dónde vas con tanta prisa? —tenía la risilla suelta y agarró de nuevo mi brazo al ver que me las iba a largar pitando— ¿Estás bien? Pero no vale darme cinco respuestas diferentes —me advirtió arqueando la ceja.

—En el brazo no me he dado —murmuré viendo que no me soltaba.

—Sé que ha sido en la frente —sonreía mirándome muy fijamente—. ¿Te apetece tomar un café y hablamos?

—¿Me vas a echar? —esa pregunta sí que me salió rápida, y hasta los ojos se me abrieron como los de un búho, porque solo me faltaba que me despidiera en el primer día que me quedaba sola en el trabajo. Contenta se iba a poner Valentina cuando se enterase, madre mía.

—No, por ahora no —volvió a sonreír de medio lado y, por favor, ¿cómo podía ser tan sexy ese sencillo gesto?

Un momento, ¿acababa de pensar en que esa sonrisa ladeada era sexy? Joder, pues sí que me había dado un golpe fuerte en la frente.

—Ah, bueno, entonces sí —murmuré aliviada después de unos segundos sumida en mis pensamientos, y a él se le escapó otra risilla.

Se apartó para dejarme paso y al pasar con la cabeza agachada pude notar que nuestras caras y cuerpos quedaron peligrosamente pegados. Aceleré el paso viendo que él se quedó inmóvil.

Por inercia me dirigí a la mesa en la que él se solía sentar habitualmente. Me pedí un café, ya que eran las once de la mañana y él se pidió otro. Intentaba controlar esos nervios que sin querer sabía que se exteriorizaban, pero estaban ahí para jugármela, y aunque esperaba que él no pudiera verlo, estaba claro que ciego no era y que me lo notaba.

—Me han hablado muy bien de ti varios clientes —dijo mientras apoyaba el tobillo en la pierna contraria y el codo en el reposabrazos, en una pose muy de jefe, pero a la vez, sexy.

Dios mío, otra vez pensando en eso, no podía ser.

—¿En serio? —pregunté emocionada. Empezaba la conversación de manera tranquilizadora a pesar de que a mí este hombre me imponía mucho, y no, no solo como jefe.

—Claro. ¿Qué tal te encuentras tú?

—Yo bien, ya no me duele la frente.

—Me refiero en el trabajo... —se aguantó la risita, pero se le notaba por el movimiento de su pecho.

—Perdón, estoy un poco lenta —negué reprendiéndome a mí misma, mi comportamiento.

—Tranquila —sonrió.

—Estoy feliz, más de lo que imaginaba. No se me había pasado nunca por la cabeza trabajar en un Club de lujo, pero la verdad es que me siento cómoda, a veces —maticé y me reí negando de nuevo porque no podía remediar ponerme nerviosa delante de él.

—¿Qué te pasa conmigo para que te pongas así? —reía mirándome descaradamente.

—Me impones mucho, Conrad, no sé si será porque parece que lleves el letrero de “jefe” en la frente o por algo similar —me reí de nuevo en un intento de quitar importancia a eso que me causaba.

—Tengo el mismo porcentaje de sociedad que Ethan y Gonzalo. ¿Ellos no llevan ese cartel en la frente? —curioseó, y en ese momento nos sirvieron los cafés— Gracias —dijo antes de que la chica se fuera para la barra de nuevo.

—No lo sé... —respondí apretando los dientes cuando nos quedamos solos.

—Quiero que te sientas cómoda en el Club y conmigo. No soy de esos jefes que son unos ogros, a no ser que me provoquen —carraspeó y me miró fijamente con esa media sonrisa que dibujaba el mejor de los retratos en su cara.

Y me quedé mirándolo unos segundos en silencio, observando detenidamente sus facciones, ese rostro masculino y perfecto, y...

—Eres muy guapo —me escuché decir y me llevé las manos a la boca, porque lo había soltado además de pensarlo—. No, no quise decir eso —solté el aire y me di un golpe en la frente mientras negaba y él reía—. Quise decir que eres una persona bonita de corazón —la estaba liando más, estaba claro, y él no dejaba de sonreír, desde luego que le divertía verme así de nerviosa—. Que me caes bien, jefe —me reí—. Da igual, gracias por tus deseos.

—Tú también eres muy guapa —carraspeó y por poco tiro la taza de café que había cogido para estar ocupada y dar un sorbo. Había que joderse, este hombre me había puesto muy nerviosa—. Voy a tener que regalarte un masaje en nuestro centro. Creo que necesitas relajarte.

—Ojalá —sonreí y de nuevo me salió una carcajada—. No quise decir eso —veía cómo su risilla suelta la tenía ahí todo el tiempo por mi culpa.

—¿Lo quieres o no? —preguntó de manera que se notaba que me estaba picando.

—No, no, bueno, que a nadie le amarga ir a que le den un masaje, pero que no es necesario.

—¿Y si te lo doy yo?

—¿Cómo? —pregunté incrédula.

—Que si lo aceptarías si te lo diera yo...

—Voy a hacer como la que no ha escuchado nada —me reí negando, a la vez que no me podía creer lo que me acababa de decir y finalmente conseguí dar un sorbo a mi café, eso sí, la taza en la mano temblaba tanto que como diría mi madre: no estaba yo para ir a robar panderetas, porque me pillaban fijo. Qué tembleque tenía por culpa de mi jefe, por Dios.

—Bueno, cuando lo quieras solo me lo tienes que pedir...

—¿Se lo has dado alguna vez a Valentina? —pregunté intentando sacar un poco de mi ingenio, ese que desaparecía ante él.

—No. Muy buena esa —se rio.

—¿Y qué tengo de diferente yo? —le pregunté a pesar de que me estaba ruborizando por completo. Ni yo me reconocía siguiéndole el juego.

—¿En serio quieres que te lo diga? —Arqueó la ceja y hasta eso en él era sexy. Dios, ¿qué me pasaba a mí con el jefe?

—No, no —me lo preguntó en un tono que se me cortó el cuerpo. Me imponía demasiado.

—Te repito, cuando quieras —su sonrisa de medio lado era todo un peligro acompañado de sus palabras y su intensa mirada.

—Entonces, algunos clientes te hablaron bien de mí —quise cambiar el tema.

—Así es, y también de lo bien que le han sentado los masajes en nuestro centro —me hizo un guiño y casi me echo a temblar.

—Ya, ya —volteé los ojos viendo por dónde iba. Tenía un buen sentido del humor y me gustaba, pero mis nervios no me dejaban reaccionar como quería.

Se puso más serio para tranquilizarme y comenzó a darme algunas recomendaciones para que disfrutara y sacara más partido a mi trabajo. Se notaba que era un cabecita de los negocios y me dejaba impresionada con algunos consejos sobre cómo actuar en determinados casos.

Me gustaba escucharlo hablar, tenía un timbre de voz que era como una melodía para mis oídos. Realmente era de lo más seductor, todo había que decirlo, y si encima era listo, pues ahí que llevaba una doble ración para sentir que el corazón se me iba a salir por la boca.

Estuvimos un rato charlando y apareció Gonzalo, que se sentó muy simpático con nosotros y me felicitó por lo bien que también le habían hablado de mí. La verdad es que escucharlo en dos

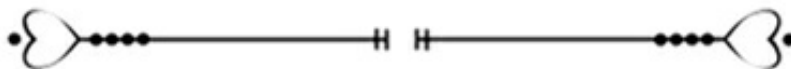
bocas en un tiempo corto era cuanto menos de lo más alentador, ya que quería demostrar que no solo era una enchufada, sino alguien responsable que cuida con mimo cada detalle de su empleo.

—Bueno chicos, ahora sí que os dejo que voy a ayudar un poco en la barra —sonreí y se dieron cuenta que era porque había algunos clientes de más en la barra de fuera de la piscina y cuando algo se saturaba, tanto Valentina, como yo, entrábamos a ayudar un poco.

Nuestras miradas se conectaron por unos segundos antes de marcharme. Sentía que estaba hecha un flan, pero me había gustado ese primer acercamiento más personal con Conrad porque había percibido en él un hombre más cercano de lo que creía.

Y no es que me pareciera un ogro como jefe, tal como él había dicho, sino que por algún motivo que se me escapaba y desconocía, ese hombre me ponía nerviosa de un modo que jamás creí posible que me pudiera ocurrir.

Capítulo 12



Conrad

Observaba lo cómoda que estaba hablando con unos clientes a los que había atendido y reconozco que me salía la sonrisa sola, la misma que le salió a ella al encontrarse con mi mirada y darse cuenta de que la estaba observando.

—Te estás quedando pillado por ella —murmuró Gonzalo.

—No lo sé, pero reconozco que me causa cierta curiosidad y me llama mucho la atención.

—Blanco y en botella...

—El caso es que yo sé que la pongo nerviosa y que conmigo se sonroja muy fácilmente.

—No me había dado cuenta —dijo con ironía volteando los ojos y después hizo un carraspeo—. Por cierto, ¿te has enterado de que los de la firma tan virales de cosméticos han aceptado el presupuesto para el evento que quieren hacer en la discoteca?

—Sí, ya me han comentado esta mañana —sonreí—. Todo es una locura y está saliendo por encima de lo que imaginábamos.

—Hacemos buen equipo.

—Ya estoy aquí. ¿Habéis tomado un café sin mí?

—Dos, me he tomado dos —le dije a Ethan, que se sentó con nosotros.

—Por cierto, ya está Martina sola por lo que veo, y bien desenvuelta —miró hacia ella.

—Lo hace genial. Tiene carisma, educación y es muy respetuosa con los clientes, cosa que gusta bastante —dijo Gonzalo y yo afirmé.

—Y tiene a este babeando por todas las esquinas —contestó

—Tampoco te pases —le respondí, riendo y negando.

—¿Tú te has visto desde que esa chica apareció por el Club?

—Tengo espejos, gracias —contesté mientras la seguía observando.

—Mira qué ingenioso está hoy —rio Ethan—. Venga, admite que te gusta.

—Es guapa, eso salta a la vista.

—¿Y? —Gonzalo arqueó a la ceja.

—Y, vamos a dejar el tema, que parecéis un par de viejas del visillo cotorreando —volteé los ojos.

—Uy, lo que nos ha llamado —Ethan se llevó la mano al pecho.

—A ver, colega, con la manita ahí, pareces una abuela ofendida —rio Gonzalo.

—Verás que al final acabamos con un pañuelo en la cabeza en plan, Doña Rogelia —resopló.

—Pues estaríais perfectos para lo cotillas que sois —dije tras dar un sorbo al café.

—No somos cotillas, simplemente nos mantenemos informados de las novedades del Club.

—Eso, y si entre esas novedades está tu vida... —Ethan se encogió de hombros.

—No puedo con vosotros, en serio —suspiré, y los muy cabritos se rieron a mi costa.

Nos quedamos charlando un rato y podía observar la chica que Martina no era delante de mí. Sus gestos y forma de tratar a los clientes era más fluida, más natural, conmigo estaba en ese proceso de relajarse más. Hablando de relajar... Tenía su teléfono y se me estaba ocurriendo mandarle un mensaje ahora que no estaba con ningún cliente.

Conrad: *Hola, preciosa. Después de observarte un buen rato, tengo cada vez más claro que te estás ganando el bono para que te hagan un masaje en el centro. Te vas a convertir en mi favorita. No se lo digas a Valentina.*

Lo acompañé con un emoji de guiño al final.

Miró su móvil y en su cara pude observar la sorpresa de descubrir que era yo. Obviamente no tenía mi número, hasta ahora. Sonrió y se dispuso a contestar, no sin antes dirigir la mirada hacia mí y dedicarme otra de sus preciosas sonrisas. Esperé ansioso su respuesta.

Martina: *Si Valentina se entera, le da un espasmo (puso un emoji de dos manos tapándose la carita). Lo del bono, creo que lo voy a necesitar. Acabo de tener el primer momento de respirar hondo, contar a mil y no mandar a la mierda a un cliente (volvió a poner otro emoji, esta vez de*

una carita de agotamiento).

¿Qué le habría pasado? La miré buscando algo de complicidad, pero ya estaba hablando con el camarero.

Conrad: *¿Te pasó algo con algún cliente? Se agradece sinceridad para estar más cerca del bono.*

Y de nuevo acabé con el emoji del guiño antes de mirarla y ver que realmente estuviera bien, no me gustaría que alguno de los clientes la hiciera sentir incómoda de algún modo, que bastante tenía la pobre con los nervios que yo le causaba.

Me había quedado preocupado por ese comentario que me había hecho y esperaba que no hubiera tenido que pasar ningún mal trago. Miró hacia el móvil y lo volvió a coger para ver el mensaje, pero no se giró, seguía de espaldas en la barra.

Martina: *Nada, un tonto que me hizo un comentario como que todo tenía un precio en la vida y encima con guiño de ojo incluido.*

Conrad: *¿Qué cliente?*

Martina: *No te lo voy a decir. Fue solo un farol que, si me lo dicen en la calle, hubiera terminado la cosa de otra manera. Al menos han pagado unas buenas copas.*

Conrad: *¿Quién era de los tres?*

Obviamente tenía que ser con los últimos que había charlado y a los que conocía de tiempo, ya que iban por la discoteca. Tenían una empresa de alquiler y venta de yates de lujo.

Martina: *Olvida lo dicho.*

Seguía de espaldas y no, no lo iba a olvidar. Me dirigí hacia donde ella estaba y me senté a su lado en la barra.

—Un Martini, Nico, por favor —murmuré y ella se giró con la ceja levantada y sonrojada por completo.

—Ahora mismo. Marchando un Martini para el jefe de los jefes.

No sé qué tenía, pero todos me veían como el jefe mayor, nada que ver con la realidad. Lo que sucedía es que yo me implicaba demasiado y siempre era la cara más expuesta.

—¿Quién te hizo sentir incómoda con ese comentario? —le pregunté mirando hacia sus labios.

—Cosa de clientes, como este me encontraré decenas. Tranquilo.

—Estoy muy tranquilo, pero quiero el nombre —la seguía mirando hacia sus labios.

—Cuando me haya ganado el bono —murmuró en un intento de parecer segura y le dio un trago al vaso de agua.

—Me aseguraré de que te den cita lo antes posible —carraspeé y ella se puso roja como un tomate.

—Tampoco hace falta que sea mañana —contestó apretando los dientes y frunciendo el rostro.

—¿Pasado?

—Qué presión —soltó el aire y negó riéndose.

—No permitas que nadie te falte el respeto —le dije en un tono directo y serio—. ¿Entendido?

—Vale, pero no te lo tomes como tal. Solo se quiso hacer el gracioso.

—Pues no tienes que permitirlo.

—Está bien —contestó muy tímida.

—¿Sabes que cuando te sonrojas te pones más bonita de lo que eres? —le pregunté cogiendo mi vaso para ir a hablar con mi asesor laboral que me traía una información.

—Necesito ese masaje —contestó soltando una risilla y negando.

—Antes de lo que imaginas —dije mientras me marchaba con guiño de ojo incluido para subir más ese rojo intenso de sus mejillas.

Eché un vistazo para comprobar que esos tres clientes ya no estaban por allí cerca de ella, no era quién para meterme en la vida de nadie, pero en lo referente al personal que trabajaba en cada una de las zonas, quería que todos se sintieran cómodos y que nadie les faltara el respeto.

Estaba claro que Martina era una mujer preciosa y que no había pasado desapercibida para ninguno de nuestros clientes, pero de ahí a que insinuaran algo tan deleznable como ofrecerle dinero por algo que no estuviera relacionado con su trabajo en el Club, era algo que no me entraba en la cabeza.

Pero, ni con ella ni con ningún otro. Y estaba claro que ella que no me iba a dar el nombre del que había hecho aquel comentario, no quería crear más conflicto del necesario y eso era de admirar, pero esperaba de verdad no volver a escuchar por su parte, o por la de cualquier otro, que alguien había dicho algo así.

Saludé a Antonio, que me traía la información que le había pedido. Nos sentamos a charlar y me explicó todo, por lo que me decía era más sencillo de lo que pensaba.

Resulta que teníamos un local enorme que aún no estaba aprovechado y tenía habitaciones que podían servir de consultas. Se me había ocurrido la gran idea de que, ya que tenía una veterinaria como relaciones públicas, ¿por qué no abrir una clínica veterinaria para los perros y gatos de los clientes y que ella la llevara como jefa veterinaria y contratar a otros profesionales para que estuvieran a su cargo?

—Pon todo en marcha. Me gustaría que estuviera lista como mucho en un mes.

—Haré todo lo que esté en mis manos. Tranquilo.

—Por supuesto, esto que por ahora no lo sepa nadie.

—Como siempre.

Tenía claro que podía ser un gran negocio que, complementado a todo, estaría genial, además, muchos eran los socios que estarían contentos con traer a sus animales a la urbanización para estar cuidados. Y hasta se me ocurre poner justo al lado una guardería con parque para que puedan estar cuidados mientras ellos disfrutan del Club.

Todo esto añadido a que no sé por qué razón, quería verla a ella con los animalitos antes que de relaciones públicas. Eran raras las sensaciones que tenía, pero ahí estaban.

Regresé con los chicos que estaban tomando café y a quienes había dejado con la palabra en la boca y sin decirles lo que pasaba cuando Martina me dijo aquello por mensaje, y ambos me miraron con la ceja arqueada.

—Macho, si no puedes estar lejos de ella, es que ahí hay algo más de lo que nos cuentas —dijo Gonzalo.

—Le mandé un mensaje y, resumiendo, me hizo un comentario de algo que le habían dicho.

—¿El qué? —preguntó Ethan, poniéndose serio al igual que Gonzalo al verme a mí.

Suspiré y les conté lo que me había dicho, ambos miraron por todo el Club para ver si veían a esos tres clientes, pero ya no estaban por allí. Coincidieron conmigo en que lo que le había dicho aquel tipo estaba fuera de lugar, y Ethan dijo que, si quería contratar los servicios de una profesional, había lugares y hasta páginas Webs para ello, pero no en nuestro Club.

Pasé el resto del tiempo allí observándola, viendo cómo sonreía y charlaba con los clientes, esperando que no tuviera que volver a toparse con alguien que le hiciera un comentario de esa índole.

Los chicos se despidieron poco después para ir a hacer unas gestiones antes de comer, y me sorprendí al recibir un mensaje de Martina.

Martina: *Al final eso del bono, no va a ser tan mala idea.*

Conrad: *Preciosa, solo dime cuándo lo quieres, y ese masaje es tuyo.*

Martina: *Pasado mañana, seguro que lo necesitaré más porque mañana por la noche acabaré agotada.*

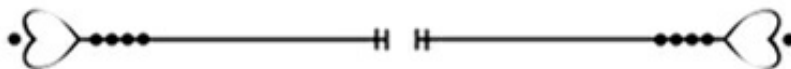
Conrad: *¿Agotada en qué sentido? ¿Tienes una cita con alguien que vaya a hacer que te agotes en exceso?*

Sonreí al enviarlo y más cuando la vi a ella sonrojarse con los ojos abiertos al leer mi mensaje, eso era algo que estaba descubriendo hoy, que me gustaba lanzarle alguna que otra sutileza para buscarle la lengua.

Martina: *Pues sí, con tres concretamente, que siempre han hecho que me agote. No veas si les gusta bailar a mis amigas...*

Solté una carcajada, porque ella también me daba algún que otro corte con esas contestaciones antes de aclararme lo que iba a decir. Nos miramos, sonreímos, y sentí que así era como quería verla siempre, sonriendo feliz.

Capítulo 13



Martina

Tal como habíamos organizado, y a pesar de que Valentina estaría trabajando, esta noche íbamos a estar las cuatro en la discoteca.

Estaba terminando de arreglarme cuando mi madre se asomó por la puerta de mi habitación.

—Estás preciosa, cariño —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Gracias —le di un beso en la mejilla—. ¿Has visto mis pendientes? No los encuentro.

—¿Qué pendientes?

—Los que llevan una cadenita y tienen un cristal en color turquesa al final.

—Ah, ya sé cuáles dices. Esos no te los llevaste a Escocia —contestó mientras se acercaba a la cómoda y abrió el segundo cajón, del que sacó una cajita y sonrió al dármele—. Te echaba de menos, y estos pendientes me recordaban tanto a ti, que solía entrar aquí para verlos. Hasta que tu padre me los escondió, o creyó que lo había hecho —volteó los ojos.

—Papá y su modo de esconder las cosas —reí.

—Sí, ya sabes que siempre encontrábamos los regalos y teníamos que hacernos las sorprendidas.

Me puse los pendientes y mi madre me retiró un poco el pelo hacia atrás, nos quedamos las dos allí en silencio contemplando nuestro reflejo en el espejo y sonreímos.

—Te mereces un buen hombre que te quiera bien, cariño, y aunque ahora mismo no lo creas, ese hombre llegará con el tiempo. No todos son como el escocés.

—Más me vale, o acabo haciendo como Lara y Maica, y me voy de voluntaria a África, que allí seguro que una veterinaria también viene bien.

—Eso, para que te coma un tigre. Anda que... —resopló y me eché a reír.

—Me voy, las chicas deben estar a punto de llegar —le di un beso en la mejilla y cogí el bolso.

—Diviértete, mi niña.

—Sí. Adiós —fui por el pasillo hacia la entrada—. Papá, me marchó.

—Vale, hija. Pásalo bien con las chicas. Y ten cuidado.

—Tranquilo, que lo tendré.

Salí de casa y en ese momento llegó el taxi que había pedido. Le di la dirección de la urbanización y le mandé un mensaje a Valentina para decirle que ya iba de camino.

No tardó en mandarme una foto de las suyas, poniendo morritos al tiempo que guiñaba el ojo, con una copa en la mano.

Estaba trabajando y sabía que, tanto para ella, como para mí, ese no era impedimento para charlar con quien quisiera de vez en cuando, siempre que no descuidáramos a los clientes y nos asegurásemos que consumieran de lo bueno, lo mejor y más caro.

Llegué y tras pagar, fui hacia la discoteca mientras me saludaban algunos de los empleados con los que me iba encontrando.

No tardé en ver a Lara y Maica esperándome y ambas sonrieron cuando me uní a ellas.

—Por favor, pero qué bombón andante —dijo Lara, cogiéndome la mano para hacerme girar sobre mí misma.

—Anda, no es para tanto —sonreí.

—Que no, dice —resopló—. Nena, esta noche haces que más de un cuello acabe dislocado.

Reí mientras les decía que entráramos y vi al chico de la entrada que, como ya me conocía, sonrió dándonos paso.

Lara era una exagerada, que tampoco iba yo en plan explosivo ni mucho menos.

Me había puesto un vestido en verde turquesa, entallado al cuerpo y, que sí, que realzaba mis curvas, y tenía un ligero escote en V que me sentaba bien, se veían mis piernas, ya que me quedaba un poquito por encima de las rodillas, pero no era para nada provocativo.

Nos acercamos a la barra en cuanto vi a Valentina y se lanzó a nosotras chillando y con los brazos abiertos, abrazándonos a las tres con todas sus fuerzas, que era mucha dada su constitución.

—Vaya tres bellezones, madre mía —dijo al apartarse.

—Será que tú no lo eres, vamos, no me fastidies —protestó Lara—. A tu lado, no nos comemos ni un roscón esta noche.

—Anda, anda, que vais a triunfar como Los Chichos, niña —replicó Valentina—. Olivia, cariño, ponnos una ronda de chupitos para ir abriendo boca.

Olivia era una de las camareras y, además de preciosa, era simpatiquísima.

Eché un vistazo por la discoteca y no tardé en ver algunos rostros conocidos, como el de un par de futbolistas que estaban pasando unos días de vacaciones allí.

También había algunos de los clientes habituales que solían comer o cenar en el Club y que en cuanto me vieron, no dudaron en saludarme aun en la distancia.

Valentina nos dio los chupitos y los tomamos tras un brindis por nosotras, por haber vuelto a reencontrarnos y ser ese grupo de loquitas que siempre fuimos.

Estábamos esperando a que nos pusieran nos mojitos de fresa cuando escuché la voz de uno de los jefes.

—Pero bueno, ¿no se suponía que tú no trabajabas esta noche? —preguntó Gonzalo poniendo una mano en mi hombro.

—Y no trabajo —sonreí mirándolo—, pero tranquilo, jefe, que si se me acerca algún cliente yo me encargo de que pida lo más caro de la carta.

—Olivia, copas gratis para estas chicas —le dijo Ethan a la camarera, que sonrió al tiempo que asentía.

—Mira qué bien, que no me voy a gastar ni un céntimo esta noche —escuché decir a Lara—. ¿No nos vais a presentar?

—Lara, Maica, ellos son Ethan y Gonzalo, dos de nuestros jefes —dijo Valentina—. Caballeros, estas preciosas damas son nuestras amigas.

—Encantada —Maica sonrió y le dio un par de besos a Gonzalo primero, que la miraba con unos ojitos de querer, que para qué, y después a Ethan.

Lara también repartió besos, pero ella fue un poco más lanzada, como era habitual en ella, y hasta rodeó a Ethan por los hombros con el brazo.

—Pues vuestro jefe ha dicho que hoy bebemos gratis, así que, más vale que no nos falten los mojitos, ni los chupitos, Martina, que pongo una queja.

—Ya pagué yo —reí.

—Buenas noches —me estremecí de pies a cabeza al escuchar la voz de Conrad, y al mirarlo, ahí estaban sus penetrantes ojos mirándome fijamente.

—Pues ya están todos los que son —dijo Valentina—. Lara, Maica, él es Conrad, el jefe de los jefes.

—Qué cruz tengo con eso —suspiró negando.

—Tú eres el Melchor de los tres —contestó Ethan.

—¿Melchor?

—Claro, socio, somos tres, como los Reyes Magos, y por edad, tú eres Melchor, yo soy Gaspar y este, Baltasar —señaló a Gonzalo.

—Lo de Baltasar lo dices por su melena negra azabache y el morenito de piel, ¿verdad, jefe? O es por... ya sabes —Valentina echó una miradita rápida a la entrepierna de Gonzalo, y los tres estallaron en carcajadas—. No os riais, que no me dejáis veros como vuestra madre os trajo al mundo.

—¿Llorando a chillidos? —preguntó Ethan, aun sonriendo.

—Qué listillo él —volteó los ojos—. Desnudos, jefe, que no me dejáis veros desnudos.

Maica acabó con un ataque de tos y le costó lo suyo no acabar escupiendo el sorbo que le había dado al mojito, pero es que Valentina era así de bruta con los jefes.

—Y seguirás sin vernos, Valentina —Conrad sonrió negando y vi que me miraba de reojo.

—Hay que ver, que me vais a obligar a ponernos una trampa para veros en el cuarto de la lujuria —suspiró.

—¿Qué cuarto has dicho? —curioseó Lara.

—No la hagas caso, que ya debe haber bebido mucho —reí, a sabiendas de que Valentina nunca bebía más de la cuenta en el trabajo.

—No he bebido apenas, y he dicho —miró a Lara— el cuarto de la lujuria. Eso tiene que ser todo un parque de atracciones, vamos, que el del Grey ese, se queda en cuartito chiquito, seguro.

—¿Hay un cuarto así en esta urbanización? —Lara miró a Ethan con los ojos abiertos, y mi jefe sonrió.

—Hora de irnos, caballeros —les dijo a los otros dos—. Chicas, divertíos —hizo un guiño y los tres fueron.

—¿En serio esos tres buenorros, son vuestros jefes? —preguntó Lara sin quitarles los ojos de

encima.

—Ahora ya sabes porqué os hablaba tanto de ellos —rio Valentina.

—Creo que esta noche voy a fundir las pilas de mi “*satis*” —Lara se dio aire con la mano—. Si creo que hasta tengo un poquito húmedo el tanga.

—Por Dios, Lara —reí.

—Tú es que has estado fuera mucho tiempo —me dijo Maica—, pero a esta no la libran del pecado ya, ni bañándola en agua bendita.

—Qué hija de la gran fruta eres, Maica.

—Soy sincera, que no quiero que se nos asuste la pobre —se encogió de hombros.

—Tranquila, si Lara es como Valentina y con ella, estoy ya curada de espanto desde que trabajamos juntas —volví a reír.

—¿Eso quiere decir que soy una mala influencia para ti? —arqueó la ceja mirándome con los morros hacia fuera.

—No, no, pero...

—Pues entonces no lo estoy haciendo bien, porque tengo que hacer de ti una loba que no deje que ningún hombre le vuelva a romper el corazón. Oh, me encanta esta canción —dijo tirando de nosotras para ir hacia la pista de baile.

Y allí que nos tuvo a las tres bailando un par de canciones, riendo mientras cantaba y hacía esos gestos de tigresa mirando hacia los jefes en alguna que otra ocasión, y abrazándonos y besándonos en la mejilla como lo haría una abuela.

Ninguna de esas tres mujeres se podía hacer una idea de lo mucho que las había echado de menos, de la falta que me hicieron en muchos momentos estando en Escocia, y de cuánto las quería y les agradecía que volvieran a ser las de siempre, aun habiéndoles fallado.

Valentina se fue a trabajar un poco y nosotras regresamos a la barra, donde coincidimos con uno de los clientes que había conocido recientemente en el Club y que nos invitó a unas copas, bueno, nosotras no íbamos a pagar nada, pero si él dejaba allí su dinero, ese beneficio que le generaba a mis jefes.

Miré hacia la zona en la que estaban ellos y sonreí al ver que Ethan y Gonzalo me levantaban el pulgar al tiempo que hacían un guiño en señal de que, aun sin estar trabajando, desplegaba mis encantos como relaciones públicas.

Y de nuevo la mirada de Conrad se cruzó con la mía y sentí que me sonrojaba. Me coloqué un mechón de cabello tras la oreja y me mordisqueé el labio. Cuando volví a mirarlo, se bebió el

contenido de su vaso de un trago y vi algo en su mirada que no sabía identificar.

Lara me llamó y volví a prestar toda mi atención a mis amigas, hasta que Valentina se unió de nuevo a nosotras para tomarse otro chupito antes de seguir con el trabajo.

Durante el resto de la noche no volvimos a verla, pero sí que me sentí observada y, cuando miraba hacia él, ahí estaban esos ojos que me contemplaban con intensidad.

Las chicas y yo nos hicimos algunas fotos que ellas iban a subir a sus redes, yo también compartí algunas nombrando la discoteca y poco después de las doce, y sin rastro de Valentina, dimos la noche por terminada.

—Somos como Cenicienta, pero sin haber perdido ningún zapato —dijo Maica.

—Perderlos no, pero esta los lleva en la mano —reí al ver a Lara sujetando los suyos.

—Chica, es que no siento los pies. No recuerdo haber bailado tanto en mi vida —resopló.

—Ni bebido, que, si te dejamos media hora más allí, acabas con las botellas de mojito —rio Maica.

—Anda, que tú has estado toda la noche a base de agua, ¿verdad qué sí? —Arqueó la ceja— Nena, que en otra como esta no nos vemos.

—¿Cómo qué no? Dadme unos días, y volvemos a tener una noche de chicas —sonreí.

—Pero sentadas, si puede ser.

—Tranquila Maica, que la próxima, hablo con los jefes y que nos dejen un reservado.

—Toma ya, qué nivel, Maribel —dijo Lara—. En un reservado, que me voy a sentir como Paris Hilton.

—Te falta el chihuahua —rio Maica.

—Me pido un peluche por Amazon y al bolso, arreglado.

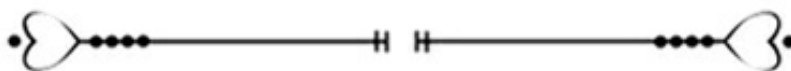
—Capaz eres —reí, y las dos se unieron a mis carcajadas.

Nos despedimos en la entrada de la urbanización, las abracé antes de que subieran al taxi y cuando estaba a punto de subir al mío, eché un vistazo hacia atrás, aunque no sabía muy bien por qué.

Bueno, sí que lo sabía. Tenía la curiosidad de si Conrad me habría seguido...

Pero no, no lo había hecho. Sonreí y me marché.

Capítulo 14



Martina

Después de la noche que había tenido, debía reconocer que se me habían pegado un poquito las sábanas y no me levanté a tiempo para tomarme el café con mis padres antes de que se fueran al trabajo.

Fui hacia la cocina y nada más entrar sonreí ante lo que había en la encimera.

Mi madre me había dejado una nota deseándome un feliz día junto a un paquetito de galletas con chispitas de chocolate, qué bien me conocía. Y es que, cuando estaba nerviosa, me daba por comer chocolate, y claro, a mi madre no se le pasaba por alto eso y ahí estaba, un paquetito con una pequeña dosis de ese vicio que no debería tener, pero que me quitaba los nervios y hasta la angustia.

Estaba claro que no iba a contarle que el motivo de mis nervios era mi jefe, así que en el momento en el que me preguntara, tendría que inventarme una buena excusa.

No quería que se preocupara y que mis padres pensaran lo que no era, porque no, yo no me había enamorado del jefe de los jefes como lo llamaban todos los empleados, solo... tenía algo, sin más.

Me preparé un café y un par de tostadas con jamón y entré en las redes para echar un vistazo a las fotos que habían subido las tres locas de la noche anterior, sonreí al ver las caras que habíamos puesto para una de ellas, pero es que así éramos cuando nos juntábamos, dejando salir era locura que nos caracterizaba a todas y que nos levantaba el ánimo.

Amplíé una de ellas y vi a los tres jefes mirando hacia donde estábamos, sí que recordaba haberles visto por allí y que Conrad me dedicó alguna de sus miradas, pero no que hubieran estado tan pendientes de nosotras. Seguramente fue por lo que le dije un par de días atrás en el Club sobre el comentario que me hizo uno de los clientes.

Al menos de momento ese suceso no se había vuelto a repetir, y esperaba que no lo hiciera.

Dejé el móvil de nuevo en la mesa y me concentré en mi desayuno, ese que complementé con

un par de galletitas de las que me había dejado mi madre para calmar un poquito los nervios.

Y es que, sí, estaba un tanto nerviosa porque hoy era una mañana diferente, y aún no me podía creer que en menos de una hora estaría tirada en una camilla mientras me hacían un masaje relajante, todo un detalle del jefe. Desde el día anterior que me llegó la notificación de mensaje con la cita, estaba que no me lo creía.

Me lo iban a dar una hora antes de comenzar mi turno, con lo cual, me venía de lujo para no tener que ir expresamente para esto.

Tomaba el café mientras leía los mensajes de Conrad, que ya me los sabía de memoria. Me gustaba hacerlo y aunque mi cabeza estaba aún aturdida por todo lo que me había pasado, reconozco que con él estaba teniendo una chispa de ilusión. Ojo, que no estoy diciendo que lo tenía a mis pies, que obviamente él podía tener a quién quisiera, pero que le notaba algún tipo de conexión especial conmigo. Me llegó un mensaje que me sacó una sonrisa.

Valentina: *¿Y lo más bonito de mi vida?*

Martina: *Aquí a nada de irme a mi merecido masaje.*

Valentina: *Verás que al final te regala un bono mensual con quince sesiones. Por cierto, anoche triunfé como una mujer empoderada que soy.*

Martina: *¿Con quién te has revolcado?*

Valentina: *Me he enamorado. ¡Te lo prometo!*

Martina: *No hace falta que me lo prometas, eres muy enamoradiza.*

Valentina: *¿Sabes quién es, Cristiano, el DJ tan famoso?*

Martina: *Claro, además estuvo en el Club los otros días. ¿Con él?*

Valentina: *Ese mismo. ¡Triunfo total!*

Martina: *Pero, ¿él no estuvo con esa influencer que lo dejó por otro?*

Valentina: *Con esa y con mil más, pero mira, terminó a mis pies como un conejito. Y me desperté esta mañana con un mensaje de buenos días y diciéndome que me quería volver a ver. ¿No te parece lo más?*

Martina: *En shock, estoy en shock.*

Valentina: *A mí me encanta, niña.*

Martina: *Pues a disfrutar. Por cierto, voy a terminar de arreglarme, luego nos vemos en el cambio de turno y me cuentas más detalladamente.*

Valentina: *¿Quieres que te acerque?*

Martina: *Tranquila, ya tengo pedido el taxi para menos cuarto.*

Valentina: *Disfruta del masaje y dile a la tailandesa que te lo haga con final feliz, que vas recomendada por el jefe.*

Puso varios emojis riendo y a mí se me escapó una carcajada. No tenía remedio, de verdad que no, un masaje con final feliz decía, lo que tenía una que escuchar...

Martina: *Gracias bonita. Con que me desestresen me vale.*

Valentina: *Nada como un final feliz.*

No pude evitar sonreír porque así era ella, descarada y alocada en su justa medida que se complementaba a las mil maravillas conmigo, así como con Lara y Maica.

Lo de que haya estado con Cristiano, me había dejado boquiabierto. No por nada, ya que Valentina era preciosa y valía un mundo, pero él se lució con tantas mujeres y presumió de ellas, que me chocaba que ahora se acostara con un tío, porque por mucho que se sintiera mujer en algunos aspectos, Valentina, no estaba operada. Pero oye, que era toda una atracción y el morbo estaba para algo, hasta para demostrar que lo que un día no querías, al otro era algo que deseabas.

Ahora entendía por qué llegó un momento de la noche anterior con las chicas en la discoteca en el que le perdimos la pista a Valentina, ni avisarnos de que se iba la muy cabrita, pero bueno, si había disfrutado de la noche con el DJ, eso que se llevaba para el cuerpo.

Solo esperaba que no le rompiera el corazón, porque ella, como le había dicho, era muy enamoradiza y después de una ruptura lo había pasado muy mal y no quería verla sufrir de nuevo.

Me puse un vestido de punto por encima de la rodilla y de tirantes anchos en color celeste con unas sandalias de tacón rectangular en color beige. Eran muy cómodas y elegantes. Me gustaba cómo me quedaba el conjunto y me estiré el pelo en una coleta con la raya en medio.

Salí hacia la calle unos minutos antes y entré a la tienda de chuches a comprar unos caramelos de melón que eran mi vicio y no me podían faltar en el bolso. Los eché mucho de menos en mi época en Escocia, donde indudablemente no los había. No pude con la tentación de comprar una bolsita de gominolas, y eso que intentaba cuidarme al máximo, pero de vez en cuando me gustaba meterme una en el cuerpo, por eso de que a nadie le amarga un dulce y que el azúcar alegraba un poquito las penas.

Y aunque no debería pensar en el escocés que tanto daño me había hecho, ahí estaba de vez en cuando colándose en mi mente. Lo había querido con todo mi corazón, dejé mi vida en la isla por irme con él de la mano y al final resultó que yo no le importaba lo más mínimo.

Si hubiera hecho caso de lo que me decían mis padres y las chicas, me habría ahorrado el dolor de ese desamor tan grande con el que me había vuelto a casa.

Sentí esas ganas de llorar que a veces me asaltaban cuando pensaba en él y en todo lo que vivimos y que acabó mandando a la mierda por, a saber, qué, y respiré hondo antes de comerme una gominola y apartar esos malos pensamientos de mi cabeza antes volver a salir a la calle.

—¿Martina? —escuché que alguien me llamaba.

—¿Sí? —Me giré— ¡Leo! —dije emocionada— ¡Qué alegría verte! —Nos fundimos en un abrazo.

—Te hacía en Escocia.

—Calla, ni lo mientes —suspiré—. Mejor aquí.

—Vaya —me acarició la mejilla—. ¿Estás bien?

—Mejor de lo que pensaba —sonreí, porque a pesar de que seguía teniendo al energúmeno de Logan en la cabeza, como lo llamaba Valentina, estaba bastante bien—. Me están sentado muy bien estos primeros días en la isla. Ya estoy trabajando y todo.

—¿En serio? ¿De veterinaria?

—No —me reí—. Ojalá, pero con el tiempo todo se andará. Estoy de relaciones públicas en “La Urbanización”.

—¿La de los ricos?

—Allí mismo —me reí al escucharlo definirla, pero así se referían los isleños a ella—. Te escribo en estos días, me espera el taxi. ¿Tienes el mismo número?

—Sí, claro. ¿Tú también?

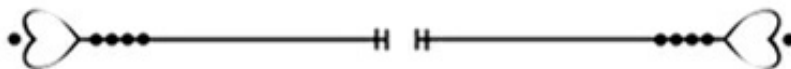
—Sí, es lo único que no perdí —me reí mientras le daba un beso y salía precipitadamente hacia afuera para no hacer esperar al taxista.

Leo estudió conmigo la carrera y se puso a trabajar en la clínica que su padre tenía en la ciudad desde hacía mucho tiempo. Era una muy concurrida por los de la zona y la verdad es que siempre la tuvo a tope.

Con Leo había salido infinidad de veces de marcha en nuestra época de la universidad y también íbamos al cine, quedábamos para comer y un sinfín de cosas que habíamos vivido juntos. Congeniábamos muy bien y éramos un apoyo el uno para el otro en los estudios.

Llegué a la urbanización y el taxi me dejó en la misma puerta del centro de masajes.

Capítulo 15



Martina

Cuando entré me recibió la chica de la recepción con una bonita sonrisa, le dije que tenía cita para esa hora y tras comprobarlo en el ordenador me dijo que la siguiera.

Entramos en una sala donde la música era de lo más suave y relajante, me señaló la puerta donde estaba el pequeño cuarto de baño y se quedó enciendo algunas velas e inciensos para dar ese toque más relajante a la sala.

Tras quitarme la ropa me envolví en la toalla y al salir me la encontré junto a la camilla.

—¿Me vas a dar tú el masaje? —pregunté.

—No —sonrió—, ahora viene el chico.

—¿Chico? Me dijo Valentina algo de una filipina o tailandesa, no recuerdo.

—Está en otra sola, pero, tranquila, que vas a estar en buenas manos. Lo que sí —dijo mientras cogía un antifaz de la camilla—, tienes que ponértelo, para que la experiencia sea aún más relajante.

—Ah, vale —sonreí mientras lo cogía.

—Ven, te ayudo a acomodarte —se ofreció, y me senté en la camilla sujetando la toalla para que no se me abriera y se me salieran las “peras”, como diría Valentina.

Me acomodé en la camilla, me dijo que podía dejar la toalla suelta y cubrirme solo la parte trasera y así lo hice, para después ponerme el antifaz.

—Disfruta del masaje —me dijo apoyando la mano en mi hombro.

—Gracias —contesté levantando la cabeza y mirando hacia donde ella estaba, pero que no veía nada más que todo negro, vamos.

Escuché que se cerraba la puerta y acomodé la cabeza en el huequito de la camilla, ya solo con la musiquita y tener los ojos cerrados notaba cómo me iba relajando. Eso sí, la incertidumbre de lo que me fueran a hacer estaba ahí, porque claro, si la chica de la que me había hablado Valentina hacía masajes con final feliz, ¿sería que todos los masajistas lo hacían?

Uf, me iba a poner nerviosa y no quería, que solo faltaba que el chico que fuera a darme el masaje me pidiera que me abriera de piernas y...

La puerta volvió a abrirse y cerrarse y me puse en alerta. Esto de no ver nada tendría sus beneficios a la hora de sentir lo que te hacían, que no digo yo que no, pero, no ver quién había en aquella sala conmigo... eso me tenía en tensión.

Ya me podría haber puesto Valentina sobre aviso de lo que pudiera pasar, que seguro que ella había probado los masajes.

Noté la yema de dos dedos deslizándose por mi pierna y me sobresalté.

—Ay, coño, qué susto —dije levantando la cabeza sin ver un carajo, y escuché un carraspeo—. ¿Quién eres? —pero no respondió, simplemente dio un par de toquitos en el interior de mis piernas como si quisiera que las separase— Espera, espera, que yo no quiero un masaje de esos con final feliz que da la filipina, o tailandesa, o lo que sea la chica —y oí una leve risita—. No te rías, que no veo nada y estoy muy nerviosa —suspiré, y volvió a darme un toquecito en las piernas—. Vale, yo las separo, pero te lo advierto, a mí no me vayas a tocar en esa zona, que me da un pasmo.

Volví a acomodar la cabeza en el hueco de la camilla y separé las piernas, noté que me las acariciaba con la yema de los dedos y acabé estremeciéndome un poquito.

Se apartó y le escuché caminar por la sala, no tardó en regresar y bajó la toalla hasta dejar mi espalda completamente descubierta. Sentí el líquido frío cayendo en ella y di un leve respingo, pero no dije nada.

El chico comenzó a extender el aceite con ambas manos y noté que me iba relajando un poco, lo hacía bien, no era de extrañar que Conrad me hubiera dicho que los clientes disfrutaban de estos momentos.

Subió las manos hacia mis hombros y los fue destensando poco a poco, se me notaba la tensión acumulada en ellos, y es que, a ver, entre el modo en el que me vine de Escocia, y los días en el trabajo con un jefe que me imponía pues...

Suspiré casi de alivio cuando noté que los músculos de los hombros estaban un poquito más ligeros, y entonces se me apareció su rostro en la mente.

No debería estar ahí, pero lo estaba, y recordaba perfectamente todas y cada una de sus facciones, por no hablar de ese modo en el que sonreía. Pero era realista, no se había fijado en mí como mujer sino como empleada, porque un hombre como él estaría más que acostumbrado a estar en compañía de auténticas bellezas de la moda e incluso del mundo del cine.

Noté las manos del chico adentrándose por debajo de la toalla y de manera automática me tensé, de modo que sentí cómo las nalgas se contrajeron. Deslizó los dedos por la zona lumbar y apretó un poco, lo suficiente como para que notara tal alivio en la zona que mi cuerpo de nuevo se relajara.

Desde luego que este hombre sabía lo que se hacía para conseguir destensar los músculos.

Abandonó mi espalda y noté de nuevo el líquido en una de las piernas y después, esa que empezó a masajear con intensidad y a relajar los músculos.

—Uf, qué manos tienes —dije, y de nuevo escuché una risilla—. ¿No vamos a hablar? —Giré la cabeza sin ver nada, pero sentí su mano en la mejilla para que volviera a girarla— Vale, lo capto. No hablamos para que me relaje más. Ok.

Me acomodé de nuevo y él siguió masajeando esa pierna y después, la otra con la misma intensidad. Incluso al llegar a los muslos, justo entre las piernas, noté algún que otro leve roce de su mano en la zona, y mentiría si dijera que no solo me sobresalté, sino que incluso llegué a estremecerme ligeramente.

—Gírate —me pidió y, como estaba tan relajada y somnoliente, lo escuché como si fuera casi un murmullo.

Noté que cogía la toalla y pude girarme. Sentí un poquito de vergüenza en ese momento porque, salvo Logan en estos últimos años, nadie más me había visto los pechos.

Pero claro, este hombre al igual que los demás masajistas estaban más que acostumbrados a ver el cuerpo a todo el que pasaba por su camilla.

Me cubrió los pechos con la toalla y vertió el aceite en mi vientre para después extenderlo con una delicadeza impresionante.

Subió con las manos aceitosas hasta el torso y masajeó de nuevo los hombros y también el cuello.

Y no, no me preguntéis por qué, pero estando así, sin ver nada, mi mente comenzó a jugarme una mala pasada y el rostro de Conrad apareció en medio de toda la oscuridad que me envolvía.

Pensé por un momento en sus manos tocándome, y cuando el chico bajó a las piernas y sentí sus dedos rozando muy levemente entre mis piernas, me mordisqueé el labio y sacudí la cabeza para hacer que la visión de mi jefe se fuera.

Dios mío, esto no era normal, porque ese hombre me imponía hasta límites insospechados y ahora, ¿también me iba a excitar al imaginarlo tocándome? No, esto era por la musiquilla relajante, el incienso y las velas, por no hablar de las manos del hombre que me estaba destensando todo el cuerpo.

Pude finalmente poner la mente en blanco y, al estar privada de la vista, sí que sentí de un

modo más intenso el masaje que me estaba dando.

Entonces caía en la cuenta de que me había cubierto los pechos con la toalla, pero la parte baja no, por lo que ese hombre me estaba viendo en tanga, literalmente.

Me puse nerviosa y me tensé, algo que no le pasó por alto a él, que enseguida, me flexionó la pierna para masajear mejor el muslo. Y claro, así tenía una vista privilegiada de mis nalgas.

—Relaja —dijo, y resoplé.

—Es que esto de no ver, y que tú sí me veas... me pone nerviosa.

No volvió a hablar, se limitó a masajear el otro muslo y después lo escuché caminar hasta colocarse tras mi cabeza.

Deslizó las yemas de los dedos por debajo de mi cabello y por Dios que me escuché gemir cuando los noté masajeándome el cuello. A pesar de mi tensión por los nervios, este hombre me iba a dejar como nueva, desde luego.

Siguió moviendo las manos por mis hombros y los masajeó de nuevo, de una manera más intensa, hasta que consiguió destensarlos por completo.

Me estaba dejando tan relajada que corría el riesgo de quedarme dormida, pero no lo hice porque después tenía que entrar a trabajar.

No se hacía una idea de lo bien que me sentía en ese momento, y cuando escuché que se alejaba me quedé allí inmóvil hasta que noté de nuevo sus manos, esta vez masajeando mi vientre de nuevo, solo para volver a los hombros unos instantes después.

Cuando ya no sentí sus manos tocándome puse atención y agudicé el oído tanto como pude, pero no escuchaba nada, ni siquiera sabía si estaba cerca o lejos de la camilla.

Y entonces un aroma que me resultaba familiar llegó a mis fosas nasales, solo para apenas unos segundos después, en mi oído, escuchar la voz de quien menos esperaba que estuviera en esa sala.

—Ha sido un placer tener el privilegio de darte un masaje, preciosa —susurró, y me quedé completamente paralizada.

No me moví, no hablé, tan solo permanecí en la camilla tan quieta como una estatua y escuché que la puerta se abrió y cerraba. Me quité el antifaz mientras me incorporaba y noté que de nuevo los nervios volvían a mí.

¿Había sido el mismísimo Conrad Godoy, mi jefe, quien me había dado aquel masaje? Por el amor de Dios, esto no podía ser cierto.

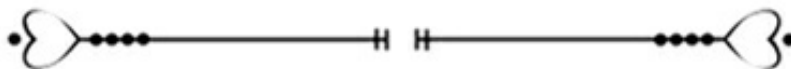
Bajé de la camilla y entré en el cuarto de baño, me di una ducha para quitarme todo el aceite

del cuerpo y volví a vestirme para salir de allí e ir al Club, donde me esperaba una nueva jornada de trabajo.

Solo que en esta ocasión la jornada sería diferente, muy diferente, porque, ¿con qué cara miraba yo a mi jefe después de que me hubiera dado un masaje?

No iba a poder, no podría mirarlo a los ojos como si nada hubiera pasado en esa sala. Me iba a morir de vergüenza.

Capítulo 16



Martina

Fui hacia el Club y nada más llegar me pedí un vaso de agua en la barra. No había ni rastro de Conrad por el momento y la verdad que me sentí aliviada, pero era el jefe y a la que me descuidara, lo vería por allí.

Estuve nerviosa casi toda la mañana, sonriendo y charlando con los clientes como siempre, y poco antes de la hora de comer apareció Valentina, y no lo hacía sola.

—Pero bueno, ¿qué hacéis vosotras aquí? —dije sonriendo al ver a Lara y Maica con ella.

—Valentina, que nos ha dicho que aquí se come muy bien —contestó Lara.

—Eso es verdad.

—¿Y los jefes? —me preguntó Valentina tras darme un abrazo.

—No los he visto aún —y era cierto, a pesar de que sí había visto, o, mejor dicho, sentido a Conrad en la sala de masajes. Pero eso por el momento no se lo iba a contar a mi amiga.

—Venga, vamos a una mesa y pedimos —Valentina se enganchó a mi brazo y fuimos hacia una de las mesas.

Nos pedimos una botella de vino blanco y de comer, ensalada cesar para compartir y unos solomillos en salsa de pimienta.

—¿No trabajáis hoy? —les pregunté a Lara y Maica.

—No, por eso accedimos a salir anoche. Tenemos hoy, y mañana, libres —dijo Maica.

—¿Y qué tal la cabeza? —Miré a Lara.

—¿Por qué solo me preguntas a mí? —Frunció el ceño.

—Perdona, he preguntado en general.

—Pero me has mirado a mí.

—A ver, Lara, que, de todas, fuiste la que más bebiste —rio Maica.

—Eso es porque a esta le perdimos la pista —señaló a Valentina.

—Estaba trabajando, y no me bebo todas las copas a las que me invitan o acabaría volviendo a casa como un piojo de borracha.

—Ella salió de la discoteca descalza, no te digo más —reí señalando a Lara.

—Para una vez que nos invitan a copas —volteó los ojos—. Por cierto, para pagar la comida creo que tengo que vender un riñón, porque os iba a invitar yo.

—Buenas tardes, bellas damas —miramos hacia arriba y vimos a Ethan con una sonrisa.

—Uy, mira, el que nos invitó a las copas anoche. Qué majo fuiste —dijo Lara que le hizo ojitos, la muy descarada.

—Jefe, que las he traído a comer para que prueben las exquisiteces que sirven aquí —le informó Valentina.

—Estáis invitadas a comer.

—Verás que, al final, te voy a tener que pagar el favor que me estás haciendo —soltó Lara.

—Si te tomas un café conmigo después de comer, me doy por pagado.

—Jefe, que te veo venir —dijo Valentina con una sonrisilla—. Mira que, si la llevas al cuarto....

—¿Al de la lujuria? —curioseó Lara.

—Mira cómo se acuerda —rio Maica.

—Valentina, voy a empezar a pensar que vives aquí —dijo Gonzalo con una risa.

—Uy, jefe, con un millonitis tendría que casarme para vivir en una de esas villitas —resopló.

—No tengo duda de que conseguirás al hombre que quieras —sonrió—. Hola, Maica.

—Hola.

—Martina, tú y yo somos invisibles, que no nos ha saludado.

—Por Dios, Lara —reí.

—Buenas tardes —me estremecí al escuchar la voz de Conrad y, en cuanto lo miré, la cosa fue a peor.

Me sonrojé por completo al tener sus ojos fijos en los míos, y no era para menos después de lo que había pasado en la sala de masajes.

Cogí mi copa de vino y di un sorbo, necesitaba tener algo que hacer para no mirarlo.

Escuché que Ethan le ponía al día sobre que las chicas estaban invitadas a comer y que podían venir cuando quisieran, y al final, no sabría decir cómo, se sentaron los tres con nosotras.

Sobra decir que mi jefe lo hizo a mi lado, ¿cierto? Pues sí, ahí bien pegadito lo tuve. Pidieron su comida y cuando nos sirvieron, vi por el rabillo del ojo que sacaba el móvil del bolsillo y comenzaba a teclear algo.

No tardó en vibrar mi móvil y al cogerlo, vi que era un mensaje suyo, lo miré y él estaba charlando como si nada.

Conrad: *¿Qué tal el masaje? ¿Estás más relajada?*

Martina: *¿Por qué me lo has dado tú? Creí que sería uno de los masajistas.*

Conrad: *Me ofrecí a dártelo y lo he hecho. ¿Te he conseguido relajar?*

Para vernos a los dos con el móvil mientras comíamos y los demás hablaban, claro que Conrad también estaba atento a la conversación y yo, a ratos.

Martina: *Estaba nerviosa, te lo dije, pero sí, me has relajado un poco los músculos.*

Conrad: *Me alegra leer eso. Tienes una piel muy suave.*

Martina: *Calla, no sigas, que me pongo nerviosa y roja como un tomate.*

Conrad: *Ya tienes las mejillas sonrojadas, me encanta.*

Lo miré con los ojos muy abiertos y el jodido de mi jefe tenía una risilla en los labios.

—¿Se puede saber qué haces, Martina? —preguntó Valentina.

—¿Eh? Nada, nada, hablaba con mi madre.

Mi móvil vibró de nuevo y ahí estaba el nombre de mi jefe.

Conrad: *Mentirosa...*

Martina: *Hombre, si quieres le digo que estoy hablando contigo, teniéndote al lado. Qué cosas tienes...*

Conrad: *Te invito a cenar esta noche.*

Soltó aquello y se quedó tan tranquilo. Por suerte escuché que Ethan les preguntó a Lara y Maica qué tal lo pasaron la noche anterior en la discoteca, y dejé el móvil para formar parte de la conversación.

Conrad siguió mirándome a cada poco y, si me terminaba el agua, pues había tomado solo una copa de vino, él me la volvía a llenar.

Cuando acabamos de comer me tomé un café y escuché que Ethan invitaba a Lara a conocer la urbanización, a lo que ella aceptó encantada y, dado que dejaba sola a Maica, fue Gonzalo quien se ofreció a mostrársela a ella.

Se fueron y Valentina se despidió diciendo que tenía cita para hacerse la manicura, pero por el guiño que me hizo... me daba a mí que, de manicura, nada. Esa loquita lo que iba era a verse con el DJ con el que había pasado la noche.

Me alejé para ir a la barra y saludé a un matrimonio de belgas que estaba pasando unos días allí, eran conocidos de los chicos desde hacía tiempo y cuando los conocí en mi primer día, me dijeron que no había mejor lugar que este para disfrutar de unos días de descanso.

En cuanto me quedé sola y pedí un vaso de agua, escuché la voz de Conrad a mi lado.

—Ponme un licor de hierbas —le pidió al camarero.

—Ahora mismo, jefe —contestó, tras dejar mi bebida.

Di un sorbo a mi vaso y cuando lo miré, ahí estaban sus ojos puestos en mí. Conrad estaba con el codo apoyado en la mano y tenía las manos entrelazadas.

—¿Y bien? —preguntó.

—¿Qué?

—Quiero que cenes conmigo.

—Me halagas, pero declino tu propuesta.

—¿Y eso por qué?

—Eres mi jefe.

—Cena de negocios, podemos llamarla así —sonrió de medio lado.

—No deberíamos.

—No veo por qué no. Comemos aquí a menudo.

—No es lo mismo, aquí no estamos solos.

—¿Me tienes miedo? —preguntó acercándose un poco más sin apartar la mirada de mis labios.

—Sabes que me pones muy nerviosa —aparté la mirada y volví a beber.

—Hombre, mi buen amigo Conrad.

—Vaya, qué sorpresa.

Aproveché que saludaba al hombre que acababa de llegar y, tras acabarme el agua me fui para seguir charlando con algunos clientes.

Me quedé un buen rato con un par de empresarios la mar de simpáticos que eran pareja, tenían una de las mejores firmas de joyería del mundo y los dos me decían que yo sería perfecta para la publicidad de su firma, que tenía una cara preciosa y que, en mis manos, los anillos lucirían ideales.

No podía no reírme porque me resultaba gracioso que dijeran aquello, y de mí, que en mi vida se me había pasado por la cabeza ser modelo.

Claro que, tampoco pensé nunca en ser relaciones públicas de una de las urbanizaciones más lujosas de la isla, y aquí estaba.

—Quiero que cenes conmigo, y no voy a aceptar un no por respuesta —me dijo Conrad cuando me quedé sola de nuevo en la barra.

—Al final te digo que sí, pero no voy —reí.

—No, no, que me quedo haciendo guarda ahí para verte salir y llevarte conmigo.

—Capaz serías, vamos, para que nos vea todo el mundo.

—No quieras hacer la prueba.

—De verdad que no es buena idea, Conrad, estar solos no es buena idea.

—Solo vamos a cenar.

—Pero es que me voy a poner nerviosa, que lo sé, y lo mismo ni hablo.

—No es más que una cena, preciosa.

—Martina, tenemos que hablar —dijo Lara llegando junto a Ethan, y vi que detrás llegaban también Maica y Gonzalo.

—¿Qué pasa? —pregunté asustada.

—Nena, tenemos que ahorrar para comprarnos aquí una villa. Me he enamorado.

—¿De la urbanización, o de mí? —curioseó Ethan con una sonrisilla de medio lado.

—¿Qué nos hemos perdido? —preguntó Conrad.

—Nada, no le hagas caso a tu socio, que desvaría —Lara le quitó importancia a ese comentario moviendo las manos, pero por cómo se había sonrojado, algo había.

—Ya podemos ahorrar, ya —rio Maica—. Es todo precioso, en serio. Si pudiera ser socia, me teníais aquí todos los fines de semana.

—¿En serio? Porque te hago socia ahora mismo, pequeña —le contestó Gonzalo, y otra que se sonrojó.

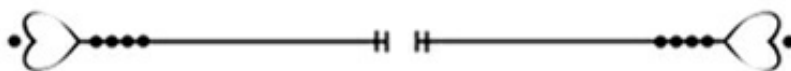
—Creo que vosotras tenéis mucho que contarme —entrecerré los ojos, y ambas miraron hacia otro—. Sí, tenéis mucho que contarme —sonreí.

Se fueron a una mesa para tomarse una copa y Ethan y Gonzalo las acompañaron. Yo me pedí un refresco porque el cuerpo me pedía un poquito de azúcar, y Conrad volvió a insistir en lo de la cena.

No era una buena idea porque me conocía y sabía que iba a estar nerviosilla, pero la verdad es que me apetecía poder compartir con él un ratito como el de unos días atrás cuando tomamos café.

Y acabé aceptando, Conrad sonrió de medio lado y se marchó para dejarme seguir trabajando hasta que llegara mi hora de salida para irnos a cenar.

Capítulo 17



Conrad

Cocinaba los platos con los que iba a sorprender a Martina para la cena. Estaba seguro de que estaría nerviosa al principio, pero conseguiría relajarla poco a poco. Al menos esa era mi intención.

Escuchaba de fondo a Bob Marley, lo llevaba haciendo desde que era un chiquillo y lo escuché por primera vez escondido en un garaje con mis amigos para fumarnos unos cigarrillos sin que nadie nos viera.

De ahí a que siempre había deseado ir a Jamaica para ver el mausoleo donde descansan sus restos en la casa donde vivió de joven. Luego se fue a Kingston a una nueva más grande y en la ciudad, que fue precisamente donde lo intentaron asesinar y aún dicen que se pueden ver los impactos de balas sobre las paredes. Esa noche dispararon tanto a él, como a su mujer y los músicos que se encontraban con él, pero increíblemente y pese al reguero de sangre que dejaron, no murió nadie. Inclusive su mujer, que se le quedó la bala atrapada entre su denso pelo y el cerebro sin causarle nada.

Me tomaba una copa de vino mientras terminaba de preparar los platos que habían quedado espectaculares: tartar de salmón con queso crema y aguacate, unos nidos de langostino y dados de queso. Todo preparado con mucho cariño, al igual que la mesa que había preparado en el porche del jardín con velas incluidas.

Ella pensaría que iría al Club y cenaríamos allí, rodeados de gente, pero con cierta intimidad para poder charlar solos y tranquilos, y dejé que lo pensara hasta que le mandé un mensaje diciéndole que la esperaba en mi villa indicándole bien cuál era.

Ni qué decir que me respondió con un montón de emojis que me sacaron una carcajada, empezando por ese con cara de susto que gritaba, y acabando con el que parece que está a punto del desmayo.

Sus siguientes palabras en otro mensaje fueron que, si lo que pretendía era tenerla nerviosa toda la noche por estar a solas conmigo, le dije que no porque estaba convencido de que no se iba a pasar así la noche, y me contestó que entonces lo mejor sería cenar en el Club.

Estaba claro que temía estar a solas conmigo y eso me llevaba a preguntarme si, además de imponerle como jefe, había algo más que no me contaba.

Yo era muy observador y por norma solía leer bien a las personas, incluso a ella, pero había algo que se me escapaba.

Debía de estar llegando, terminaba su turno a las ocho y esa hora era precisamente. Ya tenía todo listo y solo haría falta recibirla.

Tenía ganas de verla, era la verdad, y ni yo mismo sabía lo que me estaba pasando.

Tampoco iba a mentirme, era una mujer preciosa y simpática que con su manera de reír alegraba el día de cualquiera. Y sí, me había sentido realmente tentado para darle yo ese masaje y se lo di.

Aún me salía la sonrisa cuando la recordaba allí, con los ojos cubiertos por el antifaz mientras levantaba la cabeza si poder ver nada y diciéndome que ella no quería un masaje con final feliz.

Se lo habría dado, desde luego que sí, pero todo lo que pudiera hacer con ella sería siempre con su consentimiento.

Eso sí, me había deleitado más que bien con la visión de su cuerpo desprovisto de ropa y la suavidad de su piel.

El timbre exterior sonó y fui a recibirla personalmente con las dos copas en la mano.

—No debería de haber venido —dijo riendo y cogiendo su copa, ya podía ver su nerviosismo y sabía que estaba ahí desde que le mandé el mensaje.

—Sabes que estás en el lugar correcto —murmuré, mirándola de lado mientras íbamos hacia el porche.

Y me fijé en sus labios, esos que ya había mirado en otra ocasión y que, de algún modo que no conseguía explicarme, me tentaban. Claro que toda ella era pura y auténtica tentación sin que se lo propusiera o fuera consciente de ello.

—Está preciosa la mesa, y todo tiene una pinta espectacular.

—¿Te enseño la casa?

—No, no, no —de nuevo le entraban los nervios y se sentó como dejando claro que de ahí no pasaba.

—¿Y si hubiera preparado la mesa dentro? —carraspeé.

—Pues tendría que haber entrado, pero el Karma por una vez se puso de mi lado.

—Te puedo jurar que dentro no hay un león ni nada parecido —carraspeé de nuevo antes de dar un trago a la copa de vino.

—Ni se me ha perdido nada —se reía con timidez. Estaba de nuevo muy nerviosa.

—¿Qué tal tu día? —pregunté para intentar que se calmara un poco.

—Un poco movidito desde que te fuiste —contestó y dio un sorbo—. Vinieron muchos clientes que ya me van conociendo y estuve entretenida hablando con ellos. Puedes estar tranquilo, que han pedido lo mejor y más caro del Club —sonrió y a mí me salió una carcajada.

—No esperaba menos, se ve que Valentina te enseñó bien.

—Sí, es muy buena maestra, y me ha dicho varias veces que, si sigo así, la dejo sin trabajo.

—Imposible, Valentina es nuestra chica de oro —sonreí.

—Lo sé, y le agradezco a ella que me echara una mano, y a vosotros por darme la oportunidad, por supuesto —y ahí estaba su tímida sonrisa y el leve sonrojo mientras me miraba—. Por cierto, me encanta la fuente que han colocado a un lado de la piscina. Es super bonita —dijo para cambiar de tema y no mirarme.

—Por fin la han podido poner. Se rompió en el traslado y han tenido que hacer una nueva —arqueé la ceja.

—No lo sabía, pero quedó muy bonita y hace que se vea un rincón de lo más idílico. Realmente está todo muy currado. El club tiene detalles por todos lados. Por cierto, la casa se ve también impresionante.

—No has entrado...

—Digo el conjunto que se ve desde el exterior —negaba poniéndose roja como un tomate.

—El interior es mejor, pero si no lo quieres ver...

—Me lo imagino, me lo imagino —reía.

Probaba la comida y gemía dejando entrever que le estaba gustando muchísimo. Sus gestos hablaban por sí solos. Me encantaban todas esas expresiones que sacaba envueltas con el sonrojo de sus mejillas.

No podía evitar mirarla, pero tampoco quería que se sintiera más incómoda de lo que ya estaba, así que mientras charlábamos disfrutando de la cena, aprovechaba para mirarla si ella no lo hacía, cuando se concentraba en su plato yo la miraba de reojo.

Era una belleza en todos los sentidos, no solo en su físico, sino también en el interior que se notaba que era de lo más noble. Por eso me molestaba que un tipo como su ex, al que no tenía el

placer o la desgracia de conocer, según se mire, le hubiera hecho daño de algún modo. Se notaba que Martina se entregaba sin pedir demasiado a cambio.

—¿En serio no te han traído la comida del Club? Todo está demasiado bueno —dijo de pronto, sacándome de mis pensamientos.

—No me ofendas por favor —reí—. Me he tirado dos horas en la cocina preparándolo con mucho cariño.

—Así que además de empresario y rey de la noche, eres todo un chef —dijo con una sonrisilla que me contagió—. Pues te mereces una estrella Michelin por lo menos.

—Gracias. La próxima vez te sorprenderé más aún.

—¿Próxima vez? —Me miró boquiabierta.

—¿Por qué me rehúyes tanto? —la miraba aguantando mi sonrisita.

—No es rehuir, pero digamos que...

—¿Qué? —se me escapó una sonrisilla— Y ahora no me vayas a decir que nada.

—Juegas con ventaja sobre mí —intentaba mantenerme la mirada, pero no podía—. Ya te lo dije, me impones muchísimo.

—¿Y por qué no cambias el me impone muchísimo por una descripción más explícita?

—Los nidos están de muerte —los señaló cambiando de tema.

—Confirmado, eres toda una experta en cambiar de tema cuando te conviene —le dije y ella trató de contener la risa, pero se le puso una carita de lo más adorable—. Sabes, estoy planteándome hacer un viaje para cumplir uno de mis sueños —dije casi sin pensar, porque, igual, si compartía con ella algo personal, la haría verme menos imponente.

—¿A dónde?

—Si lo quieres saber, ven conmigo.

—Pero, ¿qué dices! —le entró una carcajada bien grande— Para irme de viaje estoy yo. Sin dinero, reuniendo y sin haber cobrado mi primer salario. Además, me debo a mi trabajo, te lo recuerdo —y me señaló con el dedo, ese que me dieron ganas de darle un bocado, pero no lo hice.

—Soy el jefe de los jefes, según dicen todos —carraspeé—. Y no te iba a costar ni un euro el viaje.

—Ni me lo menciones. Ni loca —se reía de lo más nerviosa.

—No perderás esos días de sueldo...

—No sigas por ahí.

—Y te prometo que no te arrepentirás.

—¡Estás loco! ¿Quieres que me odien en el club? —Me miró con lo que podría describir como un poquito de terror.

—¿Acaso crees que alguien se tomará la libertad de juzgar el que no vayas durante unos días cuando los jefes lo tenemos justificado?

—No puedo, Conrad, de verdad, te lo agradezco, pero no puedo.

—Sí puedes, lo que pasa es que no quieres y no te fías de mí.

—No es eso, pero comprende mi situación. Como quien dice, acabo de venir de Escocia y no en las mejores condiciones. Irme ahora cuando estoy comenzando de nuevo una vida en cierto modo, no lo veo, sinceramente no lo veo.

—Necesitarás ropa de baño y cómoda —insistí, porque no iba a dejar de hacerlo.

—Te he dicho que no —se reía frunciendo la cara mientras sonreía, no tanto como yo, que solo de mirarla seguía con la risilla suelta.

—No estoy bromeando, me gustaría que me acompañaras. Es más, si no vienes, no iré, y lo peor de todo es que me dedicaré a ponerte nerviosa todo el tiempo en el club —sonreí encogiéndome de hombros.

—Dicho así suena amenazante.

—Es más una advertencia —le hice un guiño y resopló soltando una risilla—. ¿Entonces? —Arqué la ceja.

—No puedo ir, de verdad. Pásalo bien y disfruta de esas merecidas vacaciones.

—¿Qué parte no has entendido de que, si no vienes conmigo a ese viaje, no voy?

—Pero, ¿cómo voy a dejarlo todo cuando aún no están las cosas ni en su sitio? ¿Por qué no te pones en mi lugar? —se reía incrédula de mi insistencia— Ojalá pudiera darme el lujo de hacer un viaje y tomar aire libre, pero ahora mismo lo que necesito es trabajar y conseguir las metas que dejé a medias un día —dijo con cierta tristeza, esa que no abandonaba sus ojos por mucho que intentara disimularla y esconderla tras su bonita sonrisa.

—¿Y quién te dice que tomar un descanso en el camino no te llevará a lograrlo? —pregunté— Quizás la vida puede sorprenderte tanto que te arrepientas de no haber tomado este tren, ya sabes, eso que dicen de que hay trenes que pasan solo una vez delante nuestra.

—A mí, háblame en castellano que no te entiendo. Parece que hables con misterio —sonreí y no dejaba de poner los ojos en blanco.

—Mañana te mandaré un mensaje por la mañana con la hora de salida y el día. En ti está dejarme tirado o no...

—No, ¿eh? —me advirtió con el dedo— Conrad, no hagas eso, por favor te lo pido, y lo digo en serio.

—Sé que es una locura y que ni yo mismo sé lo que estoy haciendo, pero quiero hacerlo. Me encantaría conocerte un poco más en un lugar que estoy seguro de que te encantará, fuera de la relación jefe-empleada que tenemos cuando nos vemos. Ojalá, a pesar de todo lo feo que has tenido que vivir con otra persona, me des la oportunidad de conocerte un poco más y pasar unos días alejados de este lugar. Ojalá.

—Déjame pensarlo esta noche.

—Tienes hasta mañana a las diez.

—Sin presión, ¿eh? —se puso bizca y se echó a reír.

—Sin presión hasta entonces...

Sí, era una locura. ¿Qué hacían dos extraños montándose en un avión y marchándose a Jamaica? Pues debía ser la ley de la atracción, pero tenía la sensación de que un viaje, podría ser la respuesta a muchas sensaciones, y si además era a la isla donde nació Bob Marley... ¡Tenía que ser la leche!

El resto de la cena dejé el tema del viaje a un lado para no ponerla más nerviosa, cuando terminamos y recogimos la mesa, porque insistió en ayudarme, serví una última copa de vino y la tomamos en el porche tranquilamente charlando de la urbanización, del modo en el que aquello que una vez imaginé con Ethan y Gonzalo, se había convertido en realidad.

La acompañé de nuevo a la puerta cuando llegó el taxi que habíamos pedido para que la llevara a casa, y mientras la miraba no pude evitar acariciarle la mejilla y tocar de nuevo su sedosa piel.

—Gracias por la cena, estaba todo buenísimo —dijo mirándome a los ojos, pero con timidez.

—No, gracias a ti por venir —sonreí, le cogí la mano que pude notar temblorosa y le di un beso en el dorso que le sacó una dulce sonrisilla.

—Buenas noches, Conrad.

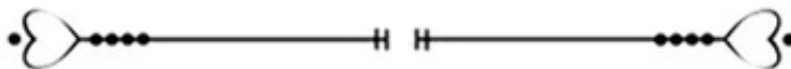
—Buenas noches, Martina.

La vi salir y subir al taxi, en cuanto cerró la puerta sonrió y se despidió de mí con un gesto de

la mano antes de que el taxista se alejara.

Sí, había sido una buena noche en su compañía y, aunque no se le iba esa timidez que le caracterizaba, había disfrutado de cada segundo conmigo, estaba seguro.

Capítulo 18



Martina

No me podía creer que estuviera a punto de irme a un viaje del que no sabía el destino y que lo hacía con un desconocido, mi jefe. Porque conocido, lo que se decía conocido mío no era.

Lo raro había sido que mis padres me hubieran animado a hacerlo. Eso sí que me pareció alucinante cuando me dijeron que viviera la vida y que, si tenía la oportunidad, lo hiciera. Obviamente por la de años que Valentina los conocía y ponía las manos en el fuego por ellos, de los que siempre hablaba maravillas.

El caso es que estaba de los nervios, con la maleta lista y esperando el mensaje de Conrad cuando estuviera en la puerta de mi casa, pero para eso faltaba aún unos veinte minutos.

Tomaba el café sola, ya que mis padres habían salido al mercado a comprar. Querían quedarse conmigo hasta que me marchara, pero los eché directamente. Estaban en su primer día de vacaciones y a ellos les encantaba desayunar en la calle y hacer sus cosas tranquilamente.

Valentina: *Folla y disfruta de la vida. Hazlo por las dos.*

Martina: *¿Follar? ¡Si no le puedo mantener ni la mirada! No sé, pero esperaba de ti otro tipo de mensaje más tranquilizador —emojis de risas.*

Valentina: *Querida amiga, de camino a tu casa se dirige el terror de las niñas. ¿Algo así?*

Martina: *Déjalo, creo que lo estás empeorando. ¿Me vas a echar de menos?*

Valentina: *Siempre, mi cosita, siempre. ¿Llevas el pasaporte?*

Martina: *Sí. Sol, bañadores, pasaporte... me da que me voy a las Maldivas o algo similar porque si es su sueño con el dinero que tiene...*

Valentina: *Sea donde sea, disfruta por mí, por ti y por todos los que no vamos. Te quiero mucho. No pienses en nada más que en ti. Y quítate esa timidez que él te provoca y disfrútalo, es un buen tipo.*

Martina: *Yo también te quiero un mundo. Te mantendré informada.*

Me acababa de llegar una llamada perdida de Conrad. Me asomé y lo vi bajándose del taxi. Cogí la maleta y salí de la casa.

—Hola, preciosa —sonrió agarrando mi hombro y dándome dos besos. El taxista guardó mi equipaje.

—Hola, peligro —me reí entrando, ya que se había apartado para dejarme paso.

—¿Preparada? —dijo al entrar.

—No, pero aquí estoy —apreté los dientes y noté el apretón de mano que me dio.

—Tranquila, que no vamos a la guerra —murmuró, causándome una carcajada que hasta el taxista me miró por el espejo retrovisor sonriendo al escucharme.

Nos dejó en el aeropuerto y nos dirigimos a la zona de facturación en la que nos atendieron rápidamente y en la que por poco me caigo al suelo al leer *Montego Bay*.

—Eso es Jamaica —le dije cuando nos marchábamos hacia la zona de embarque.

—¿Nunca te dio curiosidad conocer la tierra del gran Marley?

—Rastafaris... nos vamos a la isla de los rastafaris —dije sin poder reaccionar.

—Es una isla muy paradisíaca, con unas playas que son cristalinas y turquesas.

—Rastafaris —lo miré con la ceja arqueada—. ¿Qué pintas allí con lo pijo que eres? —me reí negando e intentando digerir la información.

—Jamaica es mucho más de lo que imaginas. Te vas a sorprender.

Para mí, ir a Jamaica nunca había entrado en mis planes de sueños por cumplir, pero reconozco que ahora que sabía que iba de cabeza, me estaba dando una cierta curiosidad.

Tuvimos que esperar dos horas por el aeropuerto donde estuvimos tomando un café mientras me hablaba de la cultura jamaicana de la que yo había cosas que sabía y otras muchas que no. Luego dimos un paseo por las tiendas y compró algunas chocolatinas para el vuelo.

—No me lo digas —dijo al salir y ver que me lo quedaba mirando sin decir nada—, tampoco me creías tan goloso.

—Pues no, la verdad. Es que estoy acostumbrada a verte en el Club, comiendo delicatessen y bebiendo vino o whisky. Pero, ¿chocolatinas? Jamás lo habría imaginado. Tengo un jefe que es una cajita de sorpresas.

—Y aún no has visto nada —sonrió de medio lado y sentí que me temblaban hasta las piernas.

¿En qué me había metido? ¿Cómo se me ocurría irme de viaje con este hombre que, según Valentina, era el terror de las niñas? Bueno, otra locura más que añadir a mi lista desde que dejé todo por cierto escocés de cuyo nombre no quería ni acordarme.

Cuando entramos al vuelo me quedé de lo más boquiabierto al ver que aquello no eran asientos privilegiados y ya, eran compartimentos privados con una cama para dos personas y dos sillones con sus cinturones. Televisión enorme tipo ordenador con juegos y pelis, un set de confort para cada uno con antifaz, calcetines, pasta de dientes, cepillo, peine y toallitas húmedas.

Sobre la mesa había dos botellas de champán y sus copas. Estaba intentando asimilar ese lugar en el que muy pocos privilegiados podían viajar.

Recordé mi viaje de vuelta de Escocia en una compañía de *Low Cost* en un sillón que era más duro que el de un autocar. Y ahora estaba aquí observando todos los detalles que había para hacer el vuelo más confortable.

—La cama la pudieron poner de las dobles —murmuré sonrojándome, viendo que me miraba de lado conteniendo su sonrisita.

—Es un avión, no un resort —soltó una risilla—. De todas maneras, me temes demasiado. ¿Tan poco confías en mí? —Puso la copa de champán en mi mano.

—No, no, no, quiero decir, sí, sí que confío en ti, pero... —agaché la cabeza riendo.

—Déjalo, anda, que te quedas pillada. Por un viaje que nos llene de recuerdos bonitos —chocamos las copas.

—Gracias por hacerme participe de él.

—¿Ahora me das las gracias y antes te negabas?

—No te rías. Uf, ya no digo nada.

—Sí, sí, sí, bueno no... —comenzó a imitarme.

—¡Conrad! —me reí negando.

Sinceramente me hacía mucha gracia porque él era mucho más suelto y hábil, sabía llevar la situación y aunque también en su mirada notaba ciertas cosas, él tenía mucha más soltura y control sobre el momento.

Nos sentamos en nuestros asientos, ya que el comandante nos dijo que íbamos a despegar. Por ahora la puerta que nos daba independencia estaba abierta hasta que el vuelo se estabilizara en el aire, según nos informó la azafata que era de lo más simpática.

Conrad bromeaba desde su sillón que estaba al otro lado de la cama. No dejaba de poner caritas de terror como para asustarme, lo que no sabía es que me daba más miedo él que el vuelo en sí.

Las luces indicaron que ya nos podíamos desabrochar los cinturones y respiré un poquito más aliviada. Aproveché para entrar al baño y cuando salí Conrad estaba sentado sobre la cama y me hizo un gesto de que me pusiera a su lado.

Justo cuando me fui a sentar me cogió y me tiró sobre ella haciéndome cosquillas.

—¡Para! Que me puede dar un infarto —me reía a carcajadas.

—Pues dime qué te pasa para que no me puedas mantener la mirada ni dos segundos y siempre te pongas roja como un tomate.

—¡¡¡Eres un bombón!!! —grité para que me soltara, aunque no mentía en absoluto.

—¿Bombón? Aún no me has probado —seguía.

—¡¡¡Me gustas, me gustas mucho!!! —grité riendo a carcajadas y buscando que me dejara.

—Ahora sí —me soltó entre risas.

—He confesado bajo tortura —dijo cuando me salí de la cama a coger la carta para pedir la comida como nos había informado la azafata.

—Ahora toca lo peor.

—No, no me vuelvo a tirar ahí y la próxima vez pienso pedir socorro.

—No me refiero a eso.

—¿Entonces? A mí no me amenes —le advertí con el dedo.

—Ahora te toca conquistarme —dijo con seguridad y a mí que el champán me había sentado bien, hizo que le contestara con más arte que el que estaba teniendo él.

—Ni que no lo hubiera hecho ya —contesté sin quitar la mirada de la carta y como si no le diera importancia, pero las mejillas las debía tener ahora mismo de un tono rojo carmesí como la misma sangre que me corría por las venas, vaya.

—Muy buena esa, sí señor, va saliendo esa mujer que hasta ahora se ocultaba para mí —tenía la risilla suelta y no dejaba de mirarme.

—Es que estás muy subidito y no puede ser —murmuré, a pesar de que no sabía cómo era capaz de soltarle esas cosas.

—Muy bien dicho, claro que sí. Ven y vemos la carta —dio un golpecito a la cama para que me sentara a su lado.

—No, no, yo voy a comer aquí en la mesa y sentada en el sillón como Dios manda —le tiré la carta—. Pídemelo que tú te pidas, no me decido y todo tiene buena pinta.

—Eres una cobarde.

—Soy precavida, jefe.

—En este viaje no soy tu jefe.

—Sí que lo eres, por contrato —me encogí de hombros.

—No hagas que te tenga que despedir esta semana.

—Sería un acto muy feo por tu parte.

—Dímelo mirándome a los ojos.

—Vale —me puse bizca como coraza—. Sería un acto muy feo por tu parte —le cause una carcajada.

—Por eso me encantas... —dijo sin perder esa risilla y poniéndome más roja aún.

La comida estaba riquísima, se notaba que era una primera clase y venía todo en plan gourmet.

Después de comer nos tiramos en la cama y puso en su Tablet un documental de Jamaica que traía descargado para enseñármelo. Lo veíamos tumbados, ya que lo dejó bajado antes de venir.

Me había dejado con unas ganas increíbles de visitar muchos de esos lugares que había allí y que parecían como dibujados de lo perfectos que eran. Además, otros muchos eran de lo más autóctonos con toda su esencia. Era fascinante.

Pasamos el vuelo viendo pelis, durmiendo y comiendo chocolate del que compró en el aeropuerto, por no hablar de la infinidad de carcajadas que nos echamos y que se debieron escuchar en toda la cabina.

Aterrizamos en Jamaica, en su costa Noroeste donde estaba *Montego Bay*. El calor y humedad nos recibieron tal y como bajamos del avión y en la pista donde nos esperaba un carrito para trasladarnos al trámite y recogida de equipaje.

Ambos nos manejábamos muy bien con el inglés. Yo porque lo había estudiado y me había sacado las titulaciones de Cambridge y él, por la de clientes ingleses que había tenido durante años en la discoteca y que lo llevaron a hablarlo perfectamente.

El policía era de lo más simpático y bromista, nos trató con mucha amabilidad y nos dio la bienvenida a Jamaica, la tierra del “*No problem*”.

Un chofer nos esperaba en la terminal para llevarnos al hotel, el mismo que ya le entregó a Conrad la llave de la habitación y los planos del resort, así como horarios de este.

Me llamaba la atención todo: la vegetación, los colores, las tiendas de madera a pie de la carretera, sus gentes... Era como si estuviese viendo una película desde el coche. Iba tirando alguna que otra foto a cosas que me llamaban la atención. Fue un trayecto de lo más llamativo y diferente que me llenaba de sensaciones.

Me hice un selfi para enviárselo a Valentina en cuanto pudiera y vi que Conrad me cogía el móvil para hacerse uno conmigo. Sonreí mientras negaba, pero la verdad es que había quedado muy chula.

Cuando llegamos al resort me di cuenta de que ni en mis mejores sueños había visto algo igual. Era todo tan perfecto que rozaba lo inimaginable.

Nos recibieron en el *lobby* a ritmo de *Reggae* y con un cóctel de bienvenida. Las maletas nos las llevaron directamente a la villa, como así lo entendí.

Nosotros nos quedamos saboreando el momento, disfrutando del cóctel y del ambiente tan especial que había y que nos transportaba a ese músico tan legendario como fue Bob Marley. En esos momentos cantaban la de “*One Love*”, una canción que, sin dudas, todo ser humano escuchó varias veces en su vida.

Desde el *lobby* se podían ver piscinas preciosas, a pie de arena blanca con un mar de fondo de ensueño. Hamacas, bares y todo tipo de rincones para tener unas vacaciones idílicas. Ya me veía tumbada con un cóctel en la mano y disfrutando de todo.

Nos dirigimos a la villa andando y eso que había carritos para moverse con sus propios conductores, pero nos apetecía ir disfrutando de unas instalaciones que no tenían desperdicio.

Me quedé asombrada conforme íbamos llegando a la nuestra. Era como un bungalow africano de piedra y rodeado de madera blanca, dejándolo muy privado. Al entrar al jardín me quedé boquiabierto: piscina, jacuzzi, cama balinesa y un conjunto de sofás y mesa que estaban sombreados.

El interior era precioso, tenía una pequeña barra de cocina con una cafetera con capsulas, botellas de bebidas y una nevera abajo. La cama era gigante, solo había una, cosa que lo hizo carraspear y disimular mientras yo lo miraba de morros y aguantaba la risa.

Sobre la cama había una bandeja con una cubitera y una botella de vino blanco con dos copas y todo rodeado de frutas. No pude contenerme en tirarle una foto y mandársela a Valentina, así como el selfi que me hice en el camino. Estaba segura de que cuando las viera me iba a soltar alguna de las suyas.

Había un baño independiente que era una locura de grande y bonito. En esa bañera redonda debían de caber como siete personas tumbadas por completo.

Colocamos la ropa en el armario y las de baño las pusimos allí. Me di una ducha rápida y me puse cómoda, él hizo lo mismo. Ya eran las ocho de la tarde y hoy no íbamos a estar de piscina ni de playa.

Pidió la comida para cenar en el jardín y nos trajeron una mariscada de campeonato.

—¿Sabes que aquí es muy frecuente en las comidas el picante? —me preguntó cuando estábamos comiendo.

—Pues yo no lo noto.

—No, mujer, este marisco no viene con picante, pero normalmente especian fuerte sus platos. Ya los probarás.

—A mí, el picante me gusta, pero no muy picante.

—Aquí hay platos que es imposible de comer de lo fuertes que están.

—Miedo me dan, iré precavida ahora que me lo has dicho.

Pasamos una cena muy relajada, con risas que él me provocaba con las indirectas que me soltaba y que me ponían de lo más roja, pero reconozco que me iba sintiendo de lo más cómoda con él.

Después de cenar nos fuimos a tomar una copa a un bar de las instalaciones que estaba muy animado con música en vivo, aunque íbamos notando el cansancio y sueño por el cambio de horario, pero aguantamos hasta la una de la mañana después de disfrutar de esa música entre charlas que tanto atrapaba.

Regresamos a la villa y me acosté en un extremo de la cama, pero él ni corto ni perezoso se pegó a mí.

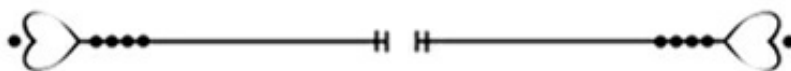
—Me pongo aquí porque veo que estás tan al filo que capaz eres de caerte. Intentaré estar atento para agarrarte —murmuró en mi oído, causándome una risa—. Por cierto, ¿y mi beso de buenas noches?

—¿Y dónde pone que te lo tenga que dar?

—Aquí —se señaló a la cara y lo miré riendo.

Le di el beso. Sonrió deseándome las buenas noches y apagó la luz. Lo siguiente que sentí fue que me rodeó con sus brazos y me quedé inmóvil hasta quedarme completamente dormida.

Capítulo 19



Conrad

Estaba entre abrazarla más fuerte y dejarle un beso en sus labios, o simplemente seguir acurrucándola, ya que, sin darse cuenta, se había vuelto hacia mí en el transcurso de la noche.

Tan perfecta y delicada por momentos que era como esa flor que daba miedo tocar para que no se marchitara. No sabía cómo explicarlo, pero ella era diferente, especial, al menos para mí.

—Buenos días, preciosa —le dije cuando vi que se movió.

—¿Qué hago así? —puso gesto de vergüenza y se refugió en mis brazos.

—Estar protegida para que no te roce ni el aire —murmuré causándole una risa nerviosa.

Le di un beso en la cabeza y la abracé bien fuerte. Era una sensación inexplicable poderla tener entre mis brazos. Casi por obra de magia, ella también me abrazó y dejamos nuestras caras unidas. Me lo pensé dos veces, pero a la tercera, no lo hice y le dejé un beso impregnado en sus labios. Sonrió, pero no lo evadió, todo lo contrario, por la expresión de su cara había podido ver que no le había disgustado en absoluto. Eso sí, sabía lo tocada que venía de atrás y no pensaba correr, no por el momento. Quería que todo fluyera y ella fuera cogiendo más confianza.

Nos vestimos en plan playeros y nos fuimos a desayunar a una de las terrazas que no era la del buffet, pero sí a la carta.

Pedimos unos cafés, zumos, sándwiches mixtos y dos croissants sin relleno.

—Este es uno de los momentos en que me fumaría un cigarrillo —murmuré pensando en que debía de haber traído un paquete.

—Pero no fumas.

—Soy fumador social, solo lo hago en momentos que me apetece de verdad.

—Yo también —dijo riendo—. ¿Voy a buscar un paquete?

—No, no, espera que voy yo más rápido que vi dónde lo venden.

—Vale —sonrió.

Compré el paquete y cuando regresé ya estaba todo sobre la mesa. Ella no había tocado nada para esperarme. Nos encendimos un cigarrillo para tomar con el café.

—Gracias, Conrad —me dijo emocionada.

—Nada que agradecer.

—Siento ser un poco tímida y todo eso —sonrió—, pero tener la posibilidad de vivir algo así es, cuanto menos, emocionante y me siento muy privilegiada de que hayas pensado en mí para acompañarte.

—Me gusta tu timidez, me gustas tú, me gusta todo lo que hay en ti —le acaricié la mano por encima de la mesa— y, como te dije, veo estos días una posibilidad enorme para poder conocernos más. Estoy deseándolo.

—Reconozco que todo esto me parece una locura, pero me está gustando vivirla —sonrió.

—No mires atrás, es la mejor manera de poder avanzar —la seguía acariciando.

—Lo sé —sonrió—. Gracias de verdad.

—Si me vuelves a dar las gracias, me voy hacia ti y te como los morros —le dije mirándola muy fijamente.

—Gracias —me dijo sin dudarlo y riendo.

Y eché mi cuerpo hacia el lado, agarré su barbilla y la besé fuertemente, porque sabía que los dos lo estábamos deseando.

Se quedó ruborizada y con la sonrisa suelta mientras comía el sándwich y me miraba sin poder mediar palabra.

Desayunamos consensuando lo que nos apetecía hacer hoy. Los dos coincidimos en lo mismo, ya que nos habíamos levantado muy temprano, teníamos el *jet lag* y lo mejor era quedarnos disfrutando del resort y la villa y ya mañana hacer alguna que otra visita a los diferentes lugares que eran imprescindibles de la isla.

—Llevamos una hora desayunando —murmuré—. ¿Y a que da igual todo aun sabiendo que hay mil cosas por hacer en este lugar?

—Esto también es disfrutar.

—A eso me refiero. Aquí parados, ves el mar y todo el paisaje y ya estás dentro del paraíso

con la persona correcta. Ahora, ven con la persona incorrecta y verás las aguas turquesas llenas de barro.

—Qué profundo.

—Me has entendido —carraspeé.

—Sí, pero estás un poco... —Arqueó la ceja— digamos que sensible.

—Por tu culpa, todo es por tu culpa —murmuré acercándome y ella hizo lo mismo. Nos besamos.

Se estaba dejando llevar y eso me hacía sentir más cómodo aún. Me gustaba demasiado y estaba sintiendo una atracción tan fuerte por ella, que parecía que mi mundo tenía que girar a su alrededor para sentirme bien.

—Me ha venido olor a eso que fuman aquí...

—¿Ahora? —me reí— Los de dos mesas más atrás llevan un buen rato fumándose uno.

—¿Y se puede aquí en el hotel?

—Hacen la vista gorda. Estamos en Jamaica, te lo recuerdo —me reí al ver su cara.

—En mi época universitaria, de vez en cuando, algún que otro fin de semana con Leo, mi compañero y amigo, nos fumábamos uno antes de salir de fiesta. Algunas veces me daba por reír y me tiraba media hora descojonada, bueno, ambos, porque era mirarnos y terminar a carcajadas sin motivo.

—Nosotros también en la época que trabajábamos poniendo copas —carraspeó—. Eso sí, en la vida hemos probado otra cosa que no fuera hierba.

—Yo tampoco. Me da mucho respeto ese tema, pero sí te digo que uno de aquí, me fumaba yo —dijo riendo.

—¿Para reírte más de lo que ya lo haces?

—Para decir, estuve en Jamaica y probé lo mismo que Bob —me hizo un guiño y me deshice con ese gesto.

Hablando de Bob, la música *reggae* sonaba de fondo por todos los rincones del resort. Era como la insignia del país que debía de estar presente por todos los rincones de la isla.

Levantamos el culo y nos dirigimos hacia la playa. Había poquísima gente porque apenas eran las ocho y media de la mañana. A las siete fue cuando nos sentamos a desayunar.

Dejamos la ropa en una de las hamacas y nos fuimos a la orilla. Verla en bikini era

espectacular. Tenía una silueta perfecta envuelta por una piel que parecía de melocotón.

—Es una temperatura perfecta —dijo en un tono de sorpresa total—, ni la menor sensación de frío. ¡Qué fuerte! Lo había escuchado, pero no me lo esperaba de esta manera.

—Tú sí que eres perfecta —la cogí desprevenida en brazos y me la llevé hacia dentro mientras ella reía agarrándose a ambos lados de mis hombros.

Lo que no me podía imaginar es que saliera de ella darme un beso en los labios, pero lo hizo, como ese imán que no puede resistirse a la atracción. Fue en ese momento que nuestras bocas se entrelazaron como hasta ahora no lo habíamos hecho con los dos anteriores besos.

No sé cuánto tiempo estuvimos en el agua, pero fue bastante. Besos, miradas cómplices y caricias regadas de abrazos. Lo mejor de todo es que notaba esa misma atracción por parte de los dos.

Dimos un paseo de la mano por la orilla disfrutando de esas primeras horas de la mañana. De todas maneras, este resort y su playa privada no se ponían bulliciosas, ya que era de lujo y no estaba aglomerado de habitaciones en edificios, todo eran villas repartidas por el resort, por lo que hacía que no hubiera tanto turista.

Los besos ya se sucedían solos y notaba que ella estaba mucho más fluida y controlaba esos nervios que, aunque no se le iban, sí que se aplacaban de algún modo.

Estuvimos toda la mañana en la playa hasta la hora de la comida, que nos fuimos a uno de los restaurantes del resort que era de comida local.

Nos llamó la atención un arroz con marisco que era prácticamente una paella y que estaban haciendo en vivo a la manera de aquí. Nos pedimos un par de platos y cogimos un poco de pescado frito para compartir.

—Joder —comenzó a soplar y a mí me había pasado lo mismo—. ¿Cómo pueden imitar una paella y decir que es local porque le echen tres kilos de picante? —se echaba aire en la boca con su mano mientras resoplaba— Y lo peor de todo es que está rico e invita a seguir sufriendo y comiendo —me produjo una risa porque eso mismo estaba pensando yo—. Se me va a poner la boca como un chimpancé —decía sin dejar de soplar.

—Te dije que aquí se pasan tres pueblos con el picante. Es para ellos su pan de cada día.

Rabiando, pero no dejamos ni un grano de arroz en el plato. Luego nos comimos el pescado frito al que no le habían echado picante como era normal, solo faltaría eso.

Nos tomamos un café antes de irnos a la habitación a estar más relajados. Creo que a los dos nos apetecía tener un poco más de intimidad y estar a solas.

Cuando entramos la pegué a mí y ella se agarró a mi cuello dejándose llevar por un intenso beso en el que mis manos se deslizaron por sus nalgas y las apreté con deseos.

Sonreíamos en esos segundos de cómplices miradas en los que nos sentíamos felices por este momento que estábamos viviendo. Los dos lo deseábamos y no me cabía la menor duda, ya que nuestros cuerpos hablaban por sí solos.

Sentía que ambos deseábamos ir un paso más allá a pesar de que ella pensaba que no estaba preparada para que le pasara esto después de la decepción que aún sentía por lo del escocés con el que había vivido antes de regresar a la isla, pero yo quería sanar sus heridas, esas que no sé porque razón sentía tan mías como suyas.

Nos echamos sobre la cama y nuestros cuerpos se buscaban entre intensos besos que llevaban al más puro de los deseos. Me fui deshaciendo tanto de su ropa como de la mía. Se ruborizaba, pero no se oponía a nada, es más, sus gestos eran el fiel reflejo del placer que estaba sintiendo con cada roce y caricia.

Nuestros alientos se entremezclaban con más intensidad aumentada por el deseo. El roce de mi zona con la suya fue elevando la temperatura y terminé deslizando mis labios por su cuello hasta bajar a sus senos y detenerme en ellos.

Gimió más intensamente con ese contacto que elevó la temperatura de dos cuerpos que ya estaban preparados para entregarse el uno al otro.

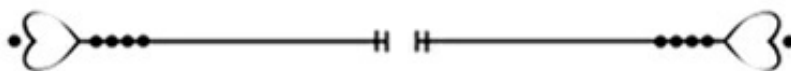
Fui bajando mis labios hasta encontrarme con esa zona totalmente depilada y suave en la que me recreé mientras ella se sujetaba con fuerza a las sábanas y disfrutaba del placer que era cada vez más intenso, a pesar de entremezclarse con su timidez.

Mis dedos también participaron para elevar más la sensación y la penetré con ellos para luego llevarlos a su punto más fuerte donde con círculos y presión la enloquecí mucho más. La hice llegar al clímax dejando sus piernas de lo más temblorosas.

Regresé a sus labios mientras me ponía un preservativo y me preparaba para adentrarme. La deseaba demasiado. Besaba sus labios mientras ella intentaba recuperarse sin perder su preciosa sonrisa.

Y nos fundimos en uno... Jamás había tenido una sensación que fuera más que placentera. No le permitía que dejara de mirarme, quería que nuestras miradas hablasen del momento, este que estaba rozando lo infinito.

Capítulo 20



Martina

Segundo amanecer en Jamaica mientras abrazaba al hombre que me había hecho sentirme de nuevo una mujer deseada. No solo eso, había experimentado cómo me tocaban más allá del deseo. Una sensación tan embriagadora que parecía que aún podía sentirla. Fueron dos veces las que lo hicimos, y las dos sentí que para mí era la primera. Nunca me habían mirado tan bonito mientras me lo hacían.

—Buenos días, bichito —murmuró, abrazándome bien fuerte.

—Buenos días, jefecito.

—¿Cómo qué jefecito? —intentó hacerme cosquillas, pero al intentar escapar caí al suelo— Martina... —se bajó precipitadamente de la cama y se agachó para ver cómo estaba.

—Hostias, por tu culpa —dije, tocándome el codo y me lo cogió para ver si tenía algo.

—Lo siento —se podía ver la preocupación en su cara.

—Mejor déjame sentada —reí a la vez que me quejaba por el dolor de codo.

—¿Estás bien? —Me acariciaba la cara.

—Sí, sí —me reía mientras él me ayudaba a levantarme—. Solo fue el golpe, pero la próxima vez no me hagas cosquillas que me pongo muy mal y cualquier día me lastimo.

—Te lo prometo —me dio un beso y volvió a mirar el codo.

—Creo que con un buen desayuno se cura...

—¿Quieres que nos lo traigan a la villa?

—¡Sí! —exclamé emocionada porque teníamos un rincón precioso en el jardín que también merecía ser usado.

Llamó al servicio de habitaciones y pidió un desayuno especial de la casa. Venía en la carta que teníamos en la habitación y este tenía de todo, desde zumos, frutas, bollería, tostadas y huevos a la plancha.

Nos preparamos un café mientras esperábamos. Los planes en el día de hoy eran claros y consistían en contratar un conductor privado del hotel para que nos moviera por la isla.

No tardaron en aparecer con el desayuno que traían en una enorme bandeja y que nos colocaron perfectamente sobre la mesa.

¿De verdad me estaba pasando esto tan bonito que me hacía sentir como en una nube? Me daba miedo, lo reconozco, porque estaba sintiendo algo tan fuerte y asombroso, que me hacía pensar que no podía ser cierto.

No dejó de tener gestos de cariño conmigo durante el desayuno; caricias en la mejilla, en la espalda, apretones de mano que luego llevaba a sus labios para besármela y un sinfín de miradas que me hacían deshacerme por completo.

Aproveché para hacerme algunas fotos, en una posaba con el café en la mano y miraba hacia el mar, en otras directamente estaba de pie con los brazos el alto y mirando al cielo tomando aire. Esa me encantaba, e incluso Conrad dijo que era perfecta para subirla a mis redes, pero no lo hice puesto que no quería, al menos de momento, que nadie más supiera que estaba en este paradisíaco lugar con mi jefe.

Me cogió de la mano cuando salimos de la villa y nos dirigíamos hacia el *lobby* cuando nos alcanzó un carrito y paró para que subiéramos. Parecía que teníamos radares porque siempre aparecía alguno cuando íbamos caminando.

Habló con la empresa de servicios privados y le pidió un chofer para todo el día. Pagó por uno que además fuera seguridad privada y ejerciera de escolta todo el tiempo. Jamaica era un tanto peligrosa y eso era conocido.

Cuando vi al conductor con el cuerpo como el de “La Roca” en versión jamaicana, lo primero que se me pasó por la cabeza es que no se me ocurriría llevarle la contraria en nada. Eso sí, nos recibió con un apretón de manos y una preciosa sonrisa que transmitía nobleza, pero el tío impactaba muchísimo, también he de decir que iba impecable e imponía mucho respeto.

—Si lo viera Valentina, le hacía un favor —murmuré y a Conrad le salió una risilla—. O dos, que como ella dice, la noche siempre es joven.

—“Valentina terremoto” la vamos a tener que llamar.

—Si viene aquí, esto desde luego que lo habría echado a temblar nada más aterrizar. Tiene un poquito de peligro —dije, y él asintió sonriendo porque la conocía tan bien como yo.

Nos montamos en el asiento de atrás del coche y el chofer fue todo el camino contándonos un montón de anécdotas de la isla referentes a Bob Marley. Conrad lo escuchaba con atención y

sonreía. Le encantaba escuchar historias sobre él.

Llegamos a un mercado en el que nos recomendó parar para, según él, tomar el jugo más rico de la zona.

El mercado estaba lleno de puestos dentro de una especie de nave en la que intentaban convencernos para pararnos a comprarles algo. Era un tanto agobiante y hasta se me quitaban las ganas de mirar, pero bueno, íbamos hacia ese puesto de jugos que había que probar sí o sí, según Winston, que así se llamaba y me recordaba a una marca de tabaco.

Llegamos al puesto y a priori lo que vi fue que la fruta era muy colorida y llamaba la atención. Nos preparó tres vasos y juro por mi vida que fue dar el primer trago y mirar a Conrad.

—Esto no lo mejoran en el Club ni haciendo mil intentos —dije con la risa suelta y hablando en inglés para no faltar el respeto.

—Tengo que reconocer que es sublime y más en donde nos lo han hecho.

—Desde luego que hay muchas estrellas con suerte y muchos estrellados con más mérito —bromeé, causándole una carcajada.

Winston reía al escucharnos y estaba orgulloso de que hubiéramos aceptado su recomendación, es más, nos tomamos uno ahí y nos llevamos otro para el camino.

Cuando nos montamos en el taxi nos dijo que sabía que nos íbamos a agobiar con la insistencia de los comerciantes, pero solo por probar el jugo, merecía la pena hacernos pasar por eso. Y vaya si mereció, ya que para mí ese sabor era lo más perfecto que había probado en mi vida.

Me daba la sensación de estar tomando sandía y melón mezclados. Refrescante y dejaba el mejor de los sabores en el paladar.

Winston también era un gran guía que nos estaba cambiando las ideas por completo y nos estábamos riendo mucho con él.

—Yo os ofrezco la posibilidad de, en vez de ir a la cascada tan turística a la que queréis ir, llevaros a una más bonita y fascinante que os sorprenderá tanto como el jugo. Si fallo, no os dejéis llevar más por mí.

—Yo me la juego —murmuré convencida de que iba a volver a sorprendernos.

—Dale, hermano, dale —le dijo Conrad, tocándole el hombro.

A Winston lo teníamos que venerar, porque después de llevarnos por unos densos caminos metidos por la más frondosa selva, llegamos al paraíso, ese que hasta ahora no habíamos conocido. Nos quedamos sin palabras mientras nos bajábamos del coche admirando la belleza que teníamos ante nosotros.

—¿Y ahora qué? ¿Me vais a dejar que os cambie los planes? —preguntó Winston con una amplia sonrisa viendo que no salíamos de nuestro asombro por lo atónitos que nos habíamos quedado.

—Todos los planes, es más, voy a pedir que seas nuestro chofer personal durante toda la semana. Tendrás la suerte de librar hasta algún día —le dijo Conrad y él le estrechó la mano como diciendo que estaba de acuerdo.

Le di el móvil para que nos tirase algunas fotos en ese lago cristalino al que caía una preciosa catarata. Todo rodeado de la más absoluta naturaleza. Esto era lo más increíble que había visto en mi vida. Haber llegado hasta aquí y vivir este momento, ya era lo más grande.

Winston nos tiró un montón de fotos y nos hizo hasta un vídeo. Cuando salí y las vi me quedé prendada por una preciosa que era un primer plano de Conrad y yo besándonos y la cascada detrás.

—Y encima hace fotos profesionales. ¡Es un chollo! —exclamé feliz, descubriendo las fotos tan idílicas que nos había sacado.

—Estaba para ustedes —dijo Winston señalando a su corazón.

—Pues que ese mismo nos guíe —contestó Conrad.

Regresamos al coche y sin decir nada comenzó a coger por otro camino que era de lo más impactante. Jamaica era selva pura.

No podía ser posible, en medio de toda la frondosidad, llegamos a una especie de descampado donde había un restaurante de madera en color rosa y amarillo. ¡En medio de la selva! Yo estaba alucinando, no podía quitar la risa suelta que tenía.

—Aquí vais a comer la mejor carne a la brasa de toda la isla.

—Con la carne no, ¿eh? —me advirtió Conrad, ya que se decía que la del Club era la mejor de toda nuestra isla.

—Me reitero. La mejor del mundo.

—Winston, te voy a tener que invitar a mi Club.

—Mucho Club o lo que sea que hables, pero me lo repites cuando pruebes esta.

—Conrad, me parece que vas a salir con el mojón en el culo —murmuré, causándole una carcajada a los dos.

—No quiero probarla, me niego —decía riéndose.

Hacía un calor tremendo, menos mal que tenía aire acondicionado en su interior, cosa que era

sorprendente viendo la ubicación en la que estaba, pero parecía que Jamaica no iba a dejar de sorprenderme.

—No, no, no, no —dije a la vez que gemía con el primer trozo de carne en mi boca y Conrad cogía el cuchillo riendo y señalándome a mí.

—Mueve esa mano y eres carne de barbacoa —le advirtió Winston y Conrad se deslizó de la silla haciéndose el agotado.

Lo que me reí fue poco, pero teníamos que confesar que, de nuevo, Winston nos estaba llevando a lugares que nunca íbamos a olvidar.

—Y lo peor de todo es que hasta las patatas fritas están impresionantes y seguro que usan un aceite de esos peores que malos y no oliva como tú usas y no te quedan así —murmuré riendo y causando una carcajada.

Salimos de allí y Conrad le dijo que hiciera el favor de solo llevarnos a beber agua, que ya se estaba pasando un poco. Lo que nos reímos fue poco, ya que le contamos que él tenía un restaurante de lujo en un Club y era reconocidísimo por sus platos.

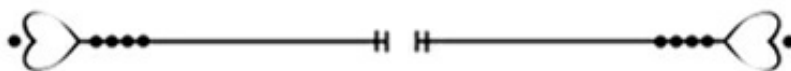
Nos llevó a otra cascada a darnos otro baño en el que había un señor con un carrito de madera con neveras y hielo vendiendo refrescos, cervezas, agua...

Era un sitio autóctono de verdad, donde no llegaba el turista ni salía en las revistas. Estábamos conociendo lugares de lo más recónditos de Jamaica por la suerte que habíamos tenido en dar con Winston, que se desvivía por impresionarnos a cada momento. Además de que estuvo haciéndonos fotos todo el día.

Nos dejó en el hotel a las ocho de la tarde después de habernos llevado por último hasta un mercado en el que adquirimos algunas maderas talladas que eran una pasada.

Antes de irse cuando nos dejó en el hotel, dejamos cerrado todo para que fuera nuestro chofer el resto de los días, pues nos quedaban cinco completos. Nos dio el teléfono y cada vez que quisiéramos salir, solo teníamos que mandarle un mensaje y él iría a recogernos en quince minutos.

Capítulo 21



Conrad

Habían pasado dos días desde nuestra salida del resort en el que disfrutamos muchísimo de la mano de Winston al que hoy veríamos de nuevo.

El día anterior decidimos pasarlo en el resort y la villa donde pudimos disfrutar de algún que otro encuentro de lo más pasional. Me moría por ella, me deshacía por ella, vivía los momentos por ella, todo esto era una puta, pero maravillosa locura.

Desayunábamos en una de las terrazas del resort después de haber tenido un despertar de lo más emocionante y pasional. Me costaba digerir eso que sabía que era mucho más allá de un capricho, se estaba convirtiendo en mi persona favorita. ¿O tal vez ya lo era?

La miraba y no podía dejar de sentirme más afortunado por tenerla aquí conmigo en esta isla que tanto soñé con visitar. Lo hacía de la manera más bonita y sensual, junto a ella. Mi gran acierto al aceptar la propuesta de Valentina para que la contratara. Cuanto más la miraba, más perfecta la veía.

—Hoy vas a estar a unos metros de los restos de Bob... —murmuró sonriendo mientras se comía un plátano después de haberse tomado el café.

—Sí me lo dices de esa manera, prefiero irme a la villa de nuevo contigo.

—Eres un salido —soltó riendo.

—Así me pones tú —me encogí de hombros—. Los plátanos como los helados, no deberías comerlos delante de mí.

—¡No me mires! —bajó la cabeza riendo y a mí me hacía babear.

Hoy el día iba a ser completo, así que habíamos quedado a las ocho y media con Winston en el *lobby* del hotel donde ya estaría con su coche. Aún faltaba media hora y es que seguíamos con el *jet lag* levantándonos antes de las seis y media de la mañana.

Nos tomamos un desayuno de campeonato antes de ir a su encuentro, donde nos esperaba con la mejor de sus sonrisas.

—Mis hermanos —dijo chocando su mano con la mía y luego con la de ella.

—Winston, sorpréndenos —le dijo ella en plan orden.

—Hoy no hay excusas, aparte de un par de sorpresas que os daré, el fin es el mismo. Llegar al corazón del gran Bob.

Arrancó el coche mientras tatarcaba el “*No Woman No Cry*”, lo seguimos y tuvimos un momento de esos que parecían espirituales y te limpiaban el alma, un momento único en el lugar perfecto.

En uno de los semáforos Winston compró a una chica una bolsita con una especie de camarones pequeños que nos dio a probar y eran picantes, pero estaban de vicio. Por ahora salir con él era acertar y descubrir un nuevo paladar.

Una hora y pico larga nos llevó hasta llegar a la casa de Bob Marley en *Nine Mile*, donde creció, compuso sus primeros temas y donde descansaban sus restos mortales.

Llegar hasta ahí había sido una pasada y cuando las puertas de maderas grandes se abrieron para acceder a la finca, la piel se me puso de gallina.

Eso sí, no nos habíamos bajado del coche y ya nos estaban ofreciendo hierba.

—Aquí está todo el mundo fumado —me dijo Martina cuando Winston no nos podía escuchar—. Los guías los que más —murmuró observando a uno de ellos que explicaba a unos turistas en grupo. Se refería a los guías de la propia casa.

—¿Qué esperabas, a todos con un traje de flamenca y tomando rebujitos como en la feria de Sevilla? —le pregunté, causándole una carcajada.

Un rastafari de la casa preparaba té y nos ofreció. Cogimos uno para los dos por insistencia de ella. Ya que estaba, qué menos que probarlo a sabiendas de qué hierbas estaba hecho. Eso decía.

Le dio cuatro sorbos y ya estaba a carcajadas sueltas y contagiando a todos los que la escuchaban. Winston estaba el que más de verla y yo negaba con la risilla suelta, pero bien suelta.

Winston nos hizo de guía y nos llevó a la casa que ahora estaba convertida en museo y en la que se sentó en la cama que dormía Bob y le tiramos una foto con las gafas de sol para que luego no se arrepintiera al verse los ojos que estaban escondidos.

Posteriormente, entramos a su mausoleo a ver la tumba que la verdad es que imponía. Ahí tuve que hacer tripas corazón para no reírme porque no era lugar ni momento, pero fue salir de esa especie de capilla y soltar otra carcajada por culpa de ella, que esta vez contagió a un grupo

de australianos que estaban de visita. Sabía de dónde eran porque lo ponía claramente en sus camisetas y se veía como que eran de un club de algo, a tanto no llegaba a leer, ya que esas letras eran minúsculas.

Cómo no, aquello estaba ya más que comercializado y tenía dentro de la finca su propia tienda de souvenirs en la que todo el mundo picaba y compraba algo. Y ella no iba a ser menos. Cogió un par de camisetas para Valentina y para ella. Eran muy originales y nada estrafalarias. Obviamente había de todo tipo, pero eligió las más dulces, por decirlo de algún modo, ya que los tonos eran pastel.

Después de allí nos fuimos a comer a unas cataratas donde también nos dimos un baño. Aquí la comida estaba buena, pero era normal, nada como aquel día que nos sorprendió tanto. De todas maneras, como Winston decía, en esta ruta teníamos que adaptarnos a lo que había, parando en lo mejorcito, pero sin esperar gran cosa que pudiera destacar, que no por eso el lugar dejaba de ser una maravilla, todo lo contrario, también nos estaba encantando.

Aproveché la comida para ver las fotos de la casa de Bob y me salía la risa sola de observarla sonriendo. La que había pillado en un momento había sido monumental, menos mal que ya se le había pasado.

Ahora nos dirigíamos a la casa de *Kingston* de Bob Marley, hoy también un museo. Eso sí, la capital era peligrosísima y como decía Winston, aquí no parábamos ni a por agua, directos a la casa que era privada y tenía sus aparcamientos y seguridad.

Imponían al entrar las imágenes de Bob Marley por todos los muros y que todos habíamos visto alguna vez. Una pasada en la que descubrí un montón de recuerdos que ahí habitaban de él. Su antiguo hogar, ese en el que ahora la música nos sumergía más en su historia más personal. En las paredes se podía ver su Grammy, al igual que estaba su estudio de grabación y una amplia colección de discos de platino y oro que recibió a lo largo de su trayectoria.

Aquí también te podías llevar algunos recuerdos de regalos y contaban hasta con una cafetería llamada "*One Love Café*". Obviamente su familia lo estaba rentabilizando todo.

Había sido toda una experiencia haber conocido las dos casas donde vivió una leyenda como era ese artista, que se ganó el corazón de todo el mundo entero en una época que no era tan fácil traspasar fronteras como hoy en día.

Tocaba regresar al resort, ya que teníamos de camino dos horas y pico. Winston salió de la ciudad sin quitar el pie del acelerador, se notaba que sabía lo que se movía aquí y cómo actuar, aunque reconozco que a mí me ponía los huevos en la garganta.

Miraba las fotos del día de hoy y no podía dejar de sonreír. Había pasado todo muy rápido, pero había vivido muchos momentos que sabía que se me iban a quedar en la retina para siempre, y lo mejor de todo, a su lado.

Cuando estábamos a quince minutos del resort nos preguntó si le permitíamos media hora para invitarnos a una tarta. No lo entendimos, pero nos fiábamos de él. ¿Dónde terminamos? En

su casa cantándole el cumpleaños feliz a su hija Ori de siete años. Una preciosa niña que nos cautivó por completo, al igual que su mamá y su familia. Humildes, simpáticos y muy entregados.

No miento si digo que ese momento en su hogar se había convertido para mí en el favorito de este viaje hasta esta ahora. Vivir un momento tan familiar en una cultura tan diferente, pero éramos tan iguales a la vez...

Le agradecí a Winston por el camino de regreso el habernos abierto su casa y unido a su familia en un momento tan de ellos. Su respuesta fue que nosotros también éramos de su familia, porque no solo nos comportábamos como clientes, sino que lo tratábamos como amigos. Se me hizo un nudo en la garganta.

Al dejarnos en el hotel, me salió tener un gesto grande con él y le di una propina de quinientos euros. Los ojos de Winston se pusieron brillosos y me dijo que eso era mucho, pero como le dijo mi chica, no tanto como lo que ellos se merecían.

—Cómprale a la niña un juguete de mi parte —le dio Martina cincuenta euros de su cartera y el levantó la ceja—. No soy tan rica como él —dijo riendo.

—No es necesario, de verdad.

—Prepara para pasado mañana la última ruta —le hice un guiño.

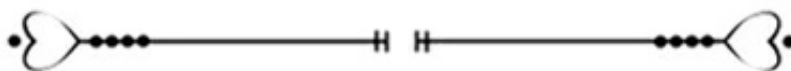
Era la última porque nos quedaban dos días en la isla, el de mañana que lo queríamos pasar de nuevo en el resort y el siguiente que queríamos volver a explorar más rincones de su mano, ya que al otro regresábamos.

Llegamos a la villa y pedimos la cena para una hora más tarde, pues estábamos agotados y no queríamos salir por hoy.

En la ducha aprovechamos para desfogar todos esos deseos que habíamos acumulado durante el día.

La cena fue a base de pescado a la plancha y ensalada. Hablábamos sobre el día de hoy, ya que para ella también había sido de lo más especial y, sobre todo, ese final en la casa de Winston con su familia. Los dos coincidíamos en ese momento que se nos había quedado grabado en el alma para siempre.

Capítulo 22



Martina

Nuestro último día en la isla, ya que al día siguiente regresábamos. ¡No me quería ir! Quería gritar a los cuatro vientos, que me dejaran estar un poco más porque ahora me sentía viva. Me daba miedo regresar a mi isla y que allí se disolviera todo lo bonito que habíamos vivido.

En cada huequito que había tenido le enviaba alguna foto a Valentina y un mensaje para que supiera que todo estaba bien, sobra decir que la loquita de mi amiga no dejaba de enviarme emojis de bikinis, berenjenas y gotas de agua, vamos, que no había que ser muy lista para saber que me decía que follara.

Pero sobre todo me pedía e insistía mucho en lo que ya me dijo el día que me subí al avión, que disfrutara y no pensara en otra cosa que en vivir el momento.

El día anterior lo habíamos pasado en la villa saliendo nada más que para comer o dar un baño con un paseo por la playa. Nos sobraba el mundo y para nosotros estaba siendo un momento de lo más bonito, al menos así podía sentirlo también por su parte, que con sus miradas y gestos lo expresaba todo.

Y cómo me tocaba... Jamás había experimentado tanta atracción entre dos cuerpos y que me llegasen a hacer sentir tan deseada. Estaba dejando atrás todo lo feo que me había pasado, con él, estaba curando a pasos agigantados todas esas heridas que otro me había hecho.

—¿Qué piensas? —acariciaba mi mano mientras estábamos desayunando.

—En que han sido unos días increíbles y me da pena que mañana se acabe.

—Si quieres otro día te vuelvo a traer —carraspeó, causándome una risilla.

—¿Otro día? ¿Como el que va de excursión al lado de su casa?

—La distancia la pone la persona. Te has montado en un avión y el mismo día has llegado a tu destino. ¿No es mejor que trabajar? Porque casi son las mismas horas que lo que trabaja un ciudadano de a pie cualquier día.

—Eso lo puede interpretar así alguien como tú que tiene mucho dinero, pero para una persona como yo, que necesita trabajar, no está en sus planes este tipo de viajes y menos asiduamente —me reí encendiéndome un cigarrillo para acompañar al segundo café.

—Te voy a secuestrar un mes y verás lo mal que lo vas a pasar.

—Si me lo dices con esa cara de seducción, lo único que me imagino es encerrada un mes en pelotas —me reí notando que se me ponían las mejillas de lo más coloradas—. Y más vale que esos días coticen —le advertí sin mirarlo a los ojos, ya que la timidez me podía, aunque cada vez intentaba ser más yo con él, dado lo fácil que me lo ponía.

—Si te secuestrara sería para toda la vida, pero no sé si tú estás preparada para eso —se rio.

—No lo estás tú, cuanto más yo —dije, causándole una carcajada más profunda.

Después de desayunar nos fuimos a dar el encuentro a Winston que nos recibió con unas galletitas hechas por su mujer para los dos. Estaban riquísimas, de chocolate y canela.

Hoy el día era a ciegas, ya que estábamos en manos de Winston para que nos enseñara algunos de los rincones de la isla más autóctonos, de esas joyas que tenía Jamaica guardadas para pocos privilegiados que tenían la suerte como nosotros de ir con alguien de aquí.

Winston nos contó que los verdaderos rastafaris vivían en aldeas en plan comunidad y aislados de manera que no tienen por costumbre relacionarse con otras personas.

La sorpresa fue que nos llevó a una a la que él solía llevar a muy pocas personas, pero decía que no quería que nos fuéramos sin esa experiencia.

Al llegar se notó que a él sí que lo conocían y querían. Nos dieron la bienvenida y hasta tocaron música para nosotros, nos ofrecieron probar un pan con carne deshinchada y que estaba muy rica, y nos dieron de beber. Tuvimos un trato tan cercano mientras vivíamos otro de esos momentos que se nos iban a quedar grabados para siempre.

Si bien es cierto, en la isla vendían visitas a estos poblados, pero no a este, este no estaba para los turistas, este era el verdadero alma rastafari donde solo reciben al extranjero que venga de la mano de alguien como Winston.

Estuvimos como tres horas que se pasaron en un abrir y cerrar de ojos. Nos habíamos sentido a gusto y tratados con mucho cariño y respeto. Conrad dejó un regalito en forma de dinero a la comunidad y casi lo sacan a hombros y venerándolo. Yo no había visto de cuánto se trataba, pero sabiendo lo generoso que era, no debía de haber sido poca cosa.

Cogió una de las frondosas rutas en dirección a darnos un baño en otra cascada, una de esas que él conocía y que dejaban sin habla.

Debo de reconocer que gracias a él nos estábamos llevando un gran reportaje de fotos de todos los lugares y momentos, porque de su casa nos llevamos unas imágenes que eran

alucinantes y ahora del poblado también, por no hablar de todos los sitios que visitábamos, no se quedaba ninguno atrás de haber sido inmortalizado.

Nos dimos un baño mientras nos bebíamos unas cervezas frías que habíamos comprado en un barecito de madera que había unos metros antes.

Era espectacular sentir la conexión con la naturaleza que daba una paz absoluta y te sacaba de ese día a día que teníamos normalmente en nuestras vidas.

Muchos momentos me habían hecho pensar que no era más rico el que más dinero tenía, sino el ser en el que habita más paz en él. Y aquí había algunos lugares y personas que vivían alejadas de todo lo material del mundo.

—Y ahora vais a comer el mejor rabo de buey —dijo Winston cuando paró en un precioso restaurante frente al mar después de aquel baño en plena selva. Todo era fascinante.

—Había escuchado que es un plato típico de aquí —contestó Conrad.

—Lo es. Una autentica delicia.

Y lo probamos dando por hecho que seguía teniendo razón en todo, además comimos la empanada típica de aquí llamada *Patty Jamaicano*. No tan rica como el rabo, pero tenía su punto, solo que le notaba demasiado las especias y no sé, prefería decantarme por otros platos.

Después de comer relajadamente nos llevó hacia el hotel, ya que queríamos pasar la última tarde relajados. No lo habíamos dicho, pero por nuestras miradas y comentarios se notaba que era lo que deseábamos.

Nos despedimos de Winston diciéndole que esperábamos volver a verlo. Teníamos su contacto y hablaríamos con él, eso seguro, pero ojalá poder reencontrarnos algún día, ya que se había ganado un trozo de nuestros corazones.

Pasamos la tarde en el bungalow, a solas, entre besos, momentos de pasión y cierta tristeza por estar acabándose unos días que habían sido pura magia para nosotros. Las miradas y los cuerpos no mentían. Había una gran atracción entre nosotros.

Por la mañana nos trajeron el desayuno a la villa y daba mucha pena saber que era el último. Sentía a veces ese nudito en la garganta que hacía que se me encogiera y que me costara probar bocado.

Conrad no dejaba de darme besos en la mano y acariciármela.

—Allí también nos esperan momentos muy bonitos —me hizo un guiño tras esas palabras tan alentadoras—. Confía en mí, soy capaz de sorprenderte más que Winston —dijo consiguiendo que me saliera una risa fuerte.

El vuelo de regreso lo pasamos tumbados en la cama viendo todas las fotos de estos días y con

la sonrisa en nuestra cara. Había sido tan perfecto...

Además, conforme iba viendo las fotos desde el principio, cada vez a los dos se nos veía más cómplices, sueltos y unidos. Era increíble lo que hacía el roce y el estar juntos tanto tiempo.

Nos quedamos dormidos y cuando abrimos los ojos era justo para desayunar antes del aterrizaje. Nos acercábamos a nuestro destino, pero como decía Conrad, no al final de una aventura que no había hecho más que empezar, a lo que también añadió, que le quedaban muchos sueños por cumplir por el mundo y que lo único que deseaba es que yo siguiera siendo su compañera de viajes.

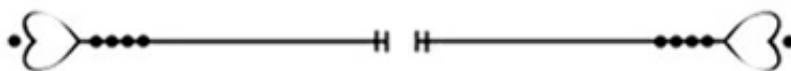
Era como si me dijera que íbamos a seguir juntos y que esto no era solo un capricho de pasar unos días conmigo. Al menos yo lo interpretaba así, pero me endulzaba los oídos y eso me daba esperanza porque no quería perder la química que había entre nosotros.

Llegábamos a la isla, pero me traía una mochila llena de momentos vividos que habían superado todas mis expectativas.

Con cada minuto que había pasado con él, con esos besos que me daba y el modo en el que me miraba, me había ido ganando más, a pesar de que seguía imponiéndome mucho, pero los sentimientos también estaban ahí.

¿Sería esto el principio de una relación duradera y definitiva? ¿Sería posible que alguien como él se hubiera enamorado de alguien como yo, como ya me había dejado caer en varias ocasiones? Ojalá fuera cierto porque yo sí que podía decir que lo estaba empezando a amar, y no quería acabar otra vez con el corazón hecho pedazos.

Capítulo 23



Martina

Aquel había sido sin duda el mejor viaje de mi vida, pero terminaba aquí y ahora, en el aeropuerto en el que acabábamos de aterrizar.

Conrad y yo veníamos más unidos, y sabía que los días que habíamos pasado juntos no eran más que el comienzo de algo entre nosotros.

Me llevaba de la mano por todo el aeropuerto y no se le veía intención de soltarme, y yo, encantada.

Una vez fuera del aeropuerto cogimos un taxi para ir a mi casa, y tampoco dejó de sostener mi mano e incluso acariciarme el interior de la muñeca de manera distraída.

Yo venía como en una nube, de verdad, habiendo vivido unos días que no esperaba ni mucho menos después del varapalo que me llevé con Logan. Pero Conrad no tenía nada que ver con él, se le veía un hombre infinitamente mejor que mi ex.

Y sí, si os estáis preguntando si mi manera de verlo había cambiado... sí, lo había hecho.

Me seguía imponiendo porque este hombre lo hacía con su sola presencia, pero me gustaba en todos los sentidos. Había conocido una parte de él que como jefe no mostraba, y sí, podríamos decir que sentía algo fuerte por Conrad.

Cuando el taxi paró delante de mi puerta suspiré, él bajó conmigo y sacó mi equipaje para quedarnos allí los dos plantados. Nos miramos, sonreímos, y sostuvo mis mejillas entre sus manos para darme varios besos de piquito en los labios hasta que profundizó más y sentí que todo a nuestro alrededor dejaba de existir.

—Nos vemos mañana en el Club —dijo con la frente apoyada en la mía y sonreí.

—Nos vemos mañana. Y, gracias, Conrad.

—¿Por qué, preciosa? —Me colocó el pelo detrás de la oreja.

—Por un viaje tan increíble como este.

—Te dije que te gustaría —me hizo un guiño.

Cogió el equipaje y me acompañó hasta la misma puerta, donde me besó de nuevo y me eché a reír.

—Como nos vean los vecinos, tenemos cotilleo para un mes.

—Te doy otro, y así se entretienen un par de meses —dijo.

—¡No! —casi grité riendo, pero me lo dio, vaya si me lo dio— Vete antes de que acabemos en las revistas del corazón.

—¿Hay paparazis en esta zona? Vaya por Dios, tendría que haberme puesto las gafas de sol.

—Anda, vete. Hasta mañana.

—Adiós, preciosa —y me dio un beso rápido antes de alejarse y subir al taxi.

Me hacía gracia porque era como si no pudiera dejar de besarme, como si necesitara ese contacto continuamente, igual que el abrazarme en cada oportunidad que tenía.

Entré en casa y no vi a mis padres, seguramente habrían salido a pasar el día fuera, y bien que hacían que para eso estaban de vacaciones y tenían que disfrutarlas.

Deshice el equipaje, puse ropa a lavar y me tomé un café en lo que terminaba para dejarla tendida antes de salir.

Tenía ganas de ver a Valentina y abrazarla, a pesar de que habíamos estado hablando en estos días para decirle que estaba bien y disfrutando, pero quería verla y sabía que estaría en casa, ya que no entraba hasta la noche.

Me di una ducha, me puse ropa cómoda y salí para ir a su casa, pero antes me pasé por unas chuches, que seguro que las íbamos a necesitar.

En cuanto llamé a su puerta y me abrió, sonrió tirándose hacia mí para abrazarme.

—Ay, mi niña, pero qué colorcito traes —dijo—. Vamos, pasa, que quiero que me cuentes todo. ¿Qué tal fue el viaje?

—Ya lo sabes, todo bien —sonreí mientras me sentaba en el sofá.

—Quiero detalles, ¿te lo has follado?

—Qué bruta eres, madre mía —volteé los ojos.

—Cariño, las cosas por su nombre. Vamos, desembucha o te saco la información a base de tortura de cosquillas.

—Sí, nos hemos acostado, varias veces.

—Hombre, digo yo que después de tantos días, una sola vez no fue —resopló—. Y dime, ¿cómo es en la cama? Porque, entre nosotras, me lo he imaginado muchas veces, pero seguro que ese hombre, al igual que sus socios, supera todas mis expectativas.

—Es increíble, y no voy a decir nada más —sonreí.

—Eres mala, en serio. ¿Quieres un café?

—Sí, gracias.

—¿Esas chuches son para mí?

—Para las dos —reí.

Se fue a la cocina y no tardó en regresar con los cafés, me estuvo contando que en el trabajo todo estaba bien y que seguía viéndose con su DJ del alma y que la trataba como a una reina, y por el modo en el que hablaba de él y le brillaban los ojos, mi amiga se había quedado, pero bien pillada.

—Y ahora te tengo un chisme —dijo sentándose de lado en el sofá y cogiendo la bolsa de chuches—. Lara y Maica, están con mis jefes.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes —sonrió—. En estos días han venido mucho por el Club, y al igual que tú con Conrad, están, pero que muy bien folladas.

—Madre mía, me voy unos días y cuando vuelvo, las hormonas han tomado el control —reí.

—Ellos les echaron el ojo la noche que vinieron a la discoteca, y si de algo estoy segura es de que esos, donde ponen el ojo, ponen su arma —sonrió.

—Qué fina.

—No se les ve mal, la verdad. Y mira que son los tres de lo más mujeriegos.

—Gracias por la parte que me toca —volteé los ojos—. Vamos que, a la que me descuide, Conrad me la pega con otra.

—No seas cenizo, mujer —rio—. Es un buen hombre, no como el energúmeno, eso te lo digo desde ya. Y qué, ¿has recargado bien las pilas para empezar mañana de nuevo en el curro?

—Sí —sonreí—. Vengo con las pilas cargadas.

—Qué cabrita eres, y bien follada, que tienes un cutis...

—Joder, Valentina, mira que eres bruta, hija —reí—. Y no me digas que vas a tener envidia porque imagino que a ti el DJ también te pone del revés.

—Ese hace malabares conmigo, lo tengo enamoradito —hizo un movimiento de lo más gracioso con las cejas—. Ahora en serio, es un encanto. Ay, amiga, que me he enamorado mucho —suspiró.

—Mientras no te haga daño, todo irá bien, porque a la mínima, le saco los ojos.

—Y yo te ayudo.

Nos quedamos allí charlando y estuve enseñándole las fotos que nos habíamos hecho Conrad y yo en nuestro viaje, quedó encantada con lo que veía y le dije que seguro que le iba a gustar.

—Jamaica es para vivirla, Valentina, lo que pueda enseñarte o contarte de ese lugar del mundo, te aseguro que no le hace justicia a lo que puedes ver tú.

—Pues tendré que hacerme un viajecito, a ver si ahorro y me voy para allá —sonrió.

Acabé quedándome a comer con ella, que pidió en un asiático donde hacían unas *gyozas* que estaban buenísimas, por no hablar de ese pato agri dulce que me encantó.

Después de tomarnos el café me despedí de ella y fui al centro comercial, a dar una vuelta por las tiendas. Acabé dándome un capricho y me compré algo de maquillaje nuevo y unas cremas hidratantes que me recomendó la chica de la perfumería, además de que también piqué con un nuevo outfit para el trabajo, bueno, dos en realidad.

Uno era un conjunto monísimo de short vaquero con una camiseta de tirante fino en color beige y unas cuñas del mismo tono, me enamoré en cuanto lo vi en el escaparate.

Y lo otro que no pude evitar comprar fue un vestido blanco, de tirantes finos, cruzados en la parte de la espalda y que quedaba entallado al cuerpo, pero era de una tela muy suave y con una caída de lo más ligera y al caminar, hacía que la falda se moviera con sutileza, y unas sandalias de tacón en negro con cristalitos en la tira que se abrochaba en el tobillo y que eran una preciosidad.

La verdad es que hacía mucho que no me compraba ropa con la que me viera tan bien y que esperaba que le gustara a Conrad, porque cuando estaba en Escocia no es que me comprara muchas prendas, ya que apenas salía de casa, era más como ya dije, una sirvienta para Logan, y a quien calentarle la cama de vez en cuando.

La chica que me había atendido me dijo que me quedaba todo ideal y que estaba preciosa, que seguro que más de un piropo me llevaba cuando me lo pusiera, y me eché a reír con las mejillas

rojas como dos cerezas, porque era vergonzosa y nunca había buscado las miradas de nadie.

Salvo ahora, que, habiendo cogido más confianza con Conrad, me gustaba que sus ojos se posaran en mí y me hiciera sentir deseada.

No hacía más que unas horas que nos habíamos despedido de un viaje que nunca iba a olvidar, y ya me apetecía verlo, incluso pensé en escribirle, pero no quería que pensara que era una acosadora o que me había quedado muy enganchada a él, así que me limité a volver a casa y colocar mis compras mientras esperaba a que llegaran mis padres.

Estaba preparando una tortilla y croquetas para la cena y sorprenderlos, cuando me llegó un mensaje de Conrad que me hizo sonreír.

Conrad: *¿No me has echado ni un poquito de menos en todo el día? Qué penita de mí, que no me has escrito.*

Me salió una risotada de esas que él me provocaba muchas veces, y es que al ver el emoji con carita triste que me había enviado, no puede evitar reírme.

Martina: *¿Quién eres? No sé por qué iba a echarte de menos.*

Conrad: *¿Tan pronto me has olvidado? Sabía que teníamos que quedarnos más tiempo en Jamaica...*

Martina: *He estado con Valentina y después fui al centro comercial, no quería molestarte porque imaginé que tendrías mucho trabajo. ¿Cómo ha ido el día?*

Conrad: *Me habría quedado en Jamaica contigo, hazte una idea.*

Martina: *No habrá sido para tanto, seguro que exageras.*

Conrad: *He tenido mucho papeleo, pero ya me quedo en casa. ¿Qué haces tú?*

Martina: *Preparando la cena para cuando lleguen mis padres. Me apetece darles un buen achuchón.*

Conrad: *Entonces te dejo que termines. Nos vemos mañana y tomamos café, ¿te parece?*

Martina: *Perfecto. Descansa, que falta te hace.*

Conrad: *Sí, porque cierta joven me ha tenido todo el viaje haciendo deporte. Ejem, ejem...*

Martina: *Qué valor tienes de decir eso, cuando eras tú el que estabas siempre pegado a mí.*

Reí mientras lo enviaba y lo veía escribir.

Conrad: *No puedo remediarlo, tienes algo que me hace querer estar siempre pegado a ti.*

Buenas noches, preciosa.

Me quedé con la sonrisilla tonta en los labios y dejé el móvil en la encimera para seguir preparando la cena.

Mis padres no tardaron en llegar y sobra decir que se pusieron locos de contentos al verme. Los abracé con todas mis ganas y mi madre me comió a besos de tal modo, que parecía que hubieran pasado meses sin que nos viéramos.

Cenamos y les enseñé algunas de las fotos que me había hecho sola, aunque mi madre tenía una vista de lince y al pasar las fotos, vio una en la que estaba con Conrad y sonrió de manera pícara.

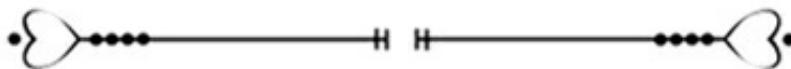
No quería que se hicieran ilusiones como yo tampoco me las hacía, así que agradecí que no me preguntaran nada sobre él.

Vimos un rato la televisión y acabé por irme pronto a la cama, pues al día siguiente me tocaba volver a la rutina del trabajo y quería estar lo más descansada posible.

Les di las buenas noches y me fui a mi habitación donde, antes de acomodarme bajo las sábanas, vi una de las fotos que más me gustaba de las que me hice con Conrad.

Mi sonrisa en ese momento lo decía todo, y la de Conrad, también.

Capítulo 24



Martina

En cuanto llegué ese primer día de vuelta al trabajo, entré a dejar el bolso en mi taquilla y cogí el móvil para ir al Club.

Caminaba hacia allí cuando, de la nada, noté una mano cogiéndome de la muñeca y tirando de mí de tal modo que se me escapó un grito de sorpresa, hasta que me metió en un pequeño cuarto.

No tardé en reconocer el perfume de Conrad y sentir sus labios en los míos.

Me dejé llevar por ese momento íntimo y nos besamos con ganas, tantas, que estando tan pegada a su cuerpo pude sentir el modo en el que su miembro comenzaba a cobrar vida.

—Hola, preciosa —susurró cuando se apartó.

—¿Estás loco? Que podrían vernos —sonreí.

—¿Y? ¿Qué problema hay?

—Pues, para empezar, que eres mi jefe.

—O sea, quieres discreción al respecto. Entendido, pero no me prohíbas robarte un beso cuando me plazca.

—Y por robar espero que no te refieras a llevarme a un rincón oscuro mientras trabajo.

—No lo descarto.

—Madre mía, estás fatal —volví a reír.

—También puedo mandarte un mensaje y citarte en algún sitio, ¿mejor así?

—Por Dios, no hagas eso.

—Entonces dime cómo lo hago, porque verte y tenerte cerca sin poder besarte o tocarte como en Jamaica, va a ser una tortura.

—Yo qué sé, seguro que se te ocurre algo.

—Veo que acabo haciendo como dice la letra de ese famoso bolero.

—¿Qué bolero?

—El de Armando Manzanero que también versionó Luis Miguel —se acercó a mi oído y susurró—. Por debajo de la mesa, acaricio tu rodilla, y bebo sorbo a sorbo tu mirada angelical.

—Ahora sí me suena —sonreí—, mi madre la escuchó muchas veces.

—La mía también —me dio un beso rápido en los labios—. Venga, vete antes de que te secuestre.

—Capaz serías.

—No me tientes... —me dio un apretón en la nalga y salí de allí para ir hasta el Club.

Habíamos quedado en tomar café, así que me acomodé en una de las mesas y pedí uno, justo apareció él con cierto disimulo y se sentó a mi lado.

Me estuvo hablando de algunos de los clientes que habían llegado el día anterior y hasta me puso al tanto de los gustos de dos en concreto que llegaron en ese momento.

Al parecer eran dos hermanos dueños de una de las discográficas más importantes de Latinoamérica y que estaban allí para rodar un videoclip con una de las cantantes a las que producían.

Escuché detenidamente todo lo que me iba diciendo y cuando me acabé el café, fui a saludarlos para darles la bienvenida.

—Soy Martina, una de las relaciones públicas, y espero que disfruten de la estancia —sonreí.

—La verdad es que pinta bien la cosa, sí —contestó uno de ellos—. Esto es como un paraíso, y ayer me dieron un masaje que me dejó como nuevo. No sabía que tuviera tantos músculos tensionados —rio.

—Vaya, pues tendrá que volver a que le den otro.

—Desde luego, que aún que me quedan muchos días por delante.

Pedimos unas bebidas y estuve con ellos hablando de lo que ya me había comentado Conrad, y como yo me conocía bien la isla, me preguntaron si podía recomendarles un lugar para empezar a rodar el videoclip, porque habían visto por Internet algunas localizaciones, pero

querían conocer alguna más.

Así que les hice una lista con algunos lugares que podrían visitar y me dijeron que ya me contarían.

Conrad había estado trabajando en la mesa todo el tiempo y sabía que me observaba, por eso cuando me volví a quedar sola y lo miré, vi que me hacía un gesto para que me acercara.

—Se han tomado un buen vino —le dije.

—Ya lo he visto —sonrió—. ¿De qué habéis hablado? Los veía muy interesados mientras apuntabas algo en ese papel.

—Querían saber si podía recomendarles algún lugar de la isla para rodar el videoclip, espero que no os moleste que yo...

—Martina —me cortó antes de que siguiera hablando—, eres la relaciones públicas y toda recomendación que hagas, está bien. Si les gusta lo que ven puede que se queden más tiempo, y eso para nosotros, ya sabes lo que significa.

—Más dinero —sonreí.

—Exacto. Y ahora vamos a comer, que te has ganado que te dé un beso —dijo y abrí los ojos porque no quería que me lo diera allí.

Cuando se puso a mi lado noté su mano en la parte baja de la espalda, fuimos así hasta la zona de restaurante y cuando entramos, se inclinó.

—Me encanta este outfit que llevas, estás de lo más sensual —susurró, aprovechando después para darme un beso en la mejilla sin que nadie le viera.

Llevaba el conjunto que compré el día anterior y sonreí al escucharle decir que le gustaba, al menos había acertado al pensar que, vistiéndome no solo para mí, sino también para él, lo iba a apreciar.

Nos sentamos en la mesa de siempre y no tardaron en aparecer Ethan y Gonzalo, que no venían solos, ya que Lara y Maica los acompañaban.

—Anda que nos dices que has vuelto de tu viaje, cabrita —me dijo Lara—. ¿Qué tal por Jamaica?

—No sé de qué me...

—No sigas por ahí, que sabemos que has estado en Jamaica, con él —señaló a Conrad y al mirarlo, se encogió de hombros—. Nos lo contaron ellos —dijo al tiempo que hacía un gestito para que supiera que habían sido Ethan y Gonzalo.

—Somos los jefes, normal que sepamos dónde están nuestros empleados cuando no vienen a trabajar —comentó Gonzalo con una sonrisilla al ver que me sonrojaba.

—Venga, cuenta, ¿qué tal? —curioseó Maica.

—Bien, fue un viaje interesante, conocer aquel lugar ha sido una pasada.

—Y que has follado, no digas que no.

—Lara, por Dios —protesté mirando hacia todos lados.

—No me vengas con remilgos, nena, que aquí somos todos adultos. Y para que lo sepas, yo he conocido el cuarto de la lujuria —me hizo un guiño y miré a Maica.

—A mí no me mires, que ahí no he pisado.

—Todavía —dijo Gonzalo con una sonrisa de lo más pícara.

—Si es que se te nota en la cara, Martina, que traes un color y un brillo...

—Eso es por las cremas hidratantes, Lara.

—Ya, y los polvos mágicos que te ha tenido que echar este, que, como sea como mi tigre, uf...

—Vamos, que el tigre te ha comido bien —rio Conrad.

—Ni que lo digas.

—Menuda conversación para la hora de comer, por favor —me puse roja como un tomate.

—Que te lleve a ese cuarto, que te lo vas a pasar, pipa, te lo digo yo.

—Lara, ya, ¿eh?

—Vale, vale, que sé que lo vuestro aquí es alto secreto. Tranquila, que no van a saber que te has liado con uno de tus jefes.

—Qué cruz —malita me estaba poniendo, pero ahí estaba Conrad para darme un apretón en la rodilla y cuando lo miré, sonrió al tiempo que me hacía un guiño para tranquilizarme.

Si es que Lara era igual que Valentina, que, si no fuera porque no les unía ningún tipo de parentesco, cualquiera diría que podrían ser hermanas.

Pedimos unas tostas de entrante y un plato de marisco, como plato principal yo elegí pescado, los demás, carne. Durante toda la comida Conrad hizo honor a las palabras de esa canción que me había dicho cuando llegué, y se pasó todo el tiempo acariciándome la rodilla.

Después del café me despedí de ellos para volver al trabajo y las chicas también se marcharon, ya que tenían turno de noche en la clínica.

Estaba a punto de irme cuando Conrad me cogió de la muñeca haciendo que me inclinara.

—Esta noche hay un evento en la discoteca, ¿te veo allí?

—¿Voy bien así, o tengo que cambiarme?

—Así vas perfecta —sonrió.

—Vale. Iré, y así hecho una mano a Valentina con los clientes, porque imagino que la discoteca estará llena.

—Esta noche quiero ser tu único cliente.

—Dicho así, suena feo —reí.

—No voy por ahí, y lo sabes, preciosa —me acariciaba la muñeca y yo sentía que me estremecía de pies a cabeza.

—Te veo esta noche, jefe.

Sonrió al tiempo que negaba y me dejó marchar para seguir con el trabajo.

Fui hacia la barra donde encontré a un par de clientas que ya había visto otras veces, no dudaron en pedirme que me uniera a ellas para celebrar los cincuenta años de una de ellas.

—Medio siglo ya, qué mayor me hago —suspiró.

—Pero si está estupenda —sonreí.

—Si me tratas de usted, me haces aún más mayor.

—Lo siento, es la costumbre del trabajo. Pero lo digo en serio, estás estupenda. Cuántas quisieran verse así con medio siglo. Yo, firmaba ahora mismo.

—Si ya se lo he dicho, pero nada, que no me cree —suspiró la otra.

—¿Puedo hacer una pregunta, sin querer ser indiscreta?

—Claro, cielo, en confianza, sin problema —respondió tras beber de su copa de champán.

—¿Estáis casadas?

—Divorciadas, desde hace cuatro años yo, ella, desde hace seis —contestó la amiga.

—Y, ¿algún hombre a la vista?

—Uy, qué más quisiéramos —rio—. Estamos inmersas en nuestra empresa, somos dueñas de una firma de perfumes.

—Pues creo que, como regalo por tu medio siglo, te vendría muy bien un masaje —sonreí.

—Me da que esa sonrisilla no es por un masaje normal —dijo la cumpleañera.

—De los de final feliz —sonreí.

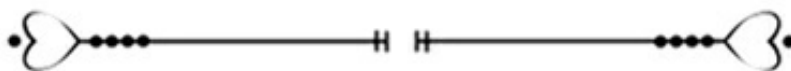
—¿Hay que pedir cita? —preguntó la otra y me eché a reír.

—Tranquilas, que ahora os lo organizo.

Y lo hice, llamé al centro de masajes y tras hablar con la recepcionista, me dijo que preparaba dos salas para dentro de una hora.

Decir que se pusieron tan emocionadas como contentas no era para nada exagerado, pero desde luego que la cumpleañera no iba a olvidar el día que cumplió los cincuenta años en toda su vida.

Capítulo 25



Martina

Cuando acabé mi turno me quedé por el Club charlando con Valentina y cenamos juntas antes de ir a la discoteca.

El evento era para celebrar la presentación de una película que al parecer habían estado rodando el año anterior en la isla. Valentina me fue diciendo quiénes eran los actores del elenco y reconocí a una famosa actriz brasileña a la que había visto en una serie mientras vivía en Escocia.

Al menos tenía acceso a cine y series que podía ver cuando me quedaba en casa esperándole.

Estaba lleno, miraras donde miraras había gente charlando, riendo y bebiendo mientras en unas pantallas se iba reproduciendo el tráiler de la película, así como imágenes de los personajes principales.

No había prensa, pero sí muchos influencers que habían sido invitados para este evento y que se hacían fotos con todos los actores para subir a sus redes.

—Vamos por una copa, que me muero de sed —me dijo Valentina, cogiéndome de la mano.

Fuimos hasta la barra y además de un par de chupitos, pedimos dos gin tonics.

No tardé en ver a Ethan y Gonzalo saludando a unos y otros, Conrad se acercaba a nosotras y me rodeó discretamente con la mano por la cintura.

—Hola, jefe —lo saludó Valentina.

—Hola, chicas.

—Está animado esto, ¿eh?

—Sí, la verdad es que hay más gente de la que pensé que vendría en un principio. El director me ha dicho que lo de las invitaciones se le ha ido un poco de las manos —sonrió.

—Como en las fiestas, suele pasar —rio ella—. Se nota que no hay prensa, veo a los actores de lo más tranquilos y relajados.

—Mejor así.

Conrad le pidió a la camarera un whisky y se quedó allí con nosotras, no apartaba el brazo de mi cintura y notaba sus dedos acariciándome la cadera de manera sutil. Lo miraba de vez en cuando y él sonreía.

—Acabo de ver al actor que hace el papel secundario de la peli, le sigo en redes, voy a ver si da un saludito para subir a las mías, que así subimos la publi para la empresa, jefe. Ahora vuelvo —dijo Valentina.

—Está fatal —sonreí al verla caminando con ese estilo que tenía y al llegar al actor, se presentó y este no dudó en darle un par de besos.

—Es única, de eso no hay duda —rio.

Se acercó a nosotros el productor de la película y saludó a Conrad, aproveché para hacerme a un lado y dejarle su espacio para seguir trabajando y me hice una foto con mi copa en la mano y, de fondo, algunos de los actores de la película.

Habíamos creado un chat para las cuatro y la mandé para que la vieran Lara y Maica.

Lara: *Qué cabrona eres, dando envidia mientras nosotras estamos currando. Tres urgencias con niños vomitando he tenido ya, que esto parecía la casa de la niña del Exorcista.*

Valentina en ese momento subió una foto con el actor al que había ido a saludar, y la respuesta de Lara me hizo soltar una carcajada.

Lara: *Lo vuestro es de juzgado de guardia, cacho de perras. ¿Os parece bonito esto de ponernos el caramelo en los labios? Al final me pido una excedencia en la clínica y pido trabajo en la urbanización. Hasta de camarera me veo.*

Maica: *No le hagáis caso, que no se ha tomado el café. Ahora mismo es un Gremlin recién mojado.*

Lara: *Serás cabrita, anda lo que dice de mí. Y luego está todo el día que, si me quiere mucho. Ja. Ja. Como la trucha al trucho me quiere.*

Valentina: *No os sulfuréis que cualquier día nos montamos otra noche de chicas en la discoteca y, ¡a bailar!*

Martina: *Eso, pero a Lara le prohibimos beber que luego acaba con los zapatos en la mano.*

Lara: *Tranquila, que, si me tomo dos copitas de más, le digo a mi Ethan que me lleve a su villa. Él se encarga de cuidarme.*

Maica: *Lo que no iba a dejarte es dormir.*

Martina: *O no lo deja ella a él.*

Lara: *Os dejo, que me llaman. Por Dios, que no sea otro niño con vomitonas que al final, me van a quitar las ganas de ser madre.*

Me reí al ver el emoji con la cara descompuesta, pero es que era como ver allí a la propia Lara con esa misma cara.

Guardé el móvil y di un sorbo a mi copa, momento en el que vi a Conrad despidiéndose del productor. Se acercó a mí y sonrió.

—¿Vienes al reservado?

—Vale.

Fuimos hacia uno de los que había libres y corrió la cortina para darnos más privacidad.

Se sentó en el sofá tras dejar nuestras copas en la mesa, y me cogió por la cintura para hacer que me acomodara sobre su regazo.

—Por fin solos —dijo antes de besarme, y noté que sus manos comenzaban a subir muy despacio por mi espalda, debajo de la camiseta.

Me atrajo más hacia él, de modo que sentí entre mis piernas el roce con su miembro, ese que indicaba que poco a poco se iba excitando más.

Llevó ambas manos hacia mis pechos y los cubrió con ellas, masajeándolos despacio y pellizcando los pezones aun por encima de la tela.

No tardó en levantarme la camiseta y bajar la tela del sujetador hasta dejar mis pechos expuestos, y comenzó a lamerlos uno a uno mientras yo gemía con los ojos cerrados dejando caer la cabeza hacia atrás.

—Conrad —gemí al notar su mano entre mis piernas, tocándome aun por encima de la tela.

—Dime que pare, preciosa, y lo haré.

—No quiero que lo hagas.

—¿Estás segura? Porque ahora mismo me encantaría estar aquí dentro —deslizó la mano de nuevo por mi zona íntima y sentí que me estremecía.

—Estoy segura.

No tardó en desabrocharme el pantalón y llevar la mano a mi zona, la acarició despacio y me

moví al notar sus dedos entre mis pliegues hasta que me penetró con ellos.

Gemí de nuevo y Conrad me sostuvo con la mano entre mi cabello para atraerme hacia él y besarme. Comencé a moverme y empezó a penetrarme más rápido y fuerte cada vez.

No tardó en volverme loca con sus dedos hasta el punto de hacer que me corriera con fuerza.

—Ponte de pie, preciosa —me pidió y cuando lo hice, me quitó los shorts y el tanga y desabrochó su pantalón.

En cuanto se puso un preservativo volvió a acomodarme sobre él y gemí mientras me estremecía de pies a cabeza al sentir cómo me llenaba.

Dejé caer la cabeza hacia atrás y mis gemidos resonaban en el reservado mientras la música de fuera evitaba que nadie supiera lo que estábamos haciendo. Conrad lamía mis pezones y los mordisqueaba mientras con sus manos apretaba con fuerza mis caderas para hacer que me moviera.

—Por Dios, Conrad —dije entre jadeos mientras apoyaba una mano en su rodilla y la otra la llevaba hasta su cabello.

—¿Qué pasa, preciosa?

—No puedo más —gemí.

—Aguanta solo un poco —me pidió y comenzó a moverse más rápido al tiempo que me movía a mí.

Unos instantes después estábamos los dos dejándonos llevar por el clímax que habíamos alcanzado, corriéndonos con fuerza mientras mis gritos se mezclaban con sus graves jadeos.

Me desplomé sobre él apoyando la frente en su hombro y noté que su pecho subía y bajaba igual de rápido que el mío. Ambos estábamos exhaustos, pero sin duda saciados y satisfechos.

Acariciaba mi espalda con ternura y me sentía tan bien en ese momento, que no podía levantarme, pero lo hice. Me aparté de él, que no dudó en besarme, y me puse en pie para vestirme ante su atenta mirada.

Su móvil empezó a sonar y lo sacó para hablar con Ethan mientras se deshacía del preservativo y se arreglaba la ropa.

—Ok, ya voy —dijo antes de colgar—. Tengo que saludar a los actores —me dio un beso en la frente.

—Tranquilo, yo me quedo en la barra esperándote, y haciendo que los clientes pidan lo mejor —sonreí.

—Entre Valentina y tú, nos vais a hacer ricos.

—Como si no lo fuerais ya —volteé los ojos.

—Más ricos.

—Adiós —le di un leve empujón para que saliera y se fue.

Eché un vistazo a mi pelo y el pintalabios antes de salir, lo arreglé para que nadie notara lo que había pasado allí dentro, y cogí las dos copas para ir hacia la barra.

Pedí otro gin tonic y cuando iba a dar el primer sorbo, apareció a mi lado aquel cliente que me hizo ese comentario de mal gusto.

—Vaya, vaya, a quién tenemos aquí —noté su mano en la parte baja de mi espalda y sentí un escalofrío, pero lejos de ser placentero como los que sentía con Conrad, este me dio bastante repelús—. Te he visto salir del reservado, del mismo del que ha salido Conrad.

—Es mi jefe, estábamos hablando de trabajo —dije.

—Encanto, no me tomes por tonto. Ya te dije que todo en la vida tiene un precio, así que, dime, ¿cuánto te ha pagado por follar contigo?

—No ha hecho tal cosa —fruncí el ceño.

—No soy gilipollas, conozco a tus jefes y siempre andan entre las piernas de alguna chica, de la que se encaprichan. Pero dejemos ese tema a un lado. ¿Cuánto quieres por venir conmigo a un reservado, o a una de las habitaciones del club? Dime un precio, y lo tendrás.

—Sigo sin estar interesada. Y ahora, si me disculpa, tengo trabajo —fui a levantarme, pero no me lo permitió, ya que me agarró con fuerza del brazo.

—No te vas a ir hasta que me digas cuánto quieres por dejar que te folle por todos lados —me miraba con los ojos brillosos por el alcohol, ese que podía notar en su aliento.

—Suélteme.

—Cinco mil por una noche.

—No.

—Seis mil, y es muy última oferta.

—No soy ninguna prostituta —fruncí el ceño.

—Entonces, puedes serlo para mí. Vamos, voy a follarte como no te ha follado ningún hombre en la vida.

—¡Qué me suelte! —chillé al tiempo que le daba una bofetada en la mejilla con todas mis fuerzas.

Me quedé horrorizada por lo que había hecho, aquel hombre era un cliente y yo me debía a ellos, pero no iba a tolerar que me tratara de ese modo.

En cuanto lo vi levantarme la mano cerré los ojos porque sabía que me iba a devolver el golpe, y el suyo dolería mucho más de lo que le habría dolido a él el mío.

En cambio, escuché una voz que me alegré infinitamente de oír en ese momento.

—Atrévete a ponerle la mano encima, y eres hombre muerto —abrí los ojos y vi que Conrad le había sujetado la muñeca y lo miraba con furia, y no era el único, puesto que Ethan y Gonzalo estaban a su lado.

—Qué pasa, Conrad, ¿quieres a esta puta para ti solo? —le dijo, y vi la furia en los ojos de Conrad momentos antes de que le diera un puñetazo en la barbilla y perdiera el equilibrio antes de chocar contra la barra.

—Si vuelves a llamarla así, no respondo —advirtió Conrad con los dientes muy apretados.

—Te voy a denunciar, hijo de puta.

—No tengo problema. Aquí hay testigos que te han visto agarrar con fuerza a una de mis empleadas, levantarle la mano para golpearla y llamarla puta. A mí solo me han visto defenderla y evitar que fueras más allá.

—Será mejor que te vayas —le dijo Ethan—. Y más vale que no vuelvas por aquí.

—Somos tres socios —rebatíó.

—Pues ahora serán dos —contestó Gonzalo—. ¿Te vas, o te ayudo? —Arqueó la ceja.

—Y todo por una puta —dijo con rabia.

Y Conrad lo agarró de la camisa y lo llevó hacia la puerta, estaba fuera de sí y yo no quería que montara ningún escándalo. Lo seguí, al igual que Ethan y Gonzalo, y le pedí que parara, pero no me hizo caso.

En cuanto salimos a la calle se enfrentó de nuevo a él.

—Repite lo que has dicho y te juro que te dejo sin dientes.

—Conrad, por favor, para —me puse a su lado y tiré de su camisa—. Para.

—Sabía que habíais follado. Tiene que ser buenísima para que te pongas así.

Y le dio, no una, si no dos veces, y porque Ethan y Gonzalo lo apartaron, sino le habría dado otra.

El tipo estaba de rodillas en el suelo y sangrando por la boca, le debía haber partido el labio.

—Si vuelvo a verte por aquí, juro que acabas en el hospital.

—Vamos, socio, no merece la pena.

—Te puedo hundir, lo sabes, ¿verdad? —le dijo a Conrad.

—Ni lo intentes, porque seré yo quien te eche encima a nuestros abogados por acosar a una mujer —contestó Ethan.

—¿Estás bien? —me preguntó Conrad mirándome fijamente, y como me estaba tocando la muñeca que me había agarrado con fuerza ese hombre, cogió mi mano para mirarla— Hijo de puta... —murmuró al ver que tenía la marca de sus dedos.

—No es nada, de verdad.

—Ey, que la bofetada que le ha dado, me ha dolido hasta a mí —dijo Gonzalo cuando entrábamos.

—Tendría que haberle dado más fuerte —contestó Ethan.

—Ya le ha dado este por ella —sonrió Gonzalo mientras le daba una palmada a Conrad—. Le he pedido a los de seguridad que se encarguen de que salga de la urbanización.

—¿Y sus socios? —pregunté.

—Hablaré con ellos, lo van a entender —me dijo Conrad y asentí.

Al llegar a la barra Ethan pidió bebidas para todos y una bolsa de hielo para Conrad, tenía los nudillos algo ojos.

Valentina se acercó para preguntarme, ya que lo había visto todo, le dije que estaba bien y dejó muy claro que no iba a apartarse de mí en toda la noche. Y no lo hizo.

Hasta que nos despedimos de los jefes y me llevó a casa.

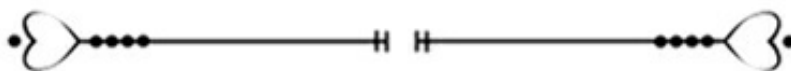
No quería que aquello que había pasado afectara a la urbanización ni a ellos tampoco, así que esperaba que ese hombre no tomara represalias.

Entré en casa sin hacer ruido tras despedirme de Valentina y me fui directa a la cama. Me llegó un mensaje de Conrad para darme las buenas noches y sonreí.

Sí, mis sentimientos por él cada vez eran más fuertes y lo que menos esperaba, estaba

empezando a pasarme.

Capítulo 26



Conrad

Por más veces que tuviera a Martina entre mis brazos, por más veces que la hiciera mía, nunca me parecía suficiente.

Acabábamos de hacerlo y si pudiera, volvería a estar dentro de ella una vez más.

Ella seguía sentada sobre mí, y le acariciaba la espalda despacio, queriendo que el tiempo se detuviera en este instante para no tener que separarme de ella, para no salir de nuevo a la discoteca donde me esperaba un centenar de personas y muchas de ellas a las que tendría que saludar.

Martina se apartó para levantarse, pero no quería que lo hiciera, así que la besé para conservar un poco más esa sensación de sus labios en los míos antes de que se levantara y comenzara a vestirse mientras yo la observaba, porque no me cansaba tampoco de mirarla.

Mi móvil empezó a sonar y lo saqué del bolsillo, vi que era Ethan y respondí.

—Dime.

—¿Dónde te has metido, colega? Tenemos que saludar a los actores, hacernos fotos y esas cosas —dijo.

—Dame unos minutos y voy para allá —contesté mientras me arreglaba la ropa.

—No tardes.

—Ok, ya voy —contesté y colgué, encontrándome con la mirada de Martina—. Tengo que saludar a los actores —le besé en la frente, porque si lo hacía en los labios, corría el riesgo de no salir del reservado.

—Tranquilo, yo me quedo en la barra esperándote, y haciendo que los clientes pidan lo mejor —sonrió, y ese gesto me enamoró más todavía.

Y tras unos minutos acabó empujándome hacia la puerta para que saliera, sin duda mi chica era muy responsable en lo que al trabajo se refería.

Salí dejándola allí y fui hacia donde estaban todos los actores de la película junto con el director, Ethan y Gonzalo charlaban con ellos y cuando me uní, el director me dio las gracias por haber organizado aquel evento que estaba siendo un éxito

Los felicité por la película, la habían estrenado hacía apenas un par de días y ya estaba siendo todo un éxito de taquillas. Nos hicimos varias fotos con ellos que subiríamos a las redes al igual que ellos y nos quedamos allí charlando y tomando una copa.

Y entonces mi mirada fue hacia la barra donde Martina dijo que estaría esperándome. Cuál fue mi sorpresa que vi a uno de esos tres hombres con los que había estado aquel día en el Club y en el que uno de ellos le insinuó entre líneas que pagaría por estar con ella.

Vi que ponía su mano en la parte baja de la espalda de Martina y apreté el vaso que tenía en la mano con fuerza, y más cuando comprobé que a ella la estaba haciendo sentir incómoda.

No sabía que estaría hablando con ella, pero el hecho de verla incómoda y nerviosa, no me gustaba. ¿Qué le habría dicho para que frunciera el ceño de ese modo y lo mirara horrorizada?

—Conrad, ¿sigues aquí, socio? —me preguntó Ethan.

—La está molestando, lo noto —dije, y tanto él, como Gonzalo, miraron hacia la barra.

En ese momento vi que Martina hizo el intento de levantarse, y digo el intento porque ese tipo no la dejó hacerlo, ya que la agarró del brazo y a juzgar por la mirada de ella, lo había hecho con fuerza.

Martina forcejeó, pero él seguía manteniendo firme el agarre, y yo solo de verlo me notaba cada vez más cabreado. ¿Quién se creía que era para agarrarla así?

Por cómo la miraba estaba claro que aquel tipo quería algo más que hablar con ella, que le recomendara una bebida o que fuera simpática con él, en sus ojos veía lascivia y eso sí que no me estaba gustando nada.

—La leche, qué bofetada le ha dado —dijo Gonzalo, y ahí sí que decidí ir yo para poner fin a ese asunto.

Y lo hice justo a tiempo, porque el muy cabrón había levantado la mano y Martina tenía los ojos cerrados temiendo recibir el golpe. Le agarré la muñeca en el aire y me miró desafiante.

—Atrévete a ponerle la mano encima, y eres hombre muerto —dije sin pensarlo, y noté la presencia de Ethan y Gonzalo a mi lado mientras veía a Martina observándome.

En cuanto escuché de la boca de ese cerdo que la llamaba puta, me cegué por completo y le di un puñetazo en la barbilla, perdió el equilibrio y lo vi chocar contra la barra.

—Si vuelves a llamarla así, no respondo —estaba furioso, tenía los dientes apretados y hasta las manos con todas mis fuerzas.

Y el muy cabrón se atrevió a amenazarme con ponerme una denuncia, había que joderse, cuando se había buscado que le diera ese puñetazo, y eso que nunca, jamás, usé la violencia.

Ethan acabó diciéndole que se fuera y que no volviera, y aun así tuvo la poca vergüenza de recordarnos que eran tres socios, pero es que después de esto que había hecho, y que no me quedara ninguna duda de que fue él quien le hizo aquel comentario tan poco afortunado a Martina, me importaba una grandísima mierda si no volvían ninguno de los tres, sinceramente.

Incluso Gonzalo estaba deseando que se fuera, pero ni por esas parecía querer dejar la discoteca por voluntad propia.

—Y todo por una puta —le escuché decir con rabia, y ahí sí que me cegué mucho más.

Lo agarré de la camisa y lo llevé prácticamente a rastras hacia la puerta, estaba furioso por su comportamiento y el modo de tratar a Martina, y no paré hasta sacarlo a la calle mientras Ethan y Gonzalo me seguían al igual que ella, a quien escuchaba pedirme que parara, pero no iba a hacerlo, no, porque ese pedazo de escoria se merecía que lo pusiera en su sitio.

—Repíte lo que has dicho y te juro que te dejo sin dientes.

—Conrad, por favor, para —vi a Martina colocarse a mi lado y hasta tirar de mi camisa para que me detuviera, pero no lo hice, estaba completamente cegado por la rabia en ese momento—. Para —susurró.

—Sabía que habíais follado. Tiene que ser buenísima para que te pongas así —me dijo él con una sonrisa burlona.

Jamás, en toda mi vida, había usado la violencia con nadie, ni en ninguna situación, pero con este tío la iba a usar.

Le di un puñetazo, y otro más hasta que lo vi de rodillas y sangrando por la boca ante mí. Ethan y Gonzalo me apartaron de él y yo seguía mirándolo con rabia, con el corazón latiendo a mil por hora mientras notaba cómo mi pecho subía y bajaba rápido por la ira y la adrenalina del momento.

—Si vuelvo a verte por aquí, juro que acabas en el hospital —le advertí, señalándole mientras mis amigos se ponían entre nosotros y comenzaban a apartarme de él para llevarme dentro.

—Vamos, socio, no merece la pena —me dijo Gonzalo.

Aquel tipo, aun sangrando como estaba, volvió a amenazarme, y fue Ethan quien le advirtió que no hiciera nada o les echaría encima a nuestros abogados por acosar a Martina.

Cuando consiguieron alejarme de él me acerqué a Martina y la miré preguntándole si estaba

bien, quería y necesitaba que así fuera. Vi que se tocaba la muñeca por la que la había agarrado ese gilipollas y tenía la marca de sus dedos alrededor de ella.

Seguía sintiendo esa rabia y quería volver a por él, pero los chicos no me lo permitieron. Gonzalo me dijo que le había pedido a los de seguridad que se encargaran de que ese tipo saliera de la urbanización y esperaba que no montara más escándalos.

Llevé a mi chica dentro y fuimos a la barra donde Ethan pidió bebidas para los cuatro y una bolsa de hielo para mi mano. No iba a decir que me dolía porque con la adrenalina que tenía en el cuerpo, ni lo sentía, pero sí que dolía y hasta parecía que fuera a hinchármese un poco.

Valentina se acercó a ella y se quedó a su lado el resto de la noche, hasta que se despidieron de nosotros para irse a casa.

—Martina le ha echado un par de narices —dijo Gonzalo cuando nos quedamos los tres solos en la barra.

—Sí, aun sabiendo que a los clientes hay que tratarles como si fueran todos de la realeza, se ha jugado el despido —contestó Ethan.

—Jamás la despediría por defenderse. Ahora sí que tengo claro que fue él quien le hizo ese comentario. Hay que hablar con sus socios —dije tras dar un trago a mi whisky, seguía furioso y me jodía que Martina hubiera pasado por eso.

—Tranquilo, que yo me encargo mañana. Está claro que ellos pueden volver, pero este pedazo de mierda, no. Levantar la mano a una mujer, menudo cobarde —resopló Ethan.

Seguimos allí tratando de hacer como si no hubiera pasado nada, pero sí que había pasado. Ni siquiera me había dado cuenta de que ese tipo nos hubiera visto salir del mismo reservado, pero claro, si le había echado el ojo a Martina, estaba claro que allí donde la viera, la observaría.

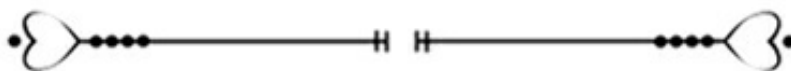
Saqué el móvil del bolsillo y le envié un mensaje, me habría gustado poder despedirme de ella con un beso en condiciones, pero por el momento no quería que nadie supiera nada de lo nuestro, salvo nuestro círculo más íntimo.

Solo que eso pronto iba a acabar, porque en cuanto tuviera todo listo para la sorpresa que quería darle, había dos personas que acabarían intuyendo lo que había entre nosotros.

Conrad: *Buenas noches, preciosa. Descansa y hazme un favor, sueña conmigo.*

Sonreí después de enviarlo sabiendo que ella haría lo mismo, estaba claro que no me tenía por un hombre romántico, pero porque aún no me conocía bien. Cuando lo hiciera, vería que sí lo era, pero sobre todo porque solo ella me inspiraba a serlo.

Capítulo 27



Martina

Los días en el trabajo estaban llenos de risas con Valentina y de momentos de pasión prohibida con Conrad.

Sí, desde que regresamos de Jamaica no había dejado de hacerse el encontradizo conmigo para robarme besos y abrazos. Por no hablar de que me había invitado a cenar una noche en su villa y a pesar de que lo hicimos en el porche como la primera vez, acabó enseñándomela y llevándome a su cama.

El día anterior cuando llegué a casa me envió un mensaje pidiéndome que le esperara hoy en el Club para tomar café, ya que quería hablar conmigo de algo.

Y me había pasado la noche dando vueltas a qué sería lo que quería decirme. Hasta había pensado que iba a despedirme porque, a pesar de que los socios del hombre al que él golpeó entendieron la situación y le habían dicho a él que no volviera por allí, podría ser que este le hubiera denunciado o, qué sé yo, y me despidiera por haberle causado problemas.

Dejé el bolso en la taquilla y fui hacia el Club, me pedí un café y esperé a que llegara Conrad.

Estaba echando un vistazo a las redes con las fotos que había subido Valentina del evento de la noche anterior, cuando se sentó a mi lado y me dio un apretón en la rodilla.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días.

—Te daría un beso, pero como no me dejas...

—Ni se te ocurra —reí nerviosa.

—¿Estás nerviosa?

—¿Cómo lo sabes?

—Te voy conociendo —hizo un guiño al tiempo que me acariciaba la mejilla—. ¿Qué te pasa?

—¿Me vas a despedir?

—Sí.

—Joder, no pensé que fueras a ser así de tajante.

—Lo siento, pero no quiero que sigas siendo la relaciones públicas.

—¿Es por lo de la otra noche?

—Ni mucho menos, eso no tiene nada que ver. Ya pensaba en despedirte hace tiempo.

—O sea, que me has echado unos polvos y ahora te estorbo.

—¿Por qué piensas eso?

—A ver, tú me dirás —me encogí de hombros.

—Anda, tómate el café y ven conmigo —dijo mientras cogía el móvil y vi que mandaba un mensaje, poco después le llegó uno a él.

Me bebí el café tal como me había pedido y nos levantamos para salir del Club. Yo le seguía caminando por la urbanización sin preguntar nada, porque ya no me atrevía a abrir la boca.

Vale que me hubiera imaginado que me iba a despedir, pero de ahí a escucharlo decir que sí, que me ponía de patitas en la calle, iba un mundo.

No sabía dónde íbamos, pero por el camino que llevábamos, a su villa no era. Y entonces se detuvo en seco.

—¿Qué pasa?

—Tienes que tener los ojos vendados —dijo sacando un pañuelo.

—Espera, espera —levanté las manos para que no se acercara—. No me irás a llevar al cuarto de la lujuria, porque me da algo.

—No —sonrió—, al menos hoy no.

—Ni hoy, ni nunca.

—Eso ya lo veremos, preciosa —sonrió y me puso el pañuelo en los ojos para que no viera nada.

—Verás que me acabo cayendo y haciendo la croqueta por toda la urbanización —resoplé.

—Tranquila, que vas conmigo.

—Si me vas a despedir, ¿qué más te daría si acabo rodando por el suelo?

—Pues mucho, porque tú me importas —susurró y noté que me daba un beso en la mejilla.

Me cogió de la mano y me agarré a la suya con la otra con todas mis fuerzas. Seguíamos caminando y yo no veía un carajo, con cada paso que daba lo hacía con más miedo por si acababa dejándome los dientes en el suelo.

Y entonces nos detuvimos, agudicé el oído, pero no escuché nada.

—¿Lista?

—Pues no sé, depende de lo que me quieras enseñar. El cuarto de la lujuria no es, porque seguimos en la calle.

—Quería darte una sorpresa, y llevo todo un mes esperando para ver tu cara.

—Pero si hace un mes ni siquiera nos habíamos acostado —dije mirándolo, pero sin verle, porque aún llevaba el pañuelo cubriéndome los ojos.

—Lo sé, y, aun así, esto lo tenía claro —me quitó el pañuelo y poco a poco acomodé los ojos a la luz de nuevo.

Estábamos delante de un local grandísimo, había huellitas de perro en los cristales y al mirar hacia arriba, vi el letrero en el que se veía que aquello era una clínica veterinaria.

—¿Has abierto una clínica?

—Es tuya, en realidad —contestó y lo miré con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo?

—La he abierto para que tú la dirijas. Así los clientes que tengan mascotas podrán traerla consigo sin preocuparse por nada. Mira, hay hasta una guardería para ellos.

—Oh —no sabía qué más decir, me había quedado en shock.

—¿Quieres verla? —preguntó.

—Sí, sí, claro que quiero —Conrad sonrió y fuimos hacia la puerta.

Al entrar me quedé fascinada, me encantaba todo, estaba en colores pastel, rosa, celeste y amarillo, había huellitas por las paredes en negro y blanco y también la silueta en trazos finos de

perros y gatos como si estuvieran jugando.

En la recepción había una zona amplia y cómoda para esperar con sofás, sillas acolchadas y varias mesitas de café con revistas de animales.

También había un montón de cajitas con juguetes para que las mascotas pudieran cogerlas y jugar, o descansar en las camas que habían colocado al lado mientras esperaban a ser atendidos.

El toque de color lo daban varias plantas que había cerca de los ventanales, y a mí todo el conjunto me tenía enamorada de la vida.

Había un montón de estantes con productos para el baño, de comida, incluso collares, correas, arneses y ropa. Todo de lo más glamuroso para las mascotas.

Escuché un ladridito y fruncí el ceño, miré a Conrad y se encogió de hombros.

Hasta que escuché a una mujer llamando a Perlita, que no tardó en aparecer por allí correteando. Era una pequeña caniche blanca monísima que vino enseguida hacia mí.

—Oh, pero, qué bonita eres —la cogí en brazos y ella seguía moviendo la colita.

—Mira, tu primera clienta —dijo Conrad con una sonrisa.

—Lo siento, se me ha escapado —miramos hacia la zona del pasillo y vi a una mujer a la que había visto algunos días por el Club.

Y acto seguido empezaron a salir más perritos correteando y hasta algunos gatos que caminaban con ese aire elegante que les caracterizaba.

Muchos de los dueños venían con ellos y, entre todos ellos, vi a Valentina y a mis padres.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —pregunté acercándome a ellos.

—Valentina nos pidió que viniéramos —contestó mi madre, con una sonrisa en los labios.

—¿Tú lo sabías? —Miré a mi amiga sin poder creerlo.

—Me lo dijo el jefe, y me ha costado guardar el secreto, no te creas, ¿eh?

—Me lo imagino —reí—. Conrad, ellos son mis padres.

—Hija, lo hemos conocido hace un rato —dijo mi padre.

—Ah.

—Es un hombre muy majo —mi madre seguía sonriendo y me miró con esos ojitos pícaros de que sabía que, entre mi jefe y yo, había algo más que una relación de trabajo.

—Jefe, ya he conocido a los empleados, están todos muy cualificados —Valentina sonrió.

—Dime que no les has mirado el culo —le pidió él.

—Por favor, ¿por quién me tomas? Pues claro que se lo he mirado, y, qué culos, uf.

—Hija, esta clínica es más de lo que podría haber imaginado para ti —me dijo mi padre con los ojos vidriosos y me acarició la mejilla—. Ve a ver el resto.

—Sí, vamos, te lo enseño —Conrad me puso la mano en la espalda y me llevó por el pasillo.

La primera sala que vi era la de cirugía, y se veía que estaba todo diseñado para la máxima seguridad y eficacia, con equipos de última tecnología para los procedimientos quirúrgicos, eso sí, el toque cálido de la decoración de la zona de la entrada no lo perdía, ya que tenía las mismas huellitas y siluetas de animales en las paredes, así como algunas lámparas con forma de huella y las cortinas y demás enseres desechables eran en tonos pastel.

Había tres salas habilitadas para consulta, una sala de rayos x y lo que me pareció la joya de la corona fue la sala de hospitalización.

Contaba con camas cómodas y cálidas en cada uno de los habitáculos donde dejar a los animalitos para descansar, dividida en una zopa para perros y otra para gatos, cada una de ellas equipada con todo lo necesario para una recuperación tranquila y muy segura.

También había una sala exclusivamente para animales más pequeños, como aves o reptiles, donde tampoco faltaba un solo detalle para que su visita fuera de lo más acogedora y tranquila.

Acabamos en el que sería mi despacho puesto que había un letrero en el que ponía: “Doctora Martina” y estaba decorado con un par de huellitas y la silueta de un perro y de un gato juntos.

Sonreí al verlo y cuando entramos, vi que todo estaba igual de bien decorado en los mismos tonos.

—¿Qué te parece? —preguntó rodeándome desde atrás.

—Que esto es un sueño, más que eso, porque la clínica que yo pensaba que montaría algún día, no era tan grande —sonreí.

—Ya sabes que aquí es todo a lo grande y de lo más lujoso y exclusivo.

—Ya lo veo, ya. ¿Ese es mi título? —pregunté frunciendo el ceño.

—Una copia, el original sigue en casa de tus padres.

—¿Cómo has...? Vale, no he preguntado nada —reí al ver que arqueaba la ceja—. Ha sido cosa de Valentina, ¿a qué sí?

—Se lo pidió a tus padres para hacer una copia y fue ahí cuando les dijo todo, ellos también han guardado el secreto.

—No me lo puedo creer.

—Les caigo bien, ¿lo sabías? Creo que voy a ser el yerno perfecto —me dio un beso en la mejilla.

—No acabas de decir eso —lo miré por encima del hombro.

—Se me habrá escapado —se encogió de hombros y me eché a reír.

—Gracias, Conrad, de verdad, porque esto es más de lo que merezco.

—No digas eso, mereces todo lo bueno que la vida te ponga por delante. Yo solo he ayudado un poquito.

—Un poquito no, has ayudado mucho, que esto, barato, no es.

—El local ya estaba construido, lo teníamos vacío y pensé que esto era lo mejor que podía poner. Así la gente no tiene que ir en busca de una clínica para sus mascotas en la isla.

—¿Es cierto que ya está el personal contratado?

—Sí, a partir de mañana, eres la jefa.

—Uy, eso suena muy imponente.

—Ahora eres la jefa, preciosa, no una empleada.

—No, no, empleada sigo siendo, porque me tienes en nómina, aunque sea la que dirija la clínica.

—Sí, pero todos aquí te van a llamar jefa —me dio otro beso en la mejilla.

—Gracias, de verdad. No sé cómo te voy a poder agradecer esto. Me va a faltar vida, así te lo digo.

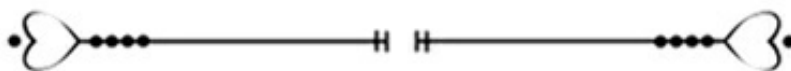
—Cena conmigo esta noche y quédate a dormir, y me doy por agradecido.

—Pues sí que me va a salir barato, sí —reí.

Le cogí ambas mejillas y le di un beso en los labios mientras él me rodeaba con fuerza por la cintura.

Esto era un sueño, de verdad que sí, y que Conrad lo hubiera hecho por mí, me daba aún más motivos para sentir todo lo que sentía por él, cada vez mucho más intensamente.

Capítulo 28



Conrad

Me encantaba verla así, disfrutando de cada rincón que veía de la clínica. La había sorprendido que era justo lo que quería, pero ni en mis mejores sueños me imaginé que sus ojos brillaran tanto al observarlo todo.

La llevaba por las salas y ella no dejaba de mirar a un lado y al otro, de sonreír, de decir que aquello era increíble, precioso y una pasada, un sueño hecho realidad.

O más que un sueño porque me confesó que la clínica que ella siempre había querido tener sería mucho más pequeña que esta.

Estaba satisfecho con el resultado, había merecido la pena la espera solo por comprobar que todo el trabajo que habían hecho para acabarlo y que quedara perfecto había dado como resultado este amplio y acogedor espacio para las mascotas de nuestros clientes.

Se le iluminó la cara al contemplar en la puerta de su despacho el letrero en que se leía “Doctora Martina”, y cuando entramos no dejó de sorprenderse por todo, incluso por esa copia de su título que estaba colgada en la pared.

Gracias a Valentina por ser mi cómplice para ese asunto y que los padres de Martina se lo dejaran, porque no quería que en el despacho de mi chica faltara esa pieza importante de lo que fue su carrera.

Sus padres eran un par de personas encantadoras, muy trabajadores de siempre como lo fueron mis padres en sus tiempos antes de jubilarse, y la madre me miraba con curiosidad y picardía, como si supiera que tenía algo con su hija más allá de la relación de trabajo.

Y hablando de sus padres, en el momento en el que le dije que habían sido compinches de Valentina, no sabía decir por qué mis siguientes palabras salieron solas, sin apenas pensarlas.

—Les caigo bien, ¿lo sabías? Creo que voy a ser el yerno perfecto.

—No acabas de decir eso —me miró con los ojos muy abiertos por encima del hombro.

Sí que lo había dicho, pero de verdad que ni yo mismo podría asegurar por qué. Sí, me veía en una relación con ella, pero, ¿una tan seria? Eso el tiempo lo diría.

—Se me habrá escapado —contesté encogiéndome de hombros y ella se echó a reír.

Me encantaba su risa, no solo eso, todo de ella me encantaba. Y volvió a darme las gracias de nuevo diciendo que esto era más de lo que merecía.

No era así, mi chica se merecía todo lo bueno y se lo hice saber. Estaba claro que su ex le hizo daño, quizás incluso hizo que se sintiera tan poquita cosa que ni se valoraba a sí misma.

Pero yo quería que lo hiciera, que viera que era valiosa para la persona correcta y que nadie debería hacerla sentir que no era nada en la vida.

Y me sacó de nuevo una carcajada cuando dijo que ella no era la jefa, pero claro que lo era, puesto que yo me había encargado de ponerla al frente de la clínica y ayudar un poquito a cumplir su sueño.

—Gracias, de verdad. No sé cómo te voy a poder agradecer esto. Me va a faltar vida, así te lo digo —dijo con un suspiro y la abracé pegándola a mi pecho.

—Cena conmigo esta noche, quédate a dormir, y me doy por agradecido.

—Pues sí que me va a salir barato, sí —rio, me cogió ambas mejillas y me dio un beso en los labios mientras me rodeaba con todas sus fuerzas por la cintura, uno de esos que tanto me gustaba recibir y que no quería que acabara nunca.

Pero como siempre, el beso acabó porque me llamaron por teléfono.

—Dime, Gonzalo.

—¿Puedes venir al Club? Quieren contratar un evento para dentro de una semana, y quiero comentarlo con vosotros.

—Ahora voy, estoy en la clínica.

—¿Ya la ha visto? ¿Y qué tal? ¿Cómo se ha quedado?

—Te puedes imaginar —sonreí.

—Flipando en colores, lo sabía —rio—. Te veo ahora, hermano.

Colgué, le di un beso en la frente y la dejé allí para que se pusiera al día con todo, muchos empleados estaban por allí y Valentina ya les había dicho que se presentaran a la jefa en cuanto pudieran.

Me despedí de Rubén y Noelia, sus padres, y les dije que, por favor, se quedaran a comer en el

Club y que podían venir siempre que quisieran, que lo dejaría dicho en la entrada de la urbanización y en el Club.

Noelia me dio un abrazo lleno de cariño y, al igual que su hija, me dio las gracias por ayudarla a cumplir ese sueño que tanto quería.

Salí de la clínica y fui hacia el Club, donde ya estaban Ethan y Gonzalo tomando un café, esperándome en nuestra mesa.

—¿Qué tal Martina? —preguntó Ethan.

—Impresionada, ilusionada, emocionada, agradecida —sonreí mientras me sentaba.

—La verdad es que ha quedado una clínica impresionante, hermano. Ahora sí que lo tenemos todo —dijo Gonzalo.

—Bueno, solo nos falta una clínica médica para los clientes, por si se ponen malitos por el alcohol, ya sabes que los excesos no son buenos.

—No me digas más, estás pensando en ponérsela a tu chica y la amiga —sonreí mirando a Ethan.

—Pues, porque no tenemos más locales disponibles que, si no, la poníamos.

—Tú lo que quieres es ir a verla y jugar con ella a los médicos —reí.

—Ah, no lo había pensado.

—Claro que no, Ethan, claro que no —rio Gonzalo.

Pedí el café y estuvimos hablando del evento que quería comentarnos Gonzalo. Al parecer era uno que querían hacer los dueños de la empresa de alquiler y venta de yates de lujo, sí, la empresa del indeseable que había levantado la mano a Martina y que estaba vetado en toda la urbanización.

Sus dos socios sí que seguían viniendo y eran legales, por lo que les dijeron a Gonzalo que no teníamos que preocuparnos porque el otro no iba a venir al evento.

Nos comentó lo que habían pedido, querían la discoteca para toda la noche y que allí mismo se sirviera algunos canapés, además de bebida pues querían mostrar algunos de sus nuevos modelos de yates que ya tenían disponibles.

Estaba claro que, si el evento lo hacíamos a lo grande, esos tipos podrían cerrar esa noche más de una venta y para nosotros era un buen ingreso en cuanto a comida y bebida se refería.

Le dije a Gonzalo que tirase para adelante con ello y que se encargara de montar un evento a la altura de esa empresa.

Tras tomarnos el café me quedé allí trabajando un poco mientras ellos iban a encargarse del tema del evento.

A la hora de comer apareció Martina con sus padres y la vi la mar de feliz, con esa preciosa sonrisa que me hacía sonreír a mí.

—¿Qué tal por la clínica? —pregunté cuando se sentaron.

—Bien, ya he conocido a todo el personal. Las dos veterinarias son súper simpáticas, y los enfermeros, tienen un arte y una guasa... —rio.

—La niña de la recepción es un encanto —dijo Noelia, su madre—. Bueno, todo el personal lo es.

—Sí, la verdad es que vamos a tener un buen ambiente de trabajo —comentó Martina.

—Eso es lo importante, preciosa —y no pude evitarlo, le acaricié la mejilla delante de sus padres y ella se sonrojó de ese modo que tan bien conocía.

—Bueno —carraspeó su padre—, ¿qué nos recomendáis?

—Uf, es que aquí todo está buenísimo, papá.

—¿Qué os parece marisco de entrante, y una carne a la brasa de principal? —sugerí.

—Perfecto, jefe —me dijo con cierto descaro.

Llamé al camarero para pedir la comida con una botella de vino blanco y brindamos por la clínica. Me encantaba ver a Martina sonriendo y feliz, emocionada por tener ese lugar que tanto había deseado, hablaba de los demás empleados y de la clínica de lo más emocionada. Decía que estaba deseando empezar a recibir pacientes y que se iba a ir esa misma tarde al centro comercial a comprarse los típicos zuecos de enfermero para estar cómoda.

Todos tenían su propia taquilla en la clínica y les habíamos dejado en ellas tres uniformes a cada uno. Los de los enfermeros eran en color azul, el de Martina y las otras dos veterinarias en rosa, y el de la chica de recepción, amarillo, todos en tonos pastel al igual que los colores de las paredes.

La verdad es que debía ser todo un espectáculo verlos vestidos con las paredes de fondo.

Tanto Rubén como Noelia me agradecieron de nuevo que hubiera montado la clínica para que su hija trabajara en lo que le gustaba, aunque los dos me aseguraron que ella estaba encantada siendo la relaciones públicas del Club y la discoteca.

Después de comer y tomar café me despedí de ellos esperando verlos pronto por allí, y cuando se marcharon aproveché para acompañar a Martina mientras esperaba el taxi y besarla como deseaba hacerlo.

—Que nos pueden ver —dijo con su habitual sonrojo.

—Que nos vean, ahora sí que me da igual. Estoy seguro de que tus padres aprueban lo nuestro —le hice un guiño y soltó una carcajada.

—Me voy, que me espera una tarde de compras de lo más divertida.

—Y yo te espero esta noche en mi casa, no lo olvides —le recordé, dándole un toquecito en la nariz.

—¿Y si no voy?

—Te secuestro y no dejo que salgas de mi cama en un mes.

—Pues me voy a plantear lo de no ir, a ver si es verdad que haces eso.

—A ver si en vez de no dejarte salir de mi cama en un mes, te encierro en el cuarto de la lujuria —arqueé la ceja y vi sus mejillas sonrojándose.

—A mí allí no me lleves, que me espero lo peor.

—Preciosa, ese lugar está pensado para el placer, y sé que te gustará.

—No lo veo, jefe, no lo veo —rio nerviosa.

—Pues yo sí lo veo. Tú y yo en ese cuarto, dejándonos llevar por el deseo y disfrutando al máximo —susurré en su oído mientras le acariciaba el brazo y notaba cómo se estremecía.

—Me voy, que me lías y al final... no me compro nada —resopló apartándose.

—Te veo esta noche.

—¿Y vas a preparar tú la cena?

—Ajá. Hago una carne con salsa a la pimienta, buenísima.

—Y patatas panaderas, ¿a qué sí? —rio.

—Si es lo que quieres...

—¿Me vas a dar todos los caprichos? —curioseó.

—Todos los que estén en mi mano, no lo dudes.

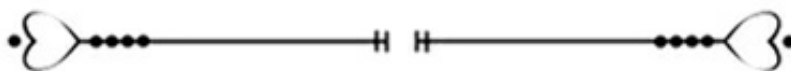
—Me voy —sonrió negando y le di un último beso.

—Hasta la noche, preciosa mía.

La vi subir al taxi y decirme adiós con la mano antes de que este se alejara.

No estaba bromeando, pues tenía claro que, todos los caprichos que ella tuviera y estuviera en mi mano poder dárselos, se los daría.

Capítulo 29



Conrad

Martina estaba dándolo todo en la clínica y al igual que cuando era nuestra relaciones públicas, los clientes estaban encantados con ella.

Todo el que pasaba por allí con su mascota, aunque fuera para una simple visita y que le abrieran ficha como cliente, hablaba maravillas del trato que esta les daba, así como el resto del personal.

Quería darle una sorpresa esta mañana, ya que sabía que tenía bastante trabajo y no haría su descanso para el desayuno, así que pensé en llevárselo yo mismo y tomarme un café con ella.

Al entrar en la clínica, Patricia, la chica de recepción, me dio los buenos días con una sonrisa.

—¿Está libre Martina? —pregunté.

—Está en la consulta dos atendiendo a una perrita que se hizo un corte.

—Iré a esperarla fuera entonces.

Me crucé por el pasillo con Miguel, uno de los tres enfermeros, y Ángela, otra de las veterinarias que salían con un cliente y su perro.

Al llegar a la puerta de la consulta en la que estaba Martina me quedé observando y sonreí al verla.

Las puertas de las consultas eran de cristal y se veía todo, y también se escuchaba, por lo que me pareció de lo más tierno ver a Martina hablarle a aquella perrita con esa voz tan dulce.

—¿Ves? Ya está casi, preciosa —decía, y la perrita la miraba con los ojos vidriosos.

La verdad es que debía haber sido un corte feo porque había varias gasas ensangrentadas.

—Vamos, reina mora, que tú eres una campeona —dijo Raúl, el enfermero que trabajaba con

Martina, mientras le acariciaba la cabeza a la perrita.

No debía tener más de un año, era una cocker marrón, pequeñita, con unos ojos verdes que no se apartaban de Martina. Siempre había escuchado eso de que los animales saben reconocer el bien de las personas, así como saber si eran de alma pura, que conectaban de inmediato con algunas personas y se quedaban tranquilos y calmados. Pero verlo así de primera mano, jamás había tenido el privilegio.

La dueña de la perrita estaba allí al lado mirando, era una de las clientas más antiguas que teníamos en nuestra anterior discoteca, y a pesar de que debía estar de los nervios por el estado de su perrita, se veía bastante tranquila sabiendo que esta estaba en buenas manos.

—Ya casi acabamos, preciosa —dijo Martina colocando un poco más de gasa en la almohadilla de la patita y después poniéndole un vendaje—. Y a juego con tu collar, para que sigas brillando con ese glamour que llevas —sonrió.

—A mi reina lo que le quedaría de fábula es ese jerseyquito rosa que hay en la recepción y lleva las dos huellitas en blanco —dijo Raúl, que se notaba que, al igual que al resto, Martina les había comentado que debían ofrecer los productos que estaban a la venta.

—¿Ese que pone “*Diva*”? —preguntó la dueña— Porque lo vi el otro día cuando vinimos a abrirle la ficha a Bella, y me encantó.

—Justo ese. Se vería ideal, ¿verdad, jefa? —le dijo Raúl a Martina.

—Desde luego que sí, porque Bella es toda una diva, y, además, muy valiente —sonrió acariciándole la barriguita—. Ya estás lista, preciosa.

—Muchas gracias, de verdad —dijo la dueña—. Cuando la he visto caminar con la patita en alto y la sangre que iba perdiendo, me he asustado.

—Es normal, la sangre siempre es muy escandalosa. Pero por suerte ha sido un corte limpio y no ha tocado nervios ni nada. Ahora hay que hacerle curas dos veces al día, a partir de mañana, es lo único. Puedes traerla a media mañana y a última hora de la tarde, que se las haremos sin problema.

—Así lo haré, Martina. Muchas gracias, de verdad —sonrió cogiendo en brazos a su perrita que se notaba que estaba algo cansada, por la anestesia local que le hubiera puesto en la pata.

Cuando vinieron hacia la puerta Martina sonrió al verme, y al salir, la clienta me saludó con toda la amabilidad.

—Jefa, yo me encargo de todo, no te preocupes —le dijo Raúl a Martina y ella asintió.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó cuando nos quedamos solos, y me incliné para besarla.

—Sé que estás liada, así que he traído el desayuno —levanté la bolsa que me habían dado en

el Club.

—¿Es un croissant recién hecho lo que huelo? —curioseó, y me reí.

—Anda, vamos a tu despacho que se ve que tienes hambre.

Y allí fuimos para que se tomara un pequeño descanso del trabajo. Me contó que tenían una cirugía de una gatita que había estado unos días algo débil y sin comer mucho y cuando la llevaron para que le revisara, descubrieron que estaba esperando cuatro bebés y ni se habían dado cuenta, así que iban a ayudarla a tenerlos porque ya le tocaba.

—La tenemos ingresada, desde anoche, que se quedó Sofía de guardia por si nacían los gatitos, pero parece que están la mar de cómodos ahí dentro —sonrió.

—Me gusta verte aquí, estás realmente en tu hábitat —dije.

—Sí, la verdad es que mucho mejor que como relaciones públicas, aquí no me da vergüenza hablar con mis pacientes.

—Los tratas con mucho cariño.

—Esos animalitos en realidad son como niños pequeños, les duele y no pueden decirte dónde, y hay que tratarles así, son ángeles sin alas en realidad.

—¿Por qué quisiste estudiar Veterinaria? Nunca te lo he preguntado.

—Pues porque de pequeña tuve un gatito al que adoraba. Era súper juguetón, y siempre estaba detrás de mí. Cayó enfermo y me dijeron que no podían hacer nada por él, tuvimos que despedirnos y ese día lloré tanto cuando me dijeron que ya estaba en el cielo, que había cruzado el arco iris, como se suele decir, que les dije a mis padres que quería ser médico de animales —rio.

—Eres una gran veterinaria —le dije, acariciándole la mejilla.

—Solo trato a esos animales como si fueran míos, sé lo que significan para sus dueños y lo que se siente al perderlos.

—Tienes un corazón de lo más noble —me incliné y la besé.

No tardé en hacer que se levantara de la silla en la que estaba y se sentara a horcajadas sobre mis piernas.

Cuando llevé ambas manos bajo la camisa de su uniforme noté cómo se erizaba su piel al contacto con mis dedos. No podía dejar de tocarla y quería sentirla en cada momento del día.

Bajé la mano hacia la cintura de sus pantalones y la introduje por dentro del tanga que llevaba, me recibió con un gemido y se movió al notar mis dedos entre su zona íntima.

Comencé a tocarla y noté que poco a poco se iba humedeciendo.

—¿Quieres jugar a los médicos? —preguntó entre jadeos.

—Quiero hacer muchas cosas ahora mismo, pero no hay tiempo —respondí volviendo a besarla.

Y seguí tocándola, penetrándola con mis dedos notando esa humedad que los cubría por completo, jugando con su clítoris, haciendo movimientos rápidos y en círculos que provocaban que gimiera mucho más.

La besé con fuerza para que no pudieran escuchar esos gemidos que a mí me ponían a cien y comenzó a moverse, rozando su sexo con mi miembro que estaba más que listo para entrar en acción, pero no era el lugar más indicado para eso, con todo el personal en la clínica.

Llevé a Martina al orgasmo y gimió mientras su cuerpo se sacudía y estremecía entre mis brazos.

Acabó laxa sobre mí, con la frente apoyada en mi hombro y recuperando el aliento.

—Si quieres venir a hacerme una visita así todos los días, por mí no hay problema —dijo con una risilla y las mejillas aún sonrojadas por el momento que había vivido.

—Y entonces sí que acabo en urgencias con el asunto a punto de explotar —volteé los ojos.

—Si no tocas... ¿Por qué tocas si tú no puedes terminar también?

—Porque me gusta verte disfrutar —le di un beso rápido—. Y me encantaría verte disfrutar en el cuarto de la lujuria.

—No, no, ahí no, qué vergüenza.

—Pero si no has visto lo que hay.

—Por eso, que me da miedito.

—A ver, hasta ahora, ¿he hecho algo que no te haya gustado? —Arqué la ceja.

—No, pero me imagino que ese cuarto debe ser como una de esas mazmorras de sado.

—Por Dios —solté una carcajada y ella se rio también—. Deja que te lleve una noche, solo una, y te haga sentir y vivir el placer de un modo que jamás habrías imaginado que fuera posible.

—Verás que al final hasta me convences —resopló.

—Lo voy a hacer y lo sabes.

—Que me da miedo, en serio.

—No será tan malo cuando tu amiga Lara ha estado allí.

—Lara es como Valentina, es la Dora exploradora del sexo —de nuevo me reí con ganas.

—Solo una noche, preciosa, te prometo que no tienes nada que temer.

Se quedó pensativa mirando por la ventana que daba hacia la calle, pero era de esos cristales tintados que no permitían ver nada desde el exterior. Le acaricié la mejilla y me miró con esos ojos brillantes llenos de curiosidad y temor a partes iguales.

—¿Qué me dices? ¿Aceptas pasar una noche de placer conmigo?

—Me voy a arrepentir, lo sé —sonrió.

—No, no lo vas a hacer. Vas a disfrutar, estoy seguro.

—Mira, acepto ir allí y, si no me gusta lo que veo, salimos con las mismas.

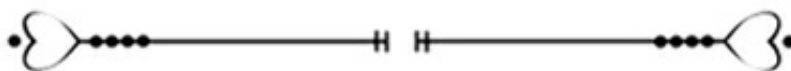
—Trato hecho —le extendí la mano y la estrechamos—. Ahora me voy y te dejo trabajar —la dejé de pie en el suelo.

—Vamos, que hoy has sido como los músicos. Has llegado, me has tocado, y te vas.

—¿Y lo relajada que te has quedado? —susurré en su oído antes de besarle el cuello—. Te veo a la hora de comer, preciosa.

Salí del despacho y me fui hacia el Club para hablar con los chicos, pero con la idea muy clara de que la noche que Martina y yo fuéramos a ese cuarto, me iba a emplear a fondo para que disfrutara de cada segundo los dos allí dentro.

Capítulo 30



Conrad

No veía a Martina en un sitio como este, pero había llegado el momento de que descubriera qué se escondía detrás de las puertas del cuarto de la lujuria. Por supuesto se llamaba así, pero era mucho más que un simple habitáculo.

Se notaba su nerviosismo en ese tipo de lenguaje no verbal que, sin saberlo, estaba utilizando, como la graciosa forma en la que removía los pies o esa otra en la que su labio superior, presa de la incertidumbre, se empeñaba en aprisionar el inferior, que se dejaba hacer.

Le había costado aceptarlo, pero al final lo había hecho y solo esperaba que disfrutara lo suficiente para no arrepentirse de haber aceptado venir. No quería cargarme lo bonito que había entre nosotros, pero sí saber hasta dónde estaba ella dispuesta a disfrutar con esto.

Para mí era fundamental y descubrir cuánto podría hacerla gozar en aquel lugar pensado para hacer realidad las más morbosas de las fantasías se había convertido en mi objetivo.

—No sé yo, si debes abrirla —murmuró soltando una carcajada nerviosa y doblándose.

—Aún estás a tiempo de echarte atrás —le advertí, porque cualquier cosa menos hacerla sentir incómoda, eso no entraba en mis esquemas.

—¿Ahora después de todo lo que has insistido? —Me quitó la tarjeta magnética y la pasó por la puerta— Vamos, valiente —me dijo, pero al traspasar la puerta un silencio se hizo más que evidente y su boca se abrió por completo.

Era normal partiendo de la base de que aquel universo erótico que se encontró de repente no era algo que pueda entrar en los esquemas de cualquiera a la primera de cambio. Más bien, se trataba de un lugar para ir asimilando “*pasito a pasito, suave, suavecito*” como en la famosa canción de Luis Fonsi en la que también se sugiere la posibilidad de provocar gritos que me hacían estremecer con solo imaginarlos. Y todo ello tras sobrepasar sus zonas de peligro, esas a las que esperaba tener rápido acceso.

—Ay, Dios. ¿Qué es esto? ¡Ni ese tipo de las sombras se atrevió a tanto! —exclamó entre la

excitación y los nervios, en una mezcla que no pudo resultarme más sugerente.

—Es mucho más que un lugar de juegos... —murmuré sirviendo dos copas de vino mientras ella se detenía viendo cada rincón y cada cosa.

Se le notaba la curiosidad. Cada uno de esos objetos ideados para que la lujuria subiera como la espuma entre ambos era analizado detenidamente por ella, como queriendo adelantarse a los acontecimientos, como preguntándose cuánto placer podrían provocarle.

—Me da miedo a preguntar para qué sirven tantas cosas —observaba la piscina con una camilla acolchada que sobresalía a ras del agua del rey de los jacuzzis.

—El miedo no es algo que quepa entre nosotros.

—Me da a mí que te me acercarás tanto que, en realidad, entre nosotros no cabrá ni el aire —entrecerró los ojos mientras fue sacando lentamente de sus pulmones el que acumulaba.

Se notaba a las claras que se estaba poniendo mucho y a mí... A mí eso me ponía también. Exactamente, me ponía taquicárdico.

El cuarto como dije era mucho más que un cuarto. Era una sala completa de juegos y productos sexuales con todo el confort para poder disfrutarlo. Contaba con jacuzzi, camillas, sofás, cama redonda tamaño *King Size*, piscina privada al aire libre con camas exteriores alrededor, minibar y un montón de rincones para llevar al límite sexual a cualquier persona.

No había ni un solo detalle en él que no hubiera sido cuidadosamente estudiado con la intención de producir el máximo de los placeres, de sobrepasar esa línea que diferencia una experiencia íntima de una verdadera aventura de esas que elevan la libido hasta puntos insospechados y que se apoderan de tu mente de tal forma, que se conviertan en recuerdos imborrables para el disco duro de tu memoria sensual; de esa parte de tu cerebro que atesora los momentos más lascivos que hayas vivido.

—Me están doliendo todas las partes de mi cuerpo —dijo mirando hacia una barra que tenía tensores de pecho, correas para atar y un sinfín de cosas que, como ella, ya podéis imaginar para lo que valían.

Esa mezcla de excitación y temor me resultaba verdaderamente exquisita y tan apetecible que tuve que hacer un verdadero esfuerzo por no poseerla de una manera fiera en ese mismo instante en el que mi naturaleza me inclinaba a abalanzarme sobre su insinuante cuerpo. Sin embargo, mantuve las formas y me dispuse a dejar que siguiera explorando un lugar que estaba despertando la máxima de las expectativas en ella, que fisgoneaba sin poder parar.

—Nadie dijo que tengas que usar nada de lo que hay aquí, solo he querido enseñártelo —me puse detrás y la rodeé. Quería darle seguridad para que ella misma tuviera la curiosidad de verse envuelta en algún tipo de juegos. Y lo estaba consiguiendo. Notaba cómo respiraba de un modo entrecortado.

—¿De verdad existen estas cosas? ¿Cómo se os ocurrió? —reía nerviosa.

—Los ricos tienen unos gustos muy peculiares —carraspeé.

—No me quiero ni imaginar las orgías que se han montado aquí —seguía riendo con ese nerviosismo que yo conocía más que de sobra.

—¿Y por qué no te imaginas mejor lo bien que tú y yo lo podemos pasar en este lugar? A mi modo de ver, eso resultaría más interesante.

—Pero, ¿sabes utilizar las cosas o quieres hacer un experimento conmigo? —se le escapó otra carcajada, pero por su comentario sabía que esa curiosidad la estaba llevando a querer experimentar ciertas cosas.

No había que ser un lince para darse cuenta de que se encontraba expectante, pero ni mucho menos incómoda. Vaya, que no tenía ni la más mínima intención de salir corriendo de un lugar en el que trataba de integrarse.

—No me pongas a prueba que me marco una detención y no habrá abogado en el mundo que te salve de esta —le murmuré al oído.

—Desde luego que medios tienes para hacerte pasar por poli. Eso no lo pongo en duda.

—Y ropa —le señalé un armario que estaba empotrado y cerrado—. No sabes los gustos que se gastan los clientes.

—¿Tienes disfraces? —me preguntó con los ojos muy abiertos. Me encantaba cuando se los veía así, porque tenía mucha vida en la mirada. Era una de esas personas que gesticulaban cantidad y que con los ojos decía tantas cosas como con las palabras.

—Bueno, tenemos replicas muy buenas de hasta personajes como Betty Boop...

—¡No me jodas! —exclamó divertida y sorprendida también. Qué duda cabía de que le estaba descubriendo un universo que hasta entonces le fue ajeno.

—Si me dejas...

No se podía imaginar las ganas que tenía de hacérselo. O sí, porque su expectación tampoco debía estar reñida con sus ganas, las cuales notaba en cada uno de sus gestos y en esa forma tan profunda de mirarme que tenía, con tanta intensidad que parecía desnudarme con la mirada, como si me estuviera chequeando a través de una máquina de rayos X.

Nos echamos a reír y la abracé con fuerza para darle esa seguridad que ella necesitaba. Le faltaba un empujoncito que estaba deseando darle. No, siendo honesto yo deseaba darle mucho más. Y estaba tan dispuesto a hacerlo que mi deseo debía salir por cada uno de los poros de mi piel.

—¿Qué tal si comenzamos con un masaje?

—Lo veo una gran idea —dijo riendo—, en eso ya tengo experiencia contigo —carraspeó dando por hecho que sería igual que el de la otra vez.

La invité a caminar y esa sensualidad que emanaba de sus caderas me resultó absolutamente hipnótica. Muchos hombres matarían por poder agarrarse a ese par de caderas que iban a ser mías en el entorno más favorable para ello, en ese creado para potenciar cada uno de los sentidos.

Nos dirigimos hacia el rincón de los masajes que ya estaba oscuro, con velas, incienso y preparado para comenzar a dar vida a esta nueva aventura entre ambos, porque lo era, todo con ella se terminaba convirtiendo en algo especial y diferente.

Era mi primera vez también en este cuarto que se estrenó a la vez que el Club. No es que lo hubiéramos abierto al público en plan inauguración, pero sí que sabían que existía y muchos ya lo habían probado, como era el caso de Ethan y Gonzalo.

La giré y comencé a desvestirla mientras le iba dejando un camino de besos por su cara, labios y cuello. Se dejaba hacer, todo en ella se convertía en una auténtica insinuación para que mis ganas de poseerla no hicieran más que crecer. Y no solo lo hacían mis ganas, dado que la virilidad que se dejaba notar a través de mis pantalones cada vez era más patente.

Cuando acabé de desnudarla, le puse un antifaz una vez tumbada en la camilla. La música sonaba de lo más relajante y ella sonreía al sentirse sin visibilidad.

Que te priven del sentido de la vista es un gesto suficiente para que agudices el resto de los sentidos. Así lo haría ella. Se estremecía por completo y eso se hacía notar a través de su erizada piel.

Cogí el frasco del aceite que estaba sobre una base que lo mantenía a temperatura y comencé a echarlo sobre sus senos. Ella reaccionó con un movimiento y soltando el aire nuevamente, como si le sobrara dentro de los pulmones, como si le resultara una pesada carga de la que quisiera liberarse, como si quisiera hacer hueco en su interior para mí.

Seguí bajando sobre su vientre hasta echarlo en cantidad por su monte de venus y que le cayera por su zona entre las piernas y continué por sus muslos.

Ya veía cómo su piel continuaba erizándose más y más hasta que su apariencia se volvió “de gallina”, como suele decirse, y sus pezones comenzaban a endurecerse de un modo que adquirirían una consistencia similar a la del mármol, como si se convirtiera en una diosa griega esculpida en ese material y concebida para encender a cualquier mortal.

Comencé a masajearla por sus hombros y pechos en los que me detenía un poquito más, ya que a los dos nos causaba mucho placer, a ella por la parte que le tocaba y a mí, por poder disfrutarlos entre mis manos.

Luego me recreé en su vientre y podía ver como crecía la excitación en ella a la que se le transformaba hasta la cara. A pesar de tener el antifaz, se le podía interpretar perfectamente. Su boca se abría levemente mientras echaba suavemente el aire retenido en sus pulmones.

Acariciaba su zona levemente a la vez que le masajeaba toda la entrepierna con esos roces de dedos en los movimientos. Se estaba poniendo cada vez peor y la excitación iba a mayor por momentos hasta el punto de que aquello que emanaba de su garganta eran puros jadeos placenteros, encadenados unos detrás de otros.

Llevé mi dedo a la zona de su ano que estaba bien empapado de aceite y jugué con él en su entrada. No puso objeción alguna, es más, noté cómo intentaba relajarse y eso me facilitaría muchísimo la labor.

Jadeaba buscando más placer del que ya estaba sintiendo, quería ver en ella que tocaba el cielo desde otra dimensión, esa a la que estaba dispuesto a llevarla en esta larga noche que pasaríamos en este cuarto en el que todo estaría permitido mientras ambos nos mostráramos de acuerdo.

El truco estaba en masajear la parte interna de las piernas que era donde de nuevo me centré y ella se puso mucho más encendida. Solo le faltó pedirme a chillidos que la llevase a culminar, pero a mí me gustaba verla así, envuelta en una excitación que la hiciera desgastar de placer.

—Levántate lentamente y bájate de la camilla —la ayudaba a hacerlo.

—Con el calentón que tengo me arrodillo ahora mismo a tus pies—me dijo entre excitada y divertida porque ella era así, una mezcla realmente explosiva, como explosivos deseaba que le resultaran todos esos gestos por mi parte que estaban destinados a hacerla correrse no una, sino varias veces, en una velada que no sería ni mucho menos corta.

Dado su comentario, se me escapó una risilla y obvié lo que había dicho mientras la dirigía al colchón gigante que había en el suelo rodeado de cojines.

La tumbé bocarriba y me fui desnudando sin que ella pudiera verme. Me tumbé en medio de sus piernas y me fui moviendo sobre su cuerpo envuelto por esa capa de aceite que ahora nos hacía este contacto más sensorial.

Intentaba agarrarme, pero yo le ponía de nuevo sus manos a cada lado de su cuerpo. Estábamos los dos ardiendo en deseo, pero yo insistía en subir el calentamiento mucho más, ese que los dos teníamos, porque yo ya estaba a punto de reventar.

Mis movimientos eran cada vez más intensos y mi miembro se rozaba con una zona que ya se notaba que estaba más que lubricada.

Y terminé dejándola abrazarme para seguir revolcándonos con mil movimientos sobre la cama y deslizándonos en ese aceite impregnado en su cuerpo y sin penetrarla ni tocarla más que por roces que la hacían perder la cordura. Estábamos en un momento tan magistral que pese a querer hacer por culminar ambos, nos agarrábamos a ese clavo ardiendo donde la excitación estaba por

encima de eso.

En su rostro podía ver la excitación más absoluta y sus caderas pidiendo más y más... Algo a lo que yo deseaba acceder para encenderla al rojo vivo, para que solo pudiera chillar mi nombre entre retorcidos gestos de placer.

Metí mi mano entre sus piernas y la ayudé a llevarla a ese clímax a la vez que la penetraba de una estocada. Yo también necesitaba llegar a ese punto en el que poder soltar todo lo contenido.

Jadeamos llegando al orgasmo el uno en la boca del otro.

—Pues sí que causa erotismo este lugar —murmuró mientras yo le daba unos cuantos piquitos seguidos sonriendo.

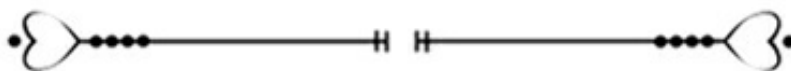
—Esto no hizo más que empezar...

—Estoy deseando descubrirlo todo —sonrió pícara y me mordisqueó el labio.

—Tienes hasta el amanecer —le contesté, causándole una sonrisilla feliz.

Nos fuimos a la ducha donde la enjaboné con mucho cariño para quitarle todo el aceite del cuerpo. Ella se movía sensual provocándome de nuevo y buscando en mí esa complicidad que tanta paz le daba.

Capítulo 31



Martina

Había disfrutado como nunca de un masaje que había sido toda una experiencia que todo ser humano debería vivir al menos cien veces en su vida. Me había quedado más que encantada, había caído rendida del todo ante él y por lo que parecía, la noche no había hecho más que empezar.

Si ese había sido el comienzo, no quería ni imaginar cuál podría ser el final. Sin duda que allí se potenciaban todos y cada uno de los sentidos, que estar allí con él suponía una especie de aventura sensorial que quería vivir al límite, sin perderme ni una sola de las sensaciones que me pudiera transmitir.

Liados con una toalla nos sentamos en las butacas de una barra que había en la terracita del cuarto que era en el exterior y totalmente privado. Sirvió dos copas de Ginebra con tónica.

El ambiente invitaba a la provocación y también a la insinuación de cualquier tipo de idea que se nos pasara por la cabeza y que estuviera destinada a que el otro rozara el cielo con la yema de sus dedos, de tanto elevarse de placer.

—Yo me quiero disfrazar esta noche —le dije viendo que su sonrisilla se tornaba en incredulidad. Me divertía mucho tomar ese tipo de iniciativas y sorprenderlo.

—Te estás viniendo muy arriba —me dio la copa. Lo pronunció con un tono de lo más sugerente que volvió a perlar mi piel de una fina capa de sudor, de lo muchísimo que me ponía.

—No lo sabes tú bien, jefe —me reía mirando cómo no dejaba de esbozar esas risitas de las que yo afortunadamente era la culpable. ¿Quién me lo iba a decir a mí? Sorpresas que da la vida. Y allí estaba, haciéndole unas proposiciones que eran cualquier cosa, menos decentes, pero es que ese lugar no estaba pensado para nada que no tuviera al menos algo que ver con el pecado.

—¿Y de qué te quieres disfrazar?

—Yo, de enfermera y tú, de poli.

—Ah, ¿yo también? —arqueó la ceja con mayor incredulidad aún. Me moría por ver la escena y seguro que él también, en el fondo.

—Aquí si hacemos el primo, lo hacemos los dos, pero estoy segura de que nos vamos a reír mucho. ¿Qué pasa, que no puedo dar ideas? —puse los brazos en jarra como quejándome de algo que en realidad sabía que le ponía mucho, a juzgar por la rigidez que estaba adquiriendo su miembro.

—Claro, todas serán bienvenidas y algunas aceptadas.

—¿Cómo que algunas aceptadas? Yo no me quejo de lo que se te ocurra a ti. Es más, te he demostrado que me dejo llevar. Eso no vale, ¿eh?

—¿De enfermera? —me preguntó aguantando la risilla y pasando totalmente de mi queja, que le entró por un oído y le salió por el otro.

—Y tú de poli —le recordé con la risa suelta.

Quince minutos después estaba vestida de sexy enfermera esperando a que mi sexy policía se terminara de colocar los complementos. Su vestuario era más elaborado, por eso tuve paciencia, ya que sabía que me lo compensaría con creces.

—¡Manos arriba! —gritó dando con una porra que parecía de verdad sobre el sillón un golpe seco y fuerte. Cielos, que sudé la gota gorda en ese momento. Qué locura de movimientos, en uno de esos me hacía correrme sin tocarme y sin nada.

—¿Qué dices? —pregunté tan tranquila rascándome el ojo como si la cosa no fuese conmigo, no demostrándole en absoluto lo que estaba sintiendo. Es que me gustaba vacilarle, eso formaba parte del encanto del juego.

—¿Me estás vacilando? —se echó a reír. Obvio que me había pillado, qué se le iba a hacer.

—Sí, jefe —murmuré mirándolo, intentando no quitarle la vista para aparentar una seguridad que ya quisiera yo tener realmente.

—Quedas detenida —me agarró rápidamente girándome y poniendo mis manos en la espalda —, por un delito de falta de respeto a la autoridad —me colocó las esposas y pasó la porra entre mis piernas y nalgas—. Cualquier cosa que digas podrá ser utilizada en tu cuerpo.

—Jefe, bombón, me gustas un montón —dije como tarareando.

—Pasas directamente a un registro interior sin precedentes —me agarró por el brazo y me llevó a dejar caer medio cuerpo hacia adelante sobre la camilla en la que me hizo el masaje—. Separe las piernas y manténgase quieta.

—¿Y el culo respingón? —pregunté, ya que no le veía la cara y podía ser más suelta. Me había sentado la copa bien y me estaba divirtiendo dejándome llevar por este momento.

—Tengo serias sospechas de que trae algo en su conducto —me aplicó algo en el ano y comenzó a jugar con algún aparato en la entrada de este.

En mi vida me habían tocado por detrás, pero reconozco que me estaba poniendo de nuevo de lo más ardiente y me parecía algo demasiado placentero.

Me generaba una especie de tensión, de nuevo excitación mezclada con nervios que contenía como iba pudiendo, en una espiral que me llevaba a contener los jadeos que me provocaba, porque no quería parecer una pardilla que se encendía al primer movimiento por su parte.

No obstante, eso no duraría mucho porque sabía muy bien cómo hacerlo y en qué momento. Sus movimientos estaban ideados para que me derritiera y notaba cómo la humedad se iba desprendiendo de mi interior sin remedio, sin que nada pudiera hacer por disimularlo.

Grité cada vez más de placer y él aprovechaba para introducirlo un poco más hacia dentro con un tacto increíble, pero a mí me podía dar en estos momentos lo que quisiera que yo iba a disfrutar de ello empleando todos mis sentidos.

La presión era evidente y crecía sin pausa. No obstante, también la disfrutaba. De hecho, disfrutaba de cada uno de sus gestos y mis jadeos entraban en bucle.

Recordé aquello que me dijo Valentina de que la conciencia era aquello que daba voz a los prejuicios y no nos dejaba disfrutar de todo lo que podíamos descubrir y eso, eso a mí hoy no me iba a pasar, ya que no iban a existir prejuicios que pudieran detener estos momentos.

Entendí que no todas las mujeres viven experiencias como aquellas y que yo estaba destinada a alcanzar cotas muy elevadas de placer en una noche que permanecería ajena al tiempo, porque percibía como si este se hubiese parado, como si todo en el mundo lo hubiese hecho y solo existiéramos él y yo... Junto con las ganas de devorarnos vivos.

Mi corazón estaba acelerado y bombardeaba con fuerza, esa misma que hacía que estuviera dispuesta a disfrutar del momento, segundo a segundo. Podía notar de nuevo aquellas gotas de sudor, del calor que estaba sosteniendo en mi cuerpo.

También notaba que la sangre corría veloz en el interior de mis venas. Y que terminaba concentrada en ese corazón que latía con tanta fuerza que en ciertos momentos temí que se escapara de mi pecho para salirse por la boca, dado lo desatado de su manera de palpar.

Después de jugar con mi parte trasera y estimularla sobremanera, llevó su mano a mi vagina empapándose de la lubricación que mi propio cuerpo había expulsado.

—No hay mejor lubricante que el natural —depositó ese murmullo en mi oído y de nuevo hizo que me estremeciera tanto, que hasta noté cómo mi cuerpo al completo se arqueaba por el placer.

No comenté nada al respecto, simplemente respiré profundo. Me ayudó a volver a incorporarme y me llevó a aquella barra donde estaban todas las correas de agarre y sensores.

Serio, metido en su papel de poli y aquí la única loca era esta pobre enfermera que solo quería una noche diferente a todo lo que había vivido.

—Te voy a liberar, pero quiero que te quites cada prenda para mí —susurró quitándome las esposas.

—A sus pies señor agente.

—Eso luego, ahora fuera la ropa —dio con la porra fuerte a la barra y me asustó porque no me lo esperaba. Luego se me escapó una risilla pícaro.

Me miraba con lujuria, esa que le salía en este lugar al que se le denominaba con ese nombre. Fui quitándome cada prenda y las tiraba a un lado amontonándolas sobre el suelo.

No lo hice de cualquier manera ni mucho menos. Es más, cada movimiento por mi parte estuvo minuciosamente destinado a hacer que su erección creciera, algo que advertía a través de sus pantalones por el evidente y súbito abultamiento de su entrepierna.

Pegué mi espalda a la barra y levantó mis manos atándolas a una especie de cuerda que caía como si fuera una horca. Mi sonrisa salía pícaro para provocarlo mucho más y que sintiera esa seguridad que estaba intentado tener en estos momentos en los que la realidad mandaba y a mí me temblaban hasta las pestañas.

Me ató a la cintura y piernas separadas antes de ponerme unos tensores en los pechos a los que le echó un gel antes de que sintiera esa presión al quedarse colocados.

Comencé a respirar con dificultad sin perder la sonrisa e intentando mantenerle la mirada todo el tiempo sobre la luz tenue que dejaba esas velas que estaban repartidas por todo el entorno. Estaba de lo más embriagada de él y de su manera que tenía de tocarme, mirarme y hacerme sentir.

Todo menos que percibiera esa inseguridad que me generaba la incertidumbre de no saber qué me iba a pasar exactamente, aunque si de algo estaba segura era de que todo lo que sucediese en aquel cuarto estaría destinado a hacerme temblar de pies a cabeza de placer; de un placer que hasta esa noche me había sido negado, pues nunca lo recibí así.

Retenida en esta excitante postura y de esta manera conseguía que notara cómo me empapaba. Sus manos eran de lo más juguetonas y repasaba cada recodo de mi piel a la vez que sostenía en la otra la porra que también recorría para ponerme más nerviosa.

Notaba su dureza, esa que competía con la de esa otra porra que todavía reposaba en el interior de sus pantalones, pero que debía estar clamando por salir.

Deseosa de más, excitada y con la respiración que se escuchaba en el silencio de un lugar en donde solo se percibía una música leve de fondo. En este caso no tan relajante y más erótica.

Se arrodilló ante mí y acercó su boca a mi zona mordiciéndola con suavidad y palpando con sus

dedos la humedad que había en ella. Me estremecí por completo. No era para menos, la experiencia de esa boca suya estaba fuera de toda duda y me ponía a mil.

Lamió cada rincón de mi interior a la vez que lo tocaba con sus dedos encendiendo todas las posibles llamas que habitaban en mí.

Seducida por el momento llegué a un orgasmo atada y sintiendo que me desplomaba de placer, quedando laxa y exhausta, pero no por eso con menos ganas de recibir aquello que ya había interiorizado como mío, aquello que aún estaba por darme.

Se levantó y desabrochó el pantalón para dar paso a una penetración rápida y segura mientras nuestras caras quedaban respirándose la una a la otra aún con mis brazos rectos y maniatados.

Fue entonces cuando quedó a la vista su desproporcionada erección, esa que no había podido visualizar de una manera directa hasta aquel momento, pero que se fue fraguando a fuego lento durante el rato que se empeñó en que llegara a la cumbre del placer, cayendo rendida ante el éxtasis que me produjo.

Necesitaba que siguiera despertando todos mis sentidos, esos que se volvían extremadamente sensibles y fieros a la vez. Con cada estocada severa y firme mis jadeos eran más intensos y parecía que él quisiera bebérselos. Y juro que le hubiera dejado que lo hiciera hasta las últimas consecuencias, aunque en ello se me fuera la vida.

El placer era máximo y nuestros cuerpos sudorosos se dejaban llevar como si la tentación estuviera habitando en nosotros escalando a romper con todos los estereotipos y dejándonos llevar por esos juegos que a los dos nos encendían como mechas que no se podían apagar.

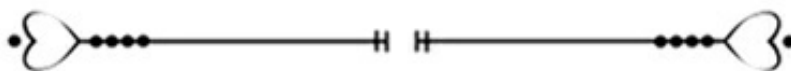
Las llamas se encendían entre ambos hasta desatar un fuego que se propagaba por todo el cuarto y llegó un momento en el que pensé que no habría fuerza humana ni divina que pudiera sofocar. Un fuego imaginario, pero no por ello nos abrasaba menos en una espiral llameante que nos envolvía de un modo que rozaba la auténtica locura, pues llegó un momento en el que no era fácil distinguirla de esa cordura con la que supuestamente entramos en el cuarto, que habíamos perdido.

Llegó al clímax dejando en mi boca la sintonía que había producido en él. Mis piernas aún temblorosas se sujetaban de un cuerpo recto y extendido por esas cuerdas que me sujetaban. De no ser por ellas, habría caído a plomo.

Lamió mis pechos tras quitar los tensores y seguir dentro de mí necesitando de algún modo alargar el momento. Tampoco tenía ninguna prisa en que saliese. Todo lo contrario, por mí, habría perpetuado ese momento durante horas.

De nuevo, me advertía que la noche no había hecho más que empezar. Y yo me estrujaba el cerebro una y otra vez tratando de imaginar qué nuevas y alucinantes experiencias me esperarían en la que se había convertido en la más fogosa de las madrugadas de mi vida.

Capítulo 32



Conrad

Poco a poco la estaba llevando a vivir una experiencia única, como me había propuesto a mí mismo cuando decidí llevarla allí. Para un sexo que la dejara indiferente, no habría valido la pena. Ella se merecía muchísimo más y yo estaba dispuesto a dárselo.

Lo más sorprendente de todo es que Martina se dejaba llevar sin objeción alguna y poniendo de su parte a pesar de su timidez, esa que parecía haber dejado fuera. Bien podría decirse que se había transformado, que su curiosidad la había tornado en otra mujer.

—¿Una copita para el pecho por lo bien que lo hemos hecho? —preguntó besando mis labios. Ambos desnudos con un albornoz puesto tras otra ducha de esas en la que el erotismo seguía presente.

Me pareció de lo más simpática la expresión que utilizó y más teniendo en cuenta que sabía que todo aquello le imponía y que, sin embargo, estaba haciendo un gran esfuerzo porque no se le notara.

—Claro, preciosa —le apreté la nalga y le besé la mejilla.

Por supuesto que deseaba que se relajara, para nada habría valido la pena embarcarla en aquella aventura que deseaba que sirviera para proporcionarle un placer desmedido y no angustia ni tensión.

Me gustaba demasiado, ni ella misma se podía llegar a creer esos sentimientos que tenía y que rozaban la locura. La locura porque era a ella a quien deseaba, amaba y que me llevaba a experimentar sensaciones que hasta ahora no había tenido nunca tan fuertes.

Cuando notas algo así de impresionante por la persona que tienes en frente, la conviertes en ese objeto de tu deseo que te apasiona y al que veneras, por el que te dejas la piel para transmitirle eso que tu corazón te está recordando todo el rato, que es ella y solo ella quien merece la pena que te empeñes en hacerla sentir especial.

El intercambio de miradas entre ambos era verdaderamente digno de contemplar: ella trataba

de aparentar una seguridad que no sentía y yo me dejaba el alma en tratar de que se relajara, pues aún quedaba mucha noche por delante y la quería ver lo más relajada posible. Solo así colaboraría y podría llevarla a esa cima del placer en la que esperaba coronar la noche en su compañía.

Tomábamos la copa y pensé que ya había llegado el momento de ir un paso más allá y demostrarle que en el sexo no solo era sota, caballo y rey, sino también un surtido de experiencias que la podía a llevar a vivir algo mucho mejor.

Para mí que, a esas alturas de la noche, Martina ya me estaba leyendo el pensamiento.

La conexión entre ambos era brutal. El *feeling* que estaba sintiendo con ella no era algo que hubiese vivido con cualquiera. Es más, no lo había vivido con nadie.

No voy a decir con esto que no supiera lo que era conectar a la primera y sentir la química con otras chicas, eso sí. Pero lo de ella no tenía comparación porque a todo eso tenía que sumarle una revolución de sentimientos que me llevaban a ir más lejos. Tenía verdadera necesidad de hacerla sentir única e incomparable, de hacerla sentir que ella era la mujer, en mayúsculas, con la que deseaba compartir ese universo lujurioso que había más allá del umbral de la puerta de ese cuarto.

Pero ahora tocaba relajarse un poco mientras tomábamos una copa en el jardín, disfrutando de una noche de lo más linda, tanto como ella, que desprendía belleza por los cuatro costados, como se solía decir.

No creo que exagere en absoluto cuando digo que el brillo de sus ojos competía con el de las estrellas de un firmamento que estaba plagado de esos astros que nos servían de luz natural en una noche en la que todo nos entusiasmaba.

Ella, con su curiosidad típica, con esa que me estaba mostrando desde que llegamos, inspeccionaba con la mirada cada uno de los rincones del lugar, y después entrecerró los ojos. Se venía una confesión por su parte que intuía que me gustaría escuchar.

—Verás que al final me enamoro de este sitio —dijo bromista.

—¿Verás? Ya lo estás. ¿A quién no le gustaría probar un lugar como este en el que tienes todo a mano para hacer que pases los momentos más placenteros?

—¿De verdad nunca has estado aquí?

—¿Qué tiempo me dio si apareciste en mi vida con la urbanización recién estrenada? ¿Y qué me puede llevar a mentir cuando no tenía nada que me atara? Hasta este momento —carraspeé y le mordisqueé el labio y ella esbozó una preciosa sonrisa de tranquilidad por estas palabras que yo sabía que la hacían adquirir más seguridad, toda la que ella se merecía.

—Por eso, pero no sé, ¿quizás en la discoteca anterior? —no se iba a conformar con la primera respuesta que le diera. Iría más allá en lo que parecía un divertido interrogatorio.

—Allí teníamos los almacenes, nada que ver con esto, señora curiosa —me reí.

—No —se ruborizó echando su cabeza en mi hombro mientras la rodeaba con mi mano y con la otra sostenía mi copa—. No es curiosidad, es... —se reía. No sabía muy bien qué decir mientras tomaba aquella actitud mezcla de coqueteo y de mimos.

—¿Qué es? Sorpréndeme —la miraba con la media sonrisa y la ceja arqueada. Tenía claro que quería escucharla.

—Saber hasta qué punto de profesionalidad tienes en estos temas —intentó decir cómo sin dar importancia, pero no poniendo las palabras correctas.

—¿Profesional? Los profesionales cobran...—afirmé sin titubeos.

—No quise decir eso —me señaló con el dedo riendo y nerviosa—. Quiero decir que imagino que tienes un nivel de experiencia más grande que yo en el *Candy Crash*—me soltó de lo más natural porque así era ella y eso me encandilaba de un modo del que ignoraba si era consciente.

—¿Juegas a eso?

—Ya no, pero en Escocia era todo el día, ya que no tenía prácticamente nada que hacer y me entretenía de esa manera.

—Ahora que lo pienso... Nunca lo hice con nadie mientras jugaba al *Candy Crash*—le comenté.

—Ah, no, ya lo he desinstalado —reía nerviosa—. Y no lo pienso instalar, eso no está dentro de este cuarto —carraspeó y me sonrió ampliamente.

—Imagina, tú en la camilla bocabajo jugando al *Candy* —metí la mano por debajo de su albornoz y le agarré la nalga—. Y yo penetrándote por detrás —susurré en su oído de esa manera en la que solía hacerlo y que convertía su piel en un tapiz erizado.

—Así en frío —encogió el culo— hasta duele —rio—. Pero que yo hoy estoy dispuesta a tirarme al ruedo y salir con las dos orejas y el rabo en la mano de este cuarto. Vamos, triunfando como una novillera —hasta hizo un gestito y casi llegar a poner en los dedos la “V” de la victoria. Solo le faltó eso a ese ser tan bonito y delicado que tenía delante de mí, con una sensibilidad exquisita y con un sentido del humor que también me divertía cantidad, pues sus comentarios eran de lo más disparatados en ciertos momentos.

—Una veterinaria no debería de ser tan sanguinaria...

—En estos momentos, créeme, que me has hecho olvidar hasta mi profesión.

Y no sé si era consciente de que deseaba hacerle olvidar más cosas, hasta su nombre deseaba hacerle olvidar. Tan solo quería que recordara el mío y que lo gritara en ciertos momentos; en esos momentos en los que se corría de placer.

Terminamos la copa y me la llevé a la cama del suelo donde la puse bocabajo y comencé a acariciar su cuerpo. Eché sobre mi dedo una crema lubricante para dilatar la entrada de su ano antes de meter un aparatito para prepararle la zona. Le gustaba ese placer que le estaba proporcionado.

Un poco después de asegurarme de que su cuerpo ya le pedía entrar en acción, le pasé mi mano por delante con un succionador que puse en su clítoris a la vez que la iba penetrando con mucho cuidado por detrás.

Por supuesto que lo hice así porque lo último que deseaba era lastimarla. Eso no entraba en mis planes. Jamás me lo habría perdonado.

Era placer y solo placer, en el más puro de los estados, el que deseaba regalarle en esa noche de lujuria y pasión de la que esperaba que recordara cada una de sus horas, cada uno de esos momentos que estábamos viviendo juntos, cada una de esas experiencias que estaba poniendo en marcha por y para ella, porque todo lo que hacía allí llevaba el nombre de Martina impreso.

—Sujeta fuerte el succionador —le pedí consciente de que aquel pequeño aparatito se convertiría en el mejor de mis aliados a la hora de llevarla al clímax.

—No, y eso que me noto mi zona hinchada —me decía con una risilla en los labios refiriéndose a su clítoris, el cual sobresalía de una forma asombrosa, mostrando un tamaño mucho mayor y rosado, después de tanto orgasmo como llevaba en esas horas.

—Tú apriétalo igual contra ti. Hazme caso —le guiñé un ojo mientras apartaba un rebelde mechón de su pelo de la cara, la cual ella iba ladeando para observarme, pues nada nos ponía más que sostenernos la mirada en momentos como esos. Era de alabar partiendo de la base de que para hacerlo tenía que vencer la barrera de su timidez.

Se volvió loca, jadeaba dejando constancia de lo que estaba disfrutando y a mí me tenía de lo más excitado disfrutando de un momento sin igual.

Pronto, gritó un orgasmo que supuso para mí la mejor de las melodías, y que no sería el único de ese nuevo asalto que se produjo en aquella postura que me estaba situando al borde del delirio.

Cuando me llegó el momento, un rato después, fue un verdadero rugido el que salió de mi garganta, la cual pareció partirse en el instante del alivio final.

—Te habrás quedado tranquilo —pronunció mientras la abracé, quedándome mirándola como la preciosidad que era.

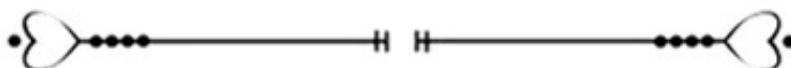
—Siempre que tú lo estés disfrutando, ven.

—¿El hecho de que se me haya quedado la garganta seca de gritar te dice algo en ese sentido?

—Me dice que no hay mejor hilo musical que tus gritos.

—Pues a mí me dice que necesito otra copa, *please*.

Capítulo 33



Conrad

De nuevo salimos al jardín porque la noche lucía espectacular y porque entre tanto asalto como el que estábamos disfrutando necesitábamos oxigenarnos para poder seguir más tarde con el siguiente.

—¿De veras qué no ha terminado? —me preguntaba mientras daba un sorbo tan corto como intenso de su copa.

—¿Tú has visto claridad por alguna parte? Sigue siendo de noche. Y mientras haya noche, habrá que disfrutarla.

—No, yo lo único que veo claro es que me vas a dejar que mañana no podré rozarme ni con las bragas.

—¿Alguna objeción por tu parte?

—Absolutamente ninguna.

—Vale, porque antes de que continúes quiero declarar que soy inocente de cualquier cargo que se me impute —le dije levantando los brazos.

—¿Inocente tú? ¿A quién quieres engañar? Seré joven y no tendré tu experiencia, pero tampoco me chupo el dedo.

—Ni lo he pensado en ningún momento.

—Tampoco es mi dedo lo que aspiras a que chupe, ¿a qué no? —arqueó la ceja al tiempo que me miraba con una leve sonrisilla.

—Digamos que puede haber destinos mejores.

Noté cómo la lívido se le subía. Ambos apartamos la copa y supe que había llegado el momento de volver a esa cama del suelo donde lo haríamos nuevamente y donde el sexo oral

sería el pistoletazo de salida para ese nuevo asalto que estábamos por disputar.

La noté juguetona y supe que deseaba hacerme saber que también ella podía ponerme y mucho. Sí que era ingenua porque no sospechaba que ya me tenía increíblemente puesto con solo insinuarlo.

Sus manos se iban hacia donde habitaba mi virilidad.

—¡Alto ahí, pequeña! —Le di un toque.

—¿Qué pasa?

—Que quiero hacerte sentir primero, eso es lo que pasa.

—¿Y qué más voy a sentir? Si tengo el corazón que parece que está montado en un columpio y ya me has metido de todo menos miedo —me dijo risueña.

—Ven aquí, anda —la rodeé con mis brazos antes de ir bajando poco a poco con mi lengua desde el cuello en dirección a su sexo, el que encontré de nuevo vibrante y húmedo, tan jugoso que no se me ocurría ningún otro manjar en el mundo más succulento para degustar.

Tenía razón en que su clítoris estaba ya extremadamente sensible. Tanto que bastó con que lo lamiese con suavidad para arrancarle el primero de los gritos que dio. No paré hasta hacerla correrse, quedando laxa otra vez sobre la cama.

—Yo también quiero —afirmó rotunda en cuanto reunió las suficientes fuerzas para hacerse con el control momentáneamente, llevando sus manos todavía temblorosas por el placer hacia mi palpitante miembro.

Lo encontró rígido, duro y caliente. Todo mi ser lo estaba y penetrarla se había convertido en mi objetivo. No obstante, si algo sabía era que tenía aún tiempo por delante y que las prisas no tenían cabida en aquel lugar.

Tumbado bocarriba, coloqué mis manos tras mi cabeza y me dispuse a dejarme hacer durante unos minutos en los que ella miró aquella barra que se llevó a la boca con verdadero frenesí.

Notar cómo sus gruesos y suaves labios, tan rosados, iban envolviéndome me hizo jadear y comprendí que no podría quedarme así demasiado tiempo, porque su boca no haría más que acelerar un proceso para el que yo tenía otro destino.

Lentamente, me fue engullendo mientras que el palpar se intensificaba. Su lengua también ardía y era lava la que depositaba en ese miembro que parecía endurecerse incluso más y más conforme la entrada de su garganta se avecinaba.

Parecía una niña golosa con un caramelo que no estuviese dispuesta a dejar de lamer hasta saciarse. El problema estaba en que yo tenía otros planes y cuando vi las lágrimas en sus ojos por el esfuerzo, lo lejos que estaba llegando por darme un placer que pasaba porque comprobaba la

profundidad de su garganta, eché el freno y lo dejé palpar fuera de su boca, expectante por entrar en ella, tanto como el resto de mi cuerpo y de mi cerebro, que no podía pensar en otra cosa.

Aquel lugar, sin embargo, no estaba pensado para un sexo convencional. Lo sabía y también lo sabía ya Martina, quien enseguida me preguntó con la mirada qué tenía planeado para ella.

Tuve claro en ese momento que me aliaría con las bolas chinas antes de penetrarla de nuevo. Y que para ello le haría una petición, una vez que fui a por ellas y las traje.

—¿Y eso cómo me lo vas a meter? — preguntó tan curiosa como excitada.

—Esto, preciosa, te lo voy a insertar de la siguiente forma —le fui susurrando en el oído—. Te vas a inclinar hacia delante y luego sujetarás tus tobillos.

—A ver si te vas a creer que soy contorsionista, ¿así? —me decía, adoptando poco a poco la postura.

—Un poco más hacia delante —le indicaba mientras que con una de mis manos iba sosteniendo su vientre.

—Ok, ok...

—Y después te vas a dar un paseíto con ellas.

—¿Me estás mandando a paseo o solo me lo parece a mí?

—Por unos momentos nada más. Hazme caso —le guiñé un ojo.

Comenzó a desfilar, más que a pasear, mostrando una sensualidad que pese a su timidez me secó la garganta también por completo, por lo que tuve que echar mano a mi copa.

Cuando le indiqué que se parase delante de mí, lo hizo y entonces la tumbé sobre mi regazo, con las pompas hacia arriba. La idea era tratar de frotar las bolas hasta llegar al clítoris, de manera que la sensación que le produje, tan placentera, la llevó a gritar de un modo que se metió en mi cabeza, en la que esos gritos sonaban una y otra vez.

Me estaba poniendo al límite y entonces eché mano de aquel látigo de suaves tiras con el que no pensaba hacerle ningún daño, solo excitarla más y más antes de la penetración.

En un primer momento, le echó un vistazo y se mostró reticente, como si hubiese una negativa en su mirada, algo que no cabía en aquella noche.

—Ven, tócalo, vas a ver que no es lo que parece.

—Anda, si los flecos están suaves. Así que esto es solo para acojonarme, ¿no?

—No, es para estimularte. Esto no va a dolerte en absoluto, pero sí a activar tu torrente sanguíneo.

—Vale, vale, porque me lo creo, ¿eh? Que, si no, te diría que te fueras dando tú y ya después lo hablamos.

Contuve la risa y de nuevo se puso a cuatro patas delante de mí. Sabía bien dónde dar y primero lo hice en sus nalgas.

—Es verdad, no duele, pero siento como un cosquilleo que no veas.

—Esa es la idea, que no veas nada, que cierres los ojos y te dejes llevar. Eso o tendré que volver a ponerte el antifaz.

—Deja, deja, que ya los cierro yo...

Estimulé sus nalgas y luego la tumbé bocarriba. Comencé a acariciar su piel con el mango del látigo hasta llegar a sus pezones, donde di con las tiras varias veces.

Ella trataba de abrir los ojos. Primero los dos y luego uno solo, como si así no fuera a pillarla. Por supuesto que lo hacía y yo mismo se los cerraba.

—Me vas a poner los pezones que podrás colgar toallas en ellos —murmuraba.

—*Shh* —le pedí silencio colocando mis dedos sobre sus jugosos labios.

—Es que me cuesta quedarme callada.

—Y también te cuesta quedarte quieta. Tendré que dar un poco más fuerte.

Lo blandí en alto, a sabiendas de que no le dolería, pero la oí suspirar. Lo llevé hacia su clítoris, el cual sobresalía de entre sus labios vaginales de lo hinchado que lo tenía a esas horas de la noche, después de estimulárselo tanto.

—¡Joder! —le salió de la boca.

—No, eso después, vamos por orden.

—A sus órdenes, jefe —se resignó.

Continué por el interior de sus muslos, primero recorriéndolos con el mango y luego dándole con los flecos hasta llegar hasta las corvas de esas piernas suyas que tenía flexionadas. Y luego llegué hasta las plantas de sus pies, las cuales también azoté.

Se retorció por el placer que le causaba ese hormigueo por todo su cuerpo, pues puse su sangre a funcionar a tope. La tenía muy entregada y con los labios entreabiertos, pidiéndome más y más.

Entonces, con mis dientes tiré de la cuerda que llevó las bolas chinas al interior de su cuerpo y las fui sacando poco a poco. Cada vez que salía una, también le salía un suspiro que me parecía un regalo, pues era como una petición de que no parase, de que deseaba saber qué más tenía pensado para ella en una noche en la que no cabía ninguna duda de que estaba dispuesta a todo.

Hice entonces que colocara sus piernas en el aire y la contemplé durante unos segundos.

En ese instante, llevé otro *plug* anal, de dimensiones mayores que el anterior, hacia su boca.

—Así se hace, ahorrando en lubricante —me comentó.

—Ninguno mejor que el natural —le guiñé un ojo.

—Ni tampoco más barato.

—No escatimaría en gastos contigo.

—Vale, vale... Quítalo ya, que me vas a dejar sabor a plástico en la boca. Estaba sin estrenar, ¿no?

—Pues claro que sí, ¿qué tipo de pregunta es esa?

—Ninguna, ninguna, ya me callo, no sea que cojas otra vez el látigo y me termines de poner más calentita de lo que ya estoy.

Me estaba sorprendiendo la desenvoltura con la que me hablaba. Era obvio que hacía un esfuerzo cada vez mayor por dejar a un lado esta timidez suya.

Hice que levantara mucho las piernas hasta colocarlas en mis hombros. Y entonces le fui introduciendo poco a poco el *plug* anal.

Encontré su entrada posterior más dilatada que un rato antes. Era normal, pues ya habíamos mantenido relaciones por ahí y se coló sin la más mínima dificultad.

Esa especie de “tapón” le produciría placer mientras yo la penetraba vaginalmente varias veces de un modo rápido, dejándola con ganas de más... Hasta que encontré su mirada suplicante y entonces empecé a penetrarla por derecho, con unos estoques que iban directos a sus entrañas, en las cual hacía tope.

Sus gritos salían también de lo más profundo de su garganta. Mientras la poseía en esa postura, me cuidaba de que el *plug* anal no resbalase en ningún momento e incluso hacía por insertárselo más.

No había ninguna queja por su parte. Es más, se notaba que esa doble penetración le producía un placer indescriptible que no se cortaba en chillar.

—Tócate mientras —le pedí llevando su mano hacia su clítoris.

—Ya completa, vamos —murmuró sin atreverse a llevarme la contraria.

Nada más comenzar a tocarse salió de ella un hondo suspiro que atrapé entre mis labios y los suyos. Me derretía en su ardiente interior y mientras Martina entrecerraba los ojos, yo los mantenía muy abiertos para no perderme ni uno solo de los detalles de aquella penetración tan completa, como ella decía, y que me hacía jadear igualmente.

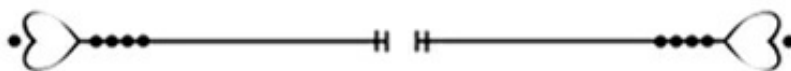
Su cadera se movía sola... No era consciente de lo insinuante que me resultaba ni de cómo serpenteaba mientras la iba haciendo mía. Hacerla mía... nada en el mundo podría ponerme más porque la sugerencia de su cuerpo al completo me llevaba a enloquecer.

Sus senos, tersos y con movimiento propio, eran otro de esos puntos en los que no podía dejar de pensar mientras los amasaba con mis manos. Eran tantos los lugares por los que pretendía proporcionarle placer que me tenía totalmente entregado. Igual que entregada al máximo estaba ella.

Martina parecía envuelta en llamas y estas se asomaban a esas mejillas suyas que ardían al contacto con mis dedos cuando los llevaba hacia ella para hacerle un gesto de esos que te advierten que puede parecer sexo, pero que es mucho más que eso.

Se lo volví a demostrar al abrazarla con verdadera pasión cuando el alivio me llegó un buen rato después, cuando ella ya había desfogado no una, sino varias veces. No me habría perdonado que fuera de otro modo porque si algo pretendía con el encuentro furtivo en aquel cuarto era elevarla a unas horas de placer insospechadas para su poca experimentada vida.

Capítulo 34



Martina

Desde luego que tenía que darle la razón a Conrad en eso que me dijo de que en este cuarto sentiría un placer increíble que nunca antes imaginé que fuera posible.

Me había llevado al orgasmo de mil maneras, y todas ellas de lo más placenteras. Cada segundo que había compartido con él esta noche había sido algo que no olvidaría nunca.

Pero todavía no había terminado la noche, y cuando me dijo que allí tenían prendas que los clientes solían usar, me di una idea que quise llevar a cabo y le pedí que me esperara relajado tomando una copa mientras me preparaba.

Había cogido un corpiño rojo que realzaba mi figura y con los pechos tan elevados me veía hasta sexy. Llevaba un culote negro, así como las medias, el ligero y par de guantes también rojos que no cubrían los dedos.

Al ver aquellas prendas recordé el videoclip de la canción “*Lady Marmalade*” en el que Cristina Aguilera vestía justo así, y después de quitarme mucha de la vergüenza que sentía antes de entrar aquí con Conrad, decidí que quería ser un poco más atrevida.

Arreglé mi cabello, cogí el pintalabios rojo que solía llevar en el bolso y tras retocarme los labios, cogí aire antes de abrir la puerta.

—¿Dónde estás? —pregunté.

—Aquí esperando —le escuché y parecía que estaba fuera.

—Vale, pues, siéntate en una silla, en el centro del cuarto —pedí.

—¿Qué ha tramado esa cabecita tuya? —rio— A ver si ahora el que va a tener miedo voy a ser yo.

—¿Tú estás bien del corazón?

—¿Por qué lo preguntas?

—Contesta, jolín —me salió una risita.

—De momento sí, perfectamente.

—Vale, entonces no hay nada que temer. O sí, no sé, tú deja el número de emergencias en la pantalla del móvil por si tienes que llamarles.

—Martina, ¿qué has hecho?

—¿Te has sentado ya?

—Sí.

—¿Estás listo? —cogí el móvil y busqué en Internet la canción en cuestión.

—Pues no sé qué decir, la verdad, porque si crees que me puede dar un infarto, prefiero no mirar.

—Si te los vendas, tú te lo pierdes, ahí lo dejo.

—Vale, estoy listo.

—Voy.

Di a reproducir la canción y salí para encontrarlo llevando una toalla en las caderas y sentado en la silla. En cuanto me vio, se le abrieron los ojos y la boca de tal manera que supe que había acertado con la sorpresa.

—Joder, Martina —dijo tragando con fuerza.

—Ahora te toca a ti disfrutar —sonreí.

Y me dejé llevar por la música, por las voces de aquellas cuatro cantantes que interpretaban la canción y que en el videoclip era una escena al más puro estilo del cabaret del famoso *Moulin Rouge* de París, y me sentí tan sensual durante aquellos instantes, que al observar a Conrad y el modo en el que me miraba, me hacía desinhibirme aún más.

La luz tenue con la que estaba iluminado el cuarto le daba un aire de sensualidad al momento que me encantaba. Me movía despacio, sensual, caminando alrededor de Conrad mientras le acariciaba la barbilla y él me miraba con los ojos cargados de deseo. Estaba claro que disfrutaba del espectáculo y yo no podía evitar sonreír internamente por haber pensado en sorprenderlo de ese modo.

Me aparté y acabé deteniéndome en frente de él, de espaldas, bailando, contoneando las caderas de lo más sensual al ritmo del “*Gitchie, gitchie, ya-ya*”.

Lo miraba por encima del hombro y veía cómo se removía en la silla, cruzando las piernas y volviendo a descruzarlas.

Sin dejar de bailar me iba bajando poco a poco hasta el suelo y me levantaba al tiempo que llevaba el índice a mis labios y lo mordisqueaba.

Conrad soltó el aire con fuerza y supe que se estaba excitando mucho con mi pequeño espectáculo sexy y sensual.

Sobra decir que, llegada a este punto, mi vergüenza había desaparecido por completo.

Volví a acercarme a él, caminé a su alrededor y llevé la mano a su pecho por dentro del albornoz mientras él me miraba con los ojos completamente velados por el deseo y la lujuria.

Al ponerme frente a él me acarició los muslos y dio un apretón en mis nalgas. Sonreí antes de darle un leve mordisquito en el labio y él me atrajo hacia sus labios para besarme.

Lo empujé un poco antes de apartarme y coloqué la puna del zapato entre sus piernas mientras me quitaba un guante de manera sensual y después el otro, esos que lancé al aire hasta que acabaron en algún lugar del cuarto y me llevé la mano a los labios en plan tímida, lo que hizo que a Conrad le saliera una risilla.

Me giré para bailar delante de él, contoneándome de manera lenta, rozando mis nalgas con su entrepierna mientras él agarraba mis caderas con fuerza. Volví a apartarme, apoyé ambas manos en sus muslos y pasé la punta de mi lengua despacio en una lenta y sensual lamida desde el mentón hasta sus labios.

Me arrodillé ante él sin dejar de mirarlo, separé la tela del albornoz y me encontré con su miembro erecto y más que listo para la acción. Podía ver una pequeña gota brillante de su líquido preseminal en la punta, me mordisqueé el labio y me acomodé entre sus piernas volviendo a mirarlo fijamente a los ojos.

Deslicé la lengua muy despacio desde la base a la punta de su miembro y lo escuché jadear al tiempo que sus ojos se volvían más oscuros por el deseo. Volví a hacer lo mismo unas cuantas veces más y podía notar el modo en el que su miembro erecto daba esos pequeños brincos ante lo que le hacía sentir.

Hasta que no dudé más, separé mis labios y lo acogí en mi boca.

—Joder —le escuché decir al sentirme a su alrededor.

Miré y vi que tenía los ojos cerrados con la cabeza ligeramente hacia atrás. Comencé a moverme y darle placer, a devolverle un poco de lo que él me había hecho sentir durante el tiempo que llevábamos en ese lugar, y no tardé en notar su mano en mi cabello, hundiendo los dedos para guiarme en los movimientos que él que quería que hiciera.

Lamía y lo llevaba dentro de mi boca una y otra vez sin parar, observando cómo Conrad

disfrutaba de lo que hacía.

Me excitaba verlo así, entregado al momento y dejándose llevar por lo que yo quisiera hacer.

Comenzó a mover las caderas con fuerza, su miembro palpitaba en mi boca y no me detenía, quería verlo así, excitado y dando todo de sí en este instante.

Hasta que me apartó para no acabar en mi boca, me puso de pie y de un tirón rasgó el culote para dejarme desnuda esa zona.

Me sentó sobre sus muslos dándole la espalda y sentí cómo me penetraba abriéndose paso entre los músculos de mi vagina.

Agarraba con fuerza mis caderas y me movía sin parar, subía y bajaba mi cuerpo con el mismo ritmo rápido e intenso con el que me penetraba. Mis gemidos se entremezclaban con sus roncós jadeos y sentía que todo mi cuerpo se estremecía.

Estaba tan excitada por lo que le había hecho a él, que no tardé en correrme y cuando eso pasó, Conrad me levantó de nuevo y tras hacerlo él también, se quitó el albornoz.

—Agárrate a la silla con todas tus fuerzas, preciosa —me dijo haciendo que me inclinara hacia adelante.

Apoyé las manos en el asiento de la silla, cada una a un lado, y me agarré con toda la fuerza de la que era capaz en ese momento. Conrad separó mis piernas y tras elevarme las caderas, me penetró de una embestida fuerte y profunda.

—Oh, por Dios —gemí mientras sentía que me estremecía de pies a cabeza.

Conrad me dio una nalgada que hizo que temblara por completo y siguió penetrándome sin parar, una y otra vez, llegando a lo más profundo de mi ser mientras me mantenía bien agarrada por las caderas.

Siguió y siguió penetrándome cada vez más rápido y más fuerte, de tal manera que pensé que me acabaría desmayando.

Noté su mano en mi zona íntima y comenzó a mover los dedos entre mis pliegues, jugando con el clitoris hasta hacer que me excitara aún más y que el orgasmo comenzara a formarse en mi interior de nuevo.

Me estremecí una vez más, y cuando Conrad supo que estaba a punto de alcanzar el clímax al que él me había ido llevando, aumentó el ritmo de modo que mis gemidos y sus jadeos resonaron por todo el cuarto.

Noté que él también estaba llegando a ese momento, al punto de no retorno en el que ambos liberaríamos toda esa tensión a la que nos habíamos ido acercando de manera lenta, pero irremediable, y no tardamos en correrlos al unísono.

Conrad me siguió agarrando por la cadera con fuerza mientras entraba y salía una y otra vez haciendo que mi orgasmo fuera de lo más intenso. Grité con todas mis fuerzas y noté cómo mi cuerpo se sacudía con cada nueva oleada de placer fruto de aquel orgasmo.

Él jadeaba y fue ralentizando el ritmo cuando ambos fuimos conscientes de que el orgasmo comenzaba a disiparse.

Se dejó caer sobre mi espalda y me encontraba tan exhausta que tenía la respiración completamente entrecortada.

Me dio un beso en el hombro y se retiró antes de ayudarme a incorporarme, hizo que girara entre sus brazos y me besó con fuerza, con intensidad, pero también con un toque de ternura que hacía sentir que aquella noche no solo había conocido el placer de mil maneras distintas de su mano, sino que mi vergüenza parecía haberse quedado detrás de la puerta antes de que entráramos.

Y que la conexión que había entre Conrad y yo era de esas que podía sentirse en el aire, que lo nuestro sí que parecía ser algo más que algo físico y sexual.

Si antes decía que mis sentimientos por él eran fuertes y que estaba enamorándome, ahora podía asegurar sin el menor miedo a equivocarme que estaba completamente enamorada de él, que ese hombre que antes me imponía tanto se había ido abriendo paso hasta colarse por completo en mi corazón y lo quería con todas mis fuerzas.

—No tengo fuerzas para nada —dije cuando se apartó y me abrazó.

—Vaya numerito que me has hecho, preciosa —sonrió—. ¿Cuándo me harás otro?

—Verás que le has cogido hasta gusto —reí.

—Verte así de sexy me ha puesto mucho. Y cómo te mueves, uf.

—Pues espero que tengas buena memoria porque en otra no me ves.

—¿Cómo qué no? —Arqueó la ceja— Soy capaz de comprarte todos los conjuntos sexys que vea por Internet para dejarlos en mi casa y que me hagas uno de esos bailes.

—Ya, tú lo que quieres es un baile con final feliz —sonreí.

—Puestos a elegir... —Se encogió de hombros.

—Qué morro tienes —reí y me dio un beso en los labios.

—Dime una cosa, ¿has disfrutado?

—Si no hubiera disfrutado, no habría tenido tantos orgasmos, que he perdido hasta la cuenta —volteé los ojos.

—Eso es lo que quería oír —volvió a besarme y me dio un leve mordisquito en el labio—. Te dije que no había nada que temer por entrar aquí —me colocó el cabello tras la oreja.

—Ya lo he visto, pero, entiéndeme. Yo no estoy acostumbrada a esto. El sexo en mi vida era, bueno, en los últimos meses de relación con mi ex, no existía, directamente —suspiré.

—Quiero hacerte una pregunta, preciosa —dijo con un tono de voz serio que se reflejaba en sus ojos.

—Que no sea que, si quiero casarme contigo, que me da algo —contesté y él soltó una carcajada mientras negaba.

—¿Me dejarás sanar todas las heridas que él dejó en tu corazón? —sostuvo mis mejillas mientras me observaba— Prometo que nunca volverás a sufrir por un hombre.

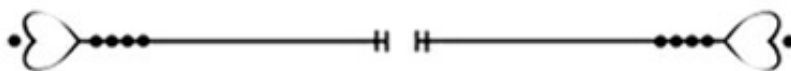
Lo dijo con tanta ternura, confianza y seguridad que sentí que se me iban a saltar las lágrimas.

¿Qué podía yo responder a eso?

—No me hagas daño, Conrad, porque, si lo haces, yo...

—Jamás me atrevería a jugar contigo, preciosa, jamás —y me besó, como si aquel beso fuera un símbolo de promesa.

Capítulo 35



Conrad

Había tenido una mañana de locos, ultimando algunos detalles para un evento que iban celebrar en la discoteca dentro de un mes y querían que todo estuviera perfecto.

Al menos Ethan y Gonzalo se encargaban de cerrar acuerdos con otros clientes y llevar todo el tema de lo que necesitasen, si no, me acabaría volviendo loco por completo.

Había comido con Martina en el Club y la invité a cenar esta noche conmigo en casa, me apetecía que se quedara a dormir y poder despertar con ella en mis brazos, como me gustaba, como habíamos hecho en aquellos días que pasamos en Jamaica.

Cada día que pasaba me sentía mucho más conectado a ella, y no me refería a la química que teníamos en cuestión de sexo porque eso era innegable, sino también a lo unidos que estábamos.

Y estaba claro que ella también lo había percibido así, porque cuando estábamos cerca ya no se ruborizaba tanto como antes, ahora me miraba de un modo distinto. En sus ojos no veía esa timidez y el temor de antes, ahora el brillo de su mirada era tan diferente que no tenía la menor duda de que sentía un amor fuerte por mí.

Quién lo iba a decir, que incluso yo sentía que amaba a esta mujer que había captado toda mi atención desde el primer momento en el que la vi.

Estaba preparando una pasta al pesto para la cena cuando sonó mi móvil y vi que era mi madre.

—Hola, mamá —sonreí al descolgar.

—Hola, hijo, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y vosotros?

—También. Tu padre y yo estábamos pensando en pasar por el Club a comer un día de estos, ¿tendrás tiempo?

—Claro, sabes que para vosotros siempre tengo tiempo —sonreí.

—Me alegra escucharlo, aunque no vengas muy a menudo a casa —suspiró.

—Lo siento, hay mucho trabajo en la urbanización, siempre hay algo que requiere mi atención y...

—¿Y alguna chica?

—¿Por qué lo preguntas? —fruncí el ceño, porque solo me faltaba que Ethan y Gonzalo hubieran ido con el chisme a mi madre.

—Solo por curiosidad, hijo. Ya tienes una edad y quiero verte enamorado y feliz con una buena mujer, y que me des nietos...

—Ah, ya salió el premio gordo —reí.

—¿Qué quieres? Tengo compañeras que ya son abuelas incluso con menos años que yo.

—¿Y si adopto un cachorro para ti?

—Uy, lo que ha dicho. Lo mismo es un nieto, que un cachorro.

—Ya sabes que estamos en una era muy moderna, mamá, mucha gente no tiene hijos, tiene perros o gatos.

—Pues yo quiero nietos, que quiero comprarles ropita y acunarlos.

—A muchas mascotas les compran ropita —repetí sus palabras con una sonrisilla.

—Qué guasa tienes, hijo, qué guasa. Cómo se nota que eres un Godoy —suspiró—. Fuera bromas, lo de los nietos me da igual, ya lo sabes, pero, una buena mujer a tu lado sí quiero para ti. Conrad, no quiero que seas un soltero de esos que se pasa la vida de mujer en mujer, con una vida vacía de amor y llena de sexo.

—Por Dios, mamá.

—¿Qué? Tengo sesenta años, pero no soy tonta y sé que mi hijo tiene sexo fuera del matrimonio, eso es muy normal y no me escandalizo.

—Mamá, no queremos tener una conversación sobre sexo, de verdad.

—Solo quiero que tengas en tu vida una mujer que te ame, todos merecemos que alguien lo haga.

—Bueno, ya llegará, no te preocupes —contesté sin querer hablarle aún de Martina.

—La seguiremos esperando entonces, para recibirla con los brazos abiertos.

—Estoy seguro.

—Y le pediré nietos.

—Mamá —empecé a reír.

—Vale, vale. Nada de nietos para no asustarla.

—Mejor.

—Te vemos en estos días en el Club, ¿vale?

—Estoy deseándolo.

—Te quiero, mi niño.

—Y yo a ti, mamá. Adiós.

Colgué sin poder quitarme la sonrisa del rostro, porque desde luego que mi madre era única, tenía cada cosa...

El timbre de fuera sonó y fui a abrir, la mesa la tenía preparada en el porche tal como le gustaba a Martina.

—Hola —sonrió cuando me vio y se puso de puntillas para darme un beso en los labios.

—Hola preciosa —le apreté la nalga.

—Eh, la mano quieta, que tengo hambre —frunció el ceño.

—Vale, vale —reí levantando ambas.

Fuimos hacia la cocina y serví dos copas de vino, le dio un sorbo y suspiró.

—¿Qué pasa? Te veo triste —dije rodeándola por la cintura.

—No, amor, triste no, cansada —sonreí.

—¿Me acabas de llamar, amor? —Arqueé la ceja.

—Anda, se me habrá escapado.

—Pues que se te escape más veces, que me gusta que me llames así —sonrió.

La pasta ya estaba lista, así que la serví en platos y fuimos al porche para disfrutar de la cena.

No podía dejar de mirarla y eso hacía que se sonrojara, volviendo de nuevo a ser esa chiquilla tímida que había conocido semanas atrás.

—¿Tengo restos de comida o algo? —preguntó y me eché a reír.

—No, lo que tienes es una cara de lo más bonita —le di un beso en los labios.

—Ah, bueno, ya me había asustado —suspiró—. Por cierto, cocinas muy bien. ¿No has pensado nunca en ser chef? —preguntó mientras enrollaba los espaguetis en el tenedor para llevárselos a la boca.

—Pues no, la verdad es que no. Esto lo hago más por *hobby*, porque me relaja al final del día.

—Una pena, ya te veía en el Club, el famoso chef Godoy y sus exquisitos platos triunfando.

Me salió una risilla, pero es que con ella era imposible que no salieran solas, Martina tenía un sentido del humor de lo más peculiar, a veces incluso un poquito irónico, y era una mezcla increíble con esa timidez que la caracterizaba.

Seguimos cenando y hablamos de la clínica, todos los clientes que habían pasado por ella seguían diciéndome lo contestos que estaban con todo el personal, en especial con ella, al igual que agradecían tener la guardería donde había un par de empleados haciéndose cargo de las mascotas que también echaban una mano en la clínica cuando era necesario.

Desde luego que el haberme lanzado a la aventura de ponerla, era lo mejor que había hecho con ese enorme local vacío que aún teníamos disponible.

Recogimos la mesa y nos tomamos un pedazo de tarta de manzana que sí que me había traído del Club, sabía lo golosa que era Martina y que siempre agradecía un poco de dulce que llevarse al cuerpo como ella decía.

Cuando terminamos serví un par de copas de vino y nos las tomamos en el porche, ella sentada a mi lado con las piernas estiradas sobre las mías.

No tardé en comenzar a darle un masaje en los pies y ella gimió.

—Oh, por favor, qué gusto —dijo apoyando la cabeza ladeada en el respaldo—. No sabía que pudieran dolerme tanto los pies, y mira que los zuecos del trabajo son cómodos. Pero es como cuando iba con los tacones por el Club, y la discoteca.

—Pasas menos tiempo sentada, estás de un lado para el otro casi todo el día —contesté.

—Voy a tener que mudarme aquí contigo a vivir para que me des estos masajes por las noches.

—Mañana mismo puedes traer tus cosas.

—Conrad, que estaba bromeando —respondió al ver que se lo había dicho muy serio.

—Ajá —no dije más, y se quedó tan pensativa, que me salió una sonrisilla.

Después el masaje con el que vi que estaba comenzando a quedarse dormida, nos terminamos el vino y la cogí en brazos para llevarla a la cama, pero no tenía intenciones de que durmiéramos por el momento, quería abrazarla y besarla como llevaba deseando todo el día.

Y es que me encantaba tener a esa preciosa mujer entre mis brazos, desnudarla poco a poco entre besos, acariciarla con la yema de mis dedos y hacerla estremecer de anticipación a lo que podría ocurrir y llevarla a sentir el más intenso de los placeres mientras la hacía mía.

—Te recuerdo que mañana tengo que madrugar —me dijo cuando estábamos los dos desnudos en mi cama, y subía dejando un camino de besos por su vientre.

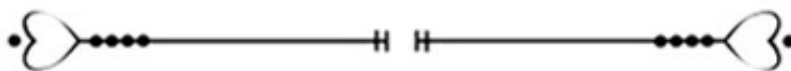
—Lo sé, y quiero relajarte, quitarte el estrés del día, que liberes tensiones.

—Sí, vamos, lo que viene siendo que me vas a poner mirando a la clínica —rio.

—Y al mar, preciosa —le hice un guiño—, y mirando al mar.

Ella soltó una risilla y aproveché para lamer su zona de modo que la risa se le cortó y fue sustituida por un gemido, ese sonido que tanto me gustaba.

Capítulo 36



Martina

Era casi la hora de salir para comer, estaba despidiendo a una clienta que había venido para una revisión a su gato, y vi entrar a mis padres.

Todos los conocían, así que Christian, que había sido el enfermero que me había ayudado hoy, me dijo que él se encargaba de todo y podía marcharme ya.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté mientras me acercaba a ellos sonriendo.

—Hemos venido para invitarte a comer —contestó mi padre, mientras mi madre me daba un abrazo.

—¿Invitarme? Papá, sabes que aquí no pago la comida —reí.

—Bueno, pues hoy sí vamos a pagarla. No queremos que Conrad piense que somos unos aprovechados, cariño —dijo mi madre.

—No piensa eso, mamá. Si lo pensara, no os habría dicho él mismo que podíais venir siempre que quisierais. Voy a cambiarme, dadme unos minutos.

—Estaremos fuera.

—Vale, papá.

Fui a la sala donde estaban las taquillas y me cambié rápidamente, estaba a punto de salir cuando sonó mi móvil y al sacarlo del bolso vi que era Conrad.

—Hola.

—Hola preciosa, ¿vienes ya para comer?

—Sí, han venido mis padres.

—Vale, entonces come con ellos, yo te veo esta noche en mi casa.

—Al final voy a pensar de verdad que quieres que me mude a vivir a tu villa —reí.

—Solo dime cuándo quieres hacer la mudanza.

—Conrad, no hagas bromas con eso, que vivir con alguien es una cosa muy seria.

—Vale, nada de bromas. Pero podías venirte una semana, a fin de cuentas, ya estuvimos conviviendo juntos durante unos días en Jamaica.

—Hoy no puedo, lo siento. Es noche de chicas.

—¿Has quedado con ellas?

—Ajá —dije mientras iba por el pasillo hacia la recepción—. Cena y copas, un plan perfecto para las cuatro.

—Entonces sí que duermes conmigo, no quiero que vuelvas a casa tan tarde.

—Voy en taxi, no va a pasarme nada —le recordé pasando por recepción—. Luego os veo, chicos —me despedí de todos y asintieron—. Además, sabes de sobra que, si me quedo a dormir contigo, eso es lo que menos hago —sonreí.

—Me encargo de que cojas el sueño con más ganas y duermas de lo más relajada.

—Tú es que siempre tienes respuestas para todo —reí—. Tengo que colgar, voy con mis padres.

—Vale, ahora te veo, aunque sea de lejos.

—Ni que me echaras tanto de menos.

—No imaginas cuánto, preciosa. Adiós.

—Adiós.

Colgué y me reuní con mis padres, que sonrieron de nuevo al verme. Mi madre se agarró a mi brazo y comenzamos a caminar por la urbanización.

—Me alegro tanto de verte así, cariño —dijo—. Este trabajo te ha dado la vida.

—Y todo gracias a Valentina.

—Esa chiquilla te quiere con locura —comentó mi padre.

—Como ella dice, es la clase de amiga que, si le digo que tengo un problema, me preguntaría

de qué tamaño trae la pala —reí.

—No, matar no mataría a nadie, que tiene un corazón muy grande —dijo mi madre.

—Pero la ayudaría a esconder el cuerpo —contestó mi padre.

—Eso seguro —reí.

Llegamos al Club y ahí estaba Conrad sentado en la mesa esperando a los chicos, se puso en pie para saludar a mis padres y ambos sonrieron.

—Más vale que hoy nos dejes pagar la comida, Conrad —le advirtió mi madre.

—Ahora ya sabes de dónde me viene lo de ser un poquito cabezona —se me escapó una risilla.

—Noelia, aquí siempre que vengáis estaréis invitados.

—¿Ves? Ya se lo he dicho, pero ni caso me ha hecho —suspiré.

—¿Comes con nosotros, al menos? —le preguntó mi padre.

—No, tengo una emocionante charla de trabajo con mis socios mientras comemos —suspiró.

—Hay que desconectar del trabajo de vez en cuando, muchacho.

—Lo sé, Rubén, pero es imposible —sonrió—. Disfrutad de la comida.

—Lo haremos, gracias —contestó mi madre.

Antes de que me alejara, Conrad me cogió de la mano y tiró de mí hasta que quedé a solo unos milímetros de sus labios.

—Quiero mi beso —dijo mirándome fijamente.

—Aquí no, por Dios —se me escapó una risa nerviosa.

—Soy su yerno favorito, no hay más que ver cómo me ha abrazado tu madre.

—En el caso de que fueras su yerno, serías el único, por lo que no serías el favorito realmente —sonreí negando.

—Martina, ¿comes con nosotros? —preguntó Ethan.

—No, me esperan mis padres. Os dejo.

—Si no me das un beso, no te vas.

—Conrad...

—Vamos mujer, dale el gusto —rio Gonzalo.

—Eso, que, si no, luego somos nosotros los que tenemos que aguantar su mal humor —añadió Ethan.

—Vaya tres, qué peligro tenéis —reí, y me puse de puntillas para besarle en la mejilla.

—Eso no es un beso —protestó Gonzalo.

—Adiós —agité la mano al tiempo me alejaba de ellos con una sonrisilla en los labios, esa misma que tenía Conrad. Fui hacia la mesa donde ya estaban mis padres sentados y echando un vistazo a la carta—. ¿Qué vais a pedir?

—¿Cuándo vas a decirnos de manera oficial que estás con Conrad?

—Menos mal que te he dicho que fueras sutil, Noelia —mi padre resopló.

—Soy su madre, no tengo que ser sutil.

—Solo nos estamos conociendo, mamá.

—Pues os estáis conociendo muy, pero que muy bien, si ese hombre te puso la clínica —sonrió.

—Tenéis que probar el risotto con marisco, está buenísimo. O el tartar de atún, es una delicia —dije mirando la carta.

—Me tendré que conformar con que os estáis conociendo —dijo mi madre—. Yo quiero el risotto, y de primero, unas tostas de queso y salmón.

—Yo voy a probar el tartar, ya que nos lo recomienda su ex relaciones públicas —contestó mi padre.

Sonreí y llamé al camarero, pedí agua para los tres, puesto que yo después tenía que seguir trabajando, y mi padre debía coger el coche para volver a casa.

Mientras comíamos me dieron que iban a irse unos días fuera de la isla, que les apetecía un cambio de aires y tenían pensado salir al día siguiente para ir a una cabaña en la montaña.

—Hemos visto un hotel precioso, y hay rutas de senderismo —comentó mi madre.

—Ya le he dicho a tu madre que me lleva allí para que baje de peso, y eso es cruel —resopló mi padre.

—¿Qué dices? Pero si estás estupendo, papá —reí.

—Entonces es que quiere tirarme montaña abajo y hacer que parezca un accidente.

—No me digas más, mamá, Valentina lleva la pala.

—Eso estaba pensando —rio ella.

—Así que es eso, quieres deshacerte de mí, con la cantidad de años que llevamos juntos y lo mucho que te quiero.

—Anda, bobo, si sabes que, si me faltaras, no sería la misma. No iba a levantar cabeza, que son muchos años a tu lado.

—A ver, que os quede una cosita clara —les advertí—: a mí no me faltéis ninguno porque ya os perdí dos años, ¿eh? Vosotros tenéis que estar a mi ladito muchos, muchos años todavía.

—Ojalá pudiera estar a tu lado hasta que tuvieras cien años, hija mía —dijo mi padre—. Pero yo sería poco más que una momia para entonces.

—Qué exagerado —reí.

Y mientras terminábamos de comer les pedí que disfrutara de esos días que estarían fuera, que me mantuvieran informada de cómo estaban y que no se preocuparan nada más que de aprovechar para descansar y recargar pilas, que después del verano tocaba volver a su rutina de trabajo.

Nos tomamos café y se despidieron, mi madre sabía que esa noche saldría con las chicas y que llegaría tarde a casa, así que me dijo que tuviera cuidado.

Se irían por la mañana después de que yo saliera para el trabajo, así que podíamos tomarnos un desayuno juntos antes de que lo hicieran.

Conrad y los chicos no estaban ya en el Club, supuse que se habrían ido a trabajar a las oficinas o a ver al asesor, así que tras despedirme de mis padres me fui a la clínica donde pasé el resto de la tarde concentrada en el trabajo, atendiendo a algunos de nuestros pacientes hasta que llegó la hora de salir.

Me había traído ropa en una mochila para cambiarme e ir a cenar con las chicas, así que, tras quitarme el uniforme de trabajo me puse una falda vaquera que me encantaba, unas cuñas beige y una camisa de tirante fino del mismo color, me retoqué el maquillaje y estaba lista para empezar la noche.

—Vaya, qué guapa te has puesto, jefa —dijo Miguel al verme salir.

—Gracias.

—Está más que guapa —comentó Raúl—. Te ves impresionante.

—Qué suerte tiene el jefe —sonrió Christian.

—No he quedado con él —reí—. Hoy es noche de chicas, me voy con mis amigas.

—Uf, pues ya puede preocuparse el jefe, porque como se encapriche alguien de ti, le roba a la novia.

—¿Y por qué tendría que ser su novia, Miguel? —Arqueé la ceja.

—Se os ve muy bien juntos, por no hablar de que cuando estáis en la misma sala, desprendéis un aura que no deja lugar a dudas. Lo vuestro es química.

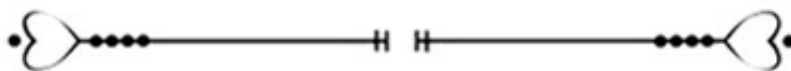
—Y física, que se atraen como los imanes —rio Miguel.

—Hasta mañana chicos —sonreí.

—Hasta mañana, jefa —contestaron al unísono.

Salí de la clínica riendo, porque desde luego que esos tres enfermeros tenían un arte y una guasita que no se podía aguantar.

Capítulo 37



Martina

Entré en el Club y vi a Valentina con las chicas sentadas en una mesa mirando la carta.

—¿Ya habéis decidido? —pregunté.

—Qué va, Lara quiere probarlo todo —contestó Maica.

—Es que tiene muy buena pinta.

—Todo lo que comes, y mira qué cuerpazo —dije—. Yo estaría rodando cual albóndiga.

—¡Hala! Nos hemos levantado exageradas hoy, ¿eh? —Lara volteó los ojos.

—Es que últimamente hace mucho ejercicio —comentó Valentina.

—A ver si voy a ser la única, vamos no me digas. Martina y Maica, también. Pero tú has entrado en el cuarto de la lujuria y no nos has contado nada —protestó Valentina, y yo me hice la loca mirando hacia otras mesas.

—¿Y tú por qué disimulas? ¿Te ha contado algo? —me preguntó Maica.

—No os he contado nada a ninguna.

—No me lo puedo creer —Valentina me cogió la barbilla para que la mirara—. ¡Tú has entrado!

—Hostias, ¿en serio? —gritó Lara.

—Solo una vez.

—Suficiente, nena, que con lo que hay allí... —Lara sonrió con picardía.

—Ya me estás diciendo qué has visto, porque veo que, me jubilo en este sitio, y no conoceré

ese lugar.

—No voy a decir nada, Valentina.

—¿Y te llamas amiga? Qué valor, ¡qué valor! —negó haciéndose la ofendida.

—Ya entrarás, ya, que, conociéndote, cualquier día convences a alguien para que te lleve allí.

—Pues nada, a seguir esperando. Solo contéstame a una pregunta. ¿Lo disfrutaste?

—Mucho —sonreí.

—Hija de la gran fruta, qué cara de orgasmo se te ha puesto. No me digas que el jefe de los jefes te va a volver a llevar allí.

—No, Valentina, no me va a volver a llevar.

—Tonta serás, yo a Ethan le dije que, cuando quisiera, repetíamos —rio Lara.

—En serio, ¿tenemos que tener estas conversaciones cuando vamos a comer o cenar? —preguntó Maica.

—Sí —respondieron Lara y Valentina al unísono.

—Quiero vino, mucho vino.

—Maica, si no es cuando vamos a comer o cenar, dime tú cuándo hablamos de los chismes de chicas, si casi no nos vemos —le dijo Valentina.

—¿Habéis decidido ya, chicas? —nos preguntó el camarero que estaba en el turno esta noche.

—Sí, de quitas el uniforme y te recuestas en la mesa, que te vamos a comer a ti —soltó Valentina, y como ya la conocían todos más que de sobra, el chico se echó a reír.

—No soy comestible.

—Anda que no, de ti no se desaprovecharía nada —dijo Lara.

—Madre mía —Maica volteó los ojos—. Trae una botella de vino, por favor.

—Eso, para beber, el mejor vino de la carta —le dijo Valentina—. Y nos traes, unas mini croquetas de jamón, una tabla de quesos, unas brochetas de pollo y un poquito de marisco, todo para compartir, así que, que sean dos platos de cada.

El camarero asintió y no tardó en volver con el vino, ese con el que brindamos por una noche de chicas que nos teníamos más que merecidas.

Lara y Maica me preguntaron qué tal me iba con la clínica y estuvimos hablando de eso durante casi toda la cena, después el chismorreó pasó a ser la relación de ellas con Ethan y Gonzalo.

No contaban mucho más que estaban conociéndolos y se divertían con ellos.

Cuando acabamos con todos los platos pedimos un surtido de toda la variedad de postres que había en la carta, nos lo pusieron en porciones mini y así pudimos probar de todo.

—De aquí la que sale rodando, soy yo —dijo Maica—. Es que están todos buenísimos.

—Tranquila, nena, que ahora nos tomamos unos chupitos y un mojito de fresa, y con un par de bailes, hemos bajado los postres —contestó Lara.

—Otra noche que te veo con los zapatos en la mano —reí.

—No, no, que ya le he dicho a Ethan que, esta noche, me quedo en su villa.

—Cómo se nota que mañana tienen el día libre —dijo Valentina.

—Y bien merecido, que las noches de guardia en la clínica pueden ser terroríficas.

—No le hagáis caso, que exagera —contestó Maica.

—Vale, exagero, pero lo que peor llevo es lo de dormir en ese sofá cama, que me levanto con la espalda con más contracturas que curvas tiene un circuito de carreras.

—Pues para eso ya sabes, un masaje aquí —sonreí.

—Mírala, ni que ahora siguiera a comisión —rio Lara—. Pero no te creas que es mala idea, que igual mañana me paso.

Nos tomamos un licor de café para dar la noche de cena por terminada, y fuimos hacia la discoteca donde, como era de esperar, había muchísima gente.

Encontramos un hueco libre en la barra y ahí nos acomodamos las cuatro, pedimos chupitos para empezar y los mojitos de fresa y dejamos que la música se apoderara de nuestros cuerpos.

Valentina me cogió de la mano y nos marcamos una bachata de lo más sensual mientras Lara y Maica aplaudían. Nos hicimos fotos las cuatro y Valentina las subió a sus redes.

—Y ahora, si me disculpáis, voy a trabajar un poquito que he visto a algunos clientes de los que dejan buena propina —dijo haciendo un guiño.

Nos quedamos allí las tres y vimos pasar a un par de modelos de fama internacional acompañadas de sus parejas, también modelos.

—Son más guapas así en persona, y ellos están muchísimo más buenos, ¿verdad? —dijo Lara.

—Sí, las fotos no le hacen justicia a ninguno de los cuatro —contestó Lara.

—¿Me tengo que poner celoso?

—¡¡Ethan!! —gritó ella lanzándose a sus brazos, que no dudó en cogerla en el aire y darle un beso en los labios.

—Con ese recibimiento no hace falta que te pongas celoso —rio Gonzalo—. Hola, pequeña.

—Hola —Maica sonrió y dejó que su chico le diera un breve beso en los labios.

—¿Cómo está mi veterinaria favorita? —Conrad me rodeó por la cintura con ambos brazos y agarró mis nalgas con un leve apretón.

—Perfectamente —sonreí mientras se inclinaba para besarme.

Y en ese beso sentí las ganas que los dos teníamos de estar juntos de nuevo, esas ganas que me hacían querer pasar la noche con él, pero no lo haría, porque a pesar de saber que me había enamorado de él, no quería engancharme mucho más de lo que ya estaba, porque si me volviera a sugerir la posibilidad de mudarme con él, no quería tener que pensar en cometer esa locura por segunda vez en mi vida.

Lara y Ethan comenzaron a bailar y poco a poco se dejaron llevar tanto, que entre roces y besos parecía que estuvieran a punto de hacerlo allí mismo.

Gonzalo y Maica eran más sutiles, bailaban de manera más sensual y compartían alguna que otra risita.

Y entonces empezaron a sonar los primeros acordes de “*Sus huellas*”, una canción de Romeo Santos que había escuchado en alguna que otra ocasión desde que volví de Escocia.

Me sentía identificada con esa letra por lo que había vivido con mi ex, ese escocés que creí iba a ser el hombre de mi vida.

Conrad me sostuvo con la mano por la cadera y entrelazó la otra con la mía mientras comenzaba a mecernos, y mientras le miraba, en mi mente le dedicaba esas palabras a él.

“Antes que desnude el corazón, te advierto que lo tengo con heridas...”

Colocó una pierna entre las mías y nos fue moviendo por allí en un baile de lo más sensual, me miraba con los ojos brillantes y me sonrojaba. A pesar de la confianza que nos teníamos, seguía imponiéndome un poquito.

Me hacía girar, me alejaba y volvía a acercarme a él de modo que mi espalda quedaba pegada a su pecho sin soltarme la mano, rodeándome con el otro brazo mientras seguíamos

moviéndonos de un lado al otro acompañados al ritmo de esa canción.

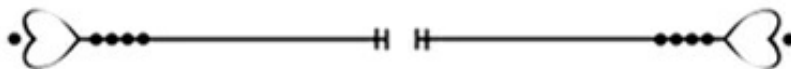
Y así nos quedamos hasta que llegó a su final, abrazados y meciéndonos despacio. Apoyé la cabeza en su hombro y cerré los ojos mientras repetía en mi mente esas últimas palabras que cantaba Romeo Santos y que no me atrevía a decirle a Conrad, aunque sin duda eran a él a quien iban dirigidas.

“Arráncame todo, quiero ser de ti. No quiero sus huellas...”

Me dio un beso en la mejilla, lo miré por encima del hombro y sonreí.

Regresamos a la barra y tras tomarnos una última copa con ellos y con Valentina, que se había acercado para tomarla con nosotros, me despedí de todos y me fui a casa, aún me quedaban unos días de trabajo y quería descansar tanto como pudiera hacerlo.

Capítulo 38



Conrad

Mis padres me avisaron que vendrían hoy a comer conmigo en el Club, ya había quedado para hacerlo con Martina, pero no iba a cancelarlo, así que pensé que no era mala idea que la conocieran. A fin de cuentas, yo ya conocía a los suyos, ¿qué de malo había?

Fui a buscarla a la clínica y la chica de recepción me dijo que estaba en la sala tres atendiendo a un cachorro.

Sonreí al verla sentada en el suelo mientras el cachorrillo, un precioso Golden beige, corría hacia ella para quitarle el juguete.

Estaba sola, por lo que me atreví a entrar. Al escuchar la puerta, miró hacia mí y sonrió.

—Mira, Loki, este es el jefe de los jefes —le dijo al cachorro, que se sentó sobre sus patas traseras y giró la cabeza como si me mirara.

—Me está mirando, ¿o es cosa mía? —Arqué la ceja.

—Te está mirando, sí —rio—. Es que Loki es muy curioso, y un peluche adorable —le cogió en brazos y el cachorro la miró, al tiempo que abría la boca tratando de morderla, pero se notaba que estaba jugando.

—¿Qué haces sentada en el suelo?

—Hacerle compañía y jugar con él —me miró con esos ojos brillantes y llenos de amor porque se notaba que lo que hacía, le encantaba. Adoraba su trabajo—. Su dueña ha ido a limpiarse al baño, porque Loki se ha puesto un poquito nervioso con la vacuna y se ha hecho pis en su camiseta, ¿verdad, pequeño travieso?

El pequeñajo contestó con un ladridito y ella le dio un beso en la cabecita.

No tardó en aparecer la dueña y al ver a Martina en el suelo, se llevó las manos a la boca.

—Ay, por favor, no me digas que te ha convencido para que hicieras eso —le dijo.

—Es un pequeño chantajista, te pone esos ojitos y no puedes resistirte —rio Martina.

—Loki, vamos, que Martina no va a querer que volvamos a su clínica —dijo mientras cogía al cachorro en brazos.

—¿Cómo no iba a querer? Si me he enamorado de esta cosita tan linda —le rascó en la cabeza y el cachorro hasta parecía que sonriera al notarlo—. Nos vemos para la siguiente vacuna. Patricia te da ya la cita, pero te enviaremos el recordatorio por mensaje.

—Vale, muchas gracias por todo, Martina —sonrió al salir.

—Dime que es normal que me haya puesto celoso de un cachorro —le dije rodeándola por la cintura—. Esos mimos que le dabas...

—Es normal, es normal —se rio—. Voy a cambiarme y nos vamos a comer, que hoy tengo un poquito de hambre.

—¿No has desayunado?

—No, hemos tenido una cirugía un poquito complicada. Ahora vuelvo —me dio un beso rápido en los labios y salió a esperarla en la calle.

No había hecho más que cerrar la puerta de la clínica cuando me sonó el móvil.

—Dime, mamá.

—Hijo, que ya estamos en el Club tu padre y yo —contestó.

—Vale, dadme unos minutos y nos vemos.

—Aquí te esperamos.

Colgué y unos minutos después apareció Martina por la puerta. Estaba preciosa con esos shorts vaqueros, las cuñas y una camiseta de hombro caído con el bolso en bandolera.

Le pasé el brazo por la cintura y la pegué a mí para besarla antes de ir hacia el Club. Hablamos de cómo había sido nuestra mañana y le propuse que pasara la noche conmigo, realmente echaba de menos dormir abrazándola y despertar a su lado.

Dijo que lo pensaría, pero con esa risilla que me hacía saber que su respuesta sería un sí, sabía que a ella también le gustaba dormir conmigo y hacía días que no se quedaba en mi villa.

Cuando llegamos al Club frunció el ceño al ver que no íbamos hacia la mesa de siempre.

—¿Has cambiado de mesa favorita? —preguntó.

—No, es que hoy comemos con mis padres.

—¿Cómo? —Se detuvo y me paré a su lado.

—Que comemos con mis padres. ¿No te lo había dicho?

—No, no me lo habías dicho, porque, de haberlo hecho, me acordaría de tal cosa.

—Pues, comemos con mis padres —sonreí.

—No, ni hablar, no voy a comer con tus padres, Conrad.

—¿Por qué no? Puedes estar tranquila, no muerden ni comen mujeres jóvenes.

—Qué no, Conrad, que no voy a comer con tus padres que me muero de la vergüenza.

—No sé por qué.

—¿Pues porque son tus padres, por ejemplo? No es buena idea, no es momento para conocerlos.

—Pero yo ya conozco a los tuyos, y me adoran.

—Ay, por Dios. Esto es una encerrona, Conrad, en serio.

—No lo es. A ver, el otro día mi madre me dijo que querían venir a comer un día al Club conmigo, pero no dijo cuándo. Me lo ha dicho hoy, yo ya tenía planes contigo y no quería cancelarlos, así que —me encogí de hombros—... Comemos con mis padres.

—Esto no te lo perdono, de verdad. Es una encerrona en toda regla —dijo mientras caminábamos hacia donde ellos nos esperaban.

—Les vas a encantar, ya verás —le di un beso en la mejilla y aunque ella quiso que apartar mi brazo de su cintura, no lo hice.

Y según nos íbamos acercando a la mesa donde vi a mis padres, él fue el primero en vernos y elevó ambas cejas. En cuanto mi madre vio su gesto miró hacia nosotros y abrió los ojos poniendo una leve sonrisilla.

—Hola, mamá, hola, papá —les saludé y ambos se levantaron para darme un beso.

—Hijo, pero, qué bien acompañado vienes —dijo mi madre.

—Ella es Martina, la que dirige la clínica veterinaria que os comenté que iba a montar. Ellos son mis padres, Ángel y Julia.

—Encantada de conocerlos —dijo con una sonrisa preciosa en los labios.

—El placer es nuestro, Martina —contestó mi padre, que le dio un par de besos.

—Ay, por favor, pero si es preciosa, hijo —mi madre seguía sonriendo—. Ven, dame un abrazo, cielo —la cogió por los hombros para acercarla a ella y se abrazaron.

Miré a mi padre y sonrió negando al ver que me hacía un guiño. Sabía lo que eso quería decir, y es que mi madre no iba a tardar en encariñarse con Martina.

—Vamos a sentarnos, que quiero que me contéis cómo os conocisteis.

—Julia, no presiones a los chicos —rio mi padre.

—No presiono, solo quiero que me pongan al día.

—Martina empezó trabajando como relaciones públicas —dije cuando nos sentamos, y comencé a contarles todo.

O casi todo, porque estaba claro que ellos tontos no eran y se harían una idea de que me estaba acostando con Martina, pero sí les hablamos del viaje a Jamaica.

Durante toda la comida, en la que disfrutamos de una rica carne con salsa al roquefort, además de marisco, les hablamos de lo básico, de que nos estábamos conociendo, y vi que mi madre no dejaba de sonreír en ningún momento, y tampoco de mirar a Martina.

Se notaba que le gustaba, y estaba seguro de que les había caído bien a los dos, pero que obviamente mi madre acabaría teniendo pasión por ella.

Estábamos ya con el café cuando mi madre lanzó la pregunta del millón de euros, esa que esperaba que no hiciera, pero claro, era mi madre y quería saber todo cuanto pudiera sobre la que podría ser la futura mujer de su único hijo.

—Y tú, Martina, ¿quieres tener hijos?

La pobre Martina que acababa de dar un sorbo al café comenzó a toser, le di unas palmaditas en la espalda y mi padre le llenó el vaso de agua.

—Julia, por Dios, menuda pregunta —le dijo mi padre.

—Bueno, son cosas que se suelen preguntar.

—Sí, mamá, pero no cuando acabas de conocer a la compañera de tu hijo —sonreí negando.

—Compañera, qué tiempos más modernos, ¿verdad, Ángel? En los nuestros, nos llamábamos novios directamente.

—Y os casabais y teníais hijos —conteste—, nosotros tendremos media docena de perros y otros tantos gatos.

—Desde luego en la villa tenéis sitio para ellos —rio mi padre.

—¿Estás bien, preciosa? —le pregunté a Martina mientras le frotaba la espalda después de que bebiera agua.

—Sí —sonrió.

—No hace falta que contestes a mi mujer, que es un poquito cotilla a veces —mi padre volteó los ojos y a mi chica se le escapó una risilla.

—Me gustaría, en un futuro, sí —contestó, y sobra decir que a mi madre se le iluminó la cara, le brillaron los ojos, y le salió una sonrisa de oreja a oreja que terminaba por confirmarme que Martina era la mujer perfecta para mí a sus ojos.

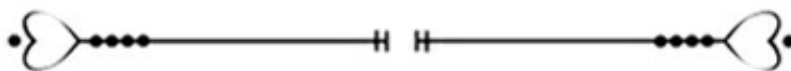
Después del café ella se despidió de nosotros y le di un beso rápido en los labios que la hizo sonrojarse, cuando nos quedamos solos miré a mis padres y ambos sonreían.

—Es encantadora, hijo —comentó mi padre.

—Mi nuera favorita, no cabe duda —dijo mi madre, y los tres acabamos riendo.

No sabía hasta dónde íbamos llevarnos esto a Martina y a mí, pero saber que contaba con la aprobación de mis padres, por llamarlo de algún modo porque ellos jamás se meterían en mi vida, era más que suficiente para mí ahora mismo.

Capítulo 39



Martina

Valentina tenía el día libre y esta mañana me envió un mensaje para pedirme que fuera a su casa y tener una de esas noches de pizza y peli que solíamos tener de vez en cuando antes de que cometiera la locura de irme a Escocia por amor.

Ella decía que mi historia con el escocés del Demonio era como la de esos programas de la televisión, españoles por el mundo, en el que alguien lo dejaba todo por el gran amor de su vida.

Solo que a mí el amor me duró poco y me volví a casa que tendría más oportunidades que quedándome allí, puesto que sin un trabajo ni siquiera podría haber alquilado un lugar en el que vivir.

Qué razón tuvo Valentina en aquel entonces en eso de que lo que Logan quería era anularme como persona para que dependiera de él económicamente.

Había tenido un día bastante tranquilo en la clínica, comí con Conrad y pasé la tarde haciendo una lista con algunos productos que me gustaría tener allí.

Cuando acabé la jornada fui a casa, me di una ducha y me preparé para ir a ver a Valentina, no sin antes pasar a comprar algunas chuches y ya aproveché para comprar las pizzas y llevarlas.

Mis padres estaban disfrutando de esos días en la montaña y me mandaban algún que otro mensaje y unas fotos para que viera que estaban bien. Mi padre incluso bromeaba diciendo que parecía ser que mi madre aún no había encontrado un precipicio que le convenciera para deshacerse de él, y me reía.

Llegué a casa de Valentina poco antes de la hora a la que habíamos quedado y cuando me abrió, puso una sonrisa de oreja a oreja al ver las pizzas en mis manos.

—Oh, qué bien huele esa barbacoa —dijo cuando entré.

—Y son medianas, porque solo vamos a estar nosotras, ¿verdad?

—Sí, cariño, hoy es nuestra noche de pizzas. ¿Qué quieres beber?

—Lo que bebas tú.

—Vino, entonces —sonrió.

Fue a la cocina mientras yo dejaba las pizzas en la mesa frente a los sofás y la ayudé a llevar los platos y las copas.

En cuanto nos sentamos cogimos una porción cada una y, como siempre que comíamos esas pizzas que estaban buenísimas, gemimos al dar el primer bocado.

—Te tengo un chisme —me dijo poco después mientras buscaba una película para ver.

—¿Con quién te has acostado ahora? —pregunté.

—El chisme no es sobre mí —rio.

—Vale, ¿entonces?

—¿Te suena el nombre, Priscila Taylor?

—Me quiere sonar, sí. ¿Es la actriz que protagonizó esa película tan *hot* con el actor italiano que se parecía al que hacía de Thor?

—Vincent Monticello, sí.

—¿Qué has oído de ella?

—Qué he oído no, cariño, qué he visto —sonrió de nuevo—. Está alojada en la urbanización desde hace un par de días, y no ha venido sola, Monticello está con ella.

—Será que se llevan bien desde el rodaje.

—Mejor que bien, que no veas de qué manera se comieron los morros anoche. Ahí no salían chispas, aquello eran llamaradas.

—Ya sabes lo que dicen, a veces, de tanto tiempo juntos en el trabajo, el roce hace el cariño.

—Ellos se rozaron y bien rozados mientras rodaban la película, que vayas escenas, madre mía —se dio aire con la mano—. Y no sabes lo que me han comentado.

—Verás que me sorprende —reí.

—Han reservado el cuarto de la lujuria.

—No fastidies, ¿ellos?

—Sí —rio—. Se ve que les gustó lo de jugar en la ficción y han dicho: vamos a jugar de verdad.

—Pues menuda noche van a pasar, de allí sale Priscila con dolor en partes del cuerpo que, ni sabía que tenía.

—Como te pasó a ti, vamos —dijo dándome un codazo y con la fuerza que tenía la muy jodida, acabé cayendo de lado en el sofá.

—Valentina, por Dios, que me fisuras una costilla.

—Ay, cariño, lo siento, es que no controlo la fuerza.

—Ya, ya, eso la veo —reí.

—Pero a ver, que yo me entere —dijo cogiendo otra porción de pizza—. Entonces, en el cuarto de la lujuria, ¿qué hay?

—De todo lo que te puedas imaginar, y más de lo que imagines —contesté dando un bocado a mi porción.

—Anda que, si solo me dices eso, me quedo igual que estaba —volteó los ojos.

—Es que lo que te diga no va a hacer que te hagas una idea de lo que hay. Aquello es para vivirlo en primera persona, Valentina.

—Vale, pero que sí que te puso al bies, como decía mi madre —rio.

—Vi todas las estrellas, me corrí ni sé cuántas veces, y descubrí que el cuerpo tiene músculos que ni conocía.

—Hija de la gran fruta, qué suerte tienes. Con lo que es Conrad, que así vestido ya te pone con taquicardias, no quiero imaginarlo desnudo, o en plan dominante.

—A ver, dominante tampoco —reí—. Que no me fustigó como el de las sombras.

—Tú me entiendes, Martina.

—Es un hombre que te eleva a un estado de excitación que, de verdad no podrías hacerte una idea. No solo me refiero a cuando te está penetrando.

—Follando, cariño, vamos a ponerle nombre a las cosas tal como son.

—Qué bruta eres —reí—. Es por todo, Valentina. Por cómo me mira, cómo me besa, el modo en el que acaricia mi cuerpo. Y no es egoísta, para nada. Primero antepone mi placer al suyo. Obviamente después se encarga de que ese placer sea mutuo, pero no quiere ir a lo rápido y fácil, sino que hace que yo disfrute de cada segundo, antes y durante todo el momento.

—Martina.

—¿Qué?

—Tú te has quedado pillada, pero bien pillada, de Conrad.

—Me gusta mucho, sí, y...

—No hace falta que lo digas, porque se nota que te has enamorado de él. Si es que no hay más que verte la cara y el modo en el que te brillan los ojos, o la sonrisilla tonta que se te dibuja en los labios cuando hablas de ese hombre, dices su nombre o simplemente, le piensas.

—No pensé que pudiera pasar, de verdad. Sabes que vengo de una ruptura hace poco, que eso dolió mucho y que, aunque, ni quisiera ni debiera, seguía pensando en mi ex e incluso revisaba las fotos de sus redes.

—¿No lo bloqueaste? No respondas, que ya lo sé —suspiró—. Bueno, ya sabes que estas cosas son así. Un día estás de vuelta en casa después de haber roto con un energúmeno bastardo y gilipollas, y otro, estás enamorada hasta las trancas de un tío que hace que se te humedezca el tanga.

—Joder, Valentina, dicho así... —reí.

—Mira, como amiga enamoradiza que soy, porque ya sabes que suelo enamorarme pronto y de quien no debo, muy a mi pesar —suspiró—. Te diré que no has hecho nada mal y que nunca elegimos de quién nos enamoramos, eso simplemente sucede en el momento que menos esperamos. Te ha pasado con Conrad como te podía haber pasado con, no sé, ¿el reponedor del super del barrio? O del director de una sucursal de banco. El caso, cariño, es que te has enamorado —sonrió.

—Ni siquiera sé si es recíproco, o si solo es sexo para él.

—Sea lo que sea, Martina, disfruta del momento que estás viviendo. Si no está de que sea el hombre de tu vida, pues no pasa nada, que tus buenos polvos te has llevado —hizo un guiño y sonreí negando—. Y si está para ti, ya sabes que, ni, aunque te apartes lo perderás.

—Que ya he tenido una mala experiencia en el amor, Valentina, y una segunda mala para mí sería devastadora. Que me veo rechazando a los hombres para el resto de mis días, y me convierto en la anciana de los gatos de la isla.

—Mira niña, no te doy ahora mismo una bofetada así, a mano abierta, porque me he hecho la manicura esta tarde y me han dejado las uñas ideales, pero vamos, que darte, te la daba. No pienses en que vas a quedarte soltera porque me da a mí que el jefe de los jefes no va a dejarte escapar. Que tengo ojos en la cara y no soy ciega, cariño, y cuando estáis juntos, te mira con ojitos de enamorado. Vamos, que se le pone la misma cara de lelo que a ti —rio.

—Nunca creí que diría que estaba enamorada de un hombre al que prácticamente acabo de

conocer hace unas semanas y, mucho menos, después de una ruptura.

—Pero de que lo estás, lo estás —sonrió.

—Sí, de que lo estoy, lo estoy.

—Pues, a brindar por este nuevo amor —cogió su copa y la acercó a mí, que también cogí la mía—. Porque el amor, que todo el mundo tenemos derecho a uno real, bonito y de verdad —chocamos las copas y dimos un buen sorbo cada una—. Y ahora, vamos a ver qué películas tenemos por aquí para ver. Qué quieres, ¿comedia, thriller, drama, suspense, terror, comedia romántica?

—Terror no, que entonces se va a casa esta noche, quien yo te diga —reí.

—Ah, pero, ¿pensabas irte? Una de dos, o has quedado para que el rey Conrad te eche un polvo mágico, o es que eres tonta y quieres irte a dormir a una casa vacía, porque tus padres siguen en la montaña, ¿no?

—Sí.

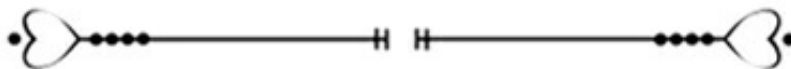
—Por cierto, ¿qué se les ha perdido a ellos por allí? ¿O es que han pensado en hacer una versión adulta de Heidi y Pedro? —Arqueó la ceja.

—Valentina, por Dios —reí.

—Creo que vamos a ver una película erótica, a ver qué encontramos —dijo toda decidida con el mando en la mano y poniéndose a buscar en una de las plataformas que tenía.

Estaba un poco loca, pero había sido y era mi mejor amiga, esa que nunca me fallaba y sabía que nunca lo haría. Valentina era de esas personas que se entregaba en cuerpo y alma a las personas que quería, y me lo había demostrado al dejarme volver a su vida después de haberle fallado cuando le di de lado por un hombre que me defraudó completamente.

Capítulo 40



Conrad

Estaba revisando unos papeles mientras me tomaba una copa de vino en el Club cuando me avisaron de que acababa de llegar lo que esperaba.

Me acabé la copa, guardé todo y le pedí al camarero que estaba en la barra que me guardara el maletín para no tener que ir hasta las oficinas a dejarlo antes de salir.

Cuando llegué y vi que era tal cual lo había pedido, sonreí.

—Señor Godoy —me saludó el comercial con el que hablé para hacer aquel encargo mientras me estrechaba la mano—. Está todo en orden —dijo.

—Perfecto, muchas gracias por todo.

—Un placer, para cualquier cosa, ya sabe dónde estamos —dijo con una leve inclinación de cabeza antes de subir al coche donde le esperaba uno de sus compañeros.

Me quedé mirando con una sonrisa en los labios e imaginando la cara que pondría Martina cuando se lo enseñara.

Eché un vistazo al reloj y vi que se acercaba la hora de comer, había quedado con ella en el Club, pero preferí ir a buscarla.

Caminaba por la urbanización saludando a algunos de los clientes con los que me cruzaba, así como con los empleados, y me llegó un mensaje de Ethan que había tenido que salir para ir a hacer unas gestiones a la isla.

Ethan: *Acabo de terminar, pero me quedo por aquí que voy a comer con Lara. Nos vemos esta noche en la discoteca.*

Conrad: *¿Es que vas a llevarla a un restaurante de esos con veinte platos del menú degustación? Que ya no pisas la urbanización hasta esta noche.*

Ethan: *Qué capullo eres, hermano. Después de comer nos tomaremos nuestro tiempo para el postre, hay un hotelito por aquí con una pinta buenísima. Voy a ver cómo están montadas las suites, por si nos hacen mucha competencia. ¿Ves? Si hasta cuando estoy de tiempo libre, estoy trabajando.*

No le veía ni podía escucharlo, pero estaba seguro de que Ethan había suspirado tras escribir ese mensaje.

Estaba llegando a la clínica, así que le mandé un mensaje diciéndole que disfrutara de la compañía de Lara y que lo veía esta noche.

Me quedé esperando en la calle a que saliera Martina y aproveché para fumarme un cigarrillo. No era algo que hiciera habitualmente, pero en ese momento el cuerpo me lo pedía.

La vi salir de la clínica con esa sonrisa que tanto me gustaba y extendí los brazos, no dudó en acercarse y que nos abrazáramos.

—¿Qué haces aquí? Habíamos quedado en el Club —dijo tras darnos un beso rápido en los labios.

—Me apetecía dar un paseo, llevo un par de horas revisando papeles y estaba saturado ya —le pasé el brazo por los hombros y comenzamos a caminar.

—Yo he estado haciendo inventario de medicamentos, me gusta ver que tenemos suficiente de todo, nunca sabes lo que puedes necesitar en caso de urgencia.

—Haces bien —le di un beso en la sien.

Caminamos en silencio y era uno de esos que, para nada, eran incómodos, y es que con ella todo era de lo más natural y fácil. La miraba de reojo y me salía la sonrisilla como tantas otras veces. Era tan bonita, y se pusiera lo que se pusiera le sentaba bien y la hacía verse preciosa.

Como hoy, que llevaba un vestido ibicenco en color azul pastel con las cuñas blancas y resaltaba el color de sus ojos.

Al llegar a la zona por la que debíamos ir a la entrada del Club tiré de ella para que no siguiera por ahí, y me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? ¿No íbamos a comer?

—Sí, sí, ahora vamos, pero antes tengo que hacer una cosa.

—Ah, te espero dentro, entonces.

—No, quiero que me acompañes.

—Dime que no quieres que nos vayamos a un callejón oscuro y nos demos una alegría para el

cuerpo, como diría Valentina —y me tuve que reír a carcajadas, porque mi chica, esa que conocí siendo tan tímida, ya había cogido la suficiente confianza conmigo como para hacer bromas.

—No es una mala idea, porque con ese vestido que llevas, preciosa, lo tendría muy fácil para enterrarme en ti y hacer que te corrieras en cinco minutos —susurré en su oído.

—¿En cinco minutos? Por favor, qué polvo más triste —volteó los ojos.

Seguí riendo mientras negaba y nos detuvimos justo donde debíamos.

—¿Por qué paras? Que aquí no hay callejones oscuros.

—No, pero sí hay algo para ti —contesté.

—¿Para mí? ¿El qué?

Saqué de mi bolsillo el juego de llaves y lo puse delante de ella, que las miró frunciendo el ceño sin entender nada.

—Son de este coche —le dije apartándome para que lo viera.

—Ah, muy bien.

—Y es para que tú lo uses.

—¿Qué? —Se le abrieron los ojos ante la sorpresa.

—Sé que te mueves en taxi, y no quiero que gastes más dinero en esos trayectos.

—Conrad, no me puedes haber comprado un coche, porque no lo voy a aceptar.

—No veo por qué no.

—Porque no, porque eso es demasiado. Yo me quería comprar un coche, sí, pero más adelante, cuando hubiera ahorrado suficiente. No voy a aceptar este coche.

—Es un coche de empresa, lo compré pensando en ti, sí, pero es de la empresa. Puedes usarlo para venir al trabajo y volver a casa sin preocuparte de nada, ni pagar letras, ni revisiones.

—Esto es de locos, en serio.

—Pero te gusta el coche —sonreí.

—Es pequeño, y para moverme por la isla, es perfecto. Con esto desde luego que no tendría que temer que no llegara el taxi a tiempo.

—¿Ves? Son todo ventajas.

—Deberías haberme comentado que ibas a comprar un coche para prestarme —suspiró.

—Y si lo hubiera hecho, ¿dónde estaría la sorpresa?

—Eres único, en serio —rio.

—Sí, que yo sepa mis padres no tuvieron gemelos, y tampoco trillizos —me encogí de hombros.

—Sabes a qué me refiero, tonto.

—Lo sé, preciosa —sonreí mientras me inclinaba para darle un beso en la mejilla.

—Pero es que es mucho, en serio, Conrad, no puedo aceptar esto ni, aunque sea un coche de empresa que me prestas.

—Claro que puedes. Además, imagina por un momento que, una noche en la que una de las chicas y el enfermero, están de guardia y necesitan que vengas corriendo por alguna urgencia. ¿Sabes el tiempo que ahorrarías teniendo el coche en la puerta de casa, en vez de esperar a que llegara un taxi?

—Eso sí, pero... es que es mucho, Conrad. ¿Y si le hago un arañazo, o le doy un golpe?

—Mientras tú salieras ileso de eso, el coche me da igual, no es más que chapa que se arregla y listo.

—Esto es mucho, de verdad, no puedo.

—Puedes, porque quiero que tengas la libertad de ir donde quieras y cuando quieras sin esperar un taxi. Y ahora, vamos a comer —le di un beso en los labios y puse las llaves del coche en su mano.

—Mientras comemos me pienso lo del coche.

—No hay nada que pensar, Martina, es un préstamo que te hace la empresa, ahora que eres jefa —hice un guiño.

Entramos en el Club y nos sentamos en la mesa de siempre, Gonzalo me dijo que pediría algo para comer y que se lo llevaran a las oficinas porque estaba muy centrado en el evento de la empresa de yates que tendría lugar en unos días.

Pedí una botella de vino blanco, unos gambones a la plancha como entrante con una tabla de queso para compartir, y de principal los dos pedimos la carne a la brasa.

Mientras comíamos ella seguía diciéndome que no podía aceptar el coche, que aquello era algo demasiado caro como para que lo tuviera ella. Que si le hacía un roce o se lo robaban le daría un infarto y se veía trabajando en la clínica y también de relaciones públicas para pagarme

el coche.

Tenía unas cosas que al decirlas con esa seriedad hacía que me riera, pero es que así era ella, una mujer capaz de sacarme mil risas y sonrisas cuando estábamos juntos.

—Es que lo veo, de verdad. Me roban el coche y acabo en urgencias con una crisis de ansiedad.

—No te lo van a robar —reí.

—Con lo bien que voy yo en taxi, que me recogen y me dejan en la misma puerta —volteó los ojos.

—Y con el coche irás mejor todavía, que no vas a tener que levantarte mucho antes de tiempo para pedirlo y esperar que llegue. Por no decir que llegarás a la puerta del trabajo y de tu casa.

—Es que te has propuesto que lo coja, ¿eh? Y de verdad que no debería, Conrad, es mucho, en serio.

—Tienes dos opciones, o lo aceptas, o lo aceptas.

—Anda que, lo que me dices —volteó los ojos.

—No es más que un préstamo, mucha gente usa coche de empresa para ir y volver del trabajo.

—No vas a parar hasta que diga que sí, ¿verdad?

—Exacto, así que... —Me encogí de hombros.

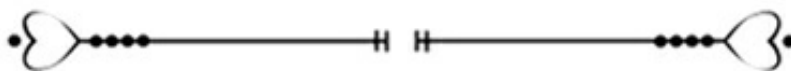
—Vale, pero no es un regalo para mí.

—No lo es.

—Perfecto, entonces, me quedo con las llaves.

Sonreí, pedimos el postre y el café y cuando acabamos, la acompañé al coche para que fuera con él hasta la clínica. No había mucha distancia, pero al menos así se iría haciendo con él y cuando acabara el turno, se podría ir a casa directamente sin esperar un taxi.

Capítulo 41



Martina

Me levanté con el tiempo suficiente para tomarme un buen desayuno, vestirme e irme, pues ahora tenía coche para ir hasta el trabajo y eso desde luego que era toda una ventaja.

Preparé el café mientras me hacía un zumo y tostaba el pan, me iba a tomar mi tiempo para disfrutar de ello sin mirar el reloj pensando en lo que tardaría el taxi en llegar, y hasta me hice una foto que subí a mis redes.

Bueno, no fue un selfi, sino una foto de mi mano sosteniendo la taza de café frente a la ventana de la cocina y la vista de un cielo despejado con el sol comenzando a darnos los buenos días.

La acompañé con una frase corta, pero que significaba mucho: *“Pequeños placeres”*.

Sí, porque en eso consistía realmente la vida, en disfrutas de los pequeños placeres que más nos gustaban, en vivir cada segundo con intensidad y, como decía una de las canciones de Bob Marley que tanto le gustaba a Conrad, en no preocuparnos demasiado y ser felices.

Le mandé un mensaje a mi madre para ver cómo estaban y me dijo que en ese momento disfrutando de un desayuno en la terraza de la habitación respirando ese aire tan puro de la montaña.

Regresaban a casa en unos días, y aunque les echaba de menos y me apetecía verlos y poder abrazarlos, quería que siguieran disfrutando de sus días de descanso.

Después de desayunar y recoger todo, salí para coger el coche e ir a la clínica.

Sonreí al pensar en lo bien que me sonaba eso de ir a la clínica, no a un trabajo cualquiera, sino a la clínica.

Estaba muy agradecida por la oportunidad que Conrad, Ethan y Gonzalo me dieron en su momento con ese puesto como relaciones públicas del Club y la discoteca, pero sin duda este en la clínica sí que era el trabajo de mis sueños.

Y aunque no era mía, ni la había montado yo con la ayuda de mis padres, me sentía súper feliz pudiendo ejercer esa profesión que siempre me gustó y con la que tanto disfrutaba.

Porque de pequeña me encantaban los animales, y mi madre solía decir que tenía una sensibilidad y un aura que a estos parecía resultarles de lo más cálida.

Quién me iba a decir que el rumbo de mi vida iba a cambiar tanto desde que regresé a mi isla.

Que no era mía porque no la fundé yo ni mucho menos y tampoco era descendiente de quien lo hiciera, pero como solían decir, uno sentía que el lugar en el que nació era suyo, y, pues eso, que esta era y siempre sería mi isla.

Al igual que mis padres siempre serían mis padres y, llegado el caso en el que me volviera a marchar, por lo que fuera, siempre podría contar con ellos porque eran mis padres y las puertas de la casa las tendrían siempre abiertas para mí.

Llegué a la urbanización y fui directa a la clínica, esa que ya estaba abriendo Patricia, nuestra recepcionista, como cada día.

Entré y mientras me cambiaba en la sala de taquillas, fueron llegando los demás.

Empezamos el día pasando consulta con los pacientes que teníamos cada uno, hasta que nos llegó una de las clientas corriendo y muy asustada porque su gatita parecía bastante enferma.

La pobre peludita estaba fría, nos miraba con los ojitos tristes y como si no tuviera fuerzas para nada.

Pero entre Ángela y yo conseguimos estabilizarla y sacarla de esa. La pobre lo que tenía es que se había comido una pequeña pieza de juguete de la hija de su dueña y no podía expulsarlo puesto que se le había quedado atorada en la tráquea. Ella respiraba con cierta dificultad y claro, tampoco podía comer ni beber.

La sedamos para poder trabajar bien entre las dos, con ayuda de Miguel, uno de los enfermeros, y extrajimos la pieza de juguete.

Esperamos a que se le fuera pasando el efecto de la anestesia y cuando se despertó, un poquito aturdida como era normal, le dimos suero y al ver que sí lo toleraba, le pusimos un poquito de agua y comida blanda para que recuperara las fuerzas.

La cara de la dueña y de la niña, pues había venido con su hija, al ver a la gatita mejor, fue de un alivio tal que me hizo sonreír. Por esas sonrisas era por las que amaba tanto mi trabajo, porque solo quien tiene o ha tenido una mascota a la que considera parte de la familia, entiende el dolor que supone para nosotros ver a esos pequeños angelitos sin alas sufriendo.

Eran casi las once cuando entró una clienta con una preciosa labradora con el pelaje beige y una cesta llena de cachorros.

Adorables era la palabra para describir a esos cinco peluches de color beige, marrón y negro, que nos arrancaron suspiros a todos los que estábamos en la clínica.

Los sacamos de la cesta y fueron directos a la zona de juegos y de camas, anda que no sabían nada, mientras que la mamá se quedaba sentada junto a la dueña sin perderles de vista.

Venía para que les hiciéramos una revisión a todos y les pusiéramos sus primeras vacunas, ya tenían todos familias a las que irse y ella quería entregarlos con la cartilla al día de vacunas.

En ese momento entró Valentina, con su aire alegre y divertido, con un vestido blanco que le sentaba de infarto.

—Ya ha llegado la alegría de la isla —dijo con una mano en alto, muy diva ella, y se escucharon los ladriditos de todos los cachorros que comenzaron a correr hacia ella—. Ay, por favor, pero, ¡qué monadas! —se inclinó a acariciarlos a todos, que parecían pelearse para recibir las atenciones de mi amiga— Martina, que les he gustado —rio.

—Eso parece, sí —sonreí.

—Oh, pero qué cositas más adorables —cogió a uno marrón en brazos—. Y qué ojitos, por favor. Mira esta carita —puso morritos mientras acercaba la cabeza del cachorro a la suya para posar con ella pegada a su mejilla—. Los adoptaría a todos.

—Pues ya tienen familias esperándoles, así que, te quedas con las ganas —dije, y la dueña sonrió.

—Pues... los secuestro. Vamos, chiquitines, todos detrás de la adorable Valentina —soltó la muy loca y, tras dejar al cachorro en el suelo, se puso de pie y empezó a caminar, con ellos siguiéndola—. Mira Martina, soy como una mamá pato ahora mismo.

—Anda, deja que se encarguen Ángela y Sofía de ellos que hay que ponerles las vacunas.

—Es que son monísimos, si parecen peluches.

—Vamos pequeñines, hora de las vacunas —dijo Raúl que cogió a dos, mientras Christian se encargada de los otros tres para ir a las dos salas con Ángela y Sofía.

La dueña fue con ellos y la perrita la acompañaba. Iba sin correa, pero se veía de lo más buena y noble, siguiéndoles sin perder de vista a sus cachorros.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté a Valentina tras darle un par de besos.

—Desayunar, que seguro que tienes café y bollos en tu despacho.

—Conrad me ha enviado una bolsa con desayuno, sí —reí.

—Yo se lo pedí, porque quería ver a mi amiga un ratito —se enganchó a mi brazo y fuimos

hacia el despacho.

Entramos y saqué todo lo que había en la bolsa y que aún no había visto. Un termo con café, Donuts con glaseado de fresa, croissants y unos bollitos rellenos de crema que estaban buenísimos.

Le pregunté cómo le estaba yendo la mañana y me dijo que había tomado café con un par de clientes a los que les había recomendado darse unos masajes porque estaban de lo más estresados.

—Vamos, que van a ir a ver a la filipina —sonreí tras dar un bocado a mi Donut.

—Filipina, es filipina —sonrió—. Y todo el que ha pasado por su sala, cuando sale lo hace con una sonrisa de oreja a oreja, por lo que me han contado.

—Claro, por sus masajes con final feliz, ¿verdad?

—Exacto. Ya sabes que los empresarios están sometidos en ocasiones a mucha tensión, y lo mejor para liberarla es con un masaje que les alinee todos los chacras. Y si encima al acabar les hacen una pajilla, pues...

—La madre que te parió —reí.

—Mañana es el evento de la empresa de yates —comentó tras dar un bocado al croissant.

—Lo sé.

—¿Vas a ir?

—Claro, acompañando a Conrad.

—¿Y si va el socio indeseable?

—No va a ir, ese hombre está vetado en la urbanización hasta el día del Apocalipsis, y sus socios lo saben. Aprecian mucho a Conrad y los chicos, como para jugársela y que les veten a ellos también.

—Eso era lo que quería, ver que estabas tranquila —sonrió—. ¿Sabes? Hay una diferencia grandísima de la Martina tímida que empezó a trabajar aquí hace semanas, a la de ahora.

—¿Y el cambio es para mejor o...?

—Por supuesto que sí, cariño, es para mejor —sonrió—. Sigues con esa timidez que sería imposible arrancarte ni con pinzas y bajo tortura, pero al menos te la has quitado y eres un poquito más abierta.

—Sabes que te debo mucho, ¿verdad?

—No te pongas sentimental, ¿eh? Que no quiero que acabemos llorando.

—Vale —sonreí—. Pero de verdad que te debo mucho, Valentina. De no haber sido por ti, no habría levantado cabeza. Lo de conseguir un trabajo me habría costado mucho y no digamos ser la directora de una clínica veterinaria.

—Cariño, si hay algo que nunca debes olvidar, es que los sueños se cumplen, aunque tarden en hacerlo —me acarició la mejilla—. Y ahora, me voy al Club que me tengo que ganar unas buenas propinas —se puso de pie y me besó en la mejilla—. Te quiero mucho, mi niña preciosa.

—Y yo a ti, Valentina, como a esa hermana que nunca tuve.

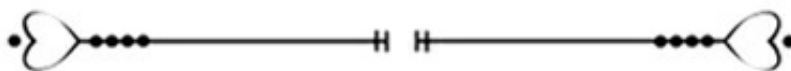
—Verás, al final me haces llorar y se me corre el rímel —resopló.

—Pero, ¿no era *waterproof* de esos? —reí.

—Ups, me has pillado —puso cara de terror y se fue.

La adoraba, quería a Valentina con todo mi corazón, y sabía que ella nunca jamás me podría fallar.

Capítulo 42



Conrad

La discoteca como era habitual en estos casos estaba llena, y no dejaba de llegar gente que estaba invitada al evento que Gonzalo había organizado para la empresa de venta y alquiler de yates.

Había algunas maquetas de esas embarcaciones de las que hacía años que disponía la empresa, así como fotografías de gran tamaño de muchas de ellas que habían vendido a personalidades famosas y cada una de ellas había bautiza con un nombre que podía verse en ambos laterales en letras grandes.

Pero sin duda la joya de esta noche eran los ocho modelos nuevos que ya habían terminado de construir y que estarían a disposición de los invitados que quisieran comprarlas o alquilarlas.

Gonzalo se había encargado de colgar una foto de cada una de ellas en uno de los laterales de la discoteca, para que quien quisiera comprarlas pudiera coger la tarjeta de la que quería y hablar con los dueños.

Tal como ellos pidieron, no faltaban canapés ni bebida por ningún sitio y todos los invitados estaban disfrutando de la velada.

Estaba dando un sorbo a mi whisky cuando miré hacia la puerta y vi entrar a Martina acompañando a Valentina.

Mi chica estaba preciosa con un vestido negro ajustado, de tirantes anchos y escote en “V” que le quedaba a la altura de las rodillas, veía sus piernas y no podía evitar recordar todas las veces que habían estado alrededor de mi cintura.

Se acercaron a mí y sonreí, Valentina levantó la mano y la pasó por mi barbilla.

—Que se te cae la baba, jefe —dijo la muy descarada—. Pero no es para menos, que mi niña hoy está que rompe.

—No exageres, Valentina —sonrió ella y vi sus mejillas con ese tono rosáceo que tan bien

conocía.

—No está exagerando, preciosa —la rodeé por la cintura y le di un beso rápido en los labios —. Y esta noche en mi casa te lo demuestro —susurré.

—Vamos a pedir una copa, que tengo que empezar a acercarme a los invitados y hacer mi trabajo —comentó Valentina.

Llamé a una de las camareras y pedí una copa de champán para cada una, a lo que Valentina dijo que sí que empezaba fuerte la noche. Me eché a reír negando porque desde luego que nuestra relaciones públicas, era única.

Poco después llegaron Lara y Maica quienes se unieron a nosotros, eché un vistazo hacia donde había visto a Ethan y Gonzalo antes de que llegara Marina, y al ver que seguían hablando con un importante empresario les dejé porque seguro que estarían hablando de algún evento.

Valentina fue a saludar a muchos de los invitados, que además eran clientes nuestros, y yo me quedé con Martina y las chicas en la barra.

—No quiero ni pensar cuánto costarán esos yates —dijo Lara.

—¿En compra o en alquiler? —preguntó Martina con una sonrisilla.

—Da igual porque seguro que si quisiera hacer una de esas dos cosas, tendría que vender un riñón, como poco.

—En compra hablamos de millones —dije y las tres me miraron—, en alquiler, depende del tiempo que lo quieras. Un fin de semana pueden ser en torno a unos veinte mil.

—¿Un riñón, he dicho? Añadamos una costilla también, porque... —Lara resopló.

—Está claro que no es apto para todos los bolsillos —sonrió Martina.

—No, no, para los nuestros desde luego. Para él —me señaló a mí— y sus socios, ya te digo yo que sí.

—Podríamos comprar uno si quisiéramos —sonreí.

—Yo también, pero en maqueta y por fascículos —contestó Lara.

Me reía con esas dos amigas de mi chica tanto como con Valentina y con ella misma, porque estaba claro que entre las cuatro formaban un grupo perfecto.

Cuando nos acabamos la bebida pedí una copa de champán para cada uno, al dársela a Martina no pude resistirme a besarla en esos labios rojos que tanto me llamaban y ella sonrió al tiempo que se sonrojaba.

No era ya ningún secreto para nadie que entre nosotros había algo, pero me encantaba ver el sonrojo en sus mejillas temerosa de que nos pudieran ver.

Y entonces le cambió la cara por completo, sus ojos se abrieron y la noté más tensa que nunca. No tardé en ver a Valentina acercándose y cuando le vio la cara a Martina, le preguntó qué le pasaba.

—Está aquí —dijo, y fruncí el ceño.

—¿Quién, preciosa? Porque el socio de la empresa de los yates no puede volver a pisar esta urbanización.

—No, él no, mi ex.

Todos miramos hacia donde lo hacía ella y vi que se iba acercando a nosotros un hombre alto, con traje, una copa de champán en la mano y la otra metida en el bolsillo del pantalón. Tenía los ojos de un azul intenso que no apartaba de Martina en ningún momento, como si ella fuera su objetivo.

—Vaya, pero si es nada más y nada menos que Martina, mi ex —dijo él en un perfecto español, pero con el acento de su país—. Y veo que te va bien —me echó una mirada a mí y después la dirigió a la mano que tenía en la cintura de Martina—. Ahora entiendo por qué hiciste muchas de las cosas que hiciste cuando vivías conmigo.

—Déjala tranquila —le pedí de manera educada y muy, muy civilizada, de verdad que sí, porque no me gustaba el tono que estaba utilizando para hablarle.

—¿Se puede saber qué se te ha perdido a ti aquí? —le preguntó Valentina poniéndose delante de mí chica— Ya le hiciste bastante.

—Perder, no se me ha perdido nada, pero sí que he encontrado algo que no pensaba ver aquí, desde luego —sonrió de medio lado volviendo a mirar a Martina mientras se acercaba la copa para dar un sorbo.

—Pues si no has perdido nada, vete de aquí.

—Ay, Valentina... —hizo un leve chasquido con la lengua— Crees que me conoces, y, sobre todo, que la conoces a ella —señaló a Martina con la copa que tenía en la mano—, pero estás tan equivocada.

—No quiero repetir lo que ya he dicho —le advertí.

—Está claro que ninguno la conocéis realmente. Y yo de ti, tendía cuidado —me dijo mirándome al fin—, no es lo que os ha hecho creer.

Se dio media vuelta y se marchó, Martina seguía tensa y no había abierto la boca en ningún momento.

—Menudo gilipollas el energúmeno ese. ¿Qué cojones hace aquí? —dijo Valentina a quien veía muy, pero que muy cabreada.

—¿Sabía que trabajabas aquí, Martina? —le preguntó Maica, y ella simplemente negó, estaba tan impactada por la presencia de su ex, que no hablaba.

Y entonces le vimos acercarse a los dueños de la empresa de yates y saludarlos de lo más amigablemente, como si le conocieran, y estaba seguro de que así era por la camaradería con la que les trataba él.

—Ahora vuelvo —Valentina se acabó la copa de un sorbo y la dejó en la barra.

Vi que iba hacia la salida con el móvil en la mano y la perdí de vista entre la multitud que entraba y salía de la discoteca.

Ethan y Gonzalo se acercaron a nosotros, saludaron a sus chicas y cuando se las llevaron a bailar le quité a Martina la copa de la mano para poder sentarla en uno de los taburetes y ponerme delante de ella, con ambas manos apoyadas en la barra.

—Preciosa, di algo, porque ya me estás asustando y mucho —le pedí.

—No creí que volvería a verlo en mi vida —murmuró.

—Ey, tranquila —estaba temblando—. No va a hacerte nada, ¿vale?

—Ni siquiera he reaccionado, me quedado helada.

—Es normal, uno no se encuentra todos los días a su ex lejos de donde este vive —le coloqué un mechón de cabello tras la oreja—. Habrá venido por el evento, seguro que no volverás a verlo más por la urbanización.

—Yo alucino —me giré al escuchar la voz de Valentina y vi que se apoyaba en la barra—. Ponme un whisky, larguito —le pidió a la camarera.

—¿Qué pasa? —preguntó Martina.

—Pues he llamado a los de las reservas —me miró y arqueé la ceja—. Sí, sí, ya sé que no debería, jefe, pero entiéndeme. Ella es mi amiga y yo muy curiosa —se encogió de hombros.

—Toma, cielo —le dejó el whisky en la barra.

—Gracias, bonita —sonrió, cogió el vaso y le dio un buen sorbo—. Se va a quedar aquí uno días —suspiró.

—¿Quién? —Fruncí el ceño.

—Logan —dijo Martina en apenas un susurro, Valentina asintió y la escuché suspirar.

—Entiendo que Logan, es tu ex —dije, y ella asintió sin mirarme—. Bueno, no creo que cause problemas, y de ser el caso, lo invitaré amablemente a irse.

—Ya has vetado a un cliente que os generaba buenos ingresos, Conrad, no puedes pedirle a Logan que se vaya si tiene varios días reservados.

—Si tengo que hacerlo, Martina, lo haré.

Ethan y Gonzalo regresaron con las chicas y entre ellas y Valentina trataron de animar a Martina. Yo no quitaba ojo a su ex que hablaba de lo más animado y sonriente con algunos de los invitados y, en especial, con los dueños de la empresa. Se notaba que los conocía de hacía tiempo y por eso le debían haber invitado.

Tenía claro que, si molestaba a Martina de algún modo, no dudaría en pedirle que se fuera. Si ella lo había pasado mal tras la ruptura y llevaba semanas empezando de cero con su vida para superarlo, no iba a permitir que ese hombre apareciera de nuevo para desestabilizarla, que no le cupiera la menor duda al escocés de que así sería.

Martina estaba aún cabizbaja, sonreía, pero era un gesto que no les llegaba a los ojos.

Vi que se despedía de las chicas con un abrazo y Valentina le frotó la espalda mientras le decía algo al oído y ella asentía.

—Me voy a casa —dijo acercándose a mí.

—Quédate conmigo esta noche, preciosa —le pedí agarrándola por las caderas para pegarla a mí y la abracé.

—Prefiero estar sola, de verdad.

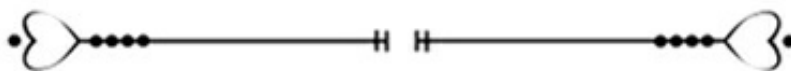
—Entonces te acompaño al coche —le di un beso en la frente y entrelacé nuestras manos para salir de allí.

Cuando subió al coche me dijo adiós con la mano y se marchó sin perder ese rostro triste que había visto desde que apareció su ex.

Regresé dentro y mientras Valentina se mezclaba con los invitados vi que no perdía de vista al escocés, al igual que yo tampoco lo hacía.

Esperaba por su bien que no molestara a Martina, porque lo pagaría.

Capítulo 43



Martina

Había pasado la peor noche de mi vida, con creces, desde que dejé Escocía.

Apenas había dormido porque no podía dejar de pensar en Logan y preguntarme por qué había venido. Pero claro, si conocía a los dueños de esa empresa de yates, estaba claro que lo habían invitado al evento.

A fin de cuentas, yo conocí a Logan aquí en la isla.

Mientras desayunaba me llegó un mensaje de mi madre diciéndome que regresarían al día siguiente, y suspiré al pensar en cómo decirles que Logan estaba aquí, que había vuelto a aparecer en mi vida.

Dejé esos pensamientos a un lado y después de recoger todo salí de casa para ir a la clínica.

A pesar de que era domingo también abríamos, ya que muchos de los clientes de la urbanización aprovechaban ese día para hacer alguna actividad y dejar a sus mascotas en la zona de guardería e incluso había quienes los traían para una revisión o un baño en la zona de peluquería de la que se encargaba Christian.

Como apenas si había dormido llegué a la clínica mucho antes de la hora de apertura, así que abrí y puse todo en marcha para cuando llegara Christian, que era quien trabajaba conmigo cada domingo por la mañana.

Estaba echando un vistazo a los estantes de comida y accesorios para hacer pedido de lo que nos faltaba, cuando entró Christian tan cantarín como de costumbre.

—Jefa, ¿hoy te has caído de la cama? —preguntó acercándose.

—Sí, tal cual —reí—. Voy a cambiarme.

—Vale.

Seguí a lo mío hasta que volvió y nos pusimos los dos a revisar todo y hacer la lista de lo que había que pedir. Las chicas de la guardería estaban ya rodeadas de perros correteando de un lado a otro y jugando con ellos, y en ese momento entró una de las clientas que quería que le diéramos un baño a su perro Max y de paso, le cortara un poco el pelo.

Christian le dijo que podía recogerlo en una hora y media o así, y ella se fue al Club a desayunar con sus amigas.

Me quedé en la recepción haciendo los pedidos, revisando las citas de los pacientes de la semana siguiente y enviándoles un mensaje como recordatorio desde el programa de la clínica al móvil de sus dueños.

Christian apareció con el perro poco antes de la hora que le había dicho a la dueña y le dimos una chuche de las que le gustaban a él y no dudó en darnos unos mimos a cada uno.

Era un Collie blanco y negro precioso, y como todos los perros y gatos que teníamos en nuestra lista de pacientes, era de lo más cariñoso.

La dueña le recogió y tras pagar, se fue de nuevo con su pequeño peludo.

—Mírale cómo camina, jefa —dijo Christian una vez salieron de la clínica—. Si parece que va diciendo aquí estoy yo con mi pelazo, chavales —me eché a reír, pero con ganas.

—Tienes cada cosa, Christian.

—El arte, que me sale solo, jefa.

—Te voy a dar arte yo a ti —negué.

La puerta se abrió y vi a mis tres amigas entrando con una sonrisa en los labios.

—Buenos días, nena. Venimos para llevarte a tomar un *brunch* —dijo Lara.

—A desayunar, Lara, que el *brunch* es más tarde —Valentina volteó los ojos—. Venga cámbiate, que nos vamos al Club —me dijo.

—Vosotras lo de llamar o enviar un mensaje para preguntar si me apetece, no lo habéis barajado, ¿verdad?

—Sí, pero como era más que probable que nos dijeras que no, hemos decidido venir a sacarte de aquí nosotras mismas —contestó Maica.

—Sabéis que los domingos por la mañana estamos nosotros solos.

—Jefa, vete tranquila que me las arreglo —me dijo Christian—. Y si hay una urgencia muy urgente, te llamo.

—¿Ves? Él te llama —dijo Valentina—. Andando, a cambiarte, o te llevo con el uniforme al Club.

—Dios, qué pesadas sois a veces —volteé los ojos.

—Pero nos quieres mucho —contestó Lara.

—A mí, más, que soy su mejor amiga y la favorita de las tres —soltó Valentina.

—Ahora vengo —fui hacia el pasillo y entré en la sala de taquillas para cambiarme.

Ni ganas tenía de ir a desayunar, de verdad, pero las conocía, y sabía de sobra que Valentina me habría sacado de allí con el uniforme de la clínica sin pensárselo ni un minuto, vaya.

Le dije a Christian que, por favor, cualquier cosa me llamara, y salí con ellas.

Lara y Maica libraban hoy y al día siguiente, así que después de que me marchara la noche anterior a mi casa de aquel modo y que se quedaran las tres un poquito preocupadas, querían ver cómo estaba y pasar un ratito conmigo.

Cuando llegamos al Club nos sentamos en una de las mesas y pedimos café, zumo, fruta, tostadas, Donuts y croissants como si hiciera una semana que no probábamos bocado, pero decía Lara que, para levantar el ánimo, nada mejor que un poco de azúcar para el cuerpo.

La madre que la parió, y eso que se dedicaba a la medicina y debería decirme que no me atiborrara a dulces.

Cuando nos trajeron todo charlamos del evento, cuando me marché se confirmaron varias ventas de los yates y Valentina me dijo que una de esas ventas fue a un cliente que ella le había dicho cuál era el yate que más le gustaba y él, se decantó por ese.

—Mira que, si en tu honor, le pone el nombre de Valentina —dijo Maica con una sonrisa.

—Pues tendría que darle una muy buena explicación a su mujer, que se llama Felisa —contestó ella.

Estábamos tan tranquilas desayunando y riendo, cuando vi que se acercaba Logan hacia nosotras. No me podía creer que de verdad fuera a tener la poca decencia de venir para hablar conmigo.

—Tengo que ser sincero, Martina —me dijo.

—¿Qué haces aquí, Logan? Vete, o juro que no respondo —gritó Valentina poniéndose en pie mientras señalaba hacia la puerta del Club.

—No hablo contigo.

—Pero yo sí, y te esto diciendo que te vayas.

—Valentina —la llamé, me miró y me puse de pie para que Logan no viera que me afectaba su presencia—. Dime lo que sea que quieras decirme, y vete.

—Jamás me imaginé que tu único objetivo en la vida fuera engatusar a un hombre rico para atarlo a ti, pero ahora ya no me queda la menor duda de que así es, así ha sido siempre.

—¿De qué estás hablando?

—Has apuntado alto esta vez —contestó mirando a nuestro alrededor—. Se ve que, un CEO como yo, no era suficiente para ti.

—Mira, no sé qué estás insinuando, Logan, pero deja de decir mentiras.

—¿Qué está pasando? —la voz de Conrad a mi espalda hizo que me estremeciera.

—Este gilipollas, que no sé qué dice de que Martina iba en busca de su dinero —le respondió Valentina.

—Será mejor que te vayas y dejes de molestar a Martina, y te lo estoy pidiendo educadamente —le dijo Conrad a Logan.

—Lo que voy a hacer es advertirte, porque no tienes ni la menor idea de a quién has metido en tu cama —Logan miró a Conrad sin perder la misma pose de tranquilidad y despreocupación total que tenía, con las manos en los bolsillos del pantalón—. Martina me fue infiel con otro, ella que decía que me quería y que había dejado su familia por mí, me engañó —en cuanto escuché esas palabras, juro por Dios que sentí que me mareaba, si hasta Valentina me agarró de la mano para que no me cayera—. Lo único que quiso de mí, fue mi dinero. Hasta que conoció a un conocido mío, alguien un poco más importante que yo, y fue a por él, sin detenerse, hasta conseguir seducirlo y acostarse con él durante meses. Quería engatusarlo para que se casara con ella, pero no lo consiguió, y la dejó.

—¡Eso es mentira! —grité con todas mis fuerzas lanzándome a por Logan, que dio un paso atrás solo para evitar que no le pudiera golpear en la cara como era mi intención— ¿Por qué mientes cuando fuiste tú el que dejó de querer acostarse conmigo? Cuando me dijiste que, ahí tenía la puerta si quería irme, y me fui.

—Martina, cálmate, —me pidió Conrad y noté que me cogía por la cintura para evitar que siguiera avanzando hacia Logan—. Y tú será mejor que te marches y la dejes en paz.

—Es que no quiere que cuente el resto, por eso se ha puesto así —sonrió con malicia Logan antes de mirarme de nuevo—. Aquí donde la veis, no es más que una mentirosa, una cazafortunas que, si no consigue lo que quiere, lo coge de otro modo. Tiene más dinero del que os haya dicho, porque seguro que os fue con alguna mentira cuando regresó a la isla, todo para dar pena, pero no la creáis porque a mí me robó varias joyas para venderlas, y no estamos hablando de piezas por las que pueda sacar cien o doscientos euros, hablo de miles.

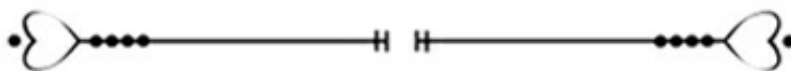
Ahí sí que sentí que me desmayaba, se me bajaba la sangre y el azúcar y no podía ni respirar.

Me senté en la silla y Valentina me dio un par de golpecitos en la cara antes de abanicarme con una libreta que había sacado de su bolso. Maica me dio el vaso de zumo para que bebiera y di un sorbo.

Conrad seguía hablando con Logan, pero no podía escuchar lo que decían, aunque por la cara del primero y la sonrisa del segundo, estaba claro que Conrad le pedía que se fuera mientras Logan me miraba como si aquello fuera un triunfo para él.

Si esto era una broma, que por favor aparecieran las cámaras y me cantaran eso de: *“Inocente, inocente”*. Y si era un mal sueño, quería despertar y volver a mi vida, a la realidad, a estar trabajando en la clínica tranquilamente antes de la noche del evento y no ver a Logan.

Capítulo 44



Conrad

No me podía creer todo lo que acababa de escuchar. Ese hombre había dicho auténticas barbaridades sobre Martina.

Cuando se fue, sin perder la sonrisa y quedándome yo con las ganas de hacer que se le saltara más de un diente, miré hacia la mesa donde Lara, Maica y Valentina trataban de hacer que Martina reaccionara.

Estaba claro que ese tipo la había dejado en un estado de shock fuertísimo, y no era para menos, porque todo lo que había dicho la dejaba en muy mal lugar.

Me senté en una silla al lado de mi chica y vi que se le caían las lágrimas por las mejillas.

—Vamos, nena, tranquila —le dijo Lara.

—Es que no entiendo nada, ¿cómo ha podido mentir de esa manera? —lloraba sin consuelo.

—Yo le daba dos hostias y me quedaba tan a gusto —dijo Valentina—. ¿Será gilipollas, el energúmeno ese? Es un mentiroso, y más malo que el veneno, el muy cabrón. Pero si era él, ¡él! —gritó señalando hacia la puerta por la que se había ido—, el que le hizo la vida imposible a Martina. Era él quien llegaba a las tantas de la noche a su casa, que había tenido mucho trabajo, decía el sinvergüenza. Y la echó sin más de la casa, nunca la dejó trabajar, y la tenía como a una sirvienta a la que follar —resopló—. Nunca me gustó, nunca. Desde que lo conocí te lo dije, no me parecía trigo limpio —abrazó a Martina que seguía llorando—. Ahora que, esto, no se lo perdono. Mira que te ha hecho cosas feas, pero, ¿esto? Es de ser un hijo de puta con balcones a la calle, como decía mi difunta abuela. No le he sacado los ojos, porque estaba el jefe delante y me impedía lanzarme a por él, que, si no, ese va de cabeza a urgencias y se pone a vender cupones el resto de su vida. Qué mala leche me ha entrado por el cuerpo.

—¿Por qué lo habrá hecho, si decís que es mentira? —preguntó Lara.

—Porque quiere hacerle daño otra vez, está claro. Ese desgraciado ha vuelto a ver a Martina y quiere hacerle daño.

—Si ve que no está tan hundida como él pensaba que estaría, y que ha salido adelante sin él —dijo Maica encogiéndose de hombros.

—Lo que ha dicho es mentira, os lo juro —sollozó Martina—. Nunca le fui infiel, nunca estuve con otro, si ni siquiera conocía a sus amigos o conocidos. Creo que, en el tiempo que estuve allí, pude ver a alguno de ellos en dos ocasiones —se secaba las mejillas retirando con las manos esas lágrimas que no dejaban de brotar de sus ojos, y me mataba verla así.

—No llores más, preciosa —le pedí, retirando yo esas lágrimas.

—Tendrías que echarlo, jefe —me dijo Valentina, y desde luego que, ganas, no me faltaban.

—Sí, porque cada vez que la vea, puede volver a atacarla solo para desestabilizarla —dijo Maica, que se ponía ahora sí en el papel de médico.

—No puede hacerlo —negó Martina mirándose las manos, esas que no había dejado de tocarse constantemente y apretar los dedos—. Si lo echas, la empresa pierde esos ingresos, Conrad, ya te lo dije —me miró y le di un beso en la frente.

—Solo quiero que estés bien, preciosa.

—Echándolo de aquí es como mejor vas a estar, Martina —le dijo Valentina—. De verdad, cariño, que ese hombre es malo, y si le jode verte bien, es capaz de cualquier cosa con tal de verte mal. Si ha salido de aquí con una sonrisa que, ni el Joker de Batman, por favor.

—No quiero que lo echas, Conrad, hazme caso.

—Entonces te doy vacaciones hasta que él se marche —le dije.

—¿Qué? No, no puedes hacer eso.

—Sí, sí que puedo porque soy el jefe de los jefes —sonreí haciéndole un guiño para tratar de sacarle una sonrisa, pero no sonrió, en su lugar empezó a negar.

—No voy a quedarme en casa solo porque mi ex esté aquí. Lo único que tengo que hacer es no cruzarme con él ni una sola vez.

—Y si lo haces que no estés sola, porque yo de ese gilipollas, qué quieres que te diga, me espero cualquier cosa —le dijo Valentina.

—Deberías quedarte en casa, preciosa, no serán más de unos días, y así evitamos que vuelva a decirte algo.

—Me vine de Escocia con un dolor grandísimo porque pensé que ese hombre me iba a querer toda la vida, y me echó de su casa sin pensarlo. Volví a la isla, a casa de mis padres después de darles de lado por él y lo hice con la cabeza agachada y la vergüenza más grande que nunca había sentido. Empecé de cero, y ahora que estoy un poquito mejor de cómo llegué a principios

del verano, no me voy a quedar encerrada en casa para darle el gusto de que piense que estoy mal y se alegre. Ya haré por no cruzármelo por la urbanización, como si tengo que hacer vida nada más que en la clínica porque, hasta donde yo sé, ese hombre no soporta ni a los perros ni a los gatos, todo lo que sea mancharse de pelos sus impecables trajes es un crimen para él —volteó los ojos.

—Él sí que es un crimen, un espermatozoide desperdiciado, vamos. Contenta estará la madre —resopló Valentina.

—No me pidas que me quede en casa, Conrad, porque no lo voy a hacer. Él me dijo que no tenía que trabajar, que él podía mantenernos a los dos, y le hice caso. Entendí al final de esa relación que solo quería hacer que me sintiera completamente dependiente de él. Por favor, no me digas qué hacer porque eso es cortar mi libertad como la cortó él. No voy a quedarme en casa, voy a seguir viniendo a trabajar todos los días, y ya haré por no encontrarme con él.

—Jamás te haría sentir mal no te privaría de tu libertad, preciosa, solo quiero que no lo pases mal si vuelas a verlo.

—Gracias por preocuparte —sonrió al fin, pero como la noche anterior, ese gesto no les llegó a los ojos, esos que aún tenía rojos y humedecidos por las lágrimas.

Se levantó, dejó que las chicas la abrazaran y tras darle un beso a cada una, se fue de nuevo a la clínica.

—No puedo creer que ese cabrón haya tenido la poca vergüenza de decir todo eso de Martina. Es que me hierva la sangre, en serio. Y no voy a dejarle sin dientes, jefe, porque me jugaría el despido —dijo Valentina—. Mira que siempre lo tuve por un tío malo, pero es que con esto ya, me queda claro que es un veneno ponzoñoso lo que tiene en las venas.

—Pobre Martina —suspiró Maica.

—De verdad que no entiendo qué puede ganar él con mentir de esa manera —comentó Lara.

—Jefe, dime que no le has creído —miré a Valentina y fruncí el ceño—. Martina no es como él ha dicho, tú lo sabes, la conoces, aunque sea de poco tiempo. Ella es la persona más buena y noble que hay en el mundo, de verdad. Dime que no crees las palabras de ese energúmeno.

—Sé lo que tengo que saber sobre Martina, y nadie va a venir a decirme que es algo que yo no he visto, Valentina.

—Seguro que le ha jodido verla bien y contigo, que eres más guapo que él.

—Seguro que es eso, sí —se me escapó una risilla.

—Va a ser difícil que Martina no se lo encuentre por aquí —dijo Maica.

—Conociéndola, se las arreglará para no hacerlo —sonrió Lara.

—Lo que está claro es que, cuando yo esté con ella, no pienso dejarla sola ni un segundo, como si me tengo que meter en el baño con ella y quedarme delante de su puerta en plan policía.

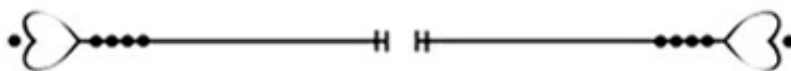
—Pues te voy a decir una cosa, Valentina, el uniforme de policía te sentaría de maravilla, con ese culo que tienes y en tacones. Vamos, que más de uno querría que le cachearas —rio Lara.

Y yo en ese momento pensé en la noche que llevé a Martina al cuarto de la lujuria, cuando me puse el uniforme de policía y vi esos ojos contemplándome con deseo.

Por supuesto que no creía las palabras de ese hombre que, como decía Valentina, pensaba que su ex estaría echa polvo, desolada y sin levantar cabeza, y en lugar de eso la había encontrado feliz, tranquila, rodeada de amigos y a mi lado, un hombre rico como él había insinuado, sí, pero que tenía claro que ella no iba detrás de mi dinero, tal como quería hacernos pensar a todos.

Conocía a Martina, sabía la clase de mujer que era, y el gran corazón que tenía, ese que él se encargó de hacer pedazos y yo reconstruí.

Capítulo 45



Martina

Después de volver a ver a Logan hacía dos días, el anterior podría decirse que lo había superado, más que vivido, de manera automática, como lo haría un robot siguiendo una rutina de instrucciones impuestas en su sistema.

No salí de la clínica hasta que acabé la jornada, me tomé allí un café, pedí en el Club algo rápido para comer y que me lo trajeran, y ni siquiera dejé a Conrad que viniera a verme, por suerte él entendió que necesitaba mi espacio y tan solo me envió un mensaje poco antes de irme a casa para preguntar cómo estaba y desearme buenas noches.

Cuando llegué, mis padres ya habían vuelto de sus días de descanso y procuré que no me notaran nada, así que hice de tripas corazón y sonreí mientras me contaban todo lo que hicieron y veía las fotos.

Me fui a la cama justo después de cenar con la excusa de que estaba cansada porque había sido una mañana bastante ajetreada, pero la verdad era que no quería que me vieran mal.

Y en cuanto a dormir, como había ocurrido desde la noche del evento en la que vi de nuevo a mi ex, a ese fantasma del pasado que pensaba que no volvería a ver, apenas conseguí dormir unas pocas horas.

Acababa de apagar la alarma del móvil, aunque llevaba despierta y mirando por la ventana desde hacía media hora. Suspiré mientras me levantaba y fui a refrescarme la cara para quitarme esos restos de cansancio que mostraba por las noches que llevaba sin dormir.

Me aplique algunas cremas, base iluminadora y un poco de maquillaje para darle un aspecto vivo a mi rostro y no de muerta viviente como estaba segura que me habría dicho Valentina, y me vestí para ir a prepararme el desayuno.

Encontré a mis padres en la cocina y sonreí, puesto que había olvidado que ellos estarían levantados mucho antes de que yo lo hiciera para desayunar conmigo.

—Buenos días —dije al entrar, y ambos sonrieron mirándome.

—Buenos días, hija —mi padre me dio un beso en la mejilla cuando me acerqué a él, que estaba tostando el pan.

—Ese café huele de maravilla, mamá —le di un beso a ella también, que me dio un abrazo.

—Anda, siéntate que ahora te pongo el tuyo.

Mi móvil estaba en silencio desde que me fui a la cama, y lo noté vibrar en la mano mientras me sentaba.

Era un mensaje de Valentina y sonreí, porque ya tardaba en querer saber cómo estaba.

Valentina: *Buenos días, cariño. ¿Cómo estás? Ayer quise ir a verte, pero Conrad me dijo que ni siquiera habías salido a comer. Escúchame con las dos orejitas que tienes, y lee bien con esos preciosos ojos. No dejes que el energúmeno ese te amargue porque tú vales mucho. Y tampoco quiero que, para no cruzarte con él por la urbanización, te quedes en la clínica metida todo el día, que te tiene que dar el sol, o acabarás sin vitamina D y con la piel más pálida que una muerta viviente. Te quiero cariño, y sabes que me tienes para lo que necesites.*

Martina: *Buenos días, preciosa. Estoy, que no es poco. Apenas duermo, pero tranquila que sabes que, de siempre, mi cabeza le dio vueltas a todo. Ayer no me apetecía ver a nadie, por eso me quedé sola en la clínica. Sé que estás ahí si necesito dar cuatro gritos, como me dices siempre, y te lo agradezco. Voy a desayunar que ya están mis padres de vuelta, y salgo para la clínica. Te quiero.*

—Toma, mi vida —miré a mi madre tras dejar el móvil en la mesa y sonreí al ver que me ponía el café y un plato con dos tostadas con jamón delante.

—Gracias.

No tardaron en sentarse y empezamos a desayunar, me preguntaron qué tal iba la clínica y volvieron a alabar el gesto tan bonito que había tenido Conrad al ponerla en la urbanización para que pudiera trabajar de lo mío.

—Es un buen hombre —dijo mi padre.

—Sí, me gusta para ti, Martina —mi madre sonrió.

—A ver, que nos estamos conociendo, y ya.

—Pero él ya nos conoce a nosotros, y nos dijiste que habías conocido a sus padres —rebatí ella, y sí, claro que se lo conté.

—Es mi jefe, mamá, por eso conocemos a nuestros padres.

—Claro, claro. Sea como sea, lo veo un buen hombre y a ti te he visto más feliz que nunca. Y, digo que te he visto, porque desde ayer te noto rara. ¿Qué te pasa?

Suspiré, porque estaba claro que por mucho que tratara de esconder mi estado, eso a mi madre no se le iba a escapar. Las madres tenían un sexto sentido para estos casos que, de verdad, daba miedo.

Les dije que Logan estaba en la isla, que le vi días atrás en el evento al que fui y que se había alojado en la urbanización para pasar unos días, y todo lo que había dicho aquella mañana en el Club, la de mentiras que salieron de su boca y el daño que me hicieron al escucharlas, delante de mis amigas y de Conrad, y lo que este último me pidió que hiciera, de no ir a trabajar hasta que Logan se marchara.

Mi madre se quedó de lo más incrédula y no le faltaba razón, la verdad, porque yo misma me encontraba así desde entonces.

—Deberías haber hecho caso a Conrad y no ir estos días —dijo mi padre.

—¿Y que se saliera con la suya pensando que estaba echa una mierda? No, papá, no iba a hacerlo.

—Bueno, solo te pido que, si te lo cruzas por allí en algún momento, no le dirijas la palabra, no entres en su juego para contestar a lo que te diga, simplemente hazte la que no oíste nada y sigue caminando, no te quedes sola con él porque no sabemos qué puede intentar hacerte.

—Es que no entiendo por qué al verme contó esas mentiras, de verdad que no lo entiendo —dije comenzando a llorar.

—Hija, ese hombre ha visto que no te quedaste en casa llorando cuando te dejó y que estás con alguien mejor que él, y eso su ego de macho no lo ha soportado —me contestó mi madre—. Pero haz lo que te dice tu padre, ni caso a sus palabras, que todos saben cómo eres, y no van a creer a ese esperpento.

—Es que no sé qué malo le hice a él para que diga esas cosas, si alguna vez yo pensé que él me engañaba con otra.

—No llores, cariño, ese hombre no merece ni una lágrima tuya —mi madre me abrazó y cogió un pañuelo para limpiarme las mejillas—. No te quiso bien, y ahora que ha visto que sin él has salido adelante, le molesta.

—Hija —mi padre me dio un apretón en la mano—, no dejes que las malas palabras de ese hombre te roben la paz.

Asentí, y tras despedirme de ellos salí de casa y subí al coche para ir a la clínica.

Debía hacer caso a mis padres e ignorar a Logan, no escuchar lo que me dijera y seguir con mi vida pues realmente era eso lo que parecía molestarle a él, que en vez de encontrarme rota y sin nada porque durante los dos años que estuve en su casa siempre dependí de él, me vio feliz y con otro hombre.

Aparqué cerca de la puerta y al entrar me saludó Patricia, como siempre, con esa sonrisa que la caracterizaba y alegraba los días de todos.

Me recordó mis citas de la mañana y fui a la sala para ponerme el uniforme que traía en mi bolsa de deporte.

Tras recogerme el pelo en un moño desenfadado para que no me molestase a la hora de atender a mis pacientes de cuatro patitas, entré en la sala uno donde me tocaba estar hoy y vi que Raúl ya estaba preparando todo para recibir a nuestro primer paciente, ese que llegó cinco minutos después y con esa felicidad y simpatía que le caracterizaba.

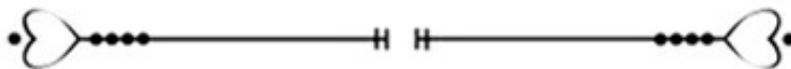
—Buenos días —nos saludó la señora Gómez, la dueña de Milo, un dálmata precioso.

—Buenos días. Vamos a ver qué tal está esté campeón —dije con una sonrisa.

Pero antes de que Raúl pudiera cogerle para subirle a la mesa, Milo se puso a dos patas para saludarnos a ambos mientras movía su cola completamente feliz.

Siempre me gustaron los animales y supe que este sería el trabajo perfecto para mí, y desde que me dedicaba de lleno a la clínica que Conrad había montado en la urbanización, no hacía más que confirmar cada día que merecía la pena haber pasado por lo que me tocó pasar con Logan para haber llegado a este momento, porque ver a estos angelitos sin alas tan agradecidos con cada gesto de cariño y cuidado que les dábamos, era lo que hacía que sintiera mi corazón lleno de felicidad.

Capítulo 46



Conrad

Le había dado tiempo y espacio a Martina, respeté que el día anterior quisiera estar sola y me contuve de ir a buscarla, pero no iba a permitir que hoy se quedara allí en la clínica comiendo sola, así que me adelanté a sus pensamientos y fui a buscarla.

Sabía que era Patricia quien había pedido la comida en el Club, así que cuanto entré en la clínica le pregunté si Martina le había pedido que hoy hiciera lo mismo.

—Sí, estaba a punto de llamar —me contestó.

—No lo hagas, hoy la llevo a comer conmigo.

—Vale —sonrió.

Me quedé sentado en la zona de espera, todos los empleados se despidieron de mí al salir y cuando me quedé solo, eché la llave en la puerta desde dentro y fui hacia el despacho de Martina, donde sabía que iba a encontrarla.

Al abrir la puerta ella miró y frunció el ceño.

—Conrad, ¿qué haces aquí? —preguntó.

—Recogerte para ir a comer —dije mientras caminaba hacia su sillón, donde estaba sentada trabajando en el ordenador.

—Le he dicho a Patricia que me pida algo de comer.

—Y yo que no lo hiciera.

—¿Qué? ¿Por qué lo has hecho?

—Porque quiero que comas conmigo. No quiero que te quedes aquí encerrada como si fueras una reclusa.

—No quiero ver a nadie, Conrad —dijo volviendo a centrarse en el ordenador, y moví su sillón para que quedara frente a mí, al tiempo que me ponía en cuclillas.

—¿Ni siquiera a mí, preciosa? ¿Es que no me has echado ni un poquito de menos desde el domingo?

—Conrad...

—Dímelo, ¿no me has echado de menos?

—Sí —suspiró—, claro que sí,

—Pues ya estoy aquí —sonreí acariciándole la mejilla—. No me gusta verte así, con la mirada triste otra vez. Es como si todo lo que ha pasado desde que empezaste a trabajar aquí, se hubiera esfumado. Ese hombre no merece que estés así.

—Todo lo que dijo es mentira, yo nunca lo engañé con nadie.

—Ey, yo te creo, ¿vale? —me acerqué con esas ganas que tenía desde hacía días de poder besarla, y lo hice.

Sentí el calor de sus labios rozando los míos y con ese simple gesto Martina me dio la vida de nuevo.

No quería verla mal por las palabras dañinas que había dicho su ex sobre ella, pero si no me dejaba estar a su lado no podría darle ese consuelo que pudiera necesitar.

Y como siempre nos ocurría cuando estábamos juntos, ese primer beso que di con calma y ternura, pasó a ser mucho más intenso y apasionado, hasta el punto de que la propia Martina llevó sus manos a mi camisa y la agarró con fuerza tirando de mí.

—Conrad —jadeó en mi boca y la miré.

En sus ojos vi ese brillo del deseo y el anhelo, de la necesidad de entregarse a mí, sonreí dejando un beso rápido en sus labios y la ayudé a levantarse al tiempo que yo me incorporaba.

Volví a besarla y, tras desanudar el cordón de sus pantalones, se lo quité junto con las braguitas que llevaba y la senté en el escritorio colocándome entre sus piernas.

Fui besando su cuello mientras subía con mis manos por ambos muslos, acariciándolos despacio hasta que mis pulgares quedaron peligrosamente cerca de su sexo.

Martina jadeó y vi que dejaba caer la cabeza hacia atrás para darme un mejor acceso a su cuello, mientras sus dedos jugaban con mi cabello.

—Desabróchate la camisa, preciosa —le dije, y ella obedeció.

Cuando tuve sus turgentes y apetecibles pechos ante mí, le dije que bajara la tela que los cubría y lo hizo, liberando así ese manjar que iba a saborear.

Bajé con mis besos por su torso y encontré mi objetivo, un pezón ya erecto y deseoso de ser atendido.

Lamí y mordisqueé haciendo que ella se excitara mientras mis manos aún seguían en sus muslos, quietas, con los pulgares de esa zona en la que tanto deseaba esta con mi miembro.

Fui hacia el otro pezón para darle las mismas atenciones y ella seguía gimiendo, agarrada ya a la mesa con fuerza mientras veía cómo movía las caderas de manera muy sutil, queriendo incitarme para que la tocara en la entrepierna.

Lo hice por fin y Martina soltó el aire acompañado de un gemido, tenía los ojos cerrados y la cabeza dejada caer hacia atrás, abandoné su pezón y subí de nuevo a sus labios dejando un camino de besos hasta que me recibió con un profundo beso cargado de deseo y necesidad.

Estaba claro que mi chica necesitaba descargar toda esa tensión acumulada que tenía en el cuerpo desde que vio a su ex, y yo estaba más que dispuesto a ayudarla con eso.

Moví los pulgares sobre su clítoris, lo hacía despacio, sin prisa, solo para que Martina fuera entrando en ese estado de desconexión que quería que alcanzara para poder llevarla a un orgasmo liberador e impresionante.

Seguí jugando con ese pequeño botón que tanto placer le daba a mi chica y aparté uno de los pulgares para comenzar a penetrarla. Gritó y vi cómo se mordía el labio con esa cara de puro deseo y placer, y asalté sus labios para besarlos y morderlos presa del deseo que me envolvía a mí también.

Sentía mi miembro palpar bajo la ropa, quería salir y enterrarse en ella, pero iba a esperar, iba a darle a Martina ese momento de liberación que necesitaba.

La penetraba con dos dedos y ella no dejaba de gemir y gritar moviendo las caderas para que mis penetraciones fueran más profundas mientras con el pulgar seguía excitándola.

Abandoné sus labios y me centré de nuevo en ese par de pezones que tenía completamente erectos. Lamí, mordí, tiré de ellos arrancándole gritos y gritos de placer, y comencé a mover más rápido mis manos para llevarla al punto en el que quería dejarla.

Cuando Martina estaba a solo unos minutos de correrse, me detuve y me aparté. En sus ojos, brillantes y cubiertos de deseo, vi esa pregunta silenciosa que me hacía de por qué paraba, sonreí de medio lado y me senté en su sillón.

Le coloqué las piernas sobre mis hombros y comencé a lamer su zona muy rápido, mientras ella gritaba y se movía para sentir mi lengua por todos los rincones.

Estaba tan húmeda y excitada que sabía que, con apenas unos minutos con mi lengua entre sus

piernas, Martina se correría de un modo brutal.

Y así lo hizo, agarrada con una mano a la mesa y con la otra en mi hombro, gritando a puros chillidos, moviendo sus caderas de un modo mucho más frenético. Hasta que liberó el clímax por completo y la escuché respirar de manera entrecortada.

Cuando me aparté le di un beso en el interior del muslo y al encontrarme con su mirada, era de satisfacción.

—No creas que hemos terminado, preciosa —dije levantándome y, tras desabrocharme los pantalones, la acerqué a mí y me enterré en el calor de su humedad de una embestida.

Ambos gemimos ante el contacto y comencé a moverme rápido y con fuerza, entrando y saliendo de ella mientras nos besábamos con auténtica desesperación, mientras sus manos jugaban con mi cabello y las mías se aferraban fuertemente a sus caderas.

La tomé allí mismo con esas ganas que no solo yo tenía de estar con ella, sino con las que ella misma me había mostrado con su mirada. La hice mía una vez más, ayudándola a liberar esa tensión acumulada y que olvidara a su ex.

Comencé a moverme mucho más rápido, más fuerte y profundo, y noté el momento exacto en el que ambos íbamos a liberar el clímax, ese que dejamos ir al unísono y cuando los últimos coletazos de un orgasmo tan brutal como el nuestro llegaron a su fin, permanecí dentro de ella mientras nos abrazábamos y besábamos.

No hubo palabras, tan solo una mirada que dijo lo que ambos necesitábamos saber.

La ayudé a bajar y mientras ella iba a la sala de las taquillas a cambiarse de ropa, yo entré en el baño para asearme un poco antes de irnos al Club.

Estaba preciosa con aquel peto vaquero que llevaba con una camiseta rosa pastel debajo y las cuñas blancas.

Caminamos de la mano por la urbanización sin que nos importara lo más mínimo lo que dijera nadie, pues ya todos sabían que ella, era mi chica.

Llegamos al Club y nos sentamos en una mesa los dos solos, Ethan y Gonzalo estaban en nuestro sitio de siempre, pero quería estar a solas con ella, y los dos lo entendieron.

Pedimos una botella de vino blanco, una ensalada César para compartir y un pescado a la parrilla con patatas.

Martina sonreía de vez en cuando mientras comíamos y me contaba algunas anécdotas que les habían pasado estos días con algunos de sus pacientes, cachorros de perro en su mayoría que solo pensaban en jugar o hacer alguna travesura.

Estábamos ya en los postres cuando vimos aparecer a Logan y a ella le cambió la cara.

—Cálmate, por favor —le pedí cogiéndole la mano por encima de la mesa—. No huyas de él ni te escodas, simplemente ignóralo.

Martina suspiró y acabó asintiendo, pero estaba claro que su ex no iba a dejar pasar la oportunidad de hablar de ella. Estaba al teléfono y comenzó a hacer comentarios sobre ella, y por cómo hablaba entendí que debía ser con alguien que conocía a Martina de cuando vivió en Escocia.

Ella estaba cabizbaja, no lloraba, pero la conocía y no creí que fuera a tardar en hacerlo. Así que me levanté, fui hacia la mesa donde estaba él, y me puse más serio que nunca.

—O dejas de mentir y faltarle el respeto a Martina, o tendré que echarte de la urbanización.

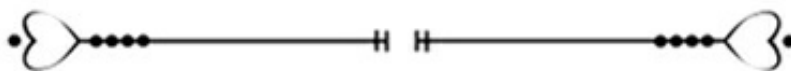
—No son mentiras, y más pronto que tarde me acabarás dando la razón en todo —me contestó, con una chulería y una sonrisa de medio lado, que me tuve que contener mucho para no darle un puñetazo y borrarla de la cara.

Regresé a mi mesa y Martina no dijo una sola palabra hasta que terminamos de comer y nos despedimos en la puerta del Club para irse a la clínica.

Y su ex no nos quitó la vista de encima en ningún momento, cosa que me molestaba porque lo hacía con esa sonrisa de quien se sabe ganador en una batalla.

Pero no le iba a permitir que consiguiera desestabilizar a Martina y que volviera esa tristeza que tenía.

Capítulo 47



Martina

Les había costado, a las chicas les había costado convencerme para que saliera esa noche con ellas, y estuvieron desde primera hora de la mañana diciéndome que, o salía con ellas, o me sacaban de los pelos de mi casa.

Capaces eran, eso desde luego, pero es que yo no tenía cuerpo para salir porque sabía que cabía la posibilidad de encontrarnos con Logan, al igual que el día anterior le vimos Conrad y yo en el Club cuando me llevó a comer.

Ni siquiera fui a casa a cambiarme, esa mañana había salido con unos vaqueros cómodos, una camiseta de hombro caído y las cuñas, así que en cuanto dimos por finalizada la jornada en la clínica, me despedí de los demás y cogí el coche para ir al Club donde me esperaban las tres para cenar.

En cuanto me vieron llegar a la mesa donde estaban sentadas, sonrieron y empezaron a aplaudir.

—Esa Martina, cómo mola, se merece una ola —gritó Lara—. *Wiiiii* —dijo la muy loca levantando los brazos.

—Pues nada, ya sabe todo el mundo que he llegado —suspiré.

—Sí, sí, que yo estaba pensando en ir a buscarte —dijo Valentina poniéndose en pie para darme un abrazo—. Estás preciosa, cariño —sonrió.

—No he ido a casa, o no habría venido.

—Lo sé. Venga, que hemos pedido vino blanco afrutado de ese tan rico que hay aquí.

Lara y Maica también me dieron un abrazo y nos sentamos, Valentina llenó mi copa de vino y di un sorbo antes de que se acercara el camarero para tomarnos nota.

—A ver, nos pones unas mini croquetas surtidas, un poco de marisco, y de plato principal, los

solomillos a la pimienta —pidió Valentina con una sonrisa, él asintió y fue a hacer el pedido.

—Bueno, ¿qué tal por la clínica? —preguntó Maica.

—Muy bien —sonreí, y mientras esperábamos a que nos sirvieran la cena, charlamos del trabajo.

Valentina nos puso al tanto de algunos cotilleos de la urbanización, y es que habían llegado un par de actores que estaban dando mucho que hablar en los últimos meses. Eran de lo más atractivos y habían rodado una película de acción que estaba teniendo muy buenas críticas, y según nos dijo Valentina, se hablaba de una segunda parte y que, si era un éxito también, podrían hacer toda una saga sobre ellos.

Pero el chisme en cuestión como dijo, era que habían venido acompañados de un par de modelos con las que al parecer tenían un romance, de esos que nadie podía confirmar, pero todos sospechaban.

Valentina era un encanto, de verdad, pero le gustaba un buen chisme con el que mantenerse entretenida de vez en cuando.

Disfrutamos de la cena y nos hicimos varias fotos que Valentina no dudó en subir a sus redes y etiquetarnos a las tres, poniendo que era una noche de chicas y que nadie, absolutamente nadie, nos la iba a amargar.

Sabía que Logan no iba a ver ese comentario porque no seguía a Valentina en redes, pero ahí lo tenía por si quería entrar y cotillear. Sabía que tampoco veía las mías porque, aunque ambos las teníamos en abierto nunca nos seguimos el uno al otro. Así de importante fui yo para él, vamos.

No pudimos resistirnos a pedirnos postre y acabamos decantándonos por un delicioso brownie con helado de vainilla y chocolate caliente por encima.

—Y para la digestión, un chupito de licor —dijo Lara cuando acabamos, y llamó al camarero para pedirle cuatro chupitos de licor de café.

—Si seguimos viniendo aquí a comer o cenar, voy a tener que ponerme un gimnasio en casa —comentó Maica.

—Pero si aquí hay gimnasio, aprovecha que eres medio socia y ve —rio Valentina.

—No, no, yo me lo pongo en casa, que veo que según salga del gimnasio me paso por aquí a por la cena.

—Y adiós a las calorías perdidas —reí.

—Exacto.

Tras tomarnos el chupito fuimos hacia la discoteca. Cuando le dije a Conrad que salía esta noche con las chicas me dijo que no iba a molestarme lo más mínimo, que me dejaría disfrutar con ellas y que, si me veía, se limitaría a saludarme, mirarme con cara de cachorro para que me diera pena, y ya.

Me reí al escucharlo decir aquello, pero estaba claro que, si lo veía, yo misma me acercaría para saludarlo como debía hacerlo.

Entramos en la discoteca y como era habitual estaba llena, todo el mundo se encontraba repartido por cada rincón disfrutando de la música, de una copa, la compañía y de la noche en todo su esplendor.

Fuimos a la barra y Valentina pidió una botella de champán y cuatro copas, dijo que esta noche, nada de mojitos ni chupitos, ni nada de eso, que nos íbamos a beber esa botella de champán para brindar por nosotras.

Y tras ese primer sorbo, vi que Valentina fruncía el ceño al ver algo. Eché un vistazo hacia donde ella miraba y vi a Logan con una mujer.

—Es la cuarta noche que lo veo con esa camarera —dijo Valentina—. Y siempre así, de lo más cerquita y juntitos.

—Esos han follado, no hay más que verles las caras —comentó Lara.

—Pues no sabe esa pobre con quién ha ido a juntarse, vamos —Valentina resopló—. En fin, al menos si está entretenido se olvida de ti —me hizo un guiño y sonreí negando.

Nos quedamos allí con nuestras copas bailando sin importarnos nada ni nadie más, hasta que vi a Conrad en un lateral de la discoteca, apoyado en una de las mesas altas, tomando un whisky con Ethan y Gonzalo.

Nuestras miradas se encontraron y yo sentí de nuevo ese rubor en mis mejillas de los primeros días en que nos veíamos, y es que a pesar de que ya no me imponía tanto, porque sí que lo seguía haciendo, y que nos habíamos acostado más de una vez desde aquella primera en Jamaica, aún me sonrojaba y me estremecía al ser objeto de su mirada.

Y tal como dijo, me saludó levantando su vaso y puso cara de cachorro, así que me tuve que reír. Le dije a las chicas que iba a saludar a Conrad y regresaba en cinco minutos, y fui hacia su mesa.

—Hola —saludé al llegar.

—Martina, me alegro de verte —dijo Gonzalo.

—Sí, ya pensábamos que te quedabas a vivir en la clínica —comentó Ethan con una sonrisa.

—Cualquier día me pongo un sofá cama en el despacho —me salió una risita.

—Hola, preciosa —Conrad me rodeó con el brazo y me dio un beso—. ¿Cómo estás?

—Bien, las chicas se están encargando de animarme.

—Eso está bien. ¿Le has visto? —curioseó y asentí.

—Tranquilo, que lo voy a ignorar.

—Cualquier cosa, me llamas.

—Vale —me puse de puntillas y le di un beso en los labios que me dejó con ganas de más, y sabía que a él le pasaba lo mismo.

—Diviértete, preciosa —me dio un leve apretón en la nalga y me despedí de ellos para volver con las chicas.

Valentina me esperaba ya con la copa llena de nuevo y reí negando, pero es que no iba a aceptar que me negara.

—Volvemos a vernos, Martina —escuché la voz de Logan a mi espalda y cerré los ojos para calmarme—. Veo que sigues teniendo a todos engañados, como me tenías a mí. Me defraudaste mucho, pero ahora me alegro de haberte sacado de mi vida —le seguía escuchando, pero sin girarme, no quería verlo.

—¿Por qué no nos haces un favor y te vas de vuelta a Escocia, gilipollas!

—gritó Valentina, y por el rabillo del ojo vi que le daba un empujón— O

mejor, al Infierno para que ardas como el jodido demonio que eres.

—Valentina, para —le dijo Maica.

—Nunca me caíste bien, eras una mala influencia para ella.

—¿Yo era una mala influencia? —chilló Valentina— Tú te portaste con ella como un cabrón, la tenías como una sirvienta, o peor. No sé qué quieres conseguir estando aquí, pero te juro que, si vuelvo a escuchar tus mentiras, te mando a urgencias sin ojos y sin lengua.

—Valentina —le cogí la mano mientras la miraba por encima del hombro, y ella me miró. Negué para que por favor no siguiera y la vi con los dientes apretados.

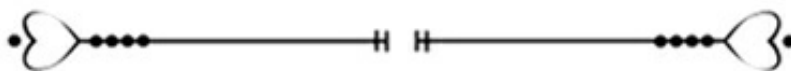
—Nunca creí que precisamente tú me fueras a defraudar tanto, pero está claro que los golpes nos llegan de quien menos esperamos.

—O te vas ya de aquí, o juro que te saco de los huevos y arrastras —dijo Valentina entre dientes.

Vi que Logan se marchaba, ella suspiró abrazándome y al mirar hacia la mesa donde había estado Conrad con los chicos vi que ya no estaban, agradecí que no hubiera visto aquello porque posiblemente se habría acercado y la cosa podría haber acabado mucho peor.

Al final sí que me había amargado la noche mi ex, así que me despedí de las chicas y me fui a casa, llorando durante todo el camino porque no podía entender que Logan me tratara así.

Capítulo 48



Conrad

Había buscado por todo el armario, y ni rastro de los dos relojes. Habría jurado que los traje en la mudanza, pero, ¿y si no era así? Porque, ahora que lo pensaba, esos los había tenido en casa de mis padres antes de que me dieran la casa anterior.

Iba a volverme loco, y sí, tenía algunos relojes más, pero ahora que estaba dudando de dónde podrían haberse quedado, llamé a mi madre.

La pobre sabía a cuáles me refería, pero dijo que no lo había visto desde antes de que me fuera a mi antigua casa.

Así que tenía dos relojes en paradero desconocido, porque estaba claro que no se habían ido andando ellos solos de mi casa.

Terminé de vestirme y fui hacia las oficinas para ver al asesor y hablar con él de unos asuntos que me dijo la tarde anterior que me quería comentar, eso no me llevó más de una hora y cuando acabé, fui al Club para tomarme un café.

Allí me encontré con algunos de los clientes que me felicitaban por lo bien que estaba montado todo, me daban las gracias por haber pensado en sus mascotas también y poner no solo la clínica para que los atendieran, sino también la guardería, y yo sonreí pensando en Martina.

Me senté en nuestra mesa habitual y pedí el café, ese que estuve tomando mientras trabajaba en la Tablet, revisando el correo y demás, hasta que aparecieron Ethan y Gonzalo para unirse a mí.

Pedimos café para todos y comenzamos a hablar de trabajo y ultimar detalles para el evento de esta noche en la discoteca.

Mi móvil sonó en ese momento y vi que era mi madre, dijo que había estado mirando en mi antigua habitación para ver si encontraba los relojes pero que no los había visto, y que le preguntó a mi padre, y tampoco.

—Vale mamá. No te preocupes, ya aparecerán. Adiós.

—¿Qué pasa? —preguntó Gonzalo cuando colgué.

—Los relojes que nos compramos iguales hace ya varios años, no los encuentro.

—¿Esos que pillamos cuando pusimos la primera disco?

—Esos, Ethan.

—¿Cómo no los vas a encontrar? ¿Has mirado bien?

—Sí, Gonzalo, he mirado bien. Sé que siempre los dejo en el armario vestidor, están todos en un mismo lugar, pero hoy no he visto esos dos. Y juro que pensé que los había cambiado de sitio, he buscado, y no.

—A ver, hermano, que es un armario vestidor, no el armario de Narnia. Tendrán que estar ahí, y no has buscado bien.

—Qué gracioso eres Ethan, en serio, qué gracioso. ¿Quieres ir tú a buscar?

—Claro, que soy ahora Indiana Jones buscando el arca, no te jode —resopló.

—Igual los has puesto en otro lugar de la habitación y no te acuerdas, Conrad —dijo Gonzalo un poco más pacificador.

—Eso ha debido ser cosa de Martina —escuchamos una voz que ya conocía bien, y al girarme, vi que Logan estaba sentado en la mesa justo detrás de la nuestra. Me daba la espalda, pero sabía que era él.

—¿Qué cojones has dicho? —preguntó Ethan en un tono para nada amable.

—Que los relojes de tu amigo seguro que se los ha llevado Martina —contestó al tiempo que se giraba para mirarme—. Ya te lo advertí, pero no quisiste hacerme caso.

Me levanté y fui directo hacia él, lo agarré de la camisa y me incliné para que me viera bien. Estaba ya cansado de él y sus insinuaciones, de las mentiras que había dicho sobre Martina y seguía diciendo.

—Deja de mentir y de querer seguir haciendo daño a Martina —le advertí—, o juro que no respondo.

—Yo le haría caso, por menos de lo que tú estás haciendo, hizo sangrar a un tío y lo vetó de la urbanización —dijo Ethan.

—No estoy mintiendo, así empezó en mi casa. Primero noté que me faltaban unos gemelos, después, un reloj, poco más tarde fue un sello herencia de mi familia que me ponía en contadas

ocasiones, y así cada vez fueron desapareciendo algunas joyas hasta que descubrí que era Martina quien las robaba para venderlas, al igual que descubrí lo de su amante. La eché de casa para que no siguiera robándome, pero ella ya tenía una pequeña fortuna en dinero a mi costa.

—Que dejes de mentir, ¡joder! —grité mientras daba un golpe sobre la mesa, mirándolo fijamente con toda la rabia que sentía por cómo hablaba de Martina, esa mujer de corazón noble a la que yo conocía.

—Conrad, para —me pidió Gonzalo, que estaba claro que veía por mi cara las intenciones que tenía de darle un puñetazo a este gilipollas, o tal vez dos, quién sabía si tres.

—Puedes seguir tan ciego como hasta ahora, o abrir los ojos y darte cuenta de que Martina no es la mujer que te ha hecho ver que es. Es mentirosa y para conseguir lo que quiere, hará lo que sea. Solo quiere un marido rico que la mantenga, nada más.

Lo solté con rabia antes de cometer una locura, porque ganas desde luego que no me faltaban y quería darle con todas mis fuerzas. Y no me gustaba la violencia, de verdad que no, pero cuando se trataba injustamente a alguien como Martina, a quien conocía desde hacía poco, pero que me había demostrado que era una mujer maravillosa, perdía los papeles como ahora.

Ese gilipollas no la conocía como yo por mucho que hubiera estado viviendo dos años con ella y otros tantos meses de relación hasta que ella se fue de Escocia. No, no la conocía en absoluto y mentía.

No sabía el motivo real que tenía para dañarla de esa manera, pero estaba claro que sus mentiras no le hacían ningún bien a mi chica.

Cogí mis cosas de la mesa y dejé allí a Ethan y Gonzalo, necesitaba alejarme cuanto antes de ese maldito hombre, que no solo desestabilizaba a Martina, sino que por lo que fuera, parecía querer envenenarme la cabeza contra ella, tal como dijo Valentina que parecía estar haciendo.

Volví a casa, me cambié y me puse ropa de deporte y entré en el gimnasio a correr un poco y dar algunos golpes en el saco. Lo hacía con tanta furia que era como tener delante a ese hombre.

Conseguí calmarme una hora después y cogí el móvil para escribir a Martina.

Conrad: *Hola preciosa, ¿cenar conmigo en casa esta noche y te quedas a dormir? Sé que me echas de menos, así que...*

Martina: *¿Y quién te ha dicho que te echo de menos? A ver si es que tienes un espía vigilando mis pasos y escuchando mis conversaciones con Valentina.*

Conrad: *Llámalo intuición. ¿Qué te parece el plan? Podemos ver una película mientras cenamos. Te dejo elegir.*

Martina: *Vaya, qué honor. Echaré un vistazo a ver qué hay en las plataformas que tienes para ir con la idea clara.*

Conrad: *Perfecto, te espero cuando acabes de trabajar.*

Martina: *Que tengas un buen día. Nos vemos.*

Sonreí, porque a pesar de lo cabreado que me había dejado el gilipollas de su ex, ella conseguía sacarme una sonrisa incluso en mis peores momentos.

¿Cómo podía mentir ese hombre tan descaradamente? ¿Quién iba a pensar que una mujer como Martina, con su ternura, su manera de ser y esa facilidad para sacar sonrisas a la gente, fuera poco más que una bruja, como la pintaba el escocés?

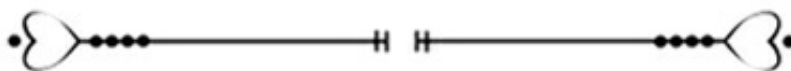
No, Martina no era como la describía él, no la veía estando con un hombre solo por su dinero ni siéndole infiel, conocía a sus padres y ellos le habían enseñado unos valores. Y mucho menos podía creer que le hubiera robado y llevara mintiéndonos a todos desde que volvió a la isla.

Valentina era su mejor amiga, ¿cómo no iba a darse cuenta ella de que Martina había estado mintiendo?

No le creía, no quería creerle y no iba a hacerlo porque confiaba en ella, porque estaba claro que en este tiempo juntos había comenzado a sentir algo muy fuerte por Martina, algo que nunca antes había sentido. Y sí, podía decir que la quería tanto como estaba seguro que me quería ella a mí.

Lo veía en sus ojos, en cada gesto, cada vez que la hacía mía. Y por mucho que dijera el escocés, ese tipo de cosas nadie las fingía tan bien cada día, cada hora, durante tanto tiempo.

Capítulo 49



Martina

Me costaba, pero conseguía evitar volver a encontrarme con Logan en el Club y eso, era de agradecer.

Al menos ese energúmeno como lo llamaba Valentina no tenía mascotas y la clínica era el único sitio al que no entraba.

Y Conrad me creía, confiaba en mí como me había dicho dos noches atrás cuando fui a cenar a su casa y me quedé a dormir. Lo quería, pero aún no le había dicho nada, no me atrevía, aunque estaba claro que él debía intuir algo porque a veces se quedaba mirándome a los ojos como si de ese modo pudiera leerme la mente.

Mis padres me habían preguntado cada día desde que les dije que Logan estaba en la isla si había vuelto a decirme algo, les conté lo de la noche en la discoteca cuando Valentina lo mandó al Infierno, y dijeron que sería mejor que me quedara en casa unos días.

Pero no, no me iba a convencer nadie para que hiciera eso porque bastante tiempo me había quedado encerrada en su casa en Glasgow.

Debía seguir con mi vida, con mi rutina y mi trabajo, y ni mi ex, ni nadie, me iba a impedir hacerlo.

Acababa de terminar de pasar consulta para la revisión de un gatito de apenas un par de meses que una de las clientas había adoptado para su hija, y me fui al despacho a esperar a Valentina, pues habíamos quedado en que pasaría a buscarme para ir a desayunas juntas.

Y mientras hacía tiempo hasta que llegara mi mejor amiga, revisé las citas de los próximos días. Hasta que escuché un sonoro portazo y me sobresalté.

Fui hacia la puerta para ver qué pasaba y me quedé paralizada al ver a Conrad caminando por el pasillo completamente furioso, con los dientes apretados y llevando una bolsa en la mano.

—Conrad, ¿qué pasa? —pregunté asustada y entró en el despacho empujándome hacia dentro

de tal modo, que acabé chocando con el escritorio y me quedé sentada en él.

—Te creí, Martina —dijo mirándome con los ojos cargados de furia—. Confié en ti, creí en cada una de tus palabras, ¿y es así como me lo pagas? —gritó dando un golpe con el puño cerrado en la mesa.

—Me estás asustando, Conrad, no entiendo nada.

—Ah, no entiendes nada. Pues tranquila que yo te lo explico —vi que cogía la bolsa y al abrirla, sacó de ella dos cajas de relojes, unos gemelos y un pasador de corbata—. ¿Te suenan?

—No —fruncí el ceño.

—Pues estaban en tu taquilla, y son míos.

—¿Cómo? ¿Qué hacían en mi taquilla?

—Está claro, los has robado.

—¿Qué?

—Ya estoy aquí —escuché la voz cantarina de Valentina, y al mirar a la puerta la vi entrar—. Uy, ¿estabais a punto de tener sexo?

—En mi vida volveré a acostarme con esta ladrona mentirosa —dijo Conrad con rabia.

—¿Perdón? —Valentina abrió los ojos mientras nos miraba de uno a otro sin creer lo que escuchaba.

—No me esperaba esto de ti, Martina, te lo he dado todo, tú eras diferente a otras, ¿y lo único que querías era mi dinero?

—¿Qué? ¡No! —grité notando que las lágrimas amenazaban con querer salir como cascadas.

—¿Qué coño estás diciendo, Conrad? —preguntó Valentina, acercándose a nosotros.

—Lo que has oído. Tu amiga, esa que me dijiste que era tan buena persona, no es más que una mentirosa que me ha estado engañando todo este tiempo. Nos ha engañado a todos.

—No puede ser que de verdad estés creyendo a Logan —le dijo ella.

—¿Qué más pruebas necesito, Valentina? —gritó— Esto estaba en su taquilla, lo ha robado de mi casa.

—Pero, ¿tú te estás escuchando? —gritó ella de vuelta, y yo apenas podía hablar porque, ahora sí, las lágrimas campaban a sus anchas por mis mejillas— Cómo puedes siquiera pensar que eso lo haya robado Martina, por el amor de Dios, es que no tiene sentido.

—¿Y qué hacía en su taquilla? Dime, Martina, si tú no me lo has robado, ¿qué hacía en tu taquilla?

—No lo sé —respondí llorando—, pero te juro que yo no te he robado, Conrad, tienes que creermelo.

—Te he creído, desde que tu ex dijo todo aquello, he creído en ti, he confiado en tus palabras, pero está claro que no debí hacerlo.

—Conrad, te estás equivocando con ella.

—No me estoy equivocando porque he encontrado todo esto que eché en falta en mi casa, en la taquilla de tu amiga. No debí contratarla —me miró y sus siguientes palabras se me clavaron como puñales en el corazón—. No debí dejarte entrar en mi vida, y ahora te quiero fuera de ella, y de mi clínica. No quiero que vuelvas aquí, no quiero verte, si pones un solo pie en mi urbanización, juro que te denunciaré a la policía. Y si no lo hago ahora, es porque no quiero ningún escándalo.

—¿Tú eres gilipollas? —gritó Valentina dándole un empujón, y él la miró con los dientes apretados y una cara de cabreo, que no le había visto nunca— No me puedo creer que de verdad pienses que ella es como la ha pintado ese puto escocés de mierda. Pero claro, se ve que al final todos los hombres sois iguales, puros machos que se follan a alguien hasta que se cansan y, después, una patada envuelta en mentiras y no queréis tener más a esa persona en vuestra vida. Eres peor persona de lo que jamás hubiese imaginado, Conrad, eres un puto gilipollas por creer que el energúmeno ese dice la verdad, por pensar siquiera que Martina te ha robado. Ella no es así, y echándola de tu vida lo único que haces es cometer un error.

—Es una puta ladrona mentirosa —dijo con rabia, y ahí sí que Valentina sacó el genio que tenía.

Ni ella se lo pensó dos veces, ni Conrad se esperaba que le fuera a dar aquella bofetada con todas sus fuerzas y con arañazo en la mejilla incluido.

—Hala, ¡a la mierda mi uña! —gritó Valentina, al ver que una se le había roto— Pero me he quedado la mar de a gusto. Y ahora si quieres, me denuncias a mí también, que me paso yo la denuncia por todas mis partes bajas. Eres un gilipollas, y te vas a arrepentir de esto.

—Largo, las dos —dijo con los dientes apretados.

—Tranquilo, que no vas a volver a verme —respondí secándome las lágrimas y cogí mi móvil para ir a la taquilla por mis cosas. Saqué las llaves del coche del bolso y en cuanto lo vi en el pasillo, se las tiré—. Está perfecto, ni un arañazo, ni un roce, nada, no sea que también me vayas a querer culpar si alguien lo araña ahora que lo tienes tú. Yo sí que me siento decepcionada contigo, porque pensé que... —suspiré negando y no dije nada más— Jamás volveré a estar con alguien como tú o como Logan, no sois hombres de verdad, ni siquiera merecéis llamaros así.

Comencé a caminar con Valentina a mi lado y llegamos a la recepción, no había clientes, pero

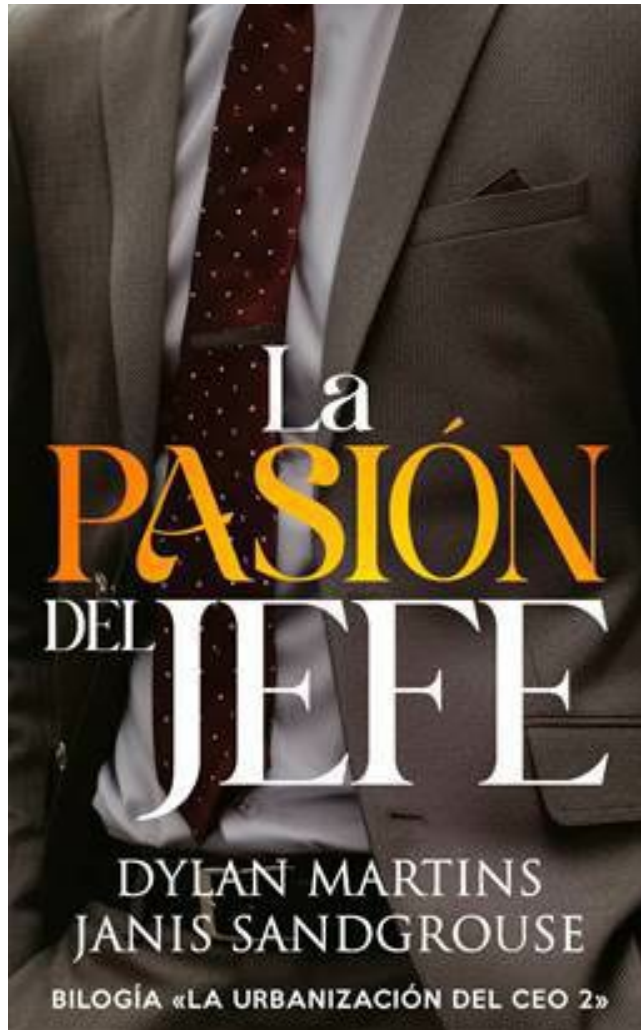
estaban allí todos los empleados, esos a quienes consideraba mis compañeros y a quienes había cogido tanto cariño que ahora me daba vergüenza mirarlos a la cara.

—Te vas a arrepentir de esto, Conrad, como Valentina que me llamo, te vas a arrepentir de esto que le estás haciendo a Martina. Puedes meterte el trabajo por el culo.

—¿Qué? No, Valentina, no hagas eso —dije mirándola y por sus ojos, sabía que estaba más que decidida a dejar el trabajo como relaciones públicas, por mí.

—Esto que está haciendo el imbécil este, es una injusticia, y no quiero seguir trabajando para él, ni para sus socios ni un día más. Aquí os quedáis los tres con vuestra urbanización de lujo, esa que habéis llevado a lo más alto con vuestro esfuerzo, vuestro trabajo y todo de lo más legal, ¿verdad, Conrad? ¡Ja! —gritó— Me rio yo de eso, vamos. Urbanización de lujo, porque lo tiene, pero no es de lujo, no, esto es una urbanización de putos narcos.

Continuará...



Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

[Dylan Martins](#)

[Janis Sandgrouse](#)

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu